

Cartas a Milena

Por

Franz Kafka

***Free*editorial** 

[Abril de 1920]

Merano-Untermals, pensión Ottoburg

Querida señora Milena:

La lluvia, que ha durado dos días y una noche, acaba de cesar, probablemente sólo de modo provisional; sin embargo es un acontecimiento digno de celebrarse, y yo lo celebro escribiéndole. Por lo demás, la lluvia ha sido soportable, esto es el extranjero, pequeñito sin duda, pero uno se siente a gusto en él. Si mi impresión es correcta (un breve encuentro, ocasional y casi silencioso, por lo visto es inagotable en mi recuerdo), a usted también le gustaba esa Viena extranjera, que más tarde quizás se haya enturbiado debido a la situación general, pero ¿también le gusta el extranjero como tal? (Lo que, por cierto, tal vez sería, y no debe serlo, una mala señal.)

Yo vivo aquí muy bien, el cuerpo mortal apenas podría soportar más cuidados, el balcón de mi habitación está inmerso en un jardín: rodeado, recubierto de florecientes arbustos (la vegetación de aquí es asombrosa; cuando en Praga, con este tiempo, casi se congelarían los charcos, delante de mi balcón se abren poco a poco las flores), pero al mismo tiempo expuesto plenamente al sol (o mejor dicho al cielo encapotado, como ocurre desde hace ya una semana). Lagartijas y pájaros, desiguales parejas, vienen a verme: ¡cómo le recomendaría este Merano! Hace poco me escribía usted que no podía-respirar, en esa expresión están muy próximos la imagen y su significado, y aquí ambas cosas pueden ser un poco más llevaderas.

Con mis más cordiales saludos

Suyo

F Kafka

[Abril de 1920]

Merano-Untermals, pensión Ottoburg

Querida señora Milena:

Le escribí unas líneas desde Praga y luego desde Merano. No he recibido respuesta. Por otra parte, esas líneas no necesitaban una respuesta tan inmediata, y si su silencio sólo significa que se encuentra medianamente bien, lo que a menudo se manifiesta en un rechazo de la escritura, estoy completamente satisfecho. Pero también es posible —y por eso escribo— que yo la haya ofendido de algún modo en mis cuartillas (qué grosera sería mi mano, totalmente contra mi voluntad, si hubiera ocurrido eso) o bien, lo que

sería desde luego mucho más grave, que el instante de sosiego y alivio que usted mencionaba ya haya pasado y de nuevo tenga una mala racha. Sobre la primera posibilidad no sé decir nada, tan lejos de mí está eso y tanto más cerca todo lo demás; sobre la segunda posibilidad no doy ningún consejo —¿qué consejo iba a dar yo?— sino que sólo pregunto: ¿por qué no se marcha un poco de Viena? Usted no es apátrida, como tanta gente. ¿No le daría nuevas energías pasar una temporada en Bohemia? Y si tal vez, por motivos que desconozco, no quiere ir a Bohemia, entonces a otro sitio, incluso Merano sería quizás lo adecuado. ¿Lo conoce?

Así pues, espero dos cosas. Que continúe el silencio, y eso significaría: «No se preocupe, estoy bastante bien». O, si no, unas líneas.

Con sincero afecto

Kafka

Caigo en la cuenta de que no recuerdo propiamente ningún detalle preciso de su rostro. Sólo cómo se marchó por entre las mesas del café, su figura, su vestido: eso aún lo veo.

[Merano, abril de 1920]

Querida señora Milena:

Está afanándose en esa traducción en medio del sombrío mundo vienés. Para mí es como conmovedor y vergonzoso. En cuanto a Wolff, usted tiene que haber recibido ya una carta suya, al menos él me escribió hace bastante tiempo hablando de esa carta. Esa novela corta, *Asesinos*, anunciada al parecer en un catálogo, no la he escrito yo, es un malentendido; pero como por lo visto es la mejor, puede que en efecto sea mía.

A juzgar por su última y su penúltima cartas, el desasosiego y la preocupación la han dejado en paz definitivamente, esto será aplicable sin duda también a su marido, cuánto se lo deseo a los dos. Recuerdo una tarde de domingo, hace años; yo caminaba despacio por el muelle de Francisco José, pegado a la pared de las casas, y me tropecé con su marido, que tampoco venía a mi encuentro en una actitud mucho más grandiosa, dos expertos en dolor de cabeza, aunque cada uno en su muy diferente estilo. Ya no recuerdo si continuamos caminando juntos o pasamos uno al lado del otro, la diferencia entre esas dos posibilidades no habría sido muy grande. Pero eso ya es pasado y debe seguir hundido en el pasado. ¿Es agradable su casa?

Cordiales saludos

Suyo

[Merano, abril de 1920]

De modo que el pulmón. Lo he estado rumiando todo el día, no he podido pensar en otra cosa. No es que esa enfermedad me asuste excesivamente, es probable, y así lo espero —sus insinuaciones parecen ir en esa dirección—, que en usted se presente con suavidad, e incluso una verdadera enfermedad pulmonar (pulmones más o menos defectuosos los tiene media Europa Occidental), que yo conozco en mí desde hace tres años, me ha aportado más cosas buenas que malas. En mí empezó en plena noche, hace unos tres años, con un vómito de sangre. Me levanté (en lugar de seguir acostado, como supe más tarde que era lo preceptivo), con la excitación que se siente ante todo lo nuevo, claro, también un poco asustado, fui a la ventana, me asomé, fui al lavabo, anduve por la habitación, me senté en la cama: sangre todo el tiempo. Sin embargo no me sentía desgraciado, porque poco a poco sabía por una razón concreta que, si dejaba de sangrar, después de tres o cuatro años casi insomnes dormiría por primera vez. Cesó en efecto (desde entonces no se ha repetido) y dormí el resto de la noche. Por la mañana vino la sirvienta (yo tenía entonces un apartamento en el Palacio Schönborn), una muchacha buena y casi abnegada, pero extremadamente objetiva; vio la sangre y dijo: Pane doktore, s Vámi to dlouho nepotrývá. Pero yo me encontraba mejor que otras veces, estuve en la oficina y hasta por la tarde no fui al médico. Aquí no tiene importancia cómo continuó la historia. Sólo he querido decir lo siguiente: no me ha asustado su enfermedad (sobre todo porque continuamente me interrumpo, le doy vueltas a mis recuerdos, vuelvo a ver, a través de toda esa fragilidad, lo casi campesino y saludable que hay en usted, y compruebo que no, que no está enferma; es un aviso, pero no una enfermedad del pulmón); eso no me ha asustado, por tanto, sino pensar en lo que ha de haber precedido a ese trastorno. Y de entrada descarto además todo lo que también pone en su carta: no tiene un céntimo; té y manzana; cada día de dos a ocho; son cosas que no puedo entender, por lo visto para explicar eso de verdad hay que hacerlo de palabra. Por tanto prescindo aquí de eso (pero sólo en esta carta, porque olvidarlo es imposible) y pienso sólo en la explicación que entonces, cuando caí enfermo, elaboré para mi caso, y que es aplicable a muchos otros casos. Era que el cerebro ya no podía soportar la cantidad de preocupaciones y dolores que pesaban sobre él. Y dijo: «Ya no puedo más; pero si hay alguien interesado en conservar todo esto, que me quite, por favor, una parte de la carga y todo seguirá adelante algún tiempo más». Entonces se presentó el pulmón; de todos modos seguramente no tenía mucho que perder. Esos debates entre el cerebro y el pulmón, que tuvieron lugar sin conocimiento mío, pueden haber sido horribles.

¿Y qué hará usted ahora? Probablemente, todo quedará en nada si la cuidan a usted un poco. Pero que hay que cuidarla un poco, eso tiene que entenderlo todo el que sienta afecto por usted, todo lo demás es secundario. ¿Así que ahí estaría la salvación? Diría que sí..., no, fuera bromas; no estoy para bromas ni lo estaré hasta que me haya escrito que va a organizar su vida de otra manera y pensando más en su salud. Después de su última carta ya no pregunto por qué no se marcha un poco de Viena, eso lo entiendo ahora, pero muy cerca de Viena hay también hermosos lugares donde estar, y posibilidades de que la cuiden. Hoy no toco ningún otro tema, no hay nada más importante que pueda contarle. Todo lo demás, mañana; también darle las gracias por el número de la revista, que me conmueve y me avergüenza, que me entristece y me alegra. No, una cosa todavía: si usted emplea un solo minuto de su sueño en trabajar en la traducción, es como si me lanzara un anatema. Porque si eso va alguna vez a los tribunales, nadie se meterá en complicadas pesquisas, sino que bastará con esta simple constatación: le ha quitado el sueño. Con ello estoy sentenciado y con toda justicia. Por tanto lucho por mí cuando le pido que no vuelva a hacerlo.

[Merano, finales de abril de 1920]

Querida señora Milena:

Hoy quiero escribir sobre algo distinto, pero no lo consigo. No es que yo lo tome realmente en serio; si lo hiciera, escribiría de otro modo, pero de vez en cuando debería haber una tumbona en algún sitio del jardín, esperándola a usted en la penumbra, y unos diez vasos de leche al alcance de su mano. Podría ser también en Viena, e incluso ahora, en verano, pero sin hambre ni inquietud. ¿No es eso posible? ¿No hay nadie que lo haga posible? ¿Y qué dice el médico?

Cuando saqué el ejemplar del gran sobre, estaba casi decepcionado. Yo quería oírla a usted y no esa voz demasiado conocida proveniente de la vieja tumba. ¿Por qué se ha interpuesto entre nosotros? Hasta que caí en la cuenta de que también había mediado entre nosotros. Por lo demás es para mí incomprensible que se haya tomado tanto trabajo y hondamente conmovedor que lo haya hecho con tal fidelidad, frase tras frase, una fidelidad que nunca habría creído posible en la lengua checa, ni tampoco la hermosa y natural legitimación con que usted se sirve de ella. ¿Están tan cerca el alemán y el checo? Pero como quiera que sea, en cualquier caso es un relato malísimo; con extraordinaria facilidad, querida señora, podría probarle esto casi línea por línea, aunque la falta de ganas de hacerlo sería un poco más fuerte que las ganas de probárselo. Que el relato le guste le confiere naturalmente un valor, aunque enturbia un poco mi imagen del mundo. Pero ni una palabra más sobre esto. Recibiré, enviado por Wolff, Un médico rural, ya le he escrito.

Entiendo el checo, por supuesto. Ya he querido preguntarle varias veces por qué no me escribe alguna vez en checo. Desde luego no porque usted no domine el alemán. Casi siempre lo maneja admirablemente, y cuando alguna vez no lo domina, el alemán se doblga ante usted por propia voluntad, eso es entonces lo más grato; eso, un alemán no se atreve a esperarlo de su idioma; no se atreve a escribir de un modo tan personal. Pero yo quería leer el checo que usted escribe porque es parte de usted, porque sólo en él está Milena toda ella (la traducción lo confirma), aquí sólo está la Milena de Viena o la que se prepara para Viena. Así que en checo, por favor. Y también los ensayos que menciona. Puede que a usted le parezcan pobres, pero también se ha leído, no sé hasta dónde, ese relato mío tan pobre. Tal vez pueda hacer yo lo mismo con sus artículos, pero si no pudiera, me quedaría con el mejor de los prejuicios.

Pregunta por mi compromiso matrimonial. He estado prometido dos veces (si se quiere, tres, es decir, dos veces con la misma chica); por tanto, tres veces he estado separado sólo por unos días del matrimonio. Lo primero ya pasó del todo (se casó con otro y hasta me han dicho que tiene un hijito); lo segundo está aún vivo, pero sin perspectiva de casamiento; por tanto no está vivo, en el fondo, o, mejor dicho, vive una vida propia a expensas de los seres humanos. En su conjunto he llegado a la conclusión, en este caso y en otros, de que los hombres tal vez sufran más, o, si uno quiere verlo así, tienen menos capacidad de resistencia, pero las mujeres siempre sufren sin culpa, y no en el sentido de que «no tuvo la culpa» sino en el sentido más propio, que por otra parte aboca quizás al «no tener la culpa». Pero es inútil reflexionar sobre estas cosas. Es como si uno se empeñara en destruir una sola caldera del infierno; en primer lugar, no se consigue, y, en segundo lugar, si se consigue, uno se quema en la masa ardiente que se derrama, y el infierno sigue existiendo en todo su esplendor. Hay que atacarlo de otro modo.

Pero primero y ante todo, urge tumbarse en un jardín y sacar de esa enfermedad, sobre todo cuando no es propiamente enfermedad, la mayor dulzura posible. Hay mucha dulzura en ella.

Suyo

Franz K.

[Merano, abril/mayo de 1920]

Querida señora Milena:

Ante todo, para que no lo deduzca de mi carta sin quererlo yo: desde hace unos quince días estoy con un insomnio cada vez más fuerte; en principio no le doy gran importancia, son periodos que van y vienen y que siempre tienen ciertas causas (según el Baedeker puede deberse a algo tan ridículo como el

aire de Merano), más de las que necesitan; aunque esas causas sean a veces casi imperceptibles, lo dejan a uno insensible como un tarugo y al mismo tiempo inquieto como un animal del bosque.

Pero tengo una satisfacción. Usted ha dormido bien; ha sido algo «raro» aún; ayer le «faltó el sosiego», pero tuvo un sueño tranquilo. Así pues, cuando por la noche el sueño pasa de largo a mi lado, conozco su camino y lo tomo con calma. Además sería tonto rebelarse, el sueño es el ser más inocente y el hombre insomne el más culpable.

Y a esa persona insomne le da usted las gracias en su última carta. Si una persona ajena, sin conocimiento de causa, leyera eso, tendría que pensar: «¡Qué hombre! En este caso parece haber movido montañas». Sin embargo no ha hecho absolutamente nada, no ha movido un dedo (excepto el dedo para escribir), se alimenta de leche y de cosas buenas, sin tener siempre (pero sí muy a menudo) delante «té y manzanas», y, por lo demás, deja que las cosas sigan su curso y que las montañas sigan donde están. ¿Conoce la historia del primer éxito de Dostoievski? Es una historia que resume muchísimo y que yo sólo cito por comodidad y debido al gran nombre, porque una historia del vecino de al lado o de aún más cerca tendría la misma importancia. Por lo demás, esa historia yo también la conozco de modo muy imperfecto, incluso los nombres. Dostoievski escribió su primera novela, Pobres gentes; él vivía entonces con un literato amigo, Grigoriev. Éste veía a diario sobre su mesa un gran número de hojas escritas, pero sólo tuvo en su poder el manuscrito cuando estuvo terminada la novela. La leyó, le gustó muchísimo y, sin decirle nada a Dostoievski, se la llevó al entonces famoso crítico Nekrassov. Al día siguiente por la noche llaman a la puerta de Dostoievski. Son Gregoriev y Nekrassov, que entran en la habitación y abrazan y besan a Dostoievski; Nekrassov, que no le había visto hasta entonces, le llama la esperanza de Rusia, pasan una o dos horas conversando, en esencial sobre la novela, y no se despiden hasta la madrugada. Dostoievski, que siempre consideró aquella noche la más feliz de su vida, se asoma a la ventana, los sigue con la vista, no puede contenerse y rompe a llorar. Su sentimiento básico, que ha descrito no sé dónde, era éste: «¡Qué excelentes personas! ¡Qué buenas y nobles son! ¡Y qué miserable soy yo! ¡Si pudieran ver en mi interior! Si me limito a decírselo, no lo creerán». Que Dostoievski se propusiera después imitarlos es sólo la rúbrica, es sólo la última palabra que ha de tener la juventud invencible y ya no forma parte de mi historia, que ha terminado por tanto. ¿No percibe usted, querida Milena, lo misterioso, lo inaccesible al entendimiento, de esta historia? Es, en mi opinión, lo siguiente: Grigoriev y Nekrassov no eran sin duda, si se habla de ello de un modo general, más nobles que Dostoievski, pero deje usted ahora la mirada general, que Dostoievski tampoco exigía aquella noche y que no ayuda en el caso concreto, escuche sólo a Dostoievski y se convencerá de que Grigoriev y Nekrassov eran en efecto maravillosos, y

Dostoievski, impuro, rastrero y villano, de forma que, naturalmente, nunca jamás se aproximará ni de lejos a Grigoriev y a Nekrassov, y, por supuesto, jamás será cuestión de que les pague ese inmenso e inmerecido favor. Se los ve, literalmente, desde la ventana, cómo se alejan, insinuando así su inaccesibilidad. Lamentablemente, la importancia de esta historia queda borrada por el gran nombre de Dostoievski.

¿Adónde me ha llevado mi insomnio? Por supuesto a nada que no haya sido dicho con la mejor intención.

Suyo

Franz K

[Merano, mayo de 1920]

Querida señora Milena:

Sólo unas palabras, seguramente volveré a escribirle mañana, hoy sólo escribo pensando en mí, sólo por hacer algo para mí, sólo para liberarme un poco de la impresión que me ha causado su carta, de lo contrario seguiría agobiándome día y noche. Es usted muy extraña, Milena, vive allá en Viena, tiene que sufrir también lo suyo y entremedias aún le queda tiempo para asombrarse de que otros, yo por ejemplo, no se encuentren demasiado bien y duerman una noche un poco peor que la anterior. Las tres amigas que tengo aquí (tres hermanas, la mayor de cinco años) pensaban a este respecto de manera mucho más sensata; en todo momento, estuviéramos o no a orillas del río, querían echarme al agua y no porque yo les hubiera hecho nada malo, no, en absoluto. Cuando las personas mayores amenazan así a los niños, es, por supuesto, en broma y con cariño, y viene a significar más o menos: ahora vamos a decir, para divertirnos, las cosas más imposibles. Pero los niños son gente seria y no conocen lo imposible; aunque fracasen diez veces en su intento de echarme al agua, no se convencerán por eso de que la vez siguiente tampoco lo conseguirán es más, ni siquiera saben que no lo han conseguido en los diez intentos anteriores. Son inquietantes los niños, si se aplica a sus palabras y a sus intenciones el saber del adulto. Cuando una niña así de cuatro años, que sólo parece existir para que la besen y la apretujen, pero que al mismo tiempo es fuerte como un roble y un poco gordezuela aún, de la época de la lactancia, se lanza contra uno, y las dos hermanas la ayudan a derecha e izquierda y detrás de uno está ya el parapeto, y el afable padre de las niñas y la madre, guapa, apacible y rolliza (junto al cochecito del cuarto hijo), sonrían desde lejos a lo que está pasando y no quieren ayudar, entonces casi no hay salvación y apenas es posible describir cómo uno, a pesar de todo, pudo ponerse a salvo. Unas niñas cargadas de sensatez o de presentimientos querían arrojarme al agua sin ningún motivo, tal vez porque me consideraban

superfluo, y sin embargo ni siquiera conocían las cartas de usted y mis respuestas.

Lo de «con la mejor intención» de mi última carta no debe asustarla. Era un periodo, un periodo que aquí no es esporádico, de insomnio total; yo había escrito esa anécdota, una anécdota que había recordado muchas veces en relación con usted, pero cuando hube terminado, con tanta tensión en la sien derecha y en la izquierda, no podía saber bien por qué la había contado; además estaba también la masa informe de lo que yo había querido decirle allí, en el balcón, tumbado en la hamaca, y por eso no me quedó otro remedio que apelar a ese sentimiento básico; y tampoco ahora puedo hacer algo muy distinto.

Usted tiene todo lo mío que se ha publicado, excepto el último libro, Un médico rural, una colección de breves relatos que le enviaré Wolff; en cualquier caso le escribí por eso hace una semana. En prensa no hay nada, y no sé qué podría haber ahora. Todo lo que haga usted con los libros y con las traducciones estará bien, es una pena que no tengan más valor para mí de modo que, cuando los pongo en sus manos, esté expresando realmente la confianza que tengo en usted. En cambio, me alegro de que esas pocas observaciones sobre «El fogonero» que me pide me permitan hacer un pequeño sacrificio; será el anticipo de ese castigo infernal que consiste en tener que examinar una vez más la propia vida con la mirada del conocimiento, y lo peor en ello no es tener que pasar revista a las acciones evidentemente malas sino a las que en su momento uno consideró buenas.

Y a pesar de todo es bueno escribir, estoy más tranquilo que hace dos horas, cuando estaba con su carta ahí fuera, en la hamaca. A un paso de distancia de mí, que seguía allí tumbado, un escarabajo había caído de espaldas y estaba desesperado, no podía enderezarse, me habría gustado ayudarlo, tan fácil era; se le podía prestar visible ayuda con un paso y una patadita, pero con la carta de usted me olvidé de él, tampoco podía levantarme, fue una lagartija la que me llamó otra vez la atención sobre la vida que me rodeaba, su camino pasaba por encima del escarabajo, que ya estaba completamente inmóvil; así pues, me dije, no era un accidente sino una agonía, el extraño espectáculo de la muerte natural de un animal; pero la lagartija, al deslizarse sobre él, hizo que se incorporase; eso sí, un ratito siguió inmóvil como un muerto, pero después echó a correr con toda normalidad pared arriba. Probablemente recobré así, en cierto modo, un poco de ánimo, me levanté, bebí leche y me puse a escribirle.

Suyo

Franz K

He aquí, pues, las observaciones:

Columna I línea 2: arm [pobre] tiene aquí también el sentido secundario de «deplorable, digno de lástima», pero sin insistir en lo sentimental, una compasión libre de empatía, que tiene también Karl con sus padres; tal vez uboží.

I, 9: freie Lüfte [aires libres] es un poco grandilocuente, pero ahí no existe otra solución.

I, 17: z dobré nálady a poněvadž byl silný chlapec: suprívalo todo.

No, prefiero enviar la carta, mañana le enviaré las observaciones, serán por cierto muy pocas, no páginas enteras; esa verdad, que parece tan natural, de la traducción me asombra una y otra vez cuando tomo conciencia de que no es tan natural; no hay apenas errores, eso por otra parte no sería tan extraordinario, pero sí hay en todo momento una comprensión, intensa y resuelta, del texto. Sin embargo no sé si los checos le echan en cara esa fidelidad, justo lo que más me gusta de la traducción (y ni siquiera por el relato sino por mí mismo); mi sentimiento de la lengua checa —yo también lo tengo— está plenamente satisfecho, pero es extremadamente unilateral. Como quiera que sea, si alguien llegara a echárselo en cara, trate de subsanar la ofensa con mi gratitud.

[Merano, mayo de 1920]

Querida señora Milena (sí, la denominación se vuelve molesta, pero en este mundo inseguro es uno de esos asideros a los que pueden aferrarse los enfermos, y, si los asideros les resultan molestos, eso no es prueba alguna de que hayan recobrado la salud), yo nunca he vivido entre alemanes, el alemán es mi lengua materna y, por tanto, lo natural en mí, pero el checo me resulta mucho más entrañable, por eso su carta destruye ciertas inseguridades, la veo a usted con más claridad, los movimientos del cuerpo, de las manos, tan rápidos y resueltos, es casi como estar con usted, sin embargo cuando quiero alzar la vista hasta su rostro, estalla un incendio en el transcurso de su carta —¡qué historia!— y no veo sino fuego.

Eso podría inducir a creer en la ley de su vida decretada por usted misma. Se comprende muy bien, por supuesto, que no quiera que la compadezcan por esa ley a la que por lo visto está sujeta, porque el establecimiento de esa ley no es sino mera soberbia y engreimiento (já jsem ten který platí); pero las pruebas que ha dado de esa ley no necesitan más comentarios, ahí no queda sino besarle la mano en silencio. Por mi parte, creo en su ley, pero no creo que marque su vida para siempre de una manera tan señaladamente cruel y llamativa; es conocimiento, pero sólo un conocimiento en camino, y el camino es interminable.

Pero, sin estar influido por eso, para el entendimiento limitado y terrenal de una persona es horrible verla a usted en ese horno sobrecalentado en el que vive. Quiero, por una vez, hablar sólo de mí. Si uno lo toma todo como un deber escolar, por ejemplo, usted tenía respecto a mí tres posibilidades. Habría podido, por ejemplo, no decirme nada de usted misma; entonces me habría privado de la dicha de conocerla y, lo que es más que esa dicha, de ponerme a prueba en relación con ella. Por tanto, no debía ocultármelo. Luego habría podido no mencionar algunas cosas o presentarlas a una luz más favorable, y todavía podría hacerlo, pero en la situación actual yo lo notaría, aunque no dijera nada, y me dolería el doble. Por tanto, tampoco puede usted hacer eso. Como tercera posibilidad sólo queda tratar de salvarse un poco a sí mismo. En sus cartas aparece en efecto una pequeña posibilidad. Con cierta frecuencia habla en ellas de sosiego y firmeza, a menudo también, de modo pasajero sin duda, de otras cosas y al final incluso de: reelní hrůza.

Lo que dice sobre su salud (la mía es buena, lo único es que duermo mal en el clima de altura) no me basta. El diagnóstico del médico no me parece demasiado favorable, es, más bien, ni favorable ni desfavorable, sólo su propio comportamiento puede decidir cómo hay que interpretarlo. Por supuesto, los médicos son tontos o, mejor dicho, no son más tontos que otras personas, pero sus pretensiones son ridículas en cualquier caso hay que contar con que, desde el momento en que uno se deja tratar por ellos, se vuelven cada vez más tontos, y lo que de momento exige el médico no es ni muy tonto ni imposible. Imposible es que usted enferme de verdad, y esa imposibilidad ha de permanecer. En qué ha cambiado su vida desde que habló con el médico: ésa es la cuestión esencial.

Luego otras preguntas secundarias, que le ruego me permita: ¿por qué y desde cuándo no tiene dinero? ¿Está en contacto con su familia? (Creo que sí porque una vez me dio usted una dirección de donde le enviaban regularmente paquetes, ¿se ha terminado eso?) ¿Por qué antes se trataba usted en Viena, como me escribe, con mucha gente y ahora con nadie?

No quiere enviarme sus ensayos para los periódicos, por tanto no confía en que yo pueda insertar sus artículos en el lugar adecuado de la imagen que me he formado de usted. Bueno, entonces estoy enfadado con usted en ese punto, lo que por lo demás no es una desdicha, porque no es malo, aunque sólo sea para que exista cierto equilibrio, que en un rinconcito de mi corazón haya para usted un poco de enfado.

Suyo

Franz K

[Merano, 29 de mayo de 1920]

Querida señora Milena:

El día es cortísimo; con usted y luego con algunas cosas sin importancia, ya se ha pasado y se ha terminado. Apenas queda un ratito para escribir a la Milena verdadera, porque la aún más verdadera ha estado aquí todo el día, en la habitación, en el balcón, en las nubes.

¿De dónde viene ese buen ánimo, ese buen humor, esa despreocupación en su última carta? ¿Ha cambiado algo? ¿O me engaño y ayudan a ello los textos en prosa? ¿O se domina usted tanto y con ello también domina las cosas? ¿Qué es?

Su carta comienza en tono judicial, lo digo en serio. Y tiene razón con su reproche *či ne tak docela pravdu*, así como en el fondo tenía también razón en lo de *dobře míněno*. Es evidente, en efecto. Si mi preocupación hubiera sido tan completa y continua como le digo en mis cartas, no habría podido continuar tumbado en mi hamaca y, superando todos los obstáculos, me habría presentado al día siguiente en su habitación. Ésa sería la única prueba de mi veracidad, todo lo demás es hablar por hablar, incluidas estas palabras. O apelar al sentimiento de fondo, pero ése está mudo y se ha cruzado de brazos.

Cómo es posible que no se haya hartado aún de la gente ridícula que usted describe (con cariño, y por eso las describe con ese encanto) y después de quien le está haciendo estas preguntas y de tantos otros. Usted tiene que juzgar, la mujer es la que juzga al final. (La saga del juicio de París desvirtúa esto un poco, pero París se limita a determinar cuál de las tres diosas había emitido un juicio más convincente.) Las ridiculeces carecerían de importancia, podrían ser sólo ridiculeces del momento, que después, en su conjunto, se tornan serias y buenas; ¿es esa esperanza la que la retiene a usted junto a esas personas? ¿Quién puede afirmar que conoce los secretos pensamientos de usted, de su juez? Sin embargo, yo tengo la impresión de que perdona esas ridiculeces en cuanto tales, que las comprende, que las ama y las ennoblece con su amor. Pero tales ridiculeces no son sino la carrera en zigzag de los perros, mientras que el amo camina en línea recta, no exactamente por en medio sino por donde lleva el camino. Pero su amor, pese a todo, tendrá un sentido, lo creo firmemente (sin embargo tengo que preguntar y que considerarlo extraño), y sólo para dar más fuerza a tal posibilidad me viene a la memoria lo que comentó un empleado de la entidad en la que trabajo. Hace unos años yo iba mucho en una pequeña canoa por el Moldau, remaba río arriba y luego, tumbado a todo lo largo, pasaba bajo los puentes arrastrado por la corriente. Como estaba tan delgado, aquello probablemente parecía de lo más cómico, visto desde lo alto del puente. Aquel empleado, que en una ocasión me vio así desde el puente, después de haber subrayado varias veces lo cómico del espectáculo, resumió su impresión de la siguiente manera: parecía el instante previo al Juicio Final. Era como el momento en que los

ataúdes ya han sido destapados, pero los muertos aún yacen en ellos.

He hecho una pequeña excursión (no la grande que he mencionado y que no llegó a realizarse) y, de puro cansancio (no desagradable), durante casi tres días he sido casi incapaz de hacer nada, ni siquiera de escribir; sólo leía, su carta, sus artículos, varias veces, convencido de que esa prosa no estaba allí por sí misma sino que era una suerte de indicador del camino hacia una persona, de un camino por el que se sigue caminando cada vez más feliz, hasta que en un momento de lucidez se reconoce que uno no avanza sino que sigue dando vueltas en el propio laberinto, sólo más excitado, más desorientado que nunca. Pero como quiera que sea: todas esas páginas no las ha escrito cualquiera. A partir de ahora confío casi tanto en lo que escribe como en usted misma. En checo sólo conozco (dados mis escasos conocimientos) una musicalidad del lenguaje, la de Božena Němcová; ésta es otra música, pero afín a ella en decisión, ardor, dulzura y sobre todo en una lúcida inteligencia. ¿Es esto un producto de los últimos años? ¿Escribía usted ya antes? Puede decir, como es natural, que yo soy ridículamente unilateral, y tiene razón, en efecto; claro que soy unilateral, pero unilateral debido únicamente no a lo que he encontrado, sino a lo que he reencontrado en sus artículos (desiguales, por lo demás, en algunos pasajes perniciosamente influidos por el periódico). El poco valor de mi juicio puede usted reconocerlo en seguida si sabe que, seducido por dos pasajes, considero también que el artículo de moda recortado es obra suya. Mucho me gustaría quedarme con los recortes para enseñárselos al menos a mi hermana, pero como usted los necesita en seguida se los envío adjuntos; veo también al margen las operaciones aritméticas.

Sobre su marido yo me había formado sin duda un juicio distinto. En el grupo del café me parecía el más fiable, el más sensato y tranquilo, paternal casi en exceso, pero también poco transparente, aunque no hasta tal punto de que lo anterior quedase por ello desvirtuado. Siempre he sentido respeto por él, para saber más me ha faltado ocasión y capacidad, pero los amigos, en especial Max Brod, tenían una elevada opinión de él, eso siempre estaba presente en mí cuando pensaba en él. En especial me gustó durante algún tiempo una peculiaridad suya: que en el café lo llamaban por teléfono varias veces cada noche. Posiblemente había alguien que, en lugar de dormir, estaba sentado junto al aparato, dormitando con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, y de vez en cuando se despertaba de golpe para llamarle por teléfono. Entiendo tan bien ese estado que quizás sólo por eso lo menciono en esta carta.

Por lo demás, les doy la razón a Staša y a él; doy la razón a todo lo que para mí es inalcanzable, sólo en secreto, cuando nadie mira, doy más la razón a Staša.

Suyo

¿Qué cree usted? ¿Podré recibir todavía una carta antes del domingo? Posible sí sería. Pero es insensato ese deseo inmoderado de cartas. ¿No basta con una sola? ¿No basta saber una vez? Basta, sin duda, pero pese a ello uno se recuesta cómodamente y absorbe las cartas y ya sólo sabe que no quiere dejar de absorber. ¡Explique eso, Milena, maestra!

[Merano, 30 de mayo de 1920]

¿Cómo es, Milena, su conocimiento del género humano? A veces he dudado de él, por ejemplo cuando escribí sobre Werfel; todo denotaba cariño, y quizás sólo cariño, pero mal interpretado, y si se prescinde de todo lo que es Werfel y sólo se detiene uno en el reproche de la gordura (que yo, además, considero injustificado; Werfel me parece cada año más apuesto y amable, por otra parte sólo lo veo de modo esporádico), ¿no sabe usted que sólo los gordos son dignos de confianza? Sólo en esos recipientes de gruesas paredes se cuece todo hasta el final, sólo esos capitalistas del espacio aéreo están protegidos, en la medida en que eso es posible entre los humanos, contra las preocupaciones y la locura y pueden dedicarse tranquilamente a sus tareas; y, como alguien ha dicho, sólo ellos, auténticos ciudadanos del mundo, son utilizables en el mundo entero, porque en el norte dan calor, y en el sur, sombra. (Por otra parte, se pueden invertir los términos, pero entonces no coincide con la realidad.) [...]

Luego, el judaísmo. Me pregunta si soy judío, tal vez es sólo una broma, tal vez pregunta sólo si pertenezco a ese judaísmo medroso, en cualquier caso, siendo usted de Praga, no puede ser tan inocente como por ejemplo Mathilde, la mujer de Heine. (A lo mejor no conoce la anécdota. Tengo la impresión de que he de contarle algo importante, además en cierto modo me perjudico a mí mismo sin lugar a dudas, no por la anécdota sino por contarla, pero alguna vez he de contarle algo bonito. Meissner, un escritor alemán de Bohemia, no judío, lo cuenta en sus memorias. Mathilde lo enojaba a menudo con sus ataques a los alemanes: que los alemanes eran malintencionados, engreídos, porfiados, discutidores, impertinentes, en una palabra, un pueblo insoportable. «Pero usted no conoce a los alemanes —dijo por fin en una ocasión Meissner—. Henry sólo trata con periodistas alemanes, y éstos aquí, en París, son todos judíos». «Bueno —dijo Mathilde—, en eso exagera usted, puede que entre ustedes haya de vez en cuando algún judío, por ejemplo, Seiffert». «No —dijo Meissner—, ése es el único no judío». «¿Qué? —dijo Mathilde—, que Jeitteles, por ejemplo (era un hombre alto, fuerte y rubio), ¿es judío?». «Por supuesto», dijo Meissner. «¿Y Bamberger?». «También». «¿Y Arnstein?». «Lo mismo». Así pasaron revista a todos los conocidos. Finalmente Mathilde se enfadó y dijo: «Usted lo que quiere es tomarme el pelo, va a acabar afirmando

que Kohn es un apellido judío, pero Kohn es primo de Henry y Henry es luterano». Contra eso Meissner ya no pudo objetar nada.) Como quiera que sea, usted no parece tener miedo del judaísmo. Eso, aplicado al último o penúltimo judaísmo de nuestras ciudades, es una heroicidad, y —lejos de mí querer bromear— si una casta jovencita dice a su familia: «Dejadme» y se dirige hacia allí, es más que la doncella de Orleans cuando salió de su aldea.

Usted, además, tiene también derecho a echar en cara a los judíos una medrosidad característica, aunque ese reproche general contiene un conocimiento de las personas más teórico que práctico; más teórico, porque en primer lugar, según la descripción que hizo de su marido, el reproche no encaja en absoluto con él; en segundo lugar, según mi experiencia, no encaja con la mayoría de los judíos, y en tercer lugar encaja sólo con algunos individuos aislados, pero entonces totalmente, por ejemplo, conmigo. Lo más extraño es, en efecto, que ese reproche no es acertado, en general. La insegura situación de los judíos, insegura en sí misma, insegura entre la gente, haría perfectamente comprensible que puedan creer que sólo poseen lo que tienen en la mano o entre los dientes; que, además, sólo la posesión manifiesta les da derecho a vivir y que lo que han perdido nunca será recuperable sino que se alejará alegremente de ellos para siempre. Por los lados más increíbles se ciernen peligros sobre los judíos, o dejemos los peligros, para ser más precisos, y digamos: «se ciernen amenazas». Le cuento un ejemplo que guarda relación con usted. Tal vez yo haya prometido no hablar de ello (en una época en que apenas la conocía), pero ahora no tengo reparos en mencionarlo ante usted, porque no le dice nada nuevo, le muestra el cariño de la parentela, y no digo nombres ni detalles, porque ya los he olvidado. Mi hermana menor va a casarse con un checo, con un cristiano; él habló una vez con una pariente de usted de su intención de casarse con una judía, y ella dijo: «No, por favor, nada de uniones con judíos. Mire: nuestra Milena, etc., etc.».

¿Adónde he querido llevarla con todo esto? Me he extraviado un poco, pero no importa, porque quizás haya caminado usted conmigo y ahora estamos extraviados los dos. Eso es lo realmente bonito de su traducción, que es fiel (ríñame sólo por lo de «fiel», usted sabe hacer de todo, pero lo que mejor sabe es seguramente reñir, me gustaría ser alumno suyo y hacer faltas de continuo, sólo para que usted me riñera de continuo; uno está sentado en el pupitre, apenas se atreve a alzar la mirada, usted está inclinada sobre uno y de continuo campea en lo alto su dedo índice, con el que pone objeciones, ¿no es así?), o sea, que es «fiel» y que yo tengo la sensación de que la llevo de la mano, detrás de mí, por los lóbregos, angostos y feos pasadizos subterráneos de la historia, casi interminables (por eso las frases son interminables, ¿no se ha dado cuenta?), casi interminables (¿sólo dos meses, dice?), para después, a la salida, a la luz del día, tener, así lo espero, la suficiente sensatez como para quitarme de en medio.

Una advertencia para que lo deje por hoy, para que deje libre su mano dispensadora de felicidad. Mañana escribiré otra vez y explicaré por qué, en la medida en que puedo responder de ello, no iré a Viena y no me quedaré tranquilo hasta que usted diga: tiene razón.

Suyo

F

Por favor, escriba un poco más claramente la dirección; cuando su carta está metida en el sobre ya casi es propiedad mía, y usted debe tratar la propiedad ajena con más cuidado, con más sentido de la responsabilidad. Tak. Por cierto, tengo también la impresión, sin poder precisarlo más, de que se ha perdido una carta mía. Miedos de judío. ¡En lugar de temer que las cartas lleguen bien a su destino!

Ahora voy a decir una tontería sobre el mismo asunto, es decir, es tonto que yo diga algo que considero correcto sin tener en cuenta que me perjudica. Y luego habla Milena de apocamiento, me da un golpe en el pecho o me pregunta, lo que en checo viene a ser lo mismo en la dinámica y en el sonido: jste žid? ¿No ve cómo en jste se retira el puño para [...] acumular fuerza en los músculos? ¿Y luego en žid el alegre, el infalible golpe que sale disparado hacia delante? La lengua checa tiene muchas veces esos efectos secundarios para el oído alemán. Por ejemplo, preguntó usted una vez a qué se debe que yo haga depender de una carta mi estancia aquí y respondió en seguida usted misma: nechápu. Una palabra extraña en checo, su lengua además; es tan dura, tan impasible, de mirada tan fría; tan parca y sobre todo tan parecida a un cascanueces; en esa palabra chocan tres veces las mandíbulas una contra otra, o mejor dicho: la primera sílaba intenta atrapar la nuez, no es posible, entonces la segunda sílaba abre por completo la boca, ahora ya entra en ella la nuez, y la tercera sílaba la casca por fin, ¿oye las muelas? Es sobre todo ese definitivo cierre de labios al final lo que prohíbe al otro cualquier réplica, lo que por otra parte es a veces una buena cosa, por ejemplo cuando el otro no para de charlar como yo ahora. En cuyo caso el charlatán pide perdón diciendo: «Sólo se tiene esta locuacidad cuando uno, por fin, está un poco alegre»

Como quiera que sea, hoy no ha llegado carta suya. Y lo que yo quería decir al final aún no lo he dicho. La próxima vez. Cuánto, cuánto me gustaría tener alguna noticia suya mañana; las últimas palabras que le oí decir a usted antes del portazo —todos los portazos son abominables— son horribles.

Suyo

F

[Merano, 31 de mayo de 1920]

Lunes

Así pues, he aquí la explicación prometida ayer:

No quiero (Milena, ayúdeme. Comprenda más de lo que digo), no quiero (no es tartamudeo) ir a Viena porque no soportaría psíquicamente el esfuerzo. Soy un enfermo psíquico, la enfermedad pulmonar es sólo la enfermedad psíquica que se ha desbordado. Estoy así de enfermo desde el cuarto o quinto año de mis dos primeros compromisos matrimoniales. (No podía explicarme en un primer momento lo alegre que estaba usted en su última carta, fue más tarde cuando caí en la cuenta; lo olvido una y otra vez: usted es jovencísima, quizás no tenga ni 25 años, como mucho 23, quizás. Yo tengo 37, casi 38, casi una breve generación mayor que usted, y con el pelo casi blanco de las antiguas noches y los antiguos dolores de cabeza.) No quiero desplegar ante usted esa larga historia, con sus verdaderos bosques de detalles de los que aún tengo miedo como un niño, pero sin la capacidad de olvido del niño. Común a los tres noviazgos fue que yo tuve la culpa de todo, sin duda alguna fui culpable, hice desgraciadas a las dos jóvenes y además —aquí hablo sólo de la primera, de la segunda no puedo hablar, es susceptible, cada palabra, hasta la más amable, sería la más monstruosa ofensa para ella, yo lo comprendo—, y además sólo porque con ella (que, si yo lo hubiera querido, quizás se habría sacrificado) no pude tener una alegría duradera, ni sosiego, ni energía para tomar decisiones ni para afrontar el matrimonio, aunque así se lo aseguré a ella repetidas veces y de modo totalmente voluntario, aunque a veces la quería desesperadamente, aunque yo no conocía nada más deseable que el matrimonio. Me ensañé con ella (o, si usted quiere, conmigo) a lo largo de casi cinco años, pero, por suerte, ella era indestructible, una mezcla judeo-prusiana, mezcla sólida y victoriosa. Yo no era tan fuerte, ella sin embargo sólo sufría, mientras que yo golpeaba y sufría.

Termino, no puedo seguir escribiendo, no puedo explicar nada más, aunque acabo de empezar y debería describir la enfermedad psíquica, aducir las otras razones que me impiden ir a verla; ha llegado un telegrama: «El ocho encuentro Karlsbad, ruego confirmación escrita». Cuando lo abrí, confieso que aquello tenía una catadura terrible, aunque detrás está la persona más desprendida, más apacible, más modesta, y aunque todo ello en el fondo haya sido iniciativa mía. Ahora no puedo explicar eso, porque no puedo referirme a una descripción de mi enfermedad. Hasta ahora lo seguro es que me iré de aquí el lunes, a veces veo el telegrama y apenas puedo leerlo, es como si hubiera en él una escritura secreta que borra la otra y que dice así: «Pasa por Viena», una orden evidente pero sin lo horrible de las órdenes. No lo haré, objetivamente es absurdo no tomar el trayecto corto a través de Múnich, sino el otro doble de largo a través de Linz y luego más largo aún pasando por Viena. Hago un experimento: en el balcón hay un gorrión y espera que yo,

desde la mesa, le eche pan en el balcón; en lugar de eso echo el pan al suelo, en plena habitación, a mi lado. El gorrión está fuera y ve desde allí el manjar de su vida en la penumbra, le atrae enormemente, se mueve inquieto, está más aquí que allí, pero aquí está oscuro y, junto al pan, estoy yo, el poder secreto. Pese a ello salta por encima del umbral, da después varios saltitos pero ya no se atreve a más, de pronto se asusta y levanta el vuelo. Pero qué energía tiene ese pobre pájaro; pasado un ratito está otra vez aquí, observa la situación, echo unas migas más, para ponérselo más fácil y, si yo, con un pequeño movimiento, no le hubiera ahuyentado —medio con intención, medio sin ella, así actúan los poderes secretos—, habría cogido el pan.

Lo cierto es que a finales de junio acaba mi permiso y que yo, como transición —hará también mucho calor aquí, lo que por otra parte no me molestaría gran cosa—, quiero ir a alguna otra parte, al campo. Ella también quería viajar; por eso nos vamos a encontrar los dos allí, yo me quedaré allá unos días y luego quizás algunos días más en Konstantinbad, con mis padres; luego volveré a Praga; cuando considero esos viajes y los comparo con el estado de mi cabeza, entonces me encuentro más o menos en la situación en la que habría estado Napoleón si, al diseñar los planes para la campaña rusa, hubiera sabido al mismo tiempo con toda precisión cuál iba a ser su final.

Cuando llegó entonces la primera carta de usted, creo que fue poco antes de la boda que había de celebrarse (cuyo proyecto, por ejemplo, fue exclusivamente obra mía), me alegré y se la enseñé. Más tarde..., no, nada más, y esta carta no volveré a romperla, tenemos peculiaridades parecidas, sólo que no tengo una estufa a mano, y casi me temo, por los indicios, que he enviado alguna vez, escrita en el reverso de una carta comenzada como ésta, una carta a aquella chica.

Pero todo esto es poco importante, incluso sin el telegrama no habría sido capaz de viajar a Viena, al contrario, el telegrama obra más bien como argumento a favor del viaje. No iré, con toda seguridad, pero si pese a todo —no ocurrirá—, para mi horrible sorpresa, llegase a estar en Viena, no necesitaré ni desayuno ni cena, sino más bien una camilla en la que pueda tenderme un ratito.

Adiós, ésta no va a ser una semana fácil.

Suyo

F

Si quisiera escribirme unas letras a Karlsbad, lista de correos... No, mejor después, a Praga.

Qué enormes escuelas son esas en las que usted enseña: doscientos alumnos, cincuenta alumnos. Querría tener un asiento junto a la ventana, en la

última fila, durante una hora; entonces renuncio a encontrarme nunca con usted (lo que de todas maneras no ocurrirá), renunciaré a todos los viajes y..., basta, este papel blanco que no se acaba y no se acaba quema los ojos, y por eso escribo.

Esto ha sido a primera hora de la tarde, ahora son casi las once. Lo he organizado de la única manera posible en este momento. He teleografiado a Praga que no puedo ir a Karlsbad, daré como explicación mi abominable estado, lo que por una parte es muy cierto, pero por otra no muy lógico porque justamente debido a ese estado quería ir antes a Karlsbad. Así juego con un ser humano. Pero no puedo hacer otra cosa porque en Karlsbad no podría ni hablar ni callar o, mejor dicho: hablaría incluso si callara, porque ahora no soy sino una sola palabra. Pero lo seguro es que no viajaré pasando por Viena sino el lunes pasando por Múnich, no sé adónde: Karlsbad, Marienbad, en cualquier caso, solo. Tal vez le escriba, pero no recibiré carta suya hasta dentro de tres semanas, en Praga.

[Merano, 1 de junio de 1920]

Martes

Echo cuentas: escrita el sábado; a pesar del domingo llegó ya el martes a mediodía, el martes se la arranqué de la mano a la muchacha; un servicio postal tan estupendo y el lunes me marché y renuncié a él.

Tiene usted la bondad de preocuparse, echa de menos mis cartas, sí, varios días de la semana pasada no he escrito nada, pero desde el sábado lo he hecho cada día, de forma que ahora recibirá tres cartas, que la harán alegrarse de los días sin carta. Se dará cuenta de que todos sus temores están justificados, o sea, que estoy muy enfadado con usted en general y que, en particular, no me han gustado nada muchas cosas de sus cartas, que los artículos de las revistas me han irritado, etc. No, Milena de nada de eso ha de tener miedo, ¡pero tiemble por lo contrario!

Qué bien haber recibido su carta y tener que responderle con este cerebro insomne. No sé qué escribir, me limito a moverme aquí entre las líneas, bajo la luz de sus ojos, en el hálito de su boca como en un día hermoso y feliz, que sigue siendo hermoso y feliz aunque la cabeza esté enferma, cansada, y uno viaja el lunes pasando por Múnich.

Suyo F

¿Ha ido a casa corriendo, sin aliento, a causa mía? ¿Entonces ya no está enferma y no he de preocuparme por usted? Si es realmente así, ya no me preocupo..., no, estoy exagerando ahora como entonces, pero es una preocupación como si la tuviera aquí, bajo mis cuidados, como si la alimentara

a la vez con la misma leche que bebo yo, como si la fortaleciera con el aire que respiro y que entra del jardín; no, eso sería muy poco, la fortalecería mucho más que a mí.

Probablemente, por diversos motivos, aún no me marcharé el lunes, sino un poco más tarde. Pero entonces viajaré directamente a Praga, hay últimamente un tren expreso directo Bolzano-Múnich-Praga. Si quisiera escribirme aún unas líneas, podría hacerlo; si no llegaran a tiempo, me las reenviarán a Praga.

Mantenga su afecto por mí.

F.

Uno es el colmo de la estupidez. Estoy leyendo un libro sobre el Tíbet; cuando describe un poblado de montaña, en la frontera del Tíbet, de pronto me entra una pesadumbre, tan triste y solitaria aparece allí esa aldea, tan lejos de Viena. Lo que considero estúpido es la idea de que el Tíbet está lejos de Viena. ¿Está realmente lejos?

[Merano, 2 de junio de 1920]

Miércoles

Las dos cartas han llegados juntas, al mediodía; no son para leerlas sino para desplegarlas, poner la cara sobre ellas y perder la razón. Pero ahora resulta que es bueno haberla perdido ya casi del todo, porque el resto muy posiblemente lo seguiré manteniendo largo tiempo aún. Y por eso dicen mis 38 años judíos ante sus 24 cristianos:

¿Cómo sería eso? ¿Y dónde están las leyes del universo y toda la policía del firmamento? Tienes 38 años y un cansancio que probablemente no proviene de la edad. O mejor: no estás cansado, sino inquieto, simplemente tienes miedo de dar un paso en esta tierra plagada de cepos, por eso en realidad tienes siempre a la vez ambos pies en el aire, no estás cansado sino que tienes miedo del inmenso cansancio que seguirá a esa inmensa inquietud y que (como eres judío, sabes lo que es el miedo) uno imagina, en el mejor de los casos, como un estúpido mirar al vacío en el jardín del manicomio, detrás de la Karlsplatz.

Bien, ésa sería entonces tu situación. Has librado algunos combates, con ellos has hecho desgraciados a amigos y enemigos (y además sólo tenías amigos, gente buena y amable, ningún enemigo), así te has convertido en inválido, uno de esos que empiezan a temblar cuando ven una pistola de juguete y ahora, ahora te sientes de pronto como llamado al gran combate que salvará al mundo. Eso sería cuando menos muy extraño, ¿no?

Piensa también que quizás la mejor época de tu vida, de la que en realidad no has hablado a fondo con nadie, fueron, hace cosa de dos años, aquellos ocho meses en un pueblecito en el que creíste haber terminado con todo y con todos, en el que sólo te limitabas a lo que era indudable en ti, eras libre, sin cartas, sin la comunicación postal con Berlín que ya duraba cinco años, protegido por tu enfermedad, y al mismo tiempo sin tener que cambiar mucho en ti sino sólo ajustar más los antiguos y angostos contornos de tu modo de ser (en la cara, bajo los cabellos grises, no has cambiado apenas desde los seis años).

A lo largo de este último año y medio te has dado cuenta, lamentablemente, de que eso no era el final, más hondo no podías caer en esa dirección (hago salvedad del otoño pasado, en el que luché honradamente por contraer matrimonio), más hondo no podías arrastrar contigo a otra persona, a una muchacha buena y cariñosa que se deshacía de generosidad, más hondo no; no había escapatoria en ninguna dirección, ni siquiera hacia lo hondo.

Bien, y ahora Milena te llama con una voz que te penetra con la misma fuerza en la mente y en el corazón. Claro, Milena no te conoce, la han ofuscado varios relatos y varias cartas; ella es como el mar, fuerte como el mar con sus masas de agua, y sin embargo, equivocada, se precipita como el mar con toda su fuerza cuando la luna muerta y, sobre todo, lejana así lo quiere. No te conoce, y tal vez sea un presentimiento de la verdad que ella desee que vayas a verla. Que tu presencia real ya no la ofuscará, de eso puedes estar perfectamente seguro. ¿No será, alma delicada, que al final no quieres ir porque tienes miedo precisamente de eso?

Pero lo admito; tienes cien motivos interiores más para no ir (los tienes realmente) y además uno exterior: que no serás capaz de hablar con el marido de Milena ni de verlo siquiera y que tampoco serás capaz de hablar con Milena ni de verla si su marido no está presente; admitido todo esto, se oponen a ello dos consideraciones:

En primer lugar, si tú dices que vas a ir a pesar de todo, quizá ya no quiera Milena que vayas, no por capricho sino por cansancio natural; aliviada y de buen grado te dejará que viajes como a ti te parezca.

Y en segundo lugar: sí, viaja realmente a Viena. Milena sólo piensa en la puerta que se abre. Y se abrirá, en efecto, ¿pero luego? Luego habrá allí una persona flaca y larguirucha que sonreirá amablemente (eso lo hará constantemente, lo tiene de una vieja tía que siempre sonreía, pero ambos no lo hacen con intención, sólo por timidez) y se sentará donde le digan. Con eso ya habrán terminado en el fondo las ceremonias, porque hablar, no hablará casi, para eso le falta energía vital (aquí, mi nuevo compañero de mesa dijo ayer refiriéndose a la comida vegetariana del hombre silencioso: «Creo que

para el trabajo intelectual es absolutamente necesario comer carne»), ni siquiera estará feliz, para eso también le falta energía vital.

Ya lo ve, Milena, hablo abiertamente. Pero usted es inteligente. Está notando todo el tiempo que, en efecto, digo la verdad (plena, absoluta y detallada), pero con demasiada franqueza. Habría podido presentarme sin esa advertencia y deshacer de golpe el hechizo. El no haberlo hecho es una prueba más de mi verdad, de mi debilidad.

Me quedaré aquí quince días más, sobre todo porque me da vergüenza y temor volver de la cura con este éxito. En mi casa y, lo que es especialmente desagradable, en mi oficina, esperan de estas vacaciones algo así como un restablecimiento casi completo. Un tormento esos interrogatorios: ¿Cuánto has engordado esta vez? Y uno está adelgazando. ¡No ahorres! (alusión a mi tacañería). Y yo pago la pensión, pero no puedo comer. Y otras gracias por el estilo.

Tendría aún tanto que decir, pero no saldría esta carta. Sí, una cosa más quería añadir: si al final de estos quince días desea usted, tan firmemente como el viernes, que vaya a verla, entonces iré.

Suyo

F.

[Merano, 3 de junio de 1920]

Jueves

Ya ve, Milena, estoy tumbado en la hamaca por la mañana, desnudo, medio al sol, medio a la sombra, después de una noche casi insomne; cómo iba a poder dormir, si, demasiado liviano para dormir, revoloteaba de continuo en torno a usted y, tal como usted escribe hoy, estaba realmente espantado por «lo que me había tocado en suerte», tan espantado como se cuenta de los profetas, que eran frágiles niños (ya o todavía, eso da igual) y oían cómo los llamaba la voz, y estaban espantados y no querían y apoyaban los pies contra el suelo y tenían un miedo que les dilaceraba el cerebro, y ya antes habían oído voces y no sabían de dónde le venía aquel sonido terrorífico precisamente a esa voz — ¿era la debilidad de su oído o la fuerza de la voz?— y tampoco sabían, puesto que eran niños, que la voz ya había vencido y se había instalado a través precisamente de aquel miedo anticipado y lleno de presentimientos que tenían de ella, lo que sin embargo no quería decir nada sobre su don de la profecía, porque son muchos los que oyen la voz, pero que sean dignos de ella, eso es objetivamente muy cuestionable y, por razones de seguridad, más vale negarlo terminantemente desde un principio: pues bien, ése era mi estado de ánimo, tumbado en mi hamaca, cuando llegaron sus dos cartas.

Una peculiaridad, creo yo, tenemos en común, Milena: qué tímidos y medrosos somos, casi cada carta es distinta, casi cada una se asusta de la anterior, y más aún de la carta de respuesta. Usted no lo es por naturaleza, eso se ve fácilmente, y yo, yo quizás ni siquiera lo soy por naturaleza, pero ya casi ha pasado a ser naturaleza, sólo desaparece con la desesperación y, a lo sumo, también con la rabia, y, tampoco hay que olvidarlo: con el miedo.

A veces me da la impresión de que tenemos una misma habitación con dos puertas, una enfrente de otra, y cada uno sujeta el picaporte de su puerta, y con un pestañeo de uno de ellos ya está el otro detrás de su puerta, y basta entonces que el otro diga una sola palabra y el segundo, con toda seguridad, ya ha cerrado la puerta por fuera y ha desaparecido. Abriré sin duda otra vez la puerta, porque es una habitación que quizás no sea posible abandonar. Si el primero no fuera exactamente igual que el segundo, se habría quedado tan tranquilo, preferiría aparentemente no mirar al segundo y pondría orden poco a poco en la habitación como si fuera una habitación igual que cualquier otra; en lugar de eso hace exactamente lo mismo junto a su puerta, a veces incluso están los dos detrás de sus puertas y la hermosa habitación está vacía.

Eso da lugar a penosos malentendidos. Milena, usted se queja de algunas cartas: que les da vueltas y vueltas y que no sale nada de ellas; pero, si no me equivoco, precisamente en éstas yo estaba tan cerca de usted, refrenaba tan bien mi sangre y asimismo la suya, me hallaba tan en lo hondo del bosque, reposaba tanto en el reposo, que sólo se quiere decir realmente que, por ejemplo, a través de los árboles se ve el cielo, eso es todo, y una hora después se repite lo mismo y, sin embargo, allí ani jediné slovo které by nebylo velmi dobře uváženo. Tampoco dura mucho tiempo, un instante todo lo más, pronto suenan las trompetas de la noche insomne.

Considere también, Milena, cómo voy a su encuentro, qué viaje de 38 años acabo de realizar (y, como soy judío, otro aún mucho más largo), y cuando, en un recodo aparentemente fortuito del camino, la veo a usted, a la que nunca habría esperado ver y ahora, tan tarde, mucho menos aún, entonces, Milena, no puedo gritar, tampoco grita nada dentro de mí, no digo tampoco mil locuras, no están dentro de mí (hago abstracción de la otra locura, la que tengo en grado superlativo), y me entero de que estoy de rodillas quizás solamente porque muy cerca, delante de mis ojos, veo sus pies y los acaricio.

Y no me pida que sea sincero, Milena. Nadie puede pedirme eso con más insistencia que yo mismo y, sin embargo, se me escapa mucho, no cabe duda, quizás se me escape todo. Pero en esa persecución no me estimula ningún estímulo, al contrario, no puedo dar entonces ningún paso; de pronto todo se vuelve mentira y los perseguidos exterminan al perseguidor. Yo estoy en un camino así de peligroso, Milena. Usted está de pie, firme, junto a un árbol, joven, bella, el brillo de sus ojos fulmina el dolor del mundo. Jugamos a

škatule hejbejte se, yo me deslizo en la sombra de un árbol a otro, estoy en medio del camino, usted me llama, me señala peligros, quiere infundirme ánimos, está horrorizada de mis pasos inseguros, me recuerda (¡a mí!) la seriedad del juego: no puedo más, caigo desplomado, ya estoy tendido en el suelo. No puedo prestar atención al mismo tiempo a las horribles voces interiores y a usted, pero puedo prestar atención a aquéllas y confiárselo a usted, a usted, más que a nadie en el mundo.

Suyo

F

[Merano, 3 de junio de 1920]

Ahora, después de haber leído esa carta horrible, pero en modo alguno horrible hasta lo hondo, no es muy fácil dar las gracias por la alegría que me causó cuando llegó. Hoy es fiesta, correo normal ya no habría venido, tampoco era seguro que mañana viernes llegara algo de usted, era pues una especie de silencio opresivo, pero no triste en lo concerniente a usted; en su última carta era tan fuerte que yo la contemplaba igual que contemplaría desde mi hamaca a los alpinistas, si desde aquí pudiera distinguirlos allá arriba en la nieve. Y entonces llegó la carta poco antes del almuerzo; pude llevármela, sacarla del bolsillo, ponerla sobre la mesa, volver a meterla en el bolsillo; a las manos les gusta jugar con una carta y uno las mira y contempla alegre su juego infantil. No siempre reconocía al general y al ingeniero sentados enfrente de mí (personas excelentes y agradables), los oía menos aún, la comida con la que hoy he empezado otra vez (ayer no comí nada) tampoco me fastidiaba mucho, de las complicadas cuestiones aritméticas que se discutieron después de comer, los sucintos problemas me resultaban mucho más claros que las largas soluciones, durante las cuales, sin embargo, había ante mí, libre de trabas por la ventana abierta, un panorama de abetos, sol, montes, aldea y, sobre todo ello, una vislumbre de Viena.

Luego, sin embargo, leí la carta minuciosamente, es decir, leí minuciosamente la carta del domingo, la relectura de la carta del lunes me la reservo hasta su próxima carta, hay en ella cosas que no soporto leer más detalladamente, por lo visto aún no he recobrado del todo la salud; además la carta está ya caducada, según mis cálculos hay cinco cartas en camino, por lo menos tres de ellas tienen que estar ya en su poder, incluso si otra vez se hubiera perdido una o si las cartas certificadas tardaran más en llegar. Sólo me queda ahora pedirle que me envíe aquí en seguida la contestación, basta una sola palabra, pero tiene que ser una que suavice todos los reproches de la carta del lunes y los haga legibles. Por cierto, era justamente ese lunes cuando yo aquí sacudía enérgicamente (y con ciertas perspectivas de éxito) mi

discernimiento.

Y ahora la otra carta. Pero es tarde; hoy, después de varias vagas promesas, le he prometido firmemente a ese ingeniero que le haré una visita y veré las fotografías de sus hijos, grandes e imposibles de traer hasta aquí. Es apenas mayor que yo, bávaro, fabricante, muy dedicado a la ciencia pero también divertido y perspicaz; tenía cinco hijos, sólo viven dos (pero ya no tendrá más, por su mujer), el niño ha cumplido ya 13 años, la niña, 11. ¡Qué mundo! Y él lo lleva sobre los hombros guardando el equilibrio. No, Milena, no debería decir usted nada contra el equilibrio.

Suyo

F

Mañana más. Pero si fuese pasado mañana, nada de «odiar» otra vez, por favor, eso no.

He vuelto a leer la carta del domingo; sí, es más horrible de lo que pensé tras la primera lectura. Habría que tomar su rostro, Milena, entre las dos manos y mirarla fijamente a los ojos para que se reconociera a sí misma en los ojos del otro y a partir de entonces fuese ya incapaz de ni siquiera pensar las cosas que en ella ha escrito.

[Merano, 4 de junio de 1920]

Viernes

Lo primero, Milena: ¿qué clase de piso es ese en el que escribió el domingo? ¿Espacioso y vacío? ¿Está sola? ¿Día y noche?

Pues tiene que ser bien triste estar sentada una hermosa tarde de domingo frente a un «desconocido» cuyo rostro sólo es «papel de cartas cubierto de letras». ¡Cuánto mejor estoy yo! Mi habitación es pequeña, eso sí, pero aquí está la verdadera Milena, que por lo visto se le escapó a usted el domingo, y, créame, es maravilloso estar con ella.

Se queja usted de su inutilidad. Otros días ha sido distinto y será distinto. Esa frase concreta (¿en qué ocasión fue dicha?) la llena de espanto, pero ya se ha dicho o pensado con toda claridad en ese sentido innumerables veces. El ser humano atormentado por sus demonios se venga inconscientemente de su prójimo. En tales instantes usted querría hacer de redentora, una redención total; si no lo consigue, se llama a sí misma inútil. ¿Quién puede querer algo tan blasfemo? Nadie lo ha conseguido, ni siquiera Jesús. Él sólo pudo decir: «Sígueme», y luego también esa gran frase (que cito mal, desgraciadamente): Haz como digo y verás que no es palabra de hombre sino palabra de Dios. Y a los demonios los expulsaba sólo de los hombres que le seguían. Y eso no de

forma continua, porque cuando le abandonaban, él perdía también eficiencia y «finalidad». Por otra parte —esto es lo único que le admito a usted—, él también cayó en la tentación.

[Merano, 4 de junio de 1920]

Viernes

Hoy, al atardecer, he dado por primera vez un paseo bastante largo yo solo; por lo general camino con otras personas o, la mayoría de las veces, me quedo en casa acostado. ¡Qué país este! ¡Dios mío, Milena, si estuviera usted aquí! ¡Y este pobre intelecto incapaz de pensar! Y además estaría mintiendo si dijera que la echo de menos; es la más perfecta, la más dolorosa brujería: usted está aquí, igual que yo y aun con más presencia; donde estoy yo está usted, como yo y más aún. No es broma, a veces pienso que usted, como está aquí, me echa de menos a mí aquí y pregunta: «¿Pero dónde está? ¿No me escribió que estaba en Merano?».

F

¿Ha recibido mis dos cartas de respuesta?

[Merano, 5 de junio de 1920]

Sábado

Continuamente me pregunto si ha comprendido que mi respuesta, dada mi general disposición de ánimo, tenía que ser como ha sido, es más: que todavía ha sido demasiado suave, demasiado ilusoria, demasiado optimista. Continuamente, día y noche, me lo pregunto, temblando ante su respuesta, me lo pregunto inútilmente, como si me hubieran encomendado la tarea de clavar con el martillo un clavo en una piedra, a lo largo de una semana y sin descanso nocturno, operario y clavo al mismo tiempo. ¡Milena!

Corre la voz —no puedo creerlo— de que esta noche, debido a las huelgas, queda cortado el tráfico ferroviario con el Tirol.

[Merano, 5 de junio de 1920]

Sábado

Ha llegado su carta, la felicidad de su carta. Por encima de todo lo que contiene, hay en ella un pasaje esencial: que tal vez ya no pueda escribirme a Praga.

Pongo esto ante todo de relieve para que todo el mundo lo vea por

separado, también usted, Milena. De modo que así se amenaza a una persona y se conoce, al menos de lejos, sus motivos. Y encima se aparenta que se quiere bien a esa persona.

Pero tal vez hasta tendría usted razón en no seguir escribiéndome, algunos pasajes de su carta insinúan tal necesidad. Yo no puedo alegar nada contra ellos. Es precisamente en esos pasajes en los que veo muy bien y reconozco seriamente que estoy a gran altura pero que justo por eso el aire es demasiado tenue para mis pulmones y tengo que descansar.

Suyo

F

Escribiré mañana.

[Merano, 6 de junio de 1920]

Domingo

Ese discurso en las dos cuartillas de su carta, Milena, viene del fondo del corazón, del corazón herido (to - mně rozbolelo pone allí, y soy yo quien lo ha hecho: yo a usted), y suena tan nítido y orgulloso como si uno hubiera dado en acero, no en el corazón, y exige también lo más obvio y me entiende mal también (porque en realidad mis gentes «ridículas» son precisamente las de usted, y entonces: ¿dónde habría tomado yo partido entre ustedes dos? ¿Dónde está la frase? ¿Dónde habría tenido yo esa infame ocurrencia? ¿Y cómo iba a condenar a nadie, yo que en todos los aspectos reales —matrimonio, trabajo, valor, sacrificio, pureza, libertad, independencia, veracidad— estoy tan por debajo de ustedes dos que me da asco hablar siquiera de ello? ¿Y cuándo me habría atrevido a ofrecer ayuda activa? Y si me hubiera atrevido, ¿cómo habría podido ponerla en práctica? Basta de preguntas; han dormido bien en los infiernos; ¿por qué sacarlas a la luz del día? Son grises y tristes, y eso lo transmiten a otros. No diga que, de todas maneras, dos horas de vida son más que dos páginas escritas; la escritura es más pobre pero más clara). Así pues, me entiende mal, pero sin embargo: el discurso va dirigido a mí y yo no soy inocente, no lo soy y, curiosamente, no lo soy en gran parte porque a las preguntas de antes hay que responder: No y En ninguna parte.

Luego llegó su queridísimo telegrama, un remedio consolador contra la noche, la vieja enemiga (si el remedio no es del todo suficiente, no es, en verdad, culpa suya sino de las noches. Esas breves noches terrenales casi podrían inculcarle a uno el miedo a la noche eterna); la carta también contiene mucho y maravilloso consuelo, pero es una unidad en la que están también esas dos páginas devastadoras; el telegrama sin embargo es autónomo y no sabe nada de eso. Pero esto, Milena, es lo que puedo decir a la vista de su

telegrama: si yo, prescindiendo de todo lo demás, hubiera viajado a Viena, y usted, con sus ojos clavados en los míos, me hubiera soltado ese discurso (que, como ya he indicado, no pasa de largo junto a mí sino que me hiere, y me hiere justificadamente, no de pleno pero sí con mucha fuerza) —y si el discurso no hubiera constado de palabras, habría tenido que ser pensado, expresado con una mirada o con un gesto o, al menos, presupuesto de alguna manera—, entonces yo habría caído por tierra a todo lo largo y por mucho que usted hubiera hecho las veces de enfermera no habría podido ponerme en pie. Y si no hubiera sido así, sólo habría podido ser peor. Ya ve, Milena.

Suyo,

F

[Merano, 10 de junio de 1920]

Jueves

No quiero hablar ahora de otra cosa que de esto: [tampoco he leído aún sus cartas con detalle, sólo por encima, dando vueltas en torno a ellas como el mosquito alrededor de la luz, y así me he quemado varias veces la cabecita; son, por cierto, como ya he averiguado, dos cartas muy diferentes, una para apurarla hasta el final, la otra para quedar consternado, pero ésta es seguramente la última].

Si uno se encuentra con un conocido y le pregunta con gran interés cuántos son 2×2 , la pregunta es de manicomio, pero en el primer grado de la escuela primaria es muy apropiada. Con la pregunta que le hago a usted, Milena, ocurre que en ella se unen las dos cosas, el manicomio y la escuela; por suerte hay también en ella un poco de escuela. Porque yo nunca he podido comprender en absoluto que yo ejerciese la menor atracción sobre alguien y he destruido algunas relaciones humanas (por ejemplo la relación con Weiss) debido a una predisposición lógica, que cree más en un error del otro que en milagros (en la medida en que me concernía a mí, en otros casos, no). Por qué, pensé, enturbiar más con esas cosas el agua turbia de la vida. Veo ante mí un tramo del camino posible para mí y sé a qué inmensa distancia, para mí sin duda imposible de salvar, de mi lugar actual seré merecedor de alguna mirada (¡mía, mucho menos de otros! Esto no es modestia sino soberbia, si lo piensa bien), sólo de alguna mirada, y entonces recibí...: sus cartas, Milena. ¿Cómo expresar la diferencia? Uno yace en la suciedad y el hedor del lecho en que agoniza y llega el ángel de la muerte, el más bienaventurado de todos los ángeles, y le mira. ¿Puede atreverse a morir ese hombre? Se da la vuelta, se hunde más aún en su cama, le resulta imposible morir. En resumen: no creo en lo que usted me escribe, Milena, y no hay modo de que eso se me pueda probar (a Dostoievski tampoco habría podido probárselo nadie aquella noche,

y mi vida dura una noche), sólo yo podría probarlo, me imagino que sería capaz de ello (lo mismo que usted tuvo una vez la imagen del hombre tendido en la hamaca), pero tampoco puedo creerme a mí mismo. Por eso tal pregunta era sólo un ridículo recurso provisional —usted, naturalmente, lo ha visto en seguida—, del mismo modo que el maestro, por cansancio e impaciencia, a veces quiere dejarse engañar por una respuesta correcta del discípulo, y creer que el discípulo entiende de verdad el problema, mientras que en realidad lo conoce sólo por no sé qué razones irrelevantes, pero de ninguna manera puede comprenderlo hasta el fondo, porque sólo el maestro podría enseñarle a comprenderlo así. Pero no lloriqueando, quejándose, acariciando, suplicando, soñando (¿tiene usted las cinco o seis cartas últimas? Debería mirarlas, forman parte de la totalidad), sino sólo mediante... Dejemos esto por ahora.

Veo de pasada que en su carta menciona también a la chica. Para no dejar aquí lugar a dudas: si se prescinde del dolor momentáneo, usted ha hecho un enorme favor a esa joven. No puedo imaginar ningún otro método, fuera de éste, para que se desembarazara de mí. Con todo, ella tenía cierta dolorosa sospecha pero no veía en absoluto con claridad qué daba ese calor (inquietante, pero no para ella) al poquito de sitio que tenía a mi lado. Recuerdo: estábamos sentados los dos en el canapé de la única habitación de un apartamento en Wrschowitz (creo que era en noviembre, el piso se convertiría en nuestro domicilio una semana más tarde), ella era feliz de haber conseguido, con muchísimo esfuerzo, al menos ese sitio donde vivir; junto a ella estaba sentado su futuro esposo (repito: sólo yo había tenido la idea de casarnos, sólo yo había instado a ese matrimonio, ella sólo había cedido, asustada y a regañadientes, pero después, como es natural, se había ido haciendo a la idea). Cuando pienso en esa escena con sus pormenores, más numerosos que los latidos del corazón cuando se tiene fiebre, entonces creo poder comprender cualquier ofuscación humana (en aquel caso fue también mía durante meses, aunque en mí no era sólo ofuscación, sino también otra consideración, habría resultado de ello un matrimonio de conveniencia en el mejor sentido), poder comprenderla hasta el fondo, y tengo miedo de llevarme el vaso de leche a la boca, porque, no por casualidad sino intencionadamente, podría muy bien hacerse añicos y lanzarme los fragmentos a la cara.

Una pregunta: ¿en qué consisten los reproches que le hacen a usted? Sí, hay personas a las que he hecho desgraciadas, pero a la larga no me hacen reproches, seguro, sólo enmudecen y creo que ni siquiera interiormente me reprochan nada. Ésa es la posición excepcional que tengo entre la gente.

Pero todo esto carece de importancia frente a una idea que tuve esta mañana al levantarme de la cama y que me fascinó hasta el punto de que me encontré lavado y vestido sin saber cómo, y me habría afeitado también de la misma manera si no me hubiera despertado una visita (ese abogado que

considera necesario comer carne).

Es en resumen lo siguiente: usted deja a su marido por algún tiempo, no es nada nuevo, ya ha ocurrido en una ocasión. Las razones son: la enfermedad de usted y el nerviosismo de él (también le procura usted alivio a él) y, por último, el estado de cosas en Viena. No sé adónde quiere ir, para usted sería lo mejor cualquier comarca apacible de Bohemia. En todo ello será lo mejor que yo ni me involucre personalmente ni haga acto de presencia. El dinero necesario lo tendrá de mí, provisionalmente (ya nos pondremos de acuerdo sobre las condiciones de la devolución). (Sólo menciono una ventaja secundaria que eso me reportaría a mí: me convertiría en un empleado feliz con su trabajo, que es, por cierto, ridícula y lastimosamente fácil, no se lo puede imaginar, no sé a cambio de qué gano mi dinero.) Si de vez en cuando no bastara para llegar a fin de mes, sabrá procurarse fácilmente lo que falte, seguramente no mucho.

De momento no sigo encomiando esta idea mía pero, dando su opinión sobre ella, tiene usted la posibilidad de mostrar si puedo fiarme de su opinión sobre mis otras ideas (pues el valor de ésta lo conozco).

Suyo

Kafka

Leo ahora una observación sobre la comida; sí, eso seguro que también se podría organizar en mi caso, habiéndome convertido ya en un hombre tan importante. Leo las dos cartas del mismo modo que el gorrión picotea las migajas de mi habitación: tembloroso, a la escucha, al acecho, con todo el plumaje hinchado.

[Merano, 11 de junio de 1920]

Viernes

¿Cuándo se enderezará por fin un poco este mundo al revés? De día uno va por ahí con la cabeza echando humo —hay aquí por doquier hermosas ruinas en los montes y uno cree que también tiene que alcanzar esa belleza—, pero en la cama, en lugar de dormir, vienen las mejores ideas. Hoy, por ejemplo, se me ocurrió, como complemento de la propuesta de ayer, que durante el verano usted podría alojarse en casa de Staša, que, como usted misma escribió, está en el campo. Ayer escribí la tontería de que el dinero podría no bastar algún mes que otro; eso es absurdo, bastará siempre.

La carta de la mañana y de la tarde del martes confirma el valor de mi propuesta, lo que no es mera casualidad, porque el valor de la propuesta ha de verse confirmado por todo, por absolutamente todo. Si en la propuesta hay

alevosía —dónde puede faltar, ese terrible animal que, si le place, puede volverse muy pequeño—, la mantendré a raya, incluso su marido puede confiar en mí a este respecto. Empiezo a exagerar. Y sin embargo: se puede confiar en mí. Yo no la veré a usted, ni ahora, ni después. Usted vivirá en el campo, que tanto le gusta. (En eso nos parecemos; un campo tranquilo, con montes de poca altura, eso es lo que más me gusta, y allí bosques y lagos.)

No es usted consciente del efecto de sus cartas, Milena. Las cartas del lunes (jen strach o Vás) aún no he terminado de leerlas (lo he intentado esta mañana, con cierto éxito, de todos modos un poco habían pasado a la historia debido a mi propuesta, pero todavía no he podido leerlas hasta el final); la carta del martes en cambio (y también la extraña postal —¿escrita en un café?—. Aún he de responder a sus reproches a Werfel, en realidad no le contesto a nada, usted contesta mucho mejor, eso me gusta mucho), pese a la noche casi insomne debido a la carta del lunes, me tranquiliza bastante y me devuelve los ánimos. La carta del martes tiene también, qué duda cabe, su aguijón, y éste se abre camino a través del cuerpo, pero eres tú quien lo manejas y ¿qué sería —esto es sólo, por supuesto, la verdad de un instante, de un instante tembloroso de dicha y de dolor—, qué sería duro de soportar viniendo de ti?

F

Saco otra vez la carta del sobre; aquí queda sitio: por favor, tutéame otra vez —no siempre, no, tanto no pido—, háblame otra vez de tú.

Cuando tenga ocasión, y si no le resulta molesto, dígame algo agradable de mi parte a Werfel, por favor. —Pero a algunas cosas no me da usted respuesta, lamentablemente, por ejemplo, a las preguntas relativas a su carta. [...]

Hace poco he vuelto a soñar con usted, fue un gran sueño, pero no recuerdo casi nada. Estaba en Viena, no recuerdo nada de eso, pero después llegaba a Praga y había olvidado su dirección, no sólo la calle, también la ciudad, todo, sólo de alguna manera surgía el apellido Schreiber, pero no sabía qué hacer con eso. Así pues, usted me había desaparecido por completo. En mi desesperación hacía varios intentos de lo más astutos, que sin embargo, no sé por qué, no podía poner en práctica y de los cuales sólo recuerdo uno. Escribía en un sobre: M. Jesenská, y debajo «Ruego entregar esta carta, de lo contrario la administración de Hacienda sufrirá una inmensa pérdida». Mediante esa amenaza esperaba poner en movimiento todos los recursos del Estado para encontrarla. ¿Ladino? No deje que esto la predisponga contra mí. Sólo en sueños soy tan inquietante.

[Merano, 12 de junio de 1920]

Sábado

Un poco me interpretas mal, Milena; estoy casi completamente de acuerdo contigo. No quiero entrar aquí en detalles.

Hoy no puedo decir aún si voy a Viena, pero creo que no iré. Si antes tenía muchas razones en contra, hoy sólo tendría una, a saber, que es superior a mis fuerzas, y luego quizás como lejana razón secundaria, que así es mejor para todos nosotros. Sin embargo añado que para mí sería igual de superior a mis fuerzas, o más aún, que ahora, en las circunstancias descritas por ti (nechat člověka čekat), vinieras a Praga.

La necesidad de saber lo que quieres decirme sobre estos seis meses no es inmediata. Estoy convencido de que es algo horrible [...], estoy convencido de que has vivido, o incluso hecho, cosas horribles, estoy convencido de que, de haber estado yo presente, lo más probable es que no hubiera podido soportarlo (aunque hasta hace cosa de siete años yo podía soportarlo casi todo), y estoy convencido de que en el futuro tampoco lo soportaría: bueno, pero a santo de qué todo esto, ¿lo esencial para mí son tus actos y experiencias o tú misma? Aun sin que me cuentes nada, te conozco mucho mejor que a mí mismo, con lo que sin embargo no quiero decir que no sepa lo que hacen mis manos.

Tu carta no se opone a mi propuesta, al contrario, porque tú escribes: nejraději bych utekla třetí cestou která nevede ani k tobě ani s ním, někam do samoty. Es lo que yo propongo, tú lo escribes quizás el mismo día que yo.

Claro, si la enfermedad se halla en ese estadio, no puedes dejar a tu marido ni siquiera por algún tiempo, pero, como has escrito, no es una enfermedad interminable; hablabas de sólo unos meses; ya ha pasado un mes y más; cuando haya pasado otro, ya no serás imprescindible de momento. Entonces será todavía agosto, como muy tarde, septiembre.

Por lo demás admito una cosa: tu carta es de esas que no puedo leer en seguida, y aunque esta vez, sin embargo, la he devorado cuatro veces seguidas, no puedo decir al momento mi opinión. Con todo, creo que lo dicho arriba sigue teniendo validez.

Tuyo

[Merano, 12 de junio de 1920]

Sábado otra vez

Este cruce de cartas tiene que terminar, Milena, nos está volviendo locos, uno no sabe lo que ha escrito, ni a lo que tiene que responder, y, como quiera que sea, siempre está uno temblando. Tu checo lo entiendo muy bien, oigo también la risa, pero en tus cartas me muevo entre la palabra y la risa, luego sólo oigo la palabra y, por lo demás, todo mi ser no es sino miedo.

No puedo calcular si aún quieres verme, después de mis cartas del miércoles y del jueves; mi relación contigo sí la conozco (formas parte de mí, aunque no vuelva a verte nunca). [...] La conozco, en la medida en que no pertenece al terreno inabarcable del miedo, pero tu relación conmigo no la conozco, toda ella pertenece al miedo. Tú no me conoces tampoco, Milena, lo repito.

Lo que está sucediendo es para mí algo formidable, mi mundo se derrumba, mi mundo se edifica, a ver cómo te las arreglas (es a mí a quien me dirijo). No me quejo porque se derrumbe, estaba ya derrumbándose, me quejo porque se reedifica, me quejo de mis débiles fuerzas, me quejo de haber nacido, me quejo de la luz del sol.

¿Cómo seguiremos viviendo? Si dices «sí» a mis cartas de respuesta, no puedes seguir viviendo en Viena, eso es imposible. Al mismo tiempo que tus cartas de hoy ha llegado una de Max Brod, en la que escribe, entre otras cosas: «Ha sucedido una extraña historia, que te "relato" al menos en lo esencial. Reiner, el joven redactor de la Tribuna (según dicen, un muchacho muy agradable y, en verdad, exageradamente joven, quizá unos veinte años), se ha envenenado. Ha sido cuando estabas todavía en Praga, creo. Ahora se sabe la razón: Willy Haas tenía una relación amorosa con su mujer (Ambrozová de soltera, amiga de Milena Jesenská), relación que al parecer era sólo platónica. Nadie fue cogido in fraganti ni nada por el estilo, pero ella, de palabra sobre todo y con su comportamiento, atormentó hasta tal punto al marido, quien ya la conocía años antes de casarse, que él se suicidó en la redacción. Por la mañana llegó ella a la redacción, junto con el señor Haas, para preguntar por qué no había vuelto a casa después del servicio nocturno. Estaba ingresado ya en el hospital y había muerto antes de que ellos llegaran. Haas, que estaba en vísperas del último examen, interrumpió la carrera, rompió con su padre y dirige en Berlín una revista de cine. Dicen que no está bien. La mujer vive también en Berlín y creen que acabarán casándose. No sé por qué te cuento esta historia atroz. Quizás sólo porque padecemos del mismo demon, y por eso esta historia nos pertenece como nosotros le pertenecemos a ella».

Hasta aquí, la carta. Repito que no puedes quedarte en Viena. Qué horrible historia. En una ocasión capturé un topo y lo llevé al campo de lúpulo. Cuando lo solté, se metió como un loco dentro de la tierra, como si se zambullera en el agua, y desapareció. Así habría que esconderse de esta historia.

Milena, no se trata de eso, por supuesto; tú no eres para mí una mujer, eres una jovencita, no he conocido a ninguna joven que sea más muchacha joven que tú; no me atreveré a tenderte la mano, esta mano sucia, temblorosa, ganchuda, torpe, insegura, helada y ardiente.

Por lo que toca al empleado de Praga, no es un buen proyecto. Sólo encontrarás una casa vacía. Es mi oficina. Entretanto yo estaré en el Altstädter Ring n.º 6, tercer piso, sentado ante el escritorio con el rostro hundido entre las manos.

Bueno, Milena, tú tampoco me entiendes; la «cuestión judía» ha sido sólo una broma estúpida.

[Merano, 13 de junio de 1920]

Domingo

Hoy una cosa que tal vez aclare muchas otras, Milena (qué nombre rico y denso, apenas es posible levantarlo de pura plenitud, y no me gustó mucho al principio, me pareció un griego o un romano extraviado en Bohemia, violentado en checo, defraudado en la acentuación, y es, sin embargo, maravillosa en el color y la figura, una mujer que uno lleva en los brazos apartándola del mundo, del fuego, qué sé yo, ella se acurruca en tus brazos, dócil y confiada, sólo el acento que recae sobre la i es duro, ¿no se te escapa el nombre de un salto? ¿O no será quizás simplemente el salto de alegría que das tú con tu carga?).

Escribes dos tipos de cartas, no me refiero a las escritas a pluma y a lápiz, aunque lo escrito a lápiz insinúa por sí mismo muchas cosas y ya hace que uno aguce el oído, pero esa distinción no es decisiva; por ejemplo, la última carta con la tarjeta de alojamiento está escrita a lápiz y me hace feliz; feliz me hacen, en efecto (comprende, Milena, mi edad, mi desgaste y sobre todo el miedo, y comprende tu juventud, tu lozanía, tu valentía; y mi miedo crece más y más, porque significa un retroceder ante el mundo; por eso aumenta su presión, por eso sigue aumentando el miedo; tu valentía, en cambio, equivale a un avance, de ahí que disminuya la presión, que aumente la valentía), feliz me hacen las cartas apacibles, podría sentarme al pie de esas cartas, con una felicidad desmedida, son lluvia sobre la cabeza ardiente. Pero cuando llegan esas otras cartas, Milena, aunque por su naturaleza aporten más felicidad que las primeras (pero yo, por mi debilidad, tardo días en penetrar hasta esa felicidad), esas cartas que empiezan con exclamaciones (y yo, que estoy tan lejos) y que no sé con qué sobresalto terminan, entonces, Milena, comienzo en efecto a temblar como si tocaran a rebato, no puedo leer eso y sin embargo lo leo, claro, como bebe un animal que muere de sed, pero a la vez miedo y más miedo, busco un mueble bajo el que pueda esconderme; tembloroso y casi sin sentido rezo en un rincón para que, lo mismo que has entrado en tromba con esa carta, salgas volando otra vez por la ventana pues yo no puedo mantener un huracán en mi habitación; en esas cartas debes de tener la grandiosa cabeza de la Medusa, hasta tal punto se agitan convulsivamente las serpientes del

horror en torno a tu cabeza, y en torno a la mía, pero aún con más frenesí, las serpientes del miedo.

Tu carta del miércoles-jueves. Pero, niñita (soy yo el que habla así a Medusa), tomas en serio todas mis estúpidas bromas (de žid y nechápu y de «odio»), yo sólo quería con ello hacerte reír un poco; el miedo crea malentendidos entre nosotros, pero, por favor, no me obligues a escribir en checo; no había ni sombra de reproche en ello, más bien podría yo reprocharte que tengas una opinión excesivamente buena de los judíos que conoces (yo incluido) —¡hay otros!—; a veces querría embutirlos a todos ellos (yo incluido) en el cajón del armario ropero, esperar después, luego abrir un poco el cajón para ver si ya se han asfixiado todos; si todavía no es el caso, cerrar otra vez el cajón y continuar así hasta el final. Por otra parte, lo que dije sobre tu «discurso» era en serio (una y otra vez se desliza ernst en la carta. Quizá sea horriblemente injusto con él —no puedo reflexionar sobre eso—, pero casi igual de fuerte es la sensación de que ahora estoy vinculado a él y cada vez con más fuerza; casi habría dicho: a vida y muerte. ¡Si pudiera hablar con él! Pero me da miedo, es muy superior a mí. ¿Sabes, Milena? Cuando fuiste hacia él, bajaste un buen trecho de tu nivel, pero si vienes hacia mí, saltas al abismo. ¿Lo sabes? No, lo de mi carta no era mi «altura» sino la tuya). Vuelvo a tu «discurso»; tú también hablabas en serio, en eso no puedo estar equivocado.

Otra vez oigo hablar de tu enfermedad. Milena, ¿no tendrías que meterte en la cama? Tal vez deberías hacerlo. Y tal vez estás ya en la cama mientras escribo esto. ¿No era yo hace un mes mejor persona? Me ocupaba de ti (sólo mentalmente, por otra parte), sabía que estabas enferma, ahora ya no, ahora sólo pienso en mi enfermedad y en mi salud, y ambas cosas, lo primero y lo segundo, eres tú.

F

Hoy, para escapar de esta atmósfera de insomnio, he hecho una pequeña excursión con el ingeniero, mi preferido. Allí te escribí también una tarjeta, pero no he podido firmarla y enviarla. Ya no puedo escribirte como a una persona extraña.

La carta del viernes no llegó hasta el miércoles, las cartas urgentes y certificadas tardan más que el correo ordinario.

[Merano, 14 de junio de 1920]

Lunes

Esta mañana, poco antes de despertar, era también poco después de dormirme, tuve un sueño detestable por no decir terrible (por suerte, la impresión que dejan los sueños se desvanece en seguida), o sea, sólo un sueño

detestable. Por cierto, gracias a él he dormido un poco, de un sueño así uno no se despierta hasta que ha concluido; escaparse antes no es posible, el sueño lo sujeta a uno por la lengua.

Era en Viena, una Viena parecida a la que yo imagino cuando sueño despierto, por si llega el caso de que viaje allí (en esas fantasías Viena consta sólo de una plaza pequeña y apacible, uno de sus lados está formado por tu casa, frente a ella el hotel en el que me alojaré; éste tiene a la izquierda la Estación del Oeste, a la que llego, y ésta a su vez, a la izquierda, la Estación de Francisco José, de donde parto; sí, y en la planta baja de mi casa hay también, cosa muy agradable para mí, un restaurante vegetariano, en el que tomo las comidas, no por comer sino para llevar a Praga una especie de peso. ¿Por qué cuento esto? No forma parte del sueño, parece evidente que aún me inspira miedo). Así pues, no era exactamente así, era la gran ciudad real al caer de la tarde, húmeda, oscura, un tráfico intenso y caótico; la casa en la que yo me alojaba estaba separada de la tuya por un jardín público, largo y rectangular.

Yo había llegado de pronto a Viena, me había adelantado a mis propias cartas, que aún estaban de camino hacia ti (después era esto lo que más me dolía). Pero en cualquier caso tú estabas enterada y yo iba a reunirme contigo. Por suerte (pero al mismo tiempo yo tenía la sensación de algo molesto) no estaba solo, un pequeño grupo, también una chica, creo, estaba conmigo, pero no sé nada preciso sobre ella, para mí eran en cierto modo como mis asesores personales. Si por lo menos hubieran guardado silencio, pero no cesaban de hablar unos con otros, probablemente sobre mi asunto, yo sólo oía su murmullo que ponía nervioso, pero no comprendía nada y tampoco quería comprender. Estaba sobre el borde de la acera, a la derecha de mi casa, y observaba la tuya. Era un hotelito bajo, con una bonita y sencilla galería abovedada exterior, en piedra, a la altura de la planta baja.

De pronto era la hora del desayuno, en la galería ya estaba puesta la mesa, yo veía de lejos cómo llegaba tu marido y se sentaba en una silla de mimbre, a la derecha. Estaba aún soñoliento y se desperezaba estirando los brazos. Luego llegabas tú y te sentabas a la mesa de espaldas a la casa, de modo que se te podía ver del todo. Pero no con precisión, estabas muy lejos, la silueta de tu marido se veía con más exactitud, no sé por qué, tú eras sólo algo entre blanco y azulado, algo difuso, fantasmagórico. También habías abierto los brazos, pero no para desperezarte, sino que era una actitud solemne.

Poco después, había empezado a caer la tarde, estabas en la calle conmigo, de pie sobre la acera; yo, con un pie en la calzada, tenía cogida tu mano, y ahora empezaba un diálogo absurdamente rápido, de frases cortas, clic-clac, clic-clac, que duraba, casi sin interrupción, hasta el final del sueño. No puedo referir su contenido, en realidad sólo sé las dos primeras y las dos últimas frases, el espacio intermedio era un puro suplicio, imposible de transmitir a

otro.

En lugar de saludar, yo decía deprisa, inducido por algo que veía en tu rostro: «Me imaginabas distinto». Tú decías: «Si he de serte sincera, te tenía por más estiloso» (en realidad, empleaste otra expresión aún más vienesa, pero la he olvidado).

Ésas eran las dos primeras frases (en este contexto pienso en una cosa: ¿sabes que soy completamente negado para la música? ¿Que nadie, lo sé por experiencia, es tan ignorante en música como yo?); con eso, en el fondo, estaba todo decidido, ¿qué más podía venir? Pero entonces empezaban las negociaciones con vistas a un nuevo encuentro, expresiones de lo más vagas por tu parte, un sinfín de preguntas apremiantes por la mía.

Ahora intervenían mis acompañantes, opinando que yo también había ido a Viena para asistir a una escuela de agricultura en las proximidades de Viena, ahora les parecía que yo tendría tiempo para eso, saltaba a la vista que querían alejarme de allí porque les daba pena. Yo adivinaba lo que pensaban, pero me iba con ellos al tren, probablemente porque esperaba que, si tenía tan firme intención de partir, eso te causaría impresión. Llegábamos todos a la estación, que estaba cerca, pero entonces resultaba que yo había olvidado el nombre de la localidad en la que estaba la escuela. Permanecíamos delante de los grandes paneles de los horarios, todo el tiempo recorríamos con los dedos los nombres de las estaciones y yo me preguntaba si no sería tal vez ésta o aquella, pero no era ninguna.

Entretanto podía verte un poco, pero a mí me daba perfectamente igual tu aspecto físico, sólo me interesaba tu palabra. Te parecías bastante poco a ti misma, eras en cualquier caso más morena, rostro delgado; con las mejillas más llenas no habría sido posible tanta crueldad. (¿Pero era crueldad?) Tu traje, curiosamente, estaba hecho de la misma tela que el mío, era también muy masculino y a decir verdad no me gustaba nada. Pero luego me acordé de un pasaje de tu carta (el verso: dvoje šaty mám a přece slušně vypadám) y tu palabra ejercía tal poder sobre mí que desde entonces me gustaba mucho el vestido.

Pero ya se acercaba el final, mis acompañantes seguían buscando en los horarios, nosotros estábamos apartados y negociábamos. El último estado de la negociación era más o menos éste: el día siguiente era domingo; para ti era incomprensible hasta la náusea cómo yo podía suponer que tú tuvieras tiempo para mí en domingo. Finalmente, sin embargo, cedías en apariencia y decías que podrías sacar cuarenta minutos. (Lo más horrible de la conversación no eran las palabras, naturalmente, sino el trasfondo, la inutilidad de todo ello, era también tu incesante argumento tácito: «No quiero ir. ¿De qué te sirve entonces que vaya?»). Pero no podía conseguir que me dijeras cuándo tendrías

esos cuarenta minutos libres. No lo sabías; aunque en apariencia reflexionabas intensamente, no podías averiguarlo. Por fin yo preguntaba: «¿Tendré quizás que esperar todo el día?», «Sí», decías, y te dabas la vuelta hacia un grupo que estaba allí esperándote. El sentido de la respuesta era que no vendrías y que la única concesión que podrías hacerme era permitirme que esperase. «No esperaré», decía yo en voz baja, y como creía que no lo habías oído y era mi última carta, te lo gritaba mientras te ibas. Pero a ti te daba igual, ya no hacías el menor caso. Yo, no sé cómo, regresaba a la ciudad tambaleándome.

Pero dos horas después llegaban cartas y flores, bondad y consuelo.

Tuyo

F

Las direcciones, Milena, son otra vez poco claras, sobreescritas y completadas por el correo. La dirección, después de mi primera petición, era espléndida, una tabla modélica de hermosos y diversos tipos de caracteres, si bien tampoco propiamente legibles. Si el correo tuviera mis ojos, sólo sabría leer tus direcciones y ninguna otra. Pero como es el correo...

[Merano, 15 de junio de 1920]

Martes

Esta mañana he vuelto a soñar contigo. Estábamos sentados el uno al lado del otro y tú me rechazabas no con enfado sino amablemente. Yo era muy desgraciado. No por el rechazo, sino por mí, que te trataba como a cualquier mujer silenciosa y no oía la voz que salía de ti y que me hablaba precisamente a mí. O tal vez sí la había percibido pero no había podido responder a ella. Me marchaba más desconsolado que en el primer sueño.

Me viene a la mente algo que leí una vez no sé dónde: «Mi amada es una columna de fuego que avanza sobre la tierra. Ahora me tiene abrazado. Pero no guía a quienes abraza sino a quienes ven».

Tuyo

(Ahora pierdo también el nombre, se ha vuelto cada vez más corto y ahora es: Tuyo)

[Merano, 20 de junio de 1920]

Domingo

Después de un pequeño paseo que he dado contigo: (Qué fácil es escribir esto: pequeño paseo contigo. Uno debería dejar de escribir de vergüenza de

que sea tan fácil).

Para mí, de entrada, lo más horrible de esta historia es esa convicción de que los judíos tienen que matarse necesariamente, como animales de presa, y horrorizados, ya que no son animales sino gente de gran lucidez, han tenido que lanzarse contra vosotros. Tú no puedes percibir esta imagen con toda su fuerza y plenitud, pero el resto de esta historia puede que lo entiendas mejor que yo. No comprendo en absoluto cómo los pueblos, antes de que ocurrieran los hechos recientes, pudieron concebir la idea del asesinato ritual (antes era, todo lo más, una envidia y un miedo difusos, pero aquí hay un espectáculo inequívoco, aquí se ve a «Hilsner» cometer el crimen paso a paso; que la joven lo abrace al mismo tiempo, eso qué importa); por otra parte tampoco comprendo que los pueblos hayan podido creer que el judío asesine sin marginarse a sí mismo a la vez, porque es eso lo que hace; pero, claro, eso no tiene por qué interesar a los pueblos.

Otra vez estoy exagerando, todo esto son exageraciones. Son exageraciones porque quienes buscan la salvación siempre se abalanzan sobre las mujeres, y lo mismo da que sean cristianas o judías. Y cuando se habla de la inocencia de esas jóvenes, eso no significa la usual inocencia corporal sino la inocencia de su sacrificio, que no es menos corporal.

Tendría no poco que decir a propósito de ese informe, pero prefiero callarme; en primer lugar conozco poco a Haas (sin embargo su enhorabuena por mi compromiso matrimonial fue, curiosamente, la más cordial de las que recibí), a los otros, nada; además, podrías quizás enfadarte conmigo si me pongo a reflexionar sobre ese asunto que te concierne a ti, y, por último, ya nadie puede ayudar en eso y no sería sino un juego de elucubraciones.

(Continuamente tengo miedo de que, en el caso de la joven con la que habría debido encontrarme en Karlsbad y a la que, poco después de mi telegrama, después de dos notas bastante difusas dije la verdad lo mejor que pude —obrando conforme a sus deseos siempre me obligo a no decir nada en alabanza suya—, puedas condenarme injustamente; y he de tener tanto más miedo porque, como es natural, merezco que se me condene, y muy severamente, pero no en el sentido fundamental de tu relato, por tanto, más severamente aún, dirás tú; pues bien, entonces prefiero cargar con la condena más severa, que es justa, que con la más leve, que no me corresponde. Perdona mis palabras poco claras. Es también un asunto que tengo que solventar a solas conmigo, pero al mismo tiempo quiero poder verte de lejos.)

En cuanto a Max, creo también que por lo pronto hay que conocerle a él personalmente para poder juzgarlo de un modo general. Pero entonces hay que quererlo, admirarlo, estar orgulloso de él, aunque también compadecerlo. Quien no tiene esa actitud frente a él (dando por supuesta la buena voluntad)

no le conoce.

F.

[Merano, 21 de junio de 1920]

Lunes

Tienes razón. Al leer ahora —por desgracia he recibido las cartas al final de la tarde y mañana por la mañana quiero hacer con el ingeniero una pequeña excursión a Bolzano—, al leer ahora tus reproches por lo de «niñita», he dicho para mí, en efecto: eso basta, estas cartas no puedes leerlas hoy, tienes que dormir un poco al menos, si mañana quieres hacer la excursión. Y pasó un ratito hasta que seguí leyendo y comprendí y la tensión se rebajó y yo, si tú estuvieras aquí (con lo que sólo me refiero a la cercanía física), habría podido colocar, con un suspiro de alivio, el rostro en tu regazo. Eso quiere decir que se está enfermo, ¿no es cierto? Sin embargo yo te conozco y sé también que «niñita» no es un tratamiento tan terrible. Yo también entiendo de bromas, pero cualquier cosa puede ser también para mí una amenaza. Si me escribes: «Ayer he contado los "y" de tu carta; eran tantos y tantos: ¿cómo puedes permitirme escribirme "y" y encima en tal cantidad?». Si te mantienes seria, tal vez me quede convencido entonces de que te he ofendido con ello y me sentiré bien desgraciado. Y, en último término, podría ser realmente una ofensa, eso es difícil de comprobar.

Tampoco debes olvidar que lo serio y lo jocoso son, en sí, fáciles de distinguir, pero en personas tan importantes que nuestra propia vida depende de ellas no es tan fácil; el riesgo es demasiado grande, los ojos se le vuelven a uno ojos de microscopio, y cuando uno los tiene, ya no sabe distinguir. En ese aspecto, incluso en la época en que yo era fuerte, tampoco lo era realmente. Por ejemplo, en el primer curso de primaria. Nuestra cocinera, baja, seca, flaca, de nariz puntiaguda y rostro enjuto, amarillenta, pero firme, enérgica y con aire de superioridad, me llevaba cada mañana a la escuela. Vivíamos en la casa que separa el pequeño Ring del grande. Así pues, primero íbamos por el Ring, luego a la Teingasse, luego, por una especie de arco abovedado, al Callejón de los Carniceros hasta el Mercado de la Carne. Y he aquí que, aproximadamente durante un año, se repetía la misma escena cada mañana. Al salir de casa decía la cocinera que iba a contar al maestro qué travieso había sido yo en casa. Probablemente yo no era muy travieso, pero sí testarudo, inútil, taciturno, molesto, y con todo eso siempre habría sido posible confeccionar algo ideal para el maestro. Yo eso lo sabía y por tanto no tomaba a la ligera la amenaza. Sin embargo al principio creía que el camino a la escuela era larguísimo, que en él podrían ocurrir todavía muchas cosas (de esa aparente falta de reflexión infantil nace después poco a poco, puesto que los

trayectos no son larguísimos, esa angustia, esa seriedad como los ojos de los muertos), además, al menos cuando todavía estábamos en el Altstadt Ring, no acababa de creer que la cocinera, persona respetable, sí, pero sólo en el ámbito doméstico, se atreviera a hablar con un personaje de tanta relevancia en el ámbito público como el maestro. Quizás decía yo algo de ese género, entonces la cocinera solía responder brevemente con sus labios delgados e inmisericordes que yo no tenía por qué creerlo, pero que decirlo, lo diría. Más o menos en la zona donde arranca el Callejón de los Carniceros —esto tiene aún para mí una pequeña importancia histórica (¿en qué barrio viviste de niña?)— prevalecía el miedo a la amenaza. Ahora bien, la escuela ya era de por sí un espanto y la cocinera quería hacérmela aún más espantosa. Yo empezaba a suplicar, ella sacudía la cabeza; cuanto más suplicaba yo, tanto más valor tenía para mí lo que yo pedía, tanto mayor el peligro; me paraba y pedía perdón, ella tiraba de mí, yo la amenazaba con la venganza de mis padres, ella se reía, en eso era omnipotente, yo me agarraba a las puertas de las tiendas, a las piedras angulares, no quería seguir si no me perdonaba, tiraba de ella para atrás agarrándole la falda (ella tampoco lo tenía fácil), pero seguía tirando de mí asegurando que también contaría eso al maestro; se hacía tarde, daban las ocho en la iglesia de Santiago, se oían los timbres de la escuela, otros niños echaban a correr, yo siempre tenía sobre todo miedo de llegar tarde, ahora teníamos que correr nosotros también y yo no dejaba de elucubrar: «¿Lo dirá? ¿No lo dirá?». Bueno, no lo decía, nunca lo dijo, pero siempre tenía la posibilidad de decirlo y, aparentemente, esa posibilidad era incluso cada vez mayor (ayer no lo dije, pero hoy lo diré con toda seguridad), y nunca renunció a ella. Y a veces —imagínate, Milena— ella pataleaba contra el suelo de la calle de rabia contra mí y una carbonera estaba a veces allí y nos miraba. Milena, cuántas locuras y cómo soy tuyo, con todas las cocineras y las amenazas y con todo ese polvo formidable que han levantado 38 años y que se deposita en los pulmones.

Pero yo no quería decir nada de esto o, al menos, de otra manera; es tarde, he de terminar para irme a la cama y no podré dormir, porque he dejado de escribirte. Si alguna vez quieres saber cómo ha sido antes mi vida, te enviaré desde Praga la larguísima carta que escribí a mi padre hace cosa de seis meses pero que todavía no le he entregado.

Y a tu carta contestaré mañana, o, si por la noche ya fuese tarde, pasado mañana. Me quedo unos días más porque he renunciado a ir a ver a mis padres a Franzensbad; aunque no se puede llamar renuncia al simple hecho de quedarse tumbado en el balcón.

F

Y gracias otra vez por tu carta.

[Merano, 23 de junio de 1920]

Miércoles

Es difícil decir la verdad, porque hay sólo una, en efecto, pero está viva y por eso tiene un rostro vivo y cambiante (krásná vůbec nikdy, vážně ne, snad někdy hezká). Si te hubiera contestado la noche del lunes al martes, habría sido horrible, estaba en la cama como en el potro de tormento; te contesté durante toda la noche, te dije mis penas, traté de asustarte y apartarte de mí, me maldije. (Se debía también a que recibí la carta al final de la tarde y, con la noche ya encima, estaba demasiado excitado, era demasiado sensible a tus severas palabras.) Luego, a primera hora de la mañana, viajé a Bolzano, y en el ferrocarril eléctrico a Klobenstein, a 1200 metros de altura, respiré, aunque un poco aturdido, el aire puro, casi frío, frente a las primeras cadenas de los Dolomitas; luego, en el viaje de vuelta, escribí para ti esto que sigue y que copio ahora, y hasta esto me parece demasiado, hoy al menos; así varían los días.

Por fin estoy solo, el ingeniero se ha quedado en Bolzano, yo regreso. No he sufrido tanto porque el ingeniero y esas regiones se interpusieron entre tú y yo, porque yo tampoco estaba en casa. Ayer, hasta las 12 y media, pasé la tarde y la noche contigo escribiendo y después reflexionando; luego estuve en la cama, con apenas unos instantes de sueño, hasta las seis; luego meforcé a levantarme, como se hace con una persona ajena, y fue una buena cosa porque, si no, habría pasado un deprimente día en Merano dormitando y emborronando cuartillas. No importa mucho que apenas haya tenido conciencia de esa excursión y que de ella sólo me quede el recuerdo de un sueño no muy claro. La noche ha sido así porque tú, con tu carta (tienes una mirada penetrante, pero eso no sería mucho, la gente va y viene por la calle y atrae la mirada, pero tú tienes el valor de esa mirada y sobre todo la fuerza de mirar más allá de esa mirada; ese ver más allá es lo importante, y eso tú sabes hacerlo), has despertado a esos viejos demonios que duermen con un ojo y con el otro esperan su oportunidad, eso es terrible, sí, hace sudar de miedo (te lo juro: miedo únicamente de ellos, de esas fuerzas inaprehensibles), pero es bueno, es saludable, se les pasa revista y se sabe que están ahí. Sin embargo tu explicación de mi «tienes que marcharte de Viena» no es del todo exacta. No la escribí a la ligera (sino bajo la impresión de aquella historia; en realidad, la idea de tales implicaciones no me había venido a las mientes hasta ese momento; yo estaba entonces tan fuera de mí que tu marcha inmediata de Viena me parecía lo más incuestionable del mundo, partiendo de la consideración perfectamente interesada de que lo que por culpa mía pasa rozando a tu marido a mí me da de pleno; diez veces y cien veces me da de pleno y me despedaza. No es distinto de lo que te ocurre a ti), tampoco temía yo la carga material (no gano mucho, pero más que suficiente para nosotros

dos, creo, excepto si surge una enfermedad, claro), también soy sincero hasta lo que permite mi capacidad de pensar y expresarme (lo era ya antes, pero eres tú quien sabes ver la realidad y ayudarme). Lo que temo, y lo temo con los ojos bien abiertos e inmerso absurdamente en el miedo (si pudiera dormir como me hundo en el miedo, ya no estaría vivo), es sólo esa conspiración interior contra mí (que comprenderás mejor leyendo la carta a mi padre, aunque no del todo, porque la carta está demasiado construida con vistas a su especial objetivo), una conspiración que se basa más o menos en que yo, que en el gran tablero de ajedrez no soy ni siquiera peón de un peón, ahora, contra las reglas del juego y para confusión de todo el juego, quiero además ocupar el puesto de la reina —yo, el peón del peón, o sea, una figura que no existe siquiera, que ni siquiera interviene en el juego—, y luego a lo mejor también el puesto del rey o incluso todo el tablero, y en que, si yo quisiera esto realmente, habría de tener lugar de un modo distinto y más inhumano. Por eso, la propuesta que te he hecho tiene una importancia mucho mayor para mí que para ti. Es en este momento lo indudable, lo viable, lo que llena de felicidad.

Así fue ayer. Hoy diría, por ejemplo, que iré seguro a Viena, pero como hoy es hoy y mañana es mañana, todavía no tomo la decisión. En modo alguno me presentaré por sorpresa y tampoco iré después del jueves. Si voy a Viena, te escribiré un correo neumático —no podría ver a nadie excepto a ti, lo sé—, no será antes del martes, eso es seguro. Llegaría a la Estación del Sur. Aún no sé de dónde saldré en el viaje de vuelta, por tanto me alojaría cerca de esa misma Estación del Sur; lástima que no sepa dónde das tus clases cerca de la Estación del Sur, si no, podría esperar allí a las cinco. (Esta frase tengo que haberla leído en algún cuento de hadas, en alguna parte cercana a esta otra frase: si no han muerto, aún siguen vivos.) Hoy he mirado un plano de Viena, durante un momento no he podido comprender que se haya construido una ciudad tan grande, mientras que tú sólo necesitas una habitación.

F

Quizás haya puesto el apellido Pollak en alguna carta dirigida a lista de correos.

[Merano, 24 de junio de 1920]

Jueves

Cuando no se ha dormido lo suficiente, se tiene mucho más discernimiento que cuando se ha dormido, ayer dormí un poco más y al punto escribí esas solemnes tonterías sobre el viaje a Viena. Al fin y al cabo ese viaje no es cosa de poca monta, no es para bromear sobre él. Como quiera que sea, no me presentaré ante ti por sorpresa, con sólo imaginar tal cosa me pongo a temblar. No iré a tu casa. Si el jueves aún no has recibido una carta neumática,

entonces he viajado a Praga. Por cierto, según he sabido, llegaría a la Estación del Oeste —ayer escribí, creo, Estación del Sur—, pero bueno, eso no tiene importancia. Yo soy poco práctico, poco transportable, descuidado, pero no por encima de la media general (a condición de haber dormido un poco); por eso no tienes que preocuparte: si subo al vagón que va a Viena, lo más probable es que también me apee en Viena; sólo subir causa desde luego dificultades. Así pues, hasta la vista (pero no tiene que ser en Viena, puede ser también por carta)

F.

Ropucha es bonito —es bonito, pero no mucho—, no muy bonito, a esa historia le ocurre lo mismo que al ciempiés; después de estar fijado por el chiste, ya no se puede mover y se queda inmóvil también hacia atrás; toda la libertad y el movimiento de la primera mitad se ha perdido. Pero, aparte de eso, se lee como una carta de Milena J.; si es una carta, responderé a ella.

Y por lo que toca a Milena, eso no tiene que ver con germanidad ni con judaísmo. Los que mejor comprenden el checo (fuera de los judíos checos, claro) son los señores de Nase rec, en segundo lugar los lectores de la revista, en tercer lugar los suscriptores, y yo soy suscriptor; y como tal te digo que en Milena sólo es checo, en el fondo, el diminutivo: Milenka. Te guste o no, es lo que dice la filología.

[Merano, 25 de junio de 1920]

Sí, empezamos a tener malentendidos, Milena. Tú piensas que yo quería ayudarte, pero lo que yo quería era ayudarme a mí mismo. No hablemos más de ello. Y somníferos tampoco te he pedido, que yo sepa.

A Otto Gross no lo conocía apenas; pero he notado que en él había algo fundamental que al menos se desmarcaba de lo «ridículo». La perplejidad de sus amigos y familiares (mujer, cuñado, hasta el bebé enigmáticamente silencioso metido entre las bolsas de viaje —para que no se cayera de la cama cuando estuviera solo— y que bebía café negro, comía fruta, comía todo lo que le daban) recordaba un poco el estado de ánimo de los seguidores de Cristo cuando estaban a los pies del crucificado. Yo venía entonces de Budapest, adonde había acompañado a mi prometida, y viajaba después, completamente agotado, a Praga, al encuentro de la hemoptisis. Gross, su mujer y su cuñado viajaban en el mismo tren nocturno. Kuh, inhibido-desinhibido como siempre, cantó y alborotó durante la mitad de la noche, la mujer estaba recostada en una esquina, rodeada de suciedad —sólo teníamos asientos de pasillo—, y dormía (protegida al máximo, pero sin éxito visible, por Gross). Gross, por su parte, estuvo contándome algo durante casi toda la noche (con pequeñas interrupciones, durante las cuales probablemente se

ponía una inyección), al menos así me parecía a mí, porque, a decir verdad, yo no entendía absolutamente nada. Explicaba su doctrina con un pasaje bíblico que yo no conocía, pero por cobardía y cansancio no se lo dije. Desmenuzaba constantemente ese pasaje, constantemente pedía mi aprobación. Yo asentía de manera mecánica, mientras que él casi desaparecía delante de mis propios ojos. Por lo demás, creo que tampoco lo habría entendido con la cabeza despejada, mi inteligencia es fría y lenta. Así transcurrió la noche. Pero hubo también otras interrupciones. A veces, de pie y con los brazos en alto, se sujetaba a alguna cosa durante unos minutos; durante el viaje, pese a las fuertes sacudidas del tren, estaba completamente relajado y dormía. Después, en Praga, sólo le vi alguna vez de pasada.

No es tan incontestable que la falta de dotes musicales sea una desgracia; para mí, en primer lugar, no lo es, sino herencia de mis ancestros (mi abuelo paterno era carnicero en una aldea cerca de Strakonitz, yo no tengo que comer tanta carne como él sacrificó) y me da cierto sostén, sí, la familia significa mucho para mí, pero es sin embargo una desdicha humana, semejante o igual al no-poder-llorar, no-poder-dormir. Y comprender a la gente sin dotes musicales ya casi equivale a carecer de dotes musicales.

F

Si voy a Viena te telegrafiaré o escribiré a la oficina de correos. El martes o el miércoles. He franqueado todas las cartas, seguro; ¿no se notaba en el sobre que habían arrancado los sellos?

[Merano, 25 de junio de 1920]

Viernes noche

Esta mañana he escrito tonterías, y ahora llegan tus dos queridas cartas, bien repletas. Contestaré a ellas de palabra; el martes, si no ocurre nada inesperado, de índole interna o externa, estaré en Viena. Sería muy sensato que yo te dijera ya hoy (el martes es fiesta, creo, quizás esté cerrada la oficina de correos a la que te quiero enviar un telegrama o una carta neumática desde Viena) dónde voy a esperarte, pero me asfixiaría hasta entonces si hoy, ahora, te indicara un lugar y viera, tres días y tres noches, qué vacío está ese lugar, esperando a que el martes yo entre en él a una hora precisa. ¿Hay en el mundo, Milena, tanta paciencia como yo necesito? Dímelo el martes.

F

[Tarjeta doble cerrada, matasellos: Viena, 29-VI-20]

[Dirigida a:] M. Jesenská

Viena VIII

Lista de correos

Oficina de correos Bennogasse-Josefstädterstrasse

[Remitente:] Dr. Kafka

Hotel Riva

Martes, 10 horas

Es probable que esta carta no llegue antes de las doce, mejor dicho, es completamente seguro: ya son las diez. Bueno, entonces mañana, quizás sea mejor así, porque aunque he llegado a Viena y estoy sentado en un café junto a la Estación del Sur (qué cacao y qué galletas son éstas, ¿es esto lo que comes?), aún no estoy del todo aquí, no he dormido durante dos noches; ¿pero dormiré la tercera noche en el Hotel Riva de la Estación del Sur, donde me alojo, junto a un garaje? No se me ocurre nada mejor que esto: te esperaré el miércoles a partir de las diez de la mañana delante del hotel. Por favor, Milena, no me sorprendas llegando de lado o por la espalda, yo tampoco voy a hacerlo. Hoy visitaré probablemente los sitios interesantes de la ciudad: la Lerchenfeldstrasse, la oficina de correos, el cinturón desde la Estación del Sur hasta la Lerchenfeldstrasse, la carbonera, y cosas así, lo más invisible que pueda.

Tuyo

[Praga, 4 de julio de 1920]

Domingo

Hoy, Milena, Milena, Milena: no puedo escribir otra cosa. O sí. Hoy, pues, Milena, sólo con prisa, cansado y ausente (lo último, además, también mañana). Cómo no va a estar uno cansado, le prometen a un hombre enfermo un permiso de tres meses y le dan cuatro días, y del martes y el domingo sólo un trozo, y además le recortan las noches y las mañanas. ¿No tengo razón en no haber recobrado del todo la salud? ¿No tengo razón? ¡Milena! (Dicho en tu oído izquierdo, mientras tú, tumbada en la pobre cama, estás sumida en un sueño profundo, de buen origen, y, sin saberlo, te vas dando la vuelta despacio de derecha a izquierda en dirección a mi boca.)

¿El viaje? Primero fue muy sencillo, en el andén no hubo posibilidad de comprar un periódico. Un motivo para salir fuera, tú ya no estabas allí, eso estaba bien. Luego me monté de nuevo en el tren, éste arrancó, empecé a leer el periódico, todo estaba bien aún, al cabo de un rato dejé de leer, y he aquí que de pronto ya no estabas allí, o más bien, estabas allí, yo lo sentía en todo

lo que soy, pero esa forma de estar presente era muy distinta de la de estos cuatro días y tuve primero que acostumbrarme a ello. De nuevo empecé a leer, pero la hoja del Diario de Bahr empezaba con una descripción de los baños de Kreuzen, cerca de Grein-del-Danubio. Entonces dejé de leer, pero cuando miré al exterior, pasaba un tren y en el vagón ponía: Grein. Volví a mirar dentro del compartimento. Enfrente, un señor leía el Národní listy del domingo pasado, vi en él un artículo de Ružena Jesenská; se lo pido prestado, empiezo inútilmente la lectura, lo aparto y sigo sentado, con tu rostro exactamente como era al despedirnos en la estación. Allí, en el andén, hubo un fenómeno que nunca había visto antes: luz del sol que no oscurece por una nube sino por sí sola.

¿Qué más voy a decir? La garganta no obedece, las manos no obedecen.

Tuyo

Mañana, la maravillosa historia de la continuación del viaje.

[Praga, 4 de julio de 1920]

Domingo, un poco después

Un mensajero trae la carta adjunta (por favor, rómpela al momento, también la de Max), quiere tener en seguida la respuesta, escribo que estaré allí a las nueve. Lo que tengo que decir está muy claro; cómo decirlo, eso no lo sé. Santo cielo, si yo estuviera casado, si llegara a casa y no encontrara al mensajero sino la cama; meterme en ella inaccesible a todos, sin ninguna galería subterránea a Viena. Me digo esto a mí mismo para hacerme ver qué fácil es la tarea tan difícil que me espera.

Tuyo

Te envío la carta como si así pudiera conseguir que estés muy junto a mí cuando pasee de un lado a otro delante de esa casa.

[Praga, 4-5 de julio de 1920]

Domingo, 11.30

3)

Voy a numerar

al menos estas

cartas, pues ninguna debe

dejar de encontrarte, lo mismo

que yo no pude
dejar de encontrarte en
el pequeño parque.

Sin resultado, aunque todo es clarísimo y yo lo dije así, con esa claridad. No quiero entrar en pormenores, sólo que ella no dijo, ni por lo más remoto, una sola palabra ofensiva contra ti ni contra mí. Yo, de pura claridad, ni siquiera sentía compasión. Sólo pude decir, conforme a la verdad, que entre ella y yo no ha cambiado nada y que nunca cambiará nada, sólo... ya no sigo, es atroz, es oficio de verdugo, no es mi oficio. Sólo una cosa, Milena: si enferma de gravedad (tiene un aspecto malísimo y su desesperación es desmedida, mañana por la tarde tengo que ir a verla otra vez), así pues, si se pone enferma o si le pasa cualquier otra cosa, yo ya no puedo hacer nada puesto que sólo puedo repetirle una y otra vez la verdad y esa verdad no es sólo la verdad, es más, es estar inmerso en ti mientras que camino junto a ella: por tanto, si ocurre algo, entonces, Milena, tienes que venir.

F

Qué tonterías digo, tú no puedes venir, por la misma razón.

Mañana te envío a tu casa la carta que escribí a mi padre, guárdala bien, por favor, quizás, a pesar de todo, puede que quiera entregársela algún día. En la medida de lo posible, no dejes que nadie la lea. Y comprende cuando la leas todas las mañanas de abogado, es una carta de abogado. Y no olvides nunca tu gran «y sin embargo».

Lunes por la mañana

Hoy te envío «El pobre músico», no porque tenga gran importancia para mí, la tuvo hace años. Pero te lo envío porque es tan vienés, tan mal músico, conmovedor hasta las lágrimas, porque en el parque público nos miraba desde lo alto (¡a nosotros! Tú ibas a mi lado, Milena, imagínate, caminabas a mi lado), porque todo es tan burocrático y porque amaba a una muchacha hábil para los negocios.

[Praga, 5 de julio de 1920]

Lunes mañana

4)

Esta mañana a primera hora recibí la carta del viernes, después la del viernes por la noche. La primera tan triste —la tristeza de tu rostro en la estación—, triste no tanto por su contenido como porque ya pertenece al

pasado, porque todo pasó, el bosque compartido, el barrio de las afueras compartido, el viaje compartido. Eso no pasa, nunca, ese viaje en común, en línea recta, hacia arriba por la calle empedrada, el regreso por la avenida bajo el sol del atardecer, eso no cesa, y sin embargo es una broma estúpida decir que no cesa. Aquí hay por todas partes expedientes y documentos, varias cartas que acabo de leer, bienvenida del director (no estoy despedido) y más cosas por aquí y por allá, y, en medio de todo eso, suena una campanilla en el oído: «Ella ya no está contigo», pero también hay una enorme campana en alguna parte del cielo y dice: «No te abandonaré», pero la campanilla está en el oído. Y luego está la carta de la noche; imposible de comprender que el pecho pueda ensancharse y contraerse lo suficiente para respirar este aire, imposible de comprender que uno pueda estar lejos de ti.

Y sin embargo no me quejo, todo esto no es una queja, y tengo tu palabra.

Ahora, la historia del viaje y luego atrévete a decir que no eres un ángel: desde siempre he sabido que mi visado austriaco, en el fondo (y en la forma), estaba caducado desde hacía ya dos meses, pero en Merano me habían dicho que para un viaje de tránsito no hacía falta, y, en efecto, para entrar ahora en Austria no me pusieron objeción alguna. Por eso, en Viena olvidé completamente ese problema. En Gmünd, sin embargo, en la oficina de pasaportes, el funcionario —un hombre joven e intransigente— se dio cuenta en seguida de que algo no estaba bien. Pusieron aparte el pasaporte, todos pudieron avanzar hasta el control de aduanas, yo no, eso ya era bastante desagradable [todo el tiempo me interrumpen, es el primer día, aún no estoy obligado a oír chismorreos de oficina y me vienen continuamente y quieren apartarme de ti, es decir, a ti de mí, pero no lo conseguirán, ¿verdad, Milena? Nadie, nunca]. Así estaban las cosas, por tanto, pero entonces tú empezaste a trabajar. Llega un policía de fronteras —amable, abierto, austriaco, comprensivo, cordial— y me lleva por escaleras y pasillos a la inspección de fronteras. Allí está también, con un problema de pasaporte parecido, una judía rumana, además, cosa sorprendente, oh ángel de los judíos, tu amable enviada. Pero las fuerzas opuestas son mucho más potentes. El gran inspector y su pequeño adjunto, ambos amarillentos, flacos, inflexibles, al menos por ahora, se hacen cargo del pasaporte. El inspector corta por lo sano: «Vuelva a Viena, y recoja en la Jefatura Superior de Policía el visto bueno». Yo sólo puedo repetir varias veces: «Esto es horrible para mí». El inspector responde igualmente varias veces, irónico y artero: «Eso sólo se lo parece». «¿No se puede recibir el visado por telégrafo?». «No». «¿Si se hace uno cargo de todos los gastos?». «No». «¿No hay aquí ninguna instancia superior?». «No». La mujer, que ve mi infortunio y mantiene una calma extraordinaria, pide al inspector que al menos me deje pasar a mí. ¡Flacos recursos, Milena! Así no consigues sacarme adelante. Tengo que recorrer otra vez el largo camino a la oficina de pasaportes y buscar mi equipaje; por tanto está definitivamente

excluido que salga hoy de viaje. Y ahora estamos juntos en el despacho de la inspección de fronteras, el policía tampoco sabe nada que pueda consolarme, sólo que el plazo de validez de los billetes de tren puede ampliarse y cosas parecidas, el inspector ha dicho su última palabra y se ha retirado a su despacho particular, sólo sigue allí el pequeño adjunto. Hago cálculos: el próximo tren a Viena sale a las diez de la noche, llega a Viena a las dos y media de la mañana. Aún tengo los picotazos de los parásitos del Hotel Riva, ¿cómo será mi habitación junto a la Estación Francisco José? Pero ya no conseguiré habitación alguna, entonces viajaré (sí, a las dos y media) a la Lerchenfelder Strasse y pediré alojamiento (sí, a las cinco de la mañana). Pero como quiera que sea, en cualquier caso he de ir a buscar el lunes por la mañana el visado (¿me lo darán en seguida y no el martes?) y luego ir a tu casa, darte la sorpresa cuando abras la puerta. Dios mío. Ahí el pensamiento se toma un descanso, pero luego continúa: ¿Pero en qué estado me encontraré después de esa noche y del viaje, y por la noche habré de continuar en seguida con el tren que tarda dieciséis horas? ¿Cómo llegaré a Praga y qué dirá el director al que ahora tendré que pedir de nuevo por vía telegráfica que me prolongue el permiso? No quieres nada de eso, seguro, pero ¿qué es lo que quieres, en el fondo? No hay otra posibilidad. El único pequeño alivio que se me ocurre sería pasar la noche en Gmünd y salir por la mañana temprano para Viena, y entonces pregunto ya muy fatigado al silencioso adjunto si hay un tren a Viena que sale por la mañana temprano. A las cinco y media, y llega a las once de la mañana. Bueno, viajaré en ese tren, y la rumana también. Pero entonces, de pronto, la conversación toma un giro inesperado, no sé cómo, en cualquier caso veo con súbita claridad que el pequeño adjunto quiere ayudarnos. Si pasamos la noche en Gmünd, por la mañana, cuando él esté solo en la oficina, nos dejará pasar clandestinamente a Praga en el tren correo, entonces llegaremos a Praga a las cuatro de la tarde. Al inspector le diremos que viajaremos a Viena en el tren de por la mañana temprano. ¡Magnífico! Magnífico relativamente, por otra parte, porque a Praga tendré que enviar un telegrama de todos modos. Pero en fin. Llega el inspector, representamos la pequeña farsa relativa al tren matinal a Viena, luego el adjunto nos manda salir, nos dice que por la tarde vayamos a verle para tratar de todo lo demás. Yo, en mi ceguera, pienso que eso viene de ti, mientras que en realidad es sólo el último ataque de las fuerzas opuestas. Así que la mujer y yo salimos despacio de la estación (el rápido en el que habríamos debido continuar el viaje está aún allí, la revisión de equipajes tarda mucho tiempo). ¿Cuánto se tarda en llegar a la ciudad? Una hora. Encima eso. Pero parece que junto a la estación hay dos hoteles, nos alojaremos en uno de los dos. Una vía pasa cerca de los hoteles, tenemos que cruzarla, pero en ese momento llega un tren de mercancías, yo quiero pasar antes deprisa al otro lado, pero la mujer me retiene, y he aquí que el tren se para justo delante de nosotros y tenemos que

esperar. Un pequeño aditamento a nuestra malaventura, pensamos. Pero justamente esa espera, sin la que yo no habría llegado a Praga el domingo, trae el cambio. Es como si tú, lo mismo que recorriste los hoteles de la Estación del Oeste, ahora recorrieras todas las puertas del cielo para pedir por mí, porque ahora tu policía, que, con la lengua fuera, ha recorrido tras de nosotros todo el largo camino desde la estación, llega gritando: «¡Vuelvan de prisa, el inspector les deja pasar!». ¿Es posible? Un momento como ése pone un nudo en la garganta. Diez veces tenemos que rogar al policía que acepte el dinero que le damos. Pero ahora hay que volver de prisa, recoger el equipaje en la inspección, correr con él a la oficina de pasaportes, luego al control de aduanas. Pero ahora ya lo has arreglado tú todo; yo no puedo seguir cargando con el equipaje, y de pronto, casualmente, tengo un mozo de cuerda a mi lado; en la oficina de pasaportes se agolpa la gente, el policía me abre camino; en el control de aduanas pierdo, sin darme cuenta, el estuche con los gemelos de oro, un empleado lo encuentra y me lo entrega. Estamos en el tren y partimos al momento; por fin puedo enjugarme el sudor del rostro y del pecho. ¡Quédate siempre conmigo!

F

[Praga, 5 de julio de 1920]

Lunes

5) Creo

Claro, tendría que irme a la cama, es la una de la mañana, te habría escrito hace ya tiempo esta tarde, pero ha estado aquí Max, al que tenía muchas ganas de ver, y la joven y la preocupación que tengo por su causa me habían impedido hasta ahora ir a su casa. Hasta las ocho y media he estado con ella, Max había anunciado su visita para las nueve, y entonces hemos paseado los dos por ahí hasta las doce y media. Imagínate, lo que yo creía haberle dicho con claridad meridiana en las cartas dirigidas a él: que de ti, de ti, de ti (de nuevo cesa la escritura un momento), que es de ti de quien estoy hablando, no lo había comprendido, es ahora cuando se ha enterado del nombre (por otra parte yo nunca lo había escrito con absoluta claridad, porque al fin y al cabo su mujer podía leer las cartas). Y ahora, Milena, de nuevo una de mis mentiras, la segunda: una vez preguntaste asustada si la historia de Reiner [Mile] (he querido escribir Max, he escrito «Milena», y tachado el nombre, no me censures por ello, de verdad que me duele hasta las lágrimas) Max la había puesto en su carta como una advertencia. Pues bien, yo no la tomé como una advertencia exactamente, aunque sí como una música de acompañamiento; pero cuando te vi tan espantada, negué [tengo que levantarme, uno de esos ratones que me dan miedo está royendo en algún sitio] con una mentira

consciente que hubiera cualquier relación. Y ahora resulta, en efecto, que no había la menor relación, pero yo no lo sabía entonces y por tanto te mentí.

La joven. Hoy las cosas han ido mejor, pero a un elevado precio: le he permitido que te escriba. Me pesa muchísimo. Un signo de mi angustia por ti es el telegrama que te he enviado a la lista de correos (joven te escribe responde amable y —aquí yo habría querido propiamente añadir un "muy"— terminante y «no me abandones»). En conjunto hoy ha transcurrido todo con más sosiego, me obligué a hablar apaciblemente de Merano, la actitud fue menos agresiva. Pero cuando la conversación recaía sobre el asunto principal —a mi lado, en la Karlsplatz, a la muchacha le temblaba todo el cuerpo durante largos minutos—, yo sólo podía decir que a tu lado todo lo demás, aunque en sí no haya cambiado, desaparece y queda reducido a la nada. Hizo su última pregunta, ante la cual siempre estoy inerme, a saber: «Yo no puedo marcharme, pero si me dices que me vaya, me voy. ¿Quieres que me vaya?». (Hay en el hecho de contar esto, además de soberbia, algo hondamente abominable, pero es el miedo por ti lo que me induce a contarlo. Qué no haría yo llevado del miedo por ti. Mira, pues, qué nueva y extraña especie de miedo.) Respondí: «Sí». Ella entonces: «Pero si no puedo marcharme». Y entonces empezó a decir, esa personita buena y cariñosa, que no comprendía nada de todo esto, no comprendía que tú quisieras a tu marido y que hablaras conmigo a escondidas, etcétera. A decir verdad, también cayeron palabras malignas sobre ti, por las que habría querido, y debido, pegarle, ¿pero no tenía que dejar que soltara todas sus quejas, eso por lo menos? Mencionó que quería escribirte y yo, preocupado como estaba por ella, y dada mi infinita confianza en ti, se lo permití, lo permití aunque sabía que eso me costaría varias noches. Que ese permiso la haya tranquilizado es justamente lo que me intranquiliza. Sé amable y terminante, pero más terminante que amable; pero qué estoy diciendo, ¿no sé acaso que escribirás lo más adecuado que se puede escribir? Y mi miedo de que ella, en su apurada situación, escriba alguna perfidia y pueda así enemistarte conmigo ¿no es hondamente degradante para ti? Es degradante, pero ¿qué puedo hacer si en mí, en lugar del corazón, me late ese miedo en el cuerpo? No debería haberlo permitido. Ahora bien, mañana volveré a verla, es fiesta (Juan Hus), me ha rogado tanto que hagamos una excursión por la tarde... El resto de la semana, dijo, ya no tendré que venir. Quizás aún pueda hacerla desistir de la carta, si no la ha escrito ya. Pero, me digo entonces: quizás sólo quiera, en efecto, una explicación, quizás tus palabras, precisamente por su amable severidad, logren tranquilizarla, quizás —así terminan ahora todas mis elucubraciones— cae de rodillas ante tu carta.

Franz

En el margen derecho de la primera página: Y pese a todo creo a veces que, si es posible morir de felicidad, tiene que ocurrirme a mí. Y si uno que

está destinado a morir puede permanecer vivo de felicidad, entonces yo seguiré viviendo.

En el margen izquierdo de la última página: Otra razón por la que le permití que te escribiera. Quería ver cartas que tú me has escrito. Pero no puedo enseñárselas.

[Praga, 6 de julio de 1920]

Martes por la mañana

6)

Un pequeño golpe para mí: un telegrama de París, anunciando que un tío mío muy mayor, a quien en el fondo, por otra parte, tengo mucho cariño, que vive en Madrid y hace muchos años que no viene por aquí, llegará mañana por la noche. Un golpe porque me quitará tiempo, y yo todo el tiempo y mil veces más que todo el tiempo y, lo que más me gustaría, todo el tiempo que hay, lo necesito para ti, para pensar en ti, para respirar en ti. Esta casa, además, me resulta desahuciable, y las veladas, carentes de sosiego, querría estar en otro sitio. Muchas cosas las querría distintas; y la oficina no la querría en absoluto, pero luego creo que merezco que me den de bofetadas, cuando expreso deseos que van más allá del presente actual, de ese presente que te pertenece.

¿Puedo ir entonces a casa de Laurin? A Pick, por ejemplo, lo conoce. ¿No podría ocurrir fácilmente que alguna vez salga así a relucir que he estado en Viena? Escríbeme a este respecto.

Max está muy alterado por lo que cuentas sobre Příbram y el sanatorio, se reprocha haber interrumpido, a la ligera, lo que ya había comenzado a hacer por él. Además ahora tiene tan buenas relaciones con la administración que quizás pueda lograr lo necesario sin grandes dificultades. Te ruega encarecidamente que hagas un breve resumen de lo que puede decirse sobre la injusticia que se está cometiendo con Příbram. Si puedes, envíame en algún momento ese breve resumen. (El ruso se llamaba: Sprach).

Como quiera que sea, no puedo escribirte sino lo que únicamente nos concierne a nosotros, a nosotros en medio del barullo del mundo. Todo lo ajeno es ajeno. ¡Injusto! ¡Injusto! Pero los labios balbucean y el rostro está hundido en tu regazo.

De Viena me queda una amargura; ¿puedo decírla? El segundo día, arriba, en el bosque, creo que dijiste más o menos: «Mucho tiempo no puede durar esta lucha de la antesala». Y ahora, en la penúltima carta a Merano, escribes sobre la enfermedad. ¿Cómo voy a encontrar la salida entre esas dos cosas? No lo digo por celos, Milena, no soy celoso. O el mundo es diminuto o

nosotros gigantescos; en cualquier caso lo llenamos por completo. ¿De quién iba a estar yo celoso?

[Praga, 6 de julio de 1920]

Martes noche

7)

Ya ves, Milena, ahora te envío yo mismo la carta y no sé lo que dice. La cosa fue así: yo le había prometido estar esta tarde a las tres y media delante de su casa. Íbamos a hacer una excursión en vapor; pero ayer me fui muy tarde a la cama y no había dormido apenas, por eso le escribí por la mañana temprano una carta neumática: que tenía que dormir por la tarde y que no llegaría hasta las seis. En mi desasosiego, al que no le bastaban todos los telegramas y cartas como medidas de seguridad, añadí: «Tu carta la enviaré a Viena después de que hayamos hablado sobre ella». Pero ella, medio trastornada, ya había escrito la carta por la mañana temprano —tampoco sabe decir lo que ha escrito— y la había puesto en el buzón. Cuando recibe mi carta neumática, la pobre corre, llena de angustia, a la central de correos, localiza la carta en algún sitio, le da al funcionario, tan feliz está, todo su dinero, sólo después se asusta de la cantidad, y me trae por la tarde la carta. ¿Qué hago yo? Mi esperanza de que haya una pronta, completa y feliz solución está puesta en la carta y en el efecto de tu respuesta; es, desde luego, eso lo admito, una esperanza absurda, pero no tengo otra. Si abro la carta y la leo antes, en primer lugar la ofendo a ella, y en segundo lugar estoy seguro de que entonces no me será posible enviarla. Por tanto, cerrada como está, la pongo del todo en tus manos, del mismo modo que yo me he puesto ya a mí mismo en esas manos.

Está un poco nublado en Praga, no ha llegado aún ninguna carta, tengo el corazón un poco oprimido; es imposible, sin duda, que ya pueda tener aquí alguna carta, pero explícale eso al corazón.

F

Su dirección: Julie Wohryzek

Praga II

Na Smeckách 6

[Praga, 6 de julio de 1920]

Martes, más tarde

8)

Nada más haber echado la carta, lo pensé: cómo es posible que yo te haya pedido tal cosa. Aparte de que era sólo asunto mío hacer en esto lo adecuado y necesario, para ti era probablemente imposible escribir y hacer llegar a una persona extraña una respuesta de esa índole. Bueno, Milena, perdona las cartas y telegramas, atribúyelas a mi sentido común debilitado por nuestra despedida; no importa nada que no le contestes, habrá que encontrar otra solución. Y que esto no te cause preocupación. Lo que pasa es que estoy cansadísimo de esos paseos, hoy por la Vysehrader Lehne, eso es todo. Mañana también vendrá mi tío, no estaré mucho tiempo solo.

Pero para hablar de algo más agradable: ¿sabes cuándo llevaste puesto en Viena el vestido más bonito, pero ya insensatamente bonito? Sobre eso no puede haber discusión: el domingo.

[Praga, 7 de julio de 1920]

Miércoles tarde

9)

Sólo unas letras rapidísimas para inaugurar mi nuevo piso, rapidísimas porque a las diez vienen mis padres de Franzensbad, a las doce mi tío de París, y todos quieren que vaya a recogerlos; nuevo piso porque me he trasladado al piso de mi hermana —ella está en Marienbad—, para dejar sitio al tío. Un piso grande y vacío, eso está bien, pero la calle es más ruidosa, aunque de todos modos el cambio no está mal. Y tengo que escribirte, Milena, porque de mis últimas cartas llenas de quejas (la peor de todas la he roto esta misma mañana, de vergüenza; mira, ahora sigo sin tener noticias tuyas, pero quejarse del correo es una estupidez, qué tengo yo que ver con correos) podrías inferir que no estoy seguro de ti. No, no, estoy seguro. ¿Podrías ser para mí lo que eres si no estuviera seguro de ti? Lo que produce esa impresión ha sido, para mí, la breve proximidad física y la súbita separación física (¿por qué precisamente el domingo? ¿Por qué precisamente a las siete? Simplemente, ¿por qué?), eso puede, en efecto, trastornar un poco los sentidos. ¡Perdona! Y ahora, al final del día, para darte las buenas noches, acoge en una sola oleada todo lo que soy y tengo y lo que está feliz por descansar en ti.

F

[Praga, 8 de julio de 1920]

Jueves por la mañana

10)

La calle es bulliciosa, además justo casi enfrente están haciendo obras,

enfrente no está la iglesia rusa sino casas llenas de gente; pese a todo, estar solo en una habitación es quizás condición necesaria para vivir, estar solo en una vivienda, una condición —para ser exacto: transitoria— de la felicidad (una condición, porque de qué me serviría el piso si yo no viviera, si no tuviera una patria en la que descansar, por ejemplo dos ojos claros, azules, por una gracia inconcebible llenos de vida), pero así el piso forma parte de la felicidad, todo está silencioso, el cuarto de baño, la cocina, el recibidor, las otras tres habitaciones, no como en las viviendas compartidas ese ruido, esa impudicia, ese contacto incestuoso de los cuerpos, de los pensamientos y deseos, ya no dominados desde hace tiempo, y donde en todos los rincones, entre todos los muebles, surgen relaciones prohibidas, cosas indecentes y casuales, hijos ilegítimos, y donde la vida transcurre siempre, no como los domingos en tus silenciosos y vacíos barrios apartados sino como en los barrios turbulentos, excitantes, excesivamente poblados durante una ininterrumpida noche de sábado.

Mi hermana ha hecho todo el largo camino para traerme el desayuno (lo que no habría sido necesario, porque yo habría ido a casa) y ha tenido que llamar al timbre durante varios minutos antes de despertarme y arrancarme de la carta y de mi ausencia del mundo.

F

El piso no es mío, claro, durante el verano vendrá a menudo mi cuñado a vivir aquí.

[Praga, 8 de julio de 1920]

Jueves por la mañana

11)

Por fin, tu carta. Sólo unas letras rápidas y apresuradas sobre el asunto principal, aunque quizás, con el apresuramiento, se metan de por medio cosas inexactas que lamentaría más tarde. Es un caso como no conozco ninguno parecido si pienso en las relaciones de nosotros tres, por eso no hay que enturbiarlo con experiencias de otros casos (los cadáveres, el común sufrimiento en trío o en pareja, desaparecen de una manera u otra). No soy su amigo, no he traicionado a ningún amigo, pero tampoco soy un simple conocido suyo sino que estoy muy vinculado a él, en muchas cosas quizás sea más que un amigo. Tú, por tu parte, no le has traicionado, porque le quieres, digas lo que digas, y si tú y yo nos unimos hombro con hombro (¡os doy las gracias, hombros!), es a otro nivel, no en su terreno. De ello resulta que este asunto, en efecto, no es sólo un asunto nuestro que hay que mantener secreto, tampoco sufrimiento, angustia, dolor, inquietud —tu carta me ha sacado de

golpe de la relativa tranquilidad que provenía aún de nuestro encuentro y que ahora quizás esté retornando al torbellino de Merano—, sino que es un asunto sin tapujos, transparente en su franqueza, aunque tú siguieras guardando silencio algún tiempo. Yo también estoy en contra de evaluar a fondo las posibilidades —estoy en contra porque te tengo a ti; si estuviera solo, nada me impediría examinarlo todo minuciosamente—, uno se convierte a sí mismo, en el presente, en el campo de batalla del futuro, ¿cómo va a sostener entonces el suelo removido la casa del futuro?

Ahora ya no sé nada, llevo tres días en la oficina y aún no he escrito una línea, quizás sea posible ahora. Por cierto, mientras yo escribía esta carta, ha venido Max a verme; es obvio que guardará silencio. Para todos, fuera de mi hermana, mis padres, la joven y él, he hecho el viaje de vuelta pasando por Linz.

F

¿Me permites que te mande dinero? ¿Por ejemplo a través de Laurin, al que yo diría que me prestaste dinero en Viena y él te lo enviaría junto con tus honorarios?

También estoy un poco asustado por lo que anuncias que vas a escribir debido al miedo.

[Praga, 9 de julio de 1920]

Viernes

Todas estas cartas me parecen carentes de valor, y lo son. Lo mejor sería sin duda que yo viajara a Viena y te trajera conmigo, y quizás lo haga aunque tú no quieras. Pues sólo hay, en efecto, dos posibilidades, una más agradable que la otra: que tú vengas a Praga o a Libešic. Desconfiado, a la vieja manera judía, me acerqué ayer furtivamente a Jílovský y le atrapé poco antes de que partiera para Libešic; llevaba tu carta a Staša. Es una persona estupenda, alegre, franco, inteligente, le coge a uno del brazo, charla sin ningún reparo, está dispuesto a todo, lo entiende todo e incluso un poco más. Tenía la intención de ir con su mujer a ver a Florian, que vive cerca de Brünn, y desde allí iría a verte a Viena. Esta tarde regresa a Praga, traerá la respuesta de Staša, hablaré con él a las tres de la tarde, después te enviaré un telegrama. Perdona mi verborrea de estas once cartas, quítalas de en medio, ahora llega la realidad, es más grande y mejor. De momento sólo hay que tener miedo por una cosa, por tu amor a tu marido. Por lo que toca a la nueva tarea, que mencionas en tu carta, es difícil, sin duda, pero no tengas en poco las fuerzas que da tu proximidad. Por ahora no duermo, pero estoy mucho más tranquilo de lo que creía ayer tarde, confrontado con tus dos cartas (casualmente estaba Max

conmigo, cosa que no me gustaba del todo, pues era demasiado asunto exclusivo mío; ay, otra vez empiezan los celos del no celoso, pobre Milena). Tu telegrama de hoy me procura también un poco de alivio. En cuanto a tu marido, ahora, al menos ahora, no tengo una preocupación excesiva, insoportable. Había tomado a su cargo una tarea inmensa, la ha cumplido en lo esencial en parte, y tal vez honorablemente en su conjunto; no me parece capaz de cargar con más, y no porque le falten las fuerzas (¿qué son mis fuerzas frente a las suyas?) sino porque, debido a lo ocurrido hasta ahora, está sobrecargado, agobiado en exceso, le falta demasiado la concentración necesaria. Quizás será para él, junto a lo otro, un alivio. ¿Por qué no iba a escribirle?

F

[Praga, 9 de julio de 1920]

Viernes

Sólo unas letras sobre la carta de Staša; mi tío, en general una persona encantadora, pero ahora un poco incordiante, está esperándome. Bueno, la carta de Staša: es muy amable y cariñosa, pero tiene no sé qué deficiencia, algo le falta, quizás sólo en lo formal (lo que no quiere decir que las cartas sin esa deficiencia sean más cordiales, quizás más bien lo contrario), en cualquier caso, algo le falta o le sobra, tal vez sea la capacidad de reflexión, que por lo demás parece provenir del marido, porque justamente así hablaba él ayer conmigo, y hoy, en cambio, cuando debido a mi desconfianza de ayer (z Kafky to vytáhl) quería pedirle disculpas y desahogarme un poco, muy cordialmente casi me mandó salir con la carta de Staša e indicándome que Staša me había prometido una cita para el lunes. ¿Pero cómo estoy hablando de esta gente, buena en verdad? Celos, realmente son celos, pero te prometo, Milena, no atormentarte nunca con ellos, sólo a mí mismo. Pero en esa carta me parece que hay un malentendido: tú lo que querías de Staša no era ni que te aconsejara propiamente ni que hablara con tu marido, tú querías de entrada lo que no es sustituible por nada: su presencia. Eso me pareció a mí. Y el asunto del dinero no tiene la menor importancia, eso se lo dije ya ayer a su marido. Ahora bien, el lunes hablaré con Staša (además, hoy hay que disculpar por completo a Jílovský. Está ocupadísimo, Pittermann y Ferenz Futurista estaban sentados a la misma mesa y esperaban con impaciencia el comienzo de la reunión con motivo de un nuevo espectáculo de cabaré). De verdad, si no estuviese esperándome mi tío, rompería la carta y escribiría otra, sobre todo porque en la carta de Staša hay un pasaje que, para mí, todo lo santifica: s Kafkou žit.

Espero que aún reciba hoy una noticia tuya. Uno es por cierto un

capitalista que no sabe lo que tiene. Esta tarde, cuando en vano preguntaba en la oficina si habían llegado noticias, me trajeron una carta tuya, que había llegado (por cierto junto con una tarjeta de Přeborn) poco después de que yo partiera para Merano; sentí una sensación rara al leerla.

Tuyo

[Praga, 10 de julio de 1920]

Sábado

14)

Es un desastre, anteayer llegaron tus dos cartas desdichadas, ayer sólo el telegrama (era tranquilizador, pero parecía un poco deshilvanado, como son los telegramas) y hoy nada. Y aquellas cartas no fueron muy consoladoras para mí, en ningún aspecto, y ponía en ellas que me escribirías en seguida otra vez y no me has escrito. Y anteanoche te puse un telegrama urgente con respuesta urgente, la respuesta tendría que estar aquí hace mucho tiempo. Repito el texto: «Ha sido lo único correcto, estate tranquila, aquí estás en casa, Jílovský llegará a Viena con su mujer probablemente dentro de ocho días. ¿Cómo te envío dinero?». Así que a eso no ha llegado respuesta: «Márchate a Viena», me digo a mí mismo. «Pero Milena no quiere, lo rechaza de manera categórica. Tú serías una decisión, a ti no quiere tenerte ahora, está preocupada y llena de dudas, por eso quiere que vaya Staša». Pese a todo yo debería ir, pero no estoy bien de salud. Tranquilo, relativamente tranquilo sí estoy, en efecto, como jamás habría esperado estar en los años pasados, pero durante el día tengo una tos fuerte y por la noche toso un cuarto de hora seguido. Quizás se trate sólo del primer periodo de la habituación a Praga y de las consecuencias de la desordenada vida en Merano antes de que te conociera y te mirase a los ojos.

Qué oscura se ha puesto Viena, habiendo sido tan luminosa durante cuatro días. ¿Qué me están preparando allí mientras yo aquí, sentado ante mi mesa, dejo la pluma y apoyo el rostro en la mano?

F

Luego, desde mi butaca, he contemplado la lluvia por la ventana abierta, y se me han ocurrido diversas posibilidades: que tal vez estés enferma, cansada, que guardes cama, que la señora Kohler podría mediar y luego — curiosamente, como la posibilidad más natural, más evidente— que la puerta se abra y tú estés ahí.

[Praga, 12 de julio de 1920]

Lunes

15)

Han sido cuando menos dos días espantosos. Pero ahora veo que tú eres perfectamente inocente; algún diablo maligno ha retenido todas tus cartas desde el jueves. El viernes sólo recibí tu telegrama, el sábado nada, el domingo nada, hoy cuatro cartas: del jueves, del viernes y del sábado. Estoy demasiado fatigado para escribir una carta propiamente dicha, demasiado cansado para, de esas cuatro cartas, de entre esa montaña de desesperación, dolor, amor, amor recíproco, averiguar lo que queda sobrante para mí, así de egoísta es uno cuando está cansado y durante dos días y dos noches se ha consumido imaginando las cosas más atroces. Pero sin embargo —y esto es parte otra vez de tu fuerza-portadora-de-vida, madre Milena—, pero sin embargo estoy, en el fondo, menos desmoronado que en los siete años últimos, a excepción del año que estuve en aquella aldea.

De todos modos sigo sin entender por qué no llegó respuesta a mi telegrama urgente del jueves por la noche. Luego telegrafíé a la señora Kohler, tampoco hubo respuesta. No tengas miedo de que escriba a tu marido, tampoco yo tengo muchas ganas. Sólo tengo ganas de viajar a Viena, pero tampoco lo haré, aunque no existieran tales impedimentos como tu rechazo de mi viaje, dificultades con el pasaporte, oficina, tos, cansancio, boda de mi hermana (el jueves). De todos modos, mejor sería hacer el viaje que pasar tardes como la del sábado o la del domingo. El sábado: paseé un poco con mi tío, un poco con Max y cada dos horas iba a la oficina para preguntar por el correo. El final de la tarde fue mejor, pasé por casa de Laurin, él no tenía malas noticias tuyas, mencionó tu carta, que me hizo feliz, llamó por teléfono a Kisch, de la Neue Freie Presse, él tampoco sabía nada, pero quería preguntar por ti, aunque no a tu marido, y llamar esta noche otra vez por teléfono. Ésta fue mi visita a Laurin, oí varias veces tu nombre y se lo agradecí. Por otra parte no es ni fácil ni agradable hablar con él. Es como un niño, como un niño no muy espabilado; además se alaba a sí mismo, miente, es un comediante y uno se tiene por exageradamente listo y asquerosamente comediante cuando está allí escuchando tan tranquilo. Sobre todo porque no es sólo un niño sino que, en cuanto a bondad, empatía, generosidad, es plenamente un adulto, un adulto muy de tomar en serio. No sale uno de esa discrepancia y si yo no me dijera continuamente a mí mismo: «Una vez más, una única vez más, quiero oír tu nombre», me habría marchado mucho antes. Habló también de su boda (el martes) en el mismo tono.

El domingo fue peor. En realidad yo había querido ir al cementerio y eso habría sido lo acertado, pero me quedé toda la mañana en la cama y por la tarde tuve que ir a casa de los suegros de mi hermana, donde no había estado nunca. Después eran las seis. De vuelta a la oficina, para preguntar si había

habido telegrama. Nada. ¿Entonces qué? Mirar el programa de los teatros, porque Jílovský, muy de pasada por su enorme prisa, había mencionado que Staša iba el lunes a una ópera de Wagner. Leo entonces que la representación empieza a las seis y a las seis tenemos la cita. Mala suerte. ¿Qué hacer ahora? Ir a la Obstgasse a ver la casa. Está todo en silencio, nadie entra ni sale, espero un poco, nada, esas casas son mucho más sabias que las personas que las contemplan. ¿Y ahora? Al pasaje Lucerna, donde antes había una vitrina del dobré dilo. Ya no está allí. Así que, entonces, tal vez a casa de Staša, cosa muy fácil de llevar a cabo puesto que ahora es seguro que no está en casa. Una casa hermosa y tranquila, un pequeño jardín detrás. En la puerta del piso un candado; así pues, se puede llamar impunemente al timbre. Abajo un poco de charla con la portera con el fin de pronunciar «Libešic» y «Jílovský»; para «Milena» no hubo ocasión, lamentablemente. ¿Y ahora? Ahora viene lo más estúpido. Voy al Café Arco, en el que no he estado desde hace muchos años, para encontrar a alguien que te conozca. Por suerte no había nadie y pude marcharme en seguida. ¡Que no se repitan domingos así, Milena!

F

En el margen derecho de la página tres: muchas gracias por las fotos, pero Jarmila no se parece a ti, todo lo más a cierta luz, a cierto fulgor que pasa por su rostro como por el tuyo.

En el margen izquierdo de la última página: Ayer no pude escribir, todo me resultaba demasiado oscuro en Viena.

[Praga, 13 de julio de 1920]

Martes algo más tarde

17)

Qué cansada estás en la carta del sábado por la noche. Yo tendría mucho que decir sobre esa carta, pero hoy no digo nada a quien está tan cansada; además yo también lo estoy, en el fondo por primera vez desde que llegué a Viena con la cabeza dolorida por no haber dormido nada. No te digo nada, sino que, simplemente, te siento en la butaca (dices que no te has mostrado muy amable conmigo, pero ¿hay más amor y más honor que dejar que me sienta allí y que tú, sentada delante, estés conmigo?), así pues, ahora te siento en la butaca y no sé cómo abarcar la dicha con palabras, ojos, manos y con el pobre corazón, la dicha de que tú existas y, sí, de que también seas mía. Y sin embargo no es a ti a quien amo, sino que es más, amo mi existencia que me ha sido regalada a través de ti.

De Laurin no cuento hoy nada, ni tampoco de la joven, todo eso seguirá su camino de alguna manera: qué lejos está todo.

Todo lo que dices sobre «El pobre músico» es cierto. Si dije que no significa nada para mí, sólo fue por prudencia, porque no sabía qué pensabas tú de él, pero también porque me avergüenzo de esa historia como si la hubiera escrito yo y, en efecto, comienza mal y tiene un montón de cosas incorrectas, ridículas, diletantes, amaneradas hasta lo insoportable (se nota sobre todo al leerlo en voz alta, yo podría indicarte los pasajes), y, en especial, esa manera de ejercer como músico es una invención de una ridiculez deplorable, apta para inducir a la joven a que, en un ataque de furia, en el que participará todo el mundo, yo sobre todo, arroje contra esa historia todo lo que tenga en la tienda, hasta que la historia, que no merece nada mejor, se vaya a pique, destrozada por sus propios elementos. Por otra parte no hay mejor destino para una historia que desaparecer, y de esa forma. El narrador, ese extraño psicólogo, estará también completamente de acuerdo, porque probablemente él es en realidad el pobre músico, que nos interpreta esta historia de la manera menos musical posible, y que las lágrimas de tus ojos agradecen de modo deliciosamente exagerado.

[Praga, 13 de julio de 1920]

Martes

Han llegado tus dos telegramas; ya comprendo; mientras había cartas de Jarmila, tú no preguntabas por cartas de Kramer; todo está bien, sobre todo, no debes tener miedo de que yo haga algo por mi cuenta sin tener antes tu consentimiento. Pero lo importante es que por fin, aunque después de una noche de insomnio casi total, estoy ante esa carta, que me parece de una importancia crucial. Todas las cartas que te he escrito desde Praga no habría tenido que escribirlas, ni siquiera las últimas, y sólo ésta debería subsistir, o más bien: podrían seguir existiendo, eso daría igual, pero esta carta tendría que encabezar la lista. Por desgracia no podré decir ni una mínima parte de lo que te dije ayer noche, después de dejar a Staša, ni de lo que te he dicho esta noche o esta mañana. Como quiera que sea, lo importante es: lo que la gente de tu entorno más o menos cercano, empezando por Laurin, pasando por Staša y llegando a otros que no conozco, puedan decir sobre ti con sublime inteligencia, con torpeza animal (pero así no son los animales), con bondad diabólica, con amor homicida; yo, yo, Milena, sé perfectamente que tienes razón al hacer lo que haces, ya te quedes en Viena o vengas aquí o vayas y vengas entre Praga y Viena o hagas a veces esto, a veces aquello. Qué tendría yo que ver contigo si no supiera esto. Así como en el fondo del mar no hay el menor lugar que no esté continuamente bajo enorme presión, así sucede también contigo, pero cualquier otra vida es un oprobio y me produce náuseas; pensaba hasta ahora que no podía aguantar la vida, que no podía soportar a la

gente y me avergonzaba por ello, pero tú me confirmas ahora que no era la vida lo que me parecía insoportable.

Staša es horrible, perdona. Ayer te escribí una carta sobre ella pero no me atreví a echarla al correo. Es, como tú dices, cariñosa, amable, guapa, suave, esbelta, pero horrible. Ha sido tu amiga y alguna vez tiene que haber habido en ella algo parecido a una luz celestial, pero esa luz se ha extinguido horrible y definitivamente. Uno está ante ella horrorizado como ante un ángel caído. No sé lo que ha pasado con ella, probablemente ha quedado extinguida por su marido. Está cansada y muerta, y no lo sabe. Cuando quiero imaginarme el infierno, pienso en ella y en su marido y repito para mí mismo, castañeteando los dientes, esta frase: «Entonces vayamos al bosque». Perdona, Milena, querida, querida Milena, pero es así.

Por otra parte, sólo estuve con ella tres cuartos de hora, en su casa y después de camino al Teatro Alemán. Yo fui de lo más amable, de lo más conversador, de lo más llano y natural, pero es que también era por fin la ocasión de hablar sólo de ti, y tú me has mantenido oculto largo tiempo su verdadero rostro. Qué frente de piedra tiene y en qué letras de oro está allí escrito: «Estoy muerta y a quien no está muerto también lo desprecio». Pero amable sí fue, en efecto, y hablamos de un montón de cosas relativas a un posible viaje a Viena, pero no puedo persuadirme a mí mismo de que para ti tuviera un efecto positivo que ella fuera a verte; para ella, tal vez.

Por la tarde fui a ver a Laurin, pero no estaba en la redacción —me retrasé—; estuve un ratito sentado junto a un hombre, que conozco de antes, en el canapé en el que Reiner yacía al final, hace unos meses. Ese hombre pasó con él la última tarde y me contó bastantes cosas.

Así que el día había sido demasiado intenso para mí y no pude dormir; además mi hermana, debido a la visita del tío de España, había llegado de Marienbad con el marido y el hijo a pasar dos días y el hermoso piso ya no estaba vacío. Pero fíjate qué buenos son conmigo (digo esto sólo como si el hecho de contártelo fuera una recompensa por su bondad), me dejan en el dormitorio, sacan una cama fuera, se reparten por las otras habitaciones que no están preparadas, me dejan el cuarto de baño, se lavan en la cocina, etc. Sí, la verdad es que no estoy nada mal.

Tuyo

En cierto modo no estoy de acuerdo con esta carta, son sólo residuos de una intensísima conversación secreta.

En el margen izquierdo de la página segunda: Estoy muy de acuerdo con el proyecto de Chicago, a condición de que no todos los recaderos tengan que matarse a correr.

[Praga, 14 de julio de 1920]

Miércoles

Escribes: Ano más pravdu, mám ho ráda. Ale F., i tebe mám ráda; leo la frase muy a fondo, cada palabra, me detengo sobre todo en i, todo es verdad, no serías Milena si no fuera verdad y qué sería yo si tú no existieras, y también es mejor que escribas eso en Viena a que lo digas en Praga; todo eso lo comprendo perfectamente, quizás mejor que tú, y sin embargo, por no sé qué debilidad, no acabo de ver claro en esa frase, la leo y la leo, y ahora, finalmente, la escribo aquí de nuevo, para que también la veas tú y la leamos juntos, sien contra sien. (Tu cabello en mi sien.)

Eso lo escribí cuando llegaron tus dos cartas a lápiz. ¿Puedes creer que no sabía que llegarían? Pero en lo más hondo sí lo sabía, y allí no se vive continuamente, sino que se prefiere vivir sobre la tierra como un personaje deplorable. No sé por qué siempre tienes miedo de que haga algo por mi cuenta. ¿No he escrito sobre eso con suficiente claridad? Y a la señora Kohler sólo le telegrafíé porque he estado casi tres días, tres días horribles, sin noticias, sin la respuesta al telegrama, y casi tenía que creer que estabas enferma.

Ayer fui al médico, me encontró casi en el mismo estado que antes de Merano, esos tres meses han pasado por el pulmón casi sin dejar huellas, en el vértice del pulmón la enfermedad está tan pujante como entonces. Él considera desconsolador ese resultado, yo lo considero bastante bueno, porque cómo estaría yo si hubiera pasado ese tiempo en Praga. También cree que no he aumentado de peso, pero según mis cálculos son unos tres kilos. En el otoño quiere intentarlo con inyecciones, pero creo que no lo aceptaré.

Si comparo ese resultado con el modo en que tú estás arruinando tu salud —obligada por la necesidad, claro, ahí desde luego no tengo nada que añadir—, a veces me parece que, en lugar de vivir juntos, sólo nos acostaremos, contentos y satisfechos, el uno junto al otro para morir. Pero lo que quiera que suceda sucederá cerca de ti.

Sé por lo demás, contra la opinión del médico, que para recuperar medianamente la salud sólo necesito tranquilidad, y además una forma especial de tranquilidad o, visto de otra manera, una forma especial de intranquilidad.

Lo que escribes sobre la carta de Staša me alegra mucho, además era obvio. Ella, en efecto, considera tu estado actual una capitulación, menciona también a tu padre, una mención que, salida de su boca, basta para hacer que yo lo deteste, aunque en el fondo le tengo afecto: en definitiva, ella dice lo

más estúpido que, con el máximo esfuerzo —a ella sin embargo le fluye suavemente por los hermosos labios—, es posible imaginar sobre el caso. Y, naturalmente, eso no debe olvidarse, todo es por amor a ti, desde su tumba tiende los brazos hacia ti.

Es la fiesta nacional francesa, abajo las tropas marchan a casa después del desfile. Eso tiene —lo noto, respirando en tus cartas— algo de grandioso. No es la suntuosidad, no es la música, ni la marcha, ni el veterano francés, salido de un gabinete de figuras de cera (alemán), con pantalón rojo y guerrera azul, desfilando a la cabeza de una unidad, sino cierta manifestación de fuerzas que llaman desde lo profundo: «Y sin embargo, a vosotros, hombres que marcháis silenciosos, empujados, confiados hasta la ferocidad, a vosotros no os abandonaremos ni siquiera en vuestras peores torpezas, sobre todo en ellas no os abandonaremos». Y uno mira con los ojos cerrados en esas profundidades y casi se hunde en ti.

Por fin me han traído el montón de carpetas que se ha ido acumulando para mí; imagínate que desde que estoy en la oficina he escrito exactamente seis cartas oficiales, y lo toleran. Para gran satisfacción mía, el mucho trabajo que esperaba mi llegada no he podido recibirlo hasta ahora debido a la abulia del departamento que lo reserva para mí. Pero ahora ya está aquí. Y a pesar de todo no es nada, si he dormido lo suficiente. Hoy, sin embargo, no ha sido así.

F

[Praga, 15 de julio de 1920]

Jueves

Sólo a toda prisa antes de ir a la oficina; he querido guardar silencio, desde hace tres días vivo angustiado; al menos ahora, mientras tú libras ese horrible combate ahí, yo quería callar, pero es imposible, es asunto mío también, es, sencillamente, mi lucha. Quizás has notado que no duermo desde hace varias noches. Es simplemente el «miedo». Es realmente algo que me deja sin voluntad, que me zarandea a su antojo, no conozco ni arriba ni abajo, ni derecha ni izquierda. Empezó esta vez con Staša. Sobre su cabeza está escrito, en efecto: «Perded toda esperanza quienes aquí entráis». Además se han mezclado en tus últimas cartas dos o tres observaciones que me han hecho feliz, pero sólo desesperadamente feliz, porque lo que dices al respecto convence en seguida a la razón, al corazón y al cuerpo, pero hay en ello una convicción más profunda —no conozco dónde anida— a la que por lo visto nada puede convencer. Finalmente, lo que ha contribuido mucho a debilitarme, el maravilloso efecto tranquilizador-intranquilizador de tu cercanía física, disminuye con los días. ¡Si ya estuvieras aquí! Así, no tengo aquí a nadie, a nadie, sólo al miedo, aferrados convulsivamente el uno al otro rodamos a

través de las noches. Hay ciertamente algo muy serio en ese miedo [(que, cosa extraña, siempre estaba orientado hacia el futuro, no, no es cierto eso)], que en cierto sentido también se hace comprensible cuando me representa continuamente la necesidad de la gran aceptación: Milena, al fin y al cabo, también es sólo un ser humano. Lo que dices sobre ello es bueno y hermoso, uno no querría oír nada más, después de oír eso, pero como aquí no se trata de lo más elevado, es muy dudoso; ese miedo no es mi miedo personal —lo es también, eso sí, y terrible—, es el miedo de toda fe, desde siempre.

Ya el hecho de haberte escrito esto serena la cabeza.

Tuyo

[Praga, 15 de julio de 1920]

Jueves, más tarde

Ha llegado la carta nocturna desde el Gallo Blanco y la carta del lunes, la primera es por lo visto la más tardía, pero no es muy seguro. Sólo la he leído una vez a toda prisa y he de contestarte en seguida, pedirte que no pienses mal de mí. Lo que Staša ha escrito es un huero y execrable desatino, ¿cómo puedes creer que yo le dé la razón? Qué lejos está Viena de Praga para que puedas pensar algo así y qué cerca estábamos los dos, tumbados uno junto al otro en el bosque, y cuánto tiempo hace de eso. Y celos no son, es sólo un juego en torno a tu persona; porque quiero abarcarte por todas los lados, también, por tanto, por el lado de los celos, pero es una tontería y no ocurrirá, son únicamente los sueños insanos de quien está solo. También es equivocado lo que piensas de Max, ayer por fin le transmití tus saludos, con malhumor (vide supra) porque continuamente recibe tus saludos. Pero como suele tener una explicación para todo, dijo que probablemente sólo le envías saludos a menudo porque nunca te he transmitido los suyos, llenos de afecto, y me pide que lo haga por fin y que entonces probablemente, para tranquilidad mía, se acabará eso. Es posible, de modo que lo intento de ese modo.

Y por lo demás, Milena, no te preocupes por mí, sólo faltaría que te preocuparas por mí. Si no fuera ese «miedo» que me domina desde hace unos días y del que me he quejado ante ti esta mañana, estaría casi completamente sano. ¿Cómo es que dijiste, por cierto, entonces, en el bosque, que tú no te lo habías imaginado de otra manera? Fue arriba, en el bosque, el segundo día. Distingo muy bien los días, el primero fue el inseguro, el segundo, el demasiado seguro, el tercero, el del arrepentimiento, el cuarto, el bueno.

En seguida enviaré a la señora Kohler, tal como lo tengo aquí, cien coronas checas en billetes de cincuenta, y cien coronas austriacas. Si para la próxima vez supieras otra forma de transferencia que no sea la de una carta certificada,

sería mejor. También es posible, por ejemplo, hacer un giro telegráfico a lista de correos, pero no con un nombre falso, ha de ser el nombre verdadero. Y por lo que concierne a ese mes en el campo, ¿por qué el dinero de tu padre o el de Laurin es mejor que el mío? Pero, por lo demás, eso no tiene importancia, sólo que nunca digas que es mucho lo que pides. ¿Y Jarmila? ¿Vendrá?

Pero ahora he de ir a la boda de mi hermana. ¿Por qué —dicho sea de paso— soy un ser humano con todos los tormentos de esta condición tan poco clara y tan horriblemente cargada de responsabilidad? ¿Por qué no soy, por ejemplo, el feliz armario de tu habitación, que te contempla toda entera cuando estás sentada en la butaca o ante el escritorio o cuando te acuestas o duermes? (¡Bendito sea tu sueño!) ¿Por qué no lo soy yo? Porque desfallecería de dolor si te hubiera visto en la desolación de los últimos días o incluso si llegaras a marcharte de Viena.

F

Es muy bienhechora la sensación de que pronto tendrás un pasaporte.

La dirección de Max es: Praga V, Ufergasse 8, pero, a causa de su mujer, quizás no estaría bien que escribieras allí. Tiene otras dos direcciones, por eso, por su mujer, o, si quieres, por sí mismo: la dirección del doctor Felix Weltsch, Praga, Biblioteca de la Universidad, y la mía.

[Praga, 15 de julio de 1920]

Jueves

Esta tarde, un mirto en el ojal, y medianamente capaz de razonar pese a mi martirizada cabeza (¡la separación, la separación!), llegué hasta el final del banquete de bodas, sentado entre las dos amables hermanas de mi cuñado. Pero ahora estoy al cabo de mis fuerzas.

¡Observa la estupidez de uno que no ha dormido! La carta certificada para la señora Kohler tenía que haber estado abierta, como me dijeron en correos; como eso no era adecuado debido al dinero, habría podido enviarlo entonces de otra manera o, si lo hacía por correo normal, al menos a ti directamente, a lista de correos. Pero yo ya estaba con el sobre delante del buzón y entonces la envié simplemente, al azar, a la señora Kohler. Esperemos que llegue.

Qué fácil será la vida cuando estemos juntos —¡cómo escribo sobre ello, idiota de mí!—, pregunta y respuesta, mirada y mirada. Y ahora tengo que esperar por lo menos hasta el lunes a la respuesta a mi carta de esta mañana. Entiéndeme bien y sigue a mi lado.

F

[Praga, 16 de julio de 1920]

Viernes

Quería lucirme delante de ti, mostrar fuerza de voluntad, esperar antes de escribirte, liquidar antes un expediente, pero el despacho está vacío, nadie se ocupa de mí, es como si dijeran: Dejadle, ¿no veis que su asunto lo llena por completo? Es como si estuviera lleno a rebosar. Así, sólo he escrito media página y estoy otra vez contigo, estoy tendido sobre la carta como entonces estuve tendido en el bosque a tu lado.

Hoy no ha habido carta, pero no tengo miedo; por favor, Milena, no me entiendas mal, no tengo nunca miedo por ti; si alguna vez lo parece, y a menudo lo parece, en efecto, sólo es debilidad, un capricho del corazón, que sin embargo sabe muy bien por quién está latiendo, los gigantes también tienen momentos de debilidad, incluso Heracles tuvo una vez, creo, un desfallecimiento. Pero yo, apretando los dientes y mirándote a los ojos, que veo incluso a la clara luz del día, puedo soportarlo todo: lejanía, temor, preocupación, falta de cartas.

¡Qué feliz soy, qué feliz me haces! Llegó una de las partes, imagínate, yo también tengo partes litigantes, el hombre me interrumpió en mi lectura, me fastidió, pero tenía un rostro bondadoso, amable, carnoso, pero correcto, como el rostro de un alemán del Reich; fue tan amable que tomaba las bromas como trámites oficiales, pero me había molestado, no podía perdonárselo, luego hasta tuve que levantarme para ir con él a otros departamentos, pero eso ya fue demasiado para ti, mi querida Milena, y justo cuando ya me levantaba llega el ordenanza y trae tu carta, y en la escalera la abro, santo cielo, hay dentro una foto, o sea, algo totalmente inagotable, una carta para todo el año, una carta para la eternidad; y es maravillosa, no podría ser mejor; una pobre imagen, que sólo se debería mirar con lágrimas y latidos del corazón, no de otro modo.

Y de nuevo hay un extraño sentado ante mi mesa.

Para proseguir con lo de más arriba: puedo soportarlo todo contigo en el corazón, y si he escrito alguna vez que los días son horribles sin tus cartas, no es cierto, sólo son una carga horrible, el barco tiene un enorme y horrible calado, pero navega en tus aguas. Hay una sola cosa, Milena, que no puedo soportar sin tu explícita ayuda: el «miedo», para eso soy demasiado débil, ni siquiera puedo abarcar con la vista ese monstruo que me arrastra en sus aguas.

Lo que dices sobre Jarmila es justo una de esas debilidades del corazón, durante un instante tu corazón deja de serme fiel y entonces te viene un pensamiento así. ¿Somos todavía dos seres humanos en ese sentido? ¿Y es entonces mi «miedo» muy distinto del miedo a la masturbación?

Otra interrupción, ya no voy a poder escribir en la oficina.

La larga carta anunciada casi podría atemorizarme, si esta carta no fuera tan tranquilizadora. ¿Cuál será su contenido?

Escríbeme en seguida si ha llegado el dinero. Si se hubiera extraviado, envíó más, y si también se extravía, otra vez, y así sucesivamente hasta que ya no tengamos nada y entonces por fin todo esté bien.

F

La flor no la he recibido, en el último momento te pareció que era una lástima enviármela.

[Praga, 17 de julio de 1920]

Sábado

Sabía, por supuesto, lo que diría tu carta, de alguna manera lo decían casi todas tus cartas, lo decían tus ojos —¿qué no se vería en su límpido fondo?—, lo decían las arrugas de tu frente, yo lo sabía, del mismo modo que quien ha pasado todo el día durmiendo y soñando sueños angustiosos tras los postigos cerrados abre por la noche la ventana y no se sorprende de que haya oscuridad, una maravillosa y profunda oscuridad. Y yo veo cómo te atormentas y te retuerces y no te liberas y —prendamos fuego al polvorín— nunca te liberarás, y yo veo eso y no puedo decir: Quédate donde estás. Pero tampoco digo lo contrario, estoy frente a ti y te miro a los queridos, a los pobres ojos (qué tristeza la foto que me has enviado, es un tormento contemplarla, un tormento al que uno se somete cien veces al día y desgraciadamente, sin embargo, un tesoro que sería capaz de defender contra diez hombres vigorosos) y soy realmente fuerte, como escribes; un punto fuerte sí tengo, si uno quiere designarlo con brevedad y poca claridad, se trata de mi falta de sentido para la música. Pero no es tan grande que, al menos ahora mismo pueda seguir escribiendo. Me arrastra una ola de dolor y de amor y no me deja escribir.

F

[Praga, 18 de julio de 1920]

Domingo

Apéndice a lo de ayer:

Después de tu carta, trato de verlo todo desde una perspectiva desde la que hasta ahora me he guardado de verlo. Y entonces su aspecto es curioso:

Yo no lucho por ti con tu marido, la lucha tiene lugar sólo dentro de ti; si el resultado final dependiera de un combate entre tu marido y yo, todo estaría decidido hace tiempo. Sin embargo, no sobreestimo a tu marido, muy

probablemente lo subestimo incluso, pero lo que sí sé es que si él me tiene afecto, se trata del amor del hombre rico a la pobreza (de lo que también hay un poco en tu relación conmigo). En el ambiente de tu vida en común con él yo soy en verdad sólo el ratón de una «casa grande» al que, todo lo más una vez al año, se le puede permitir correr tranquilamente de un extremo a otro de la alfombra.

Así es, y no me extraña, eso no me produce asombro. Pero sí me asombra y probablemente es del todo incomprensible que tú, que vives en esa «casa grande», le pertenezcas con todos los sentidos, te haga vivir tu vida más intensa, seas allí una gran reina, aunque —eso lo sé perfectamente— tengas las posibilidades (pero sólo porque lo puedes todo, já se prece nezastavím ani pred - ani pred - ani pred-) no sólo de quererme a mí sino de ser mía, de correr sobre tu propia alfombra.

Pero esto no es aún el punto culminante de lo asombroso. Éste consiste en que tú, si quisieras venir a mí, si, por tanto —analizado musicalmente—, quisieras renunciar al mundo entero para descender hasta mí, descender tanto que, visto desde tu perspectiva, no sólo se ve poco sino que no se ve nada, para llegar a eso —cosa extraña, extraña— no tendrías que descender sino, de un modo sobrehumano, subir por encima de ti, más arriba de ti, tanto que tal vez, al hacerlo, caerías desmoronada, desaparecerías (y entonces, yo contigo, por supuesto). Y eso para llegar a un lugar en el que nada atrae, en el que estoy yo sin dicha ni desdicha, sin méritos ni culpa, sólo porque me han colocado allí. En la escala de la humanidad yo soy una especie de modesto tendero de barrio de antes de la guerra (ni siquiera un músico callejero, ni siquiera eso); aunque me hubiera ganado yo mismo esa posición —pero no me la he ganado—, no sería ningún mérito.

Clarísimo es lo que escribes sobre las raíces; es así, sin duda. Sin embargo en Turnau la tarea principal consistía en encontrar y eliminar primero todas las raíces accesorias; cuando después ya sólo se tenía la raíz principal, había terminado el trabajo propiamente dicho, porque entonces se levantaba con la pala esa raíz y se arrancaba todo. Todavía estoy oyendo el crujido. Por otra parte allí se podía arrancar bien porque era un árbol del que se sabía que seguiría creciendo bien, una vez plantado en otra tierra, y además no era todavía un árbol, sino un niño.

Con Jarmila no tengo ningunas ganas de hablar sin un tema preciso. Sólo si tú me hicieras un encargo concreto que fuese importante para ti, iría inmediatamente a verla, claro.

Con Laurin volví a hablar ayer. Ambos estamos totalmente de acuerdo en cuanto a él. Algunas cosas hablan en su favor, por ejemplo, que cuando habla de ti se contiene un poco; sí, tiene buen fondo. ¿Lo que me ha contado? Pues

he estado dos veces con él y, en sustancia, me ha contado cada vez la misma historia con toda clase de pormenores. Una chica, novia de otro, va a verlo; pese a su enorme resistencia, se queda ocho o diez horas con él (una de las chicas en su domicilio particular por la mañana, la otra en la redacción por la noche: así reparte los escenarios), declara que él ha de pertenecerle cueste lo que cueste y que, si se niega, ella se tirará por la ventana. Él se niega, en efecto, pero en cambio pone la ventana a su disposición. Pues bien, las jóvenes no saltan por ella, pero ocurre algo horrible, una de las chicas prorrumpe en gritos convulsivos, la otra chica empieza a..., eso ya lo he olvidado. Ahora sólo falta saber quiénes son las chicas. Una de ellas (la que estuvo en su casa) era Jarmila antes de la boda, la otra (la de la redacción), la que es su esposa desde el jueves (de ella habló, como es natural con algo más de ternura, pero no tanto, porque hasta cierto punto él habla siempre con ternura). Yo no niego que en la realidad todo haya ocurrido exactamente así o de modo aún peor, pero no entiendo por qué era tan aburrido.

Por lo demás, en lo que contaba sobre su novia hubo un bonito pasaje. El padre de ella padeció dos años de melancolía, ella lo cuidó. En la habitación del enfermo siempre tenía que estar abierta la ventana, pero cuando abajo pasaba un coche, había que cerrarla a toda prisa, porque el padre no soportaba el ruido. De cerrar se encargaba la hija. Cuando Laurin contó esto, añadió: «Imagínese! ¡Una historiadora del arte!». (Porque es historiadora del arte.)

También me enseñó una foto de ella. Un probablemente bello y melancólico rostro judío, nariz achatada, mirada profunda, manos suaves y largas, vestido caro.

Preguntas por la joven; no sé nada nuevo de ella. Desde que me dio aquel día la carta para ti, no he vuelto a verla. Tenía en aquellos días una cita con ella, pero justo llegaron tus primeras cartas sobre tus conversaciones con tu marido, yo no me sentí capaz de hablar con ella y cancelé la cita con una disculpa acorde con la verdad, pero con toda la amabilidad que podía. Más tarde le escribí una nota, pero ella la interpretó mal por lo visto, porque me envió una carta didáctica y maternal (en la que, entre otras cosas, me pedía la dirección de tu marido), yo le respondí en consonancia, inmediatamente, por correo neumático, hace de eso ya una semana; desde entonces no he tenido noticias tuyas, no sé, por tanto, lo que tú le has escrito y qué efecto ha obrado en ella.

Sé tu respuesta, pero quisiera verla escrita.

Escribes que a lo mejor vienes a Praga el mes próximo. Casi querría pedirte que no vinieras. Déjame la esperanza de que, si alguna vez estoy en una situación límite y te pido que vengas, vendrás en seguida; pero ahora prefiero que no vengas, porque tendrías que marcharte otra vez.

Por lo que toca a la mendiga, seguro que no había en ello nada bueno ni nada malo; yo, simplemente, estaba demasiado distraído o demasiado ocupado con alguien como para ajustar mis acciones a otra cosa que a vagos recuerdos. Y un recuerdo así dice, por ejemplo: «No des a una mendiga demasiado, después te arrepentirás». Una vez, siendo yo muy pequeño, me dieron una moneda de diez kreutzer y tenía muchas ganas de dársela a una vieja mendiga que estaba siempre sentada entre el Ring grande y el pequeño. Pero la suma me parecía inmensa, una suma que probablemente nunca le habían dado a un mendigo, por eso, delante de la mendiga, me daba vergüenza hacer algo tan fuera de lo normal. Sin embargo yo tenía que dárselo, por eso cambié la moneda, le di un kreutzer a la mendiga, rodeé todo el complejo del Ayuntamiento y de la zona porticada en el Pequeño Ring, salí por la izquierda como un benefactor completamente distinto, le di a la mendiga otro kreutzer, empecé a andar de nuevo e hice con éxito la misma operación diez veces (o algo menos, porque me parece que la mendiga acabó perdiendo la paciencia y desapareció). Como quiera que fuere, al final estaba tan agotado, también moralmente, que me fui corriendo a casa y lloré hasta que al final mi madre me restituyó la moneda de diez kreutzer.

Ya ves, tengo mala suerte con los mendigos, pero me declaro dispuesto a abonar a una mendiga allí, junto a la ópera, en pequeñísimos billetes vieneses, todo mi haber presente y futuro, a condición de que estés presente y yo [...] pueda sentir tu presencia.

Franz

[Praga, 19 de julio de 1920]

Lunes

Hay algunas cosas que interpretas mal, Milena:

En primer lugar no estoy tan enfermo, y si he dormido un poco me siento incluso tan bien como apenas lo estuve en Merano. Las enfermedades pulmonares suelen ser las más complacientes de todas, incluso en un verano caluroso. La cuestión de cómo superaré el otoño que viene pertenece al futuro. Por el momento sólo tengo algunos pequeños males, por ejemplo, que en la oficina no puedo hacer nada. Si casualmente no te escribo una carta, estoy arrellanado en mi butaca y miro por la ventana. Se ve bastante porque la casa de enfrente es de un solo piso. No quiero decir que cuando miro por la ventana esté muy melancólico, no, nada de eso, pero no puedo dejarlo.

En segundo lugar, no me falta dinero, tengo más que suficiente. Algunas partes de él, por ejemplo el dinero para tus vacaciones, me agobian precisamente por tenerlas aún aquí.

En tercer lugar, ya has hecho para mi curación lo decisivo, de una vez para siempre, y además lo haces de nuevo cada vez que piensas con afecto en mí.

En cuarto lugar, todo lo que, con ligeras dudas, dices sobre el viaje a Praga es del todo correcto. «Correcto», lo he puesto también en un telegrama, pero allí la expresión se refería a hablar con tu marido, y eso era, por otra parte, lo único correcto. Esta mañana, por ejemplo, he empezado a tener miedo, a tener miedo con amor, a tener miedo con el corazón encogido. Tú podrías de pronto, inducida a error por algún motivo insignificante, venir a Praga. ¿Pero una insignificancia podría realmente hacerte tomar una decisión a ti, que realmente vives tu vida tan a fondo y con tanta vitalidad? Y no deberías dejarte inducir a error ni siquiera por los días de Viena. Algunas cosas de allí ¿no se las debíamos tal vez nosotros a tu esperanza inconsciente de volver a verle por la noche? Dejemos esto. Pero esto aún: tu carta me ha aportado últimamente dos novedades concretas; primero el plan de Heidelberg, segundo el plan de fuga París-banco; lo primero me muestra que, de alguna manera, me encuentro en la lista de los «salvadores» y de los violentos. Pero que, por otra parte, dejo de estar en esa lista. Lo segundo me muestra que allí existe una vida en el porvenir, planes, posibilidades, perspectivas, también tus perspectivas.

En quinto lugar, una parte de tu terrible automortificación —es la única aflicción que me causas— consiste en que me escribes todos los días. Escribe con menos frecuencia, yo seguiré escribiéndote, si quieres, una cuartilla cada día. Tendrás más tranquilidad para trabajar en lo que a ti te gusta.

Gracias por la Donadieu. (¿No podría enviarte de algún modo los libros?) De momento es improbable que pueda leerlo, es otra pequeña aflicción: no puedo leer y, por otra parte, eso no me aflige demasiado, sólo me resulta imposible. Tengo que leer un gran manuscrito de Max (Judaísmo, cristianismo, paganismo: un gran libro), él ya casi me está apremiando, y apenas lo he empezado; hoy me trae un joven poeta setenta y cinco poesías, algunas de ellas ocupan muchas páginas, esto hará que me enemiste con él, como ya ocurrió una vez, por cierto; el artículo sobre Claudel ya lo leí entonces en seguida, pero sólo una vez y muy deprisa, pero ese afán no era debido a Claudel ni a Rimbaud, yo quería escribir sobre ellos cuando lo hubiera leído por segunda vez, y eso no ha ocurrido hasta ahora, pero me ha alegrado mucho que tú lo hayas traducido —¿está completo?— (¿qué significa pamatikální?, eso pone allí, si recuerdo bien); sólo me viene a la memoria con toda claridad, en la primera columna, el episodio del avemaría de algún alma piadosa.

La respuesta de la joven, a partir de la que también puedes reconstruir mi carta, te la adjunto para que veas cómo me rechaza, no sin sensatez. Ya no contesto.

La tarde de ayer no fue mucho mejor que la del domingo pasado. Empezó bien, sin embargo; cuando salí de casa para ir al cementerio, hacía 36° a la sombra y los tranvías estaban en huelga, pero eso precisamente me alegró mucho; me alegró hacer ese camino casi tanto como el camino al jardincillo contiguo a la Bolsa, aquel sábado. Pero cuando llegué al cementerio no pude encontrar la tumba, la oficina de información estaba cerrada, ningún empleado, ninguna mujer sabía nada; también consulté un libro pero no era el libro correcto, di vueltas por allí varias horas, ya estaba hecho un embrollo de leer tanto letrero y salí del cementerio en un estado parecido [...]

F

En el margen izquierdo de la primera página de la carta: y además quédate tranquila en lo que a mí respecta, el último día espero igual que el primero.

[Praga, 20 de julio de 1920]

Martes

Aunque hoy estoy por fin forzándome a dictar, me interrumpo:

Unas cartitas alegres o al menos tan naturales como las dos de hoy son casi (casi, casi, casi, casi) bosque y viento en tus mangas y panorama de Viena. ¡Milena, qué bien se está a tu lado!

Hoy me envía la joven tu carta, sin añadir palabra, sólo con algunos subrayados a lápiz. Por lo visto no está contenta con ella, pero claro, la carta, como todas las cartas provistas de subrayados, tiene sus deficiencias y, al verla, tomo conciencia de qué cosa absurda e imposible fue pedirte que escribieras esa carta, y te pido mil veces perdón. Pero también tendría que pedirle perdón a ella, porque, tal y como estaba escrita, tenía que ofenderla. Cuando escribes, por ejemplo, cuando escribes llena de consideración poněvadž o Váš nikdy ani nepsal ani nehovořil, eso tiene que ofenderla, exactamente igual que la habría ofendido lo contrario. Una vez más, perdóname.

Con otra carta, la que escribiste a Staša, me ayudaste mucho, por cierto.

Por la tarde

He logrado desentenderme de esta carta en la oficina, pero no ha sido poco el trabajo que me ha costado, casi he agotado en ello toda mi energía y no me ha quedado casi nada para el trabajo de oficina.

La carta a Staša: Jílovský vino a verme ayer por la mañana y mencionó que había llegado una carta tuya; dijo que la había visto encima de la mesa cuando se marchó por la mañana de casa, pero que no sabía su contenido, que Staša

me lo diría por la noche. Frente a su amabilidad yo me sentía muy poco a gusto, porque ¿qué no podría decir tu carta que había ocurrido por causa mía! Pero por la tarde se vio que la carta era realmente muy buena y que, al menos en lo tocante a su tono amistoso (yo no la he leído), satisfacía a los dos; sobre todo había en ella para el marido una breve frase de agradecimiento que sólo podía tener como base lo que yo había contado y que realmente llenó de felicidad a Staša e hizo brillar sus ojos un poquito más de lo habitual. Si uno se esfuerza en olvidar ciertas cosas, y el estómago, ese nervioso estómago, lo resiste, son buenas personas, sobre todo cuando están juntos o está él solo (Staša sola es más problemática) y Staša tuvo un maravilloso y hermoso minuto cuando contempló tu fotografía durante un rato, en el fondo incomprensiblemente largo e intenso, y sumida en un grave silencio. Tal vez cuente algo más sobre esa velada, yo estaba cansado, vacío, aburrido, indiferente, merecedor de palos, y desde el principio no quería otra cosa que irme a la cama. (La página adjunta, un dibujo de Staša —hablábamos de la situación de tus habitaciones— con explicaciones de Jílovský, me han pedido que te la envíe.) Por cierto, viven en la opulencia, necesitan más de sesenta mil coronas al año y dicen que es imposible vivir con menos.

Con tu traducción estoy, como es natural, completamente de acuerdo. Sí, ella es al texto como Frank es a Franz, como tu alpinismo es al mío, etc. Y si ese hombre tiene la fuerza para nutno y abych, no tendría que haber llegado la cosa a tal extremo y habría podido casarse, ese solterón tonto de remate. Pero, por favor, déjalo en cualquier caso como tú querías y procúrame la dicha de dar un suspiro de alivio, liberado de mí.

Ayer te aconsejé que no me escribieras cada día, eso sigue siendo hoy mi opinión y sería muy bueno para los dos, y hoy te lo aconsejo otra vez y con más insistencia..., pero por favor, Milena, no me obedezcas y escíbeme a diario, puedes ser muy breve, más breve que en las cartas de hoy, sólo dos líneas, sólo una, sólo una palabra, pero prescindir de esa palabra sería para mí un sufrimiento horrible.

F

[Praga, 21 de julio de 1920]

Miércoles

Si se tiene valor suficiente, eso da ciertos resultados:

Primero: Puede que Gross no deje de tener razón, en la medida en que yo le comprendo; habla en su favor al menos el hecho de que yo esté vivo, y, dado mi reparto interior de fuerzas, en realidad hace tiempo que no debería estar vivo.

Luego: Ahora no se trata de cómo evolucionará todo; seguro es sólo que, lejos de ti, no puedo vivir sino dando por completo la razón al miedo, dándole la razón en mayor medida de lo que él quiere, y lo hago sin violencias, con entusiasmo, me deshago en él.

Tienes razón en hacerme reproches, en nombre del miedo, por mi comportamiento en Viena, pero el miedo es verdaderamente extraño, sus leyes internas no las conozco, sólo conozco su mano en mi garganta, y eso es realmente lo más horrible que me ha ocurrido o que podría ocurrirme jamás.

Resulta entonces tal vez que ahora los dos estamos casados, tú en Viena, yo con el miedo en Praga, y que ambos, no sólo tú sino yo también, nos debatimos inútilmente bajo el peso de nuestro matrimonio. Porque mira, Milena [...], si en Viena yo te hubiera convencido del todo (y hubieras convenido conmigo incluso en dar el paso del que no estabas convencida), ya no estarías en Viena, pese a todo, o mejor dicho, no habría un «pese a todo»; simplemente, estarías en Praga, y todo aquello con lo que te consuelas en tu última carta no es sino consuelo. ¿No lo crees?

Si hubieras venido en seguida a Praga o al menos te hubieras decidido en seguida por ello, yo no habría tenido eso por una prueba en tu favor, yo no necesito pruebas en favor tuyo, tú eres para mí clara y segura, pero habría sido una gran prueba en mi favor, y ésa me falta ahora. También de eso se alimenta a veces el miedo.

Sí, quizás sea peor aún, y precisamente yo, tu «salvador», te retengo en Viena, como no lo ha hecho nadie hasta ahora.

Bueno, ésta era la tormenta que amenazaba todo el tiempo en el bosque, pero nosotros hemos salido bien librados. Sigamos viviendo bajo sus amenazas, ya que no hay otra solución.

Laurin me dijo por teléfono que en la Tribuna ha aparecido una traducción; pero, como no lo habías mencionado, yo no sabía si tú querías que la leyera, y por eso no la he leído aún. Ahora voy a tratar de procurármela.

No comprendo lo que tienes contra la carta de esa señorita. Su objetivo, ponerte un poco celosa, lo ha cumplido, ¿y qué entonces? Pronto voy a inventar de cuando en cuando cartas así y las escribiré yo mismo, aún mejores y sin negativa final.

¡Por favor, algunas palabras sobre tus trabajos! ¿Cesta? ¿Lipa? ¿Kmen? ¿Politika?

Aún quería decirte algo, pero de nuevo ha estado aquí un joven poeta —no sé, en cuanto viene alguien, me acuerdo de mis expedientes y durante toda la visita no puedo pensar en otra cosa—; estoy cansado, no sé nada, y no querría

sino poner el rostro en tu regazo, sentir tu mano sobre mi cabeza y permanecer así por toda la eternidad.

Tuyo

Ah, quería decir algo más: hay una gran verdad (entre otras verdades) en tu carta: že vlastně ty jsi člověk který nemá tušení o tom... Eso es verdad punto por punto. Todo ha sido basura y nada más, repugnancia deplorable, hundirse en los infiernos, y en eso estoy realmente delante de ti como un niño que ha hecho algo muy malo y ahora está delante de su madre y llora y llora y promete: nunca volveré a hacerlo. Pero de todo ello saca el miedo su fuerza: «¡Justo, justo!», dice, nemá tušení! ¡Aún no ha pasado nada! «Así pues-aún-puede-salvarse!».

Doy un respingo. ¡El teléfono! ¡Al director! Por primera vez desde que estoy en Praga me llaman por cuestiones de servicio. Ahora sale por fin a la luz toda la estafa. Desde hace dieciocho días no he hecho otra cosa que escribir cartas, leer cartas, sobre todo mirar por la ventana, tener cartas en la mano, dejarlas, cogerlas de nuevo, luego también recibir visitas y nada más. Pero cuando bajo a su despacho, es amable, sonrío, cuenta algo relativo a mi trabajo que no comprendo, se despide porque se va de vacaciones, una persona inconcebiblemente bondadosa (yo, por otra parte, le he dicho en un confuso murmullo que ya lo tengo preparado casi todo y que mañana empezaré a dictar). Y ahora cuento esto deprisa a mi genio tutelar. Es curioso, todavía tiene sobre su mesa la carta que le escribí desde Viena, y además otra carta de Viena, de cierta confusa manera casi creí que tenía que ver contigo.

[Praga, 22 de julio de 1920]

Jueves

Sí, esa carta. Es como si uno mirara hacia abajo, a los infiernos, y el de abajo lo llama a uno, que está arriba, y le explica cómo se ha organizado él la vida allí abajo. Primero fríe en esa caldera y luego en aquélla y luego se va a ese rincón a que se le evapore un poco el sudor. Pero yo no la conozco (sólo conozco desde hace tiempo al pitomec M, Laurin también le llama así, yo no lo había notado), quizás esté realmente trastornada o demente. Cómo no iba a haberla trastornado un sino semejante, puesto que nos trastorna también a nosotros, y creo que yo estaría excitadísimo si me viera frente a ella, porque ella no es ya sólo un ser humano sino algo más. Y no imagino que ella no lo note también y que no sienta el mismo asco que a ti te produce su carta. Uno dice a menudo cosas que son palabras de otro, ¡pero tener que hablar continuamente como tal vez hable Jarmila!

Haas, por cierto, si lo entiendo bien —pero no es una carta, es el dolor de

un beodo y yo no lo entiendo en absoluto—, parece que no la ha abandonado del todo.

Milena, diligente Milena, tu habitación cambia para mí en el recuerdo; en realidad, el escritorio y todo el conjunto no daban impresión de que allí se trabajara mucho. ¡Y ahora tanto trabajo! Y yo lo percibo, me convence, esa habitación tiene que ser maravillosamente cálida y fresca y alegre. Sólo el armario sigue siendo pesado, y a veces la cerradura está averiada y no deja sacar nada, el armario se mantiene enérgicamente cerrado y se niega a entregar sobre todo el vestido que llevabas puesto el «domingo». Eso no es un armario; si alguna vez vuelves a amueblar tu cuarto, nos desprendemos de él.

Lamento mucho haber escrito algunas cosas en los últimos tiempos, no me guardes rencor. Y no te atormentes continuamente, por favor, pensando que, si no te liberas, es sólo culpa tuya o, simplemente, que es culpa tuya. Es, antes bien, culpa mía, alguna vez escribiré sobre ello.

[Praga, 23 de julio de 1920]

Viernes

No, realmente no ha sido tan malo. Y luego, ¿cómo va a liberarse de una carga el alma sino mediante un poco de maldad? Y además, hoy sigo considerando correcto casi todo lo que he escrito. Muchas cosas las has entendido mal, por ejemplo lo del único sufrimiento; porque ese torturarte a ti misma es el único sufrimiento que me causas, no tus cartas, que me dan cada mañana la fuerza de superar el día y de superarlo tan bien que no quisiera renunciar a ni una sola (de esas cartas, eso es evidente, pero tampoco a ni uno solo de esos días). Y las cartas que hay sobre la mesa del recibidor no me contradicen, ya la posibilidad de escribir y de poner allí esas cartas era algo. Y celoso no soy en absoluto, créeme, pero es realmente difícil de ver que sería superfluo ser celoso. No ser celoso lo consigo siempre, pero ver lo innecesario de los celos, sólo a veces. Ah, los «salvadores». Lo específico de los «salvadores» es, a saber —y lo tienen merecido, yo me mantengo aparte y me alegro de ello, es decir, no me alegro del caso concreto, pero sí de ese principio universal—, que lo que querían arrancar lo clavan brutalmente más adentro aún.

Ahora tengo por fin algo que contar a Max: tu opinión, si bien un poco breve, sobre su gran libro. Pregunta continuamente por ti y cómo estás y qué ocurre y todo le llega al alma. Pero yo no puedo decirle casi nada, por suerte lo prohíbe ya el lenguaje. No puedo hablar de una cierta Milena que vive en Viena y luego continuar diciendo que «ella» opina y dice y hace esto y aquello. Tú no eres ni «Milena» ni «ella», eso es puro desatino, así que no puedo decir nada. Eso es tan evidente que ni siquiera lo lamento.

Sí, hablar de ti con gente desconocida sí que puedo, y eso es también un placer exquisito. Si yo me permitiera al mismo tiempo hacer un poco de comedia, cosa que me atrae mucho, el placer sería mayor aún. Hace poco me encontré con Rudolf Fuchs. Le tengo afecto pero, normalmente, la alegría de encontrarme con él no habría sido tan grande ni mi apretón de manos tan terriblemente vigoroso. Yo, sin embargo, sabía que el resultado no sería muy grande, pero por pequeño que sea, pensé. La conversación versó pronto sobre Viena y la gente con la que él se relacionaba allí. Me interesaba mucho oír nombres, él empezó a enumerar, no, eso no era lo que yo deseaba, eran las mujeres las que quería que me indicara por sus nombres. «Sí, estaba Milena Pollak, a la que usted conoce». «Sí, Milena», repetí y eché una mirada a la Ferdinandstrasse, pensando lo que ella diría a eso. Luego vinieron otros nombres, a mí me volvió la tos de siempre y la conversación se iba perdiendo. ¿Cómo hacer para restablecerla? «¿Puede decirme en qué año de la guerra estaba yo en Viena?». «En 1917». «¿No estaba Ernst Pollak aún en Viena? No lo vi entonces. ¿No estaba casado aún?». «No». Se acabó. Habría podido hacer que aún me contase un poco de ti, pero no tenía la fuerza necesaria para ello.

¿Qué uso haces de las pastillas ahora y en los últimos tiempos? Por primera vez escribes otra vez que tienes dolor de cabeza.

¿Qué ha respondido Jarmila a tu invitación? ¿Podrías decirme unas palabras sobre el proyecto de París?

¿Adónde viajarás ahora? (¿Un lugar con buen servicio de correos?) ¿Cuándo? ¿Por cuánto tiempo? ¿Seis meses?

Dime en seguida los números de revistas en los que aparece algo tuyo.

¿Cómo habrías organizado tú propiamente el viaje de dos días a Praga? (Pregunto por pura curiosidad.)

Gracias por el «y sin embargo», una expresión mágica que me penetra directamente en la sangre.

[Praga, 23 de julio de 1920]

Viernes tarde

He encontrado en casa esta carta. Conozco a la chica desde hace tiempo, estamos quizás un poco emparentados, al menos tenemos ambos un pariente común, el primo que ella menciona y que estaba gravemente enfermo en Praga y al que cuidaron varios meses ella y su hermana. En lo físico casi me resulta desagradable, una cara muy grande y redonda, mejillas coloradas, un cuerpo pequeño y redondo, un modo de hablar irritante, como un susurro. Pero por otra parte he oído hablar bien de ella, es decir, sus parientes la ponían verde a

espaldas tuyas.

Hace dos meses, mi respuesta a una carta así habría sido muy sencilla: No, no, no. Ahora no creo que tenga derecho a ello. No es que crea que yo podría ayudarla, naturalmente, Bismarck ya liquidó tales cartas definitivamente indicando que la vida es un banquete confeccionado con poca habilidad en el que se espera con impaciencia el plato de entrada mientras que, a la chita callando, ya ha pasado el plato principal con la carne asada y que por tanto hay que acomodarse a lo que hay —¡ay, que estúpida es esa perspicacia!—; si voy a escribirle que estoy dispuesto a tener un encuentro con ella es más por mí que por ella; a través de ti, Milena, me han puesto algo en la mano, y creo que no puedo mantenerla cerrada.

Mañana se marcha mi tío, saldré otra vez un poco fuera de la ciudad, al aire, al agua, lo necesito con urgencia.

Escribe que sólo yo puedo leer la carta, atiando su demanda enviándotela. Rómpela. Un bonito pasaje, por cierto: zeny, nepotrebují mnoho.

[Praga, 24 de julio de 1920]

Sábado

Llevo leyendo cosa de media hora las dos cartas y la tarjeta (sin olvidar el sobre, me asombro de que no suba toda la sección de llegada del correo y pida perdón en tu nombre) y sólo ahora me doy cuenta de que llevo todo el tiempo riendo. ¿Le ha ido mejor a algún emperador en la historia universal? Entra en su habitación y allí están ya las tres cartas, y él no tiene que hacer otra cosa que abrirlas —¡esos dedos tan lentos!—, recostarse y... no poder creer que es a él a quien le ocurre tal ventura.

No, no siempre he reído, sobre lo de transportar equipajes no digo nada, es que no puedo creerlo, y si puedo creerlo no puedo imaginármelo, y si puedo imaginármelo, tú eres tan bella —no, eso ya no era belleza, era un extravío del cielo— como en aquel «domingo» y yo comprendo a ese «señor» (dio al parecer veinte coronas y recibió de vuelta tres coronas). Pero sin embargo no puedo creerlo, y si ha llegado a suceder admito que ha sido tan horrible como grandioso. Pero que no comas nada y tengas hambre (mientras que a mí aquí, sin hambre ninguna, me sobrealimentan hasta no poder más) y que tengas ojeras (no pueden ser de retoque y me quitan la mitad del placer que me causa la foto; queda bastante, sin embargo, por lo que yo debería besarte la mano hasta que en esta vida ya no pudieras traducir ni cargar con equipajes en la estación), eso desde luego no puedo perdonártelo y nunca te lo perdonaré, y cuando dentro de cien años estemos sentados a la puerta de nuestra cabaña, seguiré reprochándotelo. No, no son bromas. Qué clase de contradicción es

ésta, tú aseguras que me quieres, o sea, que existes para mí y pasas hambre contra mí y aquí hay un dinero superfluo y allí está el Gallo Blanco.

Te perdono excepcionalmente lo que dices sobre la carta de la joven, porque me nombras (¡por fin!) secretario (me llamo tajemnik, porque es muy Tajemne lo que trabajo aquí desde hace tres semanas), y también en lo demás tienes razón. ¿Pero basta con tener razón? Y sobre todo: yo no tengo razón, así que ¿no quieres —no es posible, lo sé, se trata sólo de querer— asumir un poco de mi falta de razón, pasando por alto la carta indiferente de la chica y leyendo en ella sólo mi falta de razón que está allí en letras llamativas? Por lo demás, me gustaría no volver a saber de esa correspondencia de la que, absurdamente, yo tengo la culpa. Le devolví, con unas letras amables, tu carta. Desde entonces no he sabido nada; no he podido decidirme a proponerle un encuentro, ojalá todo transcurra sin ruido y por las buenas.

Tú defiendes la carta a Staša y yo te ha dado las gracias por ella. Estoy seguro de que soy injusto con los dos, siempre, y quizás conseguiré alguna vez no ser injusto con ellos.

¿Estuviste en Neu-Waldegg? Y yo estoy allí con tanta frecuencia, qué raro que no nos hayamos tropezado el uno con el otro. Sí, tú subes cuestras y caminas muy deprisa, habrás pasado como una exhalación ante mi vista, como hiciste también en Viena. ¿Qué cuatro días fueron ésos? Una diosa salía del cine y una pequeña moza de equipajes estaba en el andén de la estación: ¿y eso habrán sido cuatro días?

Max recibirá todavía hoy la carta. No he podido leer entre líneas más de lo que se podía leer furtivamente entre líneas.

Sí, con Landauer tienes mala suerte, en efecto. ¿Y en alemán te sigue pareciendo bueno? ¡Qué has hecho de él, pobre niña (¡no «niñita», Dios me libre!), torturada y trastornada por mis cartas! ¿No tengo razón cuando digo que las cartas te molestan? ¿Pero de qué sirve tener razón? Si recibo cartas, siempre tengo razón y lo tengo todo, y si no recibiera ninguna, no tendría ni razón ni vida, ni nada de nada.

¡Sí, viajar a Viena!

Envíame la traducción, por favor, nunca es bastante lo que tengo tuyo en las manos.

Hay aquí un gran coleccionista de sellos, me quita los sellos de las manos. Ahora ya tiene bastantes de esos de una corona pero asegura que hay otros de una corona, más anchos y de color negro-marrón. Y estoy pensando que si recibo las cartas, por qué no trato de conseguirle los sellos. De modo que si pudieras utilizar esos otros sellos de una corona u otros sellos más anchos de dos coronas...

[Praga, 26 de julio de 1920]

Lunes

Así pues, el telegrama no ha sido una respuesta, pero sí lo es la carta del jueves por la tarde. Así pues, el insomnio estaba muy justificado, y la horrible tristeza de esta mañana, también. ¿Sabe tu marido lo de la sangre? No hay que exagerarlo, quizás no sea nada, la sangre viene por muchas cosas, pero es sangre y no hay que olvidarlo. Y tú, entonces, vives tu vida heroicamente alegre, sí, vives como si dijeras a la sangre: «Venga, ven, ven por fin». Y entonces viene. Y de lo que yo hago aquí, de eso no te preocupas en absoluto, y, como es natural, no eres un nemluvne y sabes lo que haces, pero lo que quieres es eso, que yo esté aquí a orillas de Praga y tú te hundas en el mar de Viena, ante mis ojos, voluntariamente. Y si no tienes nada que comer, ¿eso no es una necesidad pro sebe? ¿O crees que es más bien una necesidad mía, y no tuya? Bueno, entonces también tienes razón. Y dinero tampoco podré enviarte, por desgracia, porque al mediodía me iré a casa y echaré ese dinero inútil en el fogón.

Así que ahora nos hemos alejado, Milena, y sólo parecemos tener con toda fuerza ese deseo común: que tú estés aquí y que tu rostro esté lo más cerca posible de mí. Y también, claro, tenemos en común el deseo de morir, el deseo de esa muerte «cómoda», pero ése es ya, en el fondo, el deseo de los niños, como yo en la clase de aritmética, cuando veía al profesor allá arriba pasar las hojas de su libreta y, probablemente, buscar mi nombre y con ese espectáculo de fuerza, de terror y de realidad yo comparaba mi inconcebible falta de conocimientos, deseaba medio soñando de miedo poder levantarme como un fantasma, como un fantasma recorrer el camino a través de los pupitres, pasar junto al profesor con pasos tan leves como mi saber en matemáticas, abrirme paso de algún modo a través de la puerta, ya fuera, recobrar la tranquilidad y ser libre respirando el aire puro que en todo el mundo que yo conocía no contenía tales tensiones como en aquella sala. Sí, eso habría sido «cómodo». Pero no era eso lo que ocurría. Me sacaba al encerado, me ponía un problema para cuya solución hacía falta un libro de logaritmos que yo había olvidado, mentía sin embargo diciendo que lo tenía en el pupitre (porque creía que el profesor me prestaría el suyo), me enviaba de nuevo al pupitre para buscarlo, notaba con un espanto ni siquiera fingido (en el instituto nunca tuve que fingir espanto) que no estaba allí, y el profesor (anteayer me tropecé con él) se limitaba a decir: «¡Es usted un cocodrilo!». Me ponía al momento un cero y eso, en el fondo, estaba muy bien porque, en realidad, me lo había puesto sólo por un asunto de forma y, además, injustamente (sí, yo había mentido, pero nadie podía probármelo, ¿no era eso injusto?), pero sobre todo yo no había tenido que exhibir mi vergonzosa ignorancia. Por tanto, en conjunto eso había

sido bastante «cómodo» y, en circunstancias favorables, también uno podía «desaparecer» en la habitación y las posibilidades eran infinitas y uno también podía «morir» en vida.

Hay una sola posibilidad que no existe —eso está claro por encima de toda esta locuacidad—: que entres ahora, que estés aquí y que hablemos muy a fondo de tu curación, y sin embargo esa posibilidad sería la más urgente.

Hoy quería decirte muchas cosas antes de haber leído las cartas, pero ¿qué puede decirse ante la sangre? Por favor, escríbeme en seguida con lo que ha dicho el médico y dime qué clase de persona es.

La escena de la estación la describes de modo incorrecto, yo no vacilé ni un instante, todo era de una tristeza y una belleza tan naturales y nosotros estábamos tan solos que era de una comicidad indescriptible cómo la gente, que sin embargo no estaba allí, protestaba de pronto y quería abrir la puerta de acceso al andén.

Pero delante del hotel era realmente como dices. ¡Qué guapa estabas allí! Quizás no eras tú. También habría sido muy raro que te hubieras levantado tan temprano. Pero si no eras tú, cómo sabes con tanto detalle cómo fue.

Qué bien que quieras sellos; dos días llevo haciéndome reproches por haberte pedido sellos, ya me lo reprochaba mientras lo escribía.

En grandes letras que cruzan en diagonal las páginas segunda y tercera de la carta (hoja doble) se lee: Si soy tan charlatán, es sólo porque, sin embargo, contigo estoy bien.

[Praga, 26 de julio de 1920]

Lunes, más tarde

Qué montón de papeles acaba de llegar. ¿Y para qué trabajo yo, y además con esta cabeza insomne? Para el fogón de la cocina.

Y ahora además el poeta, el primero; es también grabador en madera, al aguafuerte, y no se marcha y tiene tal vitalidad que todo lo descarga en mí y ve cómo tiemblo de impaciencia, cómo tiembla la mano sobre esta carta; ya se me dobla la cabeza sobre el pecho y él no se marcha, ese buen chico, vital, feliz-infeliz, extraordinario, pero que ahora precisamente me resulta horriblemente molesto. Y tú, escupiendo sangre.

Y en realidad los dos escribimos continuamente lo mismo. Una vez pregunto si estás enferma y entonces tú escribes sobre eso, otra vez yo quiero morir y, entonces, tú también, una vez yo quiero llorar delante de ti como un niño pequeño y entonces tú delante de mí como una niña pequeña. Y una vez y

diez veces y mil veces y continuamente quiero estar contigo y tú dices lo mismo. ¡Basta, basta!

Y aún no tengo la carta que me explique lo que ha dicho el médico: lenta, ladina escritora de misivas, mala y querida mía, ¿qué más? Nada, nada, yacer silencioso en tu regazo.

[Praga, 26 de julio de 1920]

Martes

¿Dónde está el médico? Recorro tu carta, sin leerla, sólo para buscar al médico. ¿Dónde está?

No duermo; no quiero decir que no duerma por eso, las verdaderas preocupaciones dejan dormir a quien carece de sentido musical más que a otros; pero no duermo. ¿Hace mucho del viaje a Viena? ¿He encomiado demasiado mi dicha? ¿No sirven de nada la leche y la mantequilla y la ensalada y necesito alimentarme con tu presencia? Probablemente no es ninguna de esas razones, pero los días no son agradables. Además desde hace tres días ya no tengo la suerte del piso vacío, vivo otra vez en casa (por eso recibí en seguida el telegrama). Tal vez no sea el piso vacío lo que me gusta tanto, o no lo sea en primera línea, sino el poseer dos domicilios, uno para el día y otro, más alejado, para la tarde y la noche. ¿Entiendes esto? Yo no, pero así es.

Sí, el armario. Nuestra primera y última discusión girará en torno a él. Yo diré: «Lo desechamos». Tú dirás: «Aquí se queda». Yo diré: «Elige entre él y yo». Tú dirás: «En seguida. Frank rima con Schrank. Elijo el Schrank». «Bueno», diré yo, y bajaré despacio la escalera (¿cuál?) y... si no he encontrado aún el canal del Danubio, estoy vivo aún.

Y por lo demás, yo estoy por el armario, de todas todas; pero no deberías ponerte el vestido. Lo desgastarás con el uso ¿y qué me queda entonces a mí?

Qué extraño, la tumba. En ese sitio, (vlastne) propiamente, la he buscado, pero sólo con timidez, en cambio he trazado alrededor con mucha seguridad círculos más y más grandes y, finalmente, enormes, y al final tomé otra capilla por la auténtica.

Así que te marchas y aún no tienes el visado. De esa manera está perdida la seguridad de que vendrías en caso de necesidad. Y encima quieres que duerma.

[...]

¿Y el médico? ¿Dónde está? ¿Aún no está ahí? No ha habido sellos

especiales del congreso, yo también creía que los había habido. Hoy, para desengaño mío, me traen los «sellos del congreso», son sellos normales, sólo con el matasellos del congreso; sin embargo parece que tienen bastante valor a causa justamente de ese matasellos, pero eso no lo comprenderá el chico. Yo adjuntaré siempre un solo sello, primero por su valor y segundo para que me des las gracias cada día.

Lo ves, necesitas una pluma, ¿por qué no hemos aprovechado mejor los días de Viena? Por qué, por ejemplo, no nos quedamos todo el tiempo en la papelería, con lo bien que se estaba allí y tan cerca como estábamos el uno del otro.

¡Y no le habrás leído al armario estas bromas mías tan tontas! A mí me gusta, sin poder evitarlo, casi todo lo que hay en tu cuarto.

¿Y el médico?

¿Ves a menudo al coleccionista de sellos? No es una pregunta con segundas, aunque así lo parezca. Cuando se ha dormido mal, uno pregunta y no sabe qué. Uno querría preguntar eternamente; no dormir equivale a preguntar; si uno tuviera la respuesta, dormiría.

Y esta declaración de falta de seso es, a decir verdad, algo muy fuerte. ¿El pasaporte lo habrás recibido, supongo?

[Praga, 28 de julio de 1920]

Miércoles

¿Conoces lo que cuenta Casanova sobre su evasión de las cámaras de plomo de Venecia? Sí, lo conoces. Describe someramente la más horrible forma de encarcelamiento, en los sótanos más profundos, a oscuras, en la humedad, al nivel de las lagunas; se está acucillado sobre una plancha estrecha, el agua casi llega hasta allí, con la marea sube realmente, pero lo peor son las feroces ratas de agua, sus chillidos en la noche, su tironear, desgarrar y roer (se lucha con ellas por el pan, creo), y sobre todo su espera impaciente hasta que, extenuado, uno cae de la plancha. ¿Sabes? Así son las historias de tu carta. Horribles e incomprensibles y, sobre todo, tan cercanas y lejanas como el propio pasado. Y uno está agachado arriba y eso no da una esbeltez extraordinaria a la espalda, y también los pies se agarrotan y se tiene miedo y sin embargo no se puede hacer otra cosa que mirar esas ratas grandes y oscuras que lo fascinan a uno en medio de la noche y al final no se sabe si uno continúa arriba o ya está abajo y da chillidos también abriendo el hociquito con los dientes dentro. Mira, no cuentes tales historias, ven aquí, qué cosas son éstas, ven aquí. Esos «animalitos» te los doy de regalo pero sólo a condición de que los ahuyentes de la casa.

¿Y del médico ya no se habla? Y sin embargo has prometido expresamente que irás al médico y tú siempre mantienes tu palabra. ¿Y porque ya no ves sangre no vas? Yo no me pongo como ejemplo para ti, tu salud es incomparablemente mejor que la mía, yo siempre seré sólo ese señor a quien le llevan la maleta (lo cual todavía no significa una diferencia de categoría, porque primero viene el señor que llama con un gesto al maletero, luego viene el maletero, y sólo después el señor que pide al maletero que le lleve la maleta porque si no cae desplomado; cuando hace poco —¡hace poco!— me fui a casa desde la estación, el mozo que llevaba mi maleta, sin que yo hubiera dicho nada al respecto, empezó a consolarme por propia iniciativa: que yo entendía seguro de cosas que él, por su parte, era incapaz de hacer, y que llevar bultos era propiamente su tarea y que eso no le importaba nada, etc.; por mi parte, a mí me pasaban cosas por la cabeza, a las que eso era la [por completo insuficiente] respuesta, pero yo no las había dicho con claridad); bueno, no me comparo en ellas contigo, pero tengo que pensar en cómo estaba yo, y pensar da preocupación y tú debes ir al médico. Eso fue hace unos tres años, nunca había estado enfermo del pulmón, nada me producía fatiga, podía caminar ilimitadamente, en aquel entonces nunca llegaba, caminando, al límite de mis fuerzas (pensando, en cambio, continuamente) y de pronto, hacia el mes de agosto —o sea, hacía mucho calor, el tiempo era hermoso, todo, excepto mi cabeza, era perfectamente normal—, escupí en la escuela de natación algo rojo. Era extraño e interesante, ¿no? Lo contemplé un momentito y lo olvidé en seguida. Y luego ocurrió repetidas veces y en general, cuando quería escupir, siempre lograba sacarlo en rojo, lo hacía completamente a voluntad. Entonces ya no fue interesante sino aburrido y volví a olvidarlo. Si entonces hubiera ido en seguida al médico..., bueno, probablemente todo habría sido exactamente igual que ha sido sin el médico, pero entonces nadie sabía nada de lo de la sangre, en realidad ni siquiera yo, y nadie estaba preocupado. Pero ahora hay uno que está preocupado, así que ve al médico, te lo ruego.

Es curioso que tu marido diga que me escribiré esto y esto. ¿Y pegarme y echarme las manos al cuello? Realmente no lo entiendo. Te lo creo todo, por supuesto, pero me resulta tan imposible imaginármelo que no siento nada, como si fuera una historia completamente ajena y lejana. Como si estuvieras aquí y dijeras: «En este instante estoy en Viena y están gritando y todo eso». Y los dos mirásemos por la ventana hacia Viena y, naturalmente, no habría el menor motivo para perder la tranquilidad.

Pero otra cosa aún: ¿no olvidarás a veces, cuando hablas del futuro, que soy judío? (jasné, nezapletené). Sigue siendo peligroso, el judaísmo, incluso cuando está a tus pies.

En los márgenes izquierdo y superior de la primera página: El «sin

embargo» ha sido realmente necesario en estas cartas; ¿pero no es también bonita esa palabra, trotzdem? En el trotz hay un choque, aún hay «mundo» en ella, pero en el dem se produce el hundimiento, luego ya no hay nada.

En los márgenes izquierdo y superior de la última página: ¿Por qué metes también a Jílovský en esas historias? Tengo delante de mí sobre el papel secante un dibujo suyo que te concierne, en lápiz azul.

[Praga, 29 de julio de 1920]

Jueves

Es un texto precioso el de Staša. Pero no puede decirse que en ese escrito ella fuera entonces distinta de ahora, simplemente ella no existe en él, habla en tu lugar, hay una increíble unión entre ella y tú, casi algo espiritual, como uno que, casi impasible, pues no se atreve a ser más que un mediador, cuenta a otros lo que le han contado a él; lo cual, por otra parte —esa conciencia también está implicada y forma el orgullo y la belleza del conjunto—, sólo él ha podido oír y comprender. Pero ella no es distinta de como era antes, creo; un texto así quizás podría escribirlo todavía hoy si las circunstancias fueran parecidas.

Es curioso lo que ocurre con esas historias. No me agobian, porque sean judías, por ejemplo, y porque, una vez puesta esa fuente sobre la mesa, cada judío tiene que ponerse su parte de ese común manjar, horrible, venenoso, pero también antiguo y, en el fondo, eterno: eso, por tanto, no es lo que en ellas me deprime. ¿No querrías ahora tenderme la mano, por encima de ellas, y dejármela mucho, mucho tiempo?

Ayer encontré la tumba. Si se la busca tímidamente, es en verdad imposible encontrarla, yo no sabía que era la tumba de tu familia por línea materna, las inscripciones también se pueden leer sólo si —el oro casi se ha desprendido del todo— uno se inclina con mucha atención. Estuve largo tiempo allí, la tumba es bonita, indestructible por ser de piedra, pero no tiene ninguna flor, aunque para qué tantas flores en las tumbas, yo nunca lo he comprendido bien. He puesto algunos claveles multicolores en el borde del borde. Me encontraba mejor en el cementerio que en la ciudad, además aquel estado de ánimo duró; caminé largo tiempo por la ciudad como por un cementerio.

¿Jeníček era tu hermano pequeño?

¿Y cómo sigues de salud? A decir verdad, en la fotografía de Neu Waldegg se te ve claramente enferma, ciertamente allí está exagerado, pero al fin y al cabo sólo exagerado. No tengo aún una fotografía real tuya. En una hay una joven distinguida, delicada, refinada, a la que ya pronto, dentro de uno o dos años, sacarán del internado religioso (eso sí, las comisuras de los labios están

un poco caídas, pero sólo es distinción y religiosidad) y la segunda foto es una exagerada foto de propaganda: «así se vive actualmente en Viena». Por cierto, en esa segunda foto tienes un parecido increíble con mi misterioso primer amigo; alguna vez te hablaré de él.

No, a Viena no voy, hacia fuera sólo sería posible con una mentira, dándome de baja en la oficina por enfermedad, o en dos días festivos seguidos. Pero éstos son sólo los obstáculos externos, pobre chico (hablo conmigo mismo).

¿Staša ha estado tanto contigo en Weleslavin?

He escrito a diario, recibirás sin duda las cartas.

El telegrama, gracias, gracias, retiro todos los reproches, no eran tampoco reproches, era una caricia con el dorso de la mano, porque tiene envidia desde hace mucho tiempo. Acaba de estar otra vez aquí el poeta y grabador (pero ante todo es músico), viene continuamente, me ha traído dos grabados en madera (Trotzki y una Anunciación, como ves, su universo no es reducido); por hacerle un favor, para acercarme más a sus obras, me apresuré a establecer una relación contigo, dije que iba a enviárselo a un amigo de Viena, lo que sin embargo tuvo la consecuencia involuntaria de que, en lugar de uno, recibí dos ejemplares (te guardo aquí los tuyos ¿o lo quieres en seguida?). Pero bueno, llegó entonces el telegrama; mientras yo lo leía y leía y no terminaba de leerlo, contento y agradecido, él, imperturbable, seguía charlando (sin embargo, no es que quiera molestar, no, en absoluto; si digo que tengo algo que hacer y lo digo en voz alta, haciendo que se despierte, interrumpe la frase a la mitad y se marcha, sin ofenderse en absoluto). Toda la noticia es muy importante, pero los detalles lo serán aún más. Pero sobre todo: cómo vas a cuidarte, si eso es imposible; a mí al menos no puede decirme el médico nada más absurdo. Oh, es lamentable, pero como quiera que sea: gracias, muchas gracias.

[Praga, 29 de julio de 1920]

Jueves, más tarde

Así que, para que no haya duda alguna, Milena:

Quizás no sea ahora el mejor estado posible, quizás podría soportar yo más suerte aún, más seguridad aún, más plenitud aún —aunque eso no es en modo alguno seguro, ni siquiera en Praga—, en cualquier caso, si tomo el término medio, me encuentro bien y alegre y libre, de modo totalmente inmerecido; me encuentro bien hasta sentir miedo, y si las condiciones previas actuales se mantienen algún tiempo sin demasiados trastornos y si cada día recibo alguna palabra tuya y no te veo en ellas demasiado torturada, entonces eso bastará probablemente para que recobre relativamente la salud. Y ahora, Milena, deja

de torturarte, y de física nunca he entendido nada (todo lo más, aquello de la columna de fuego; eso es física, ¿no?) y tampoco entiendo la vaha sveta y ella no me entiende a mí tampoco (¿qué podría hacer una balanza tan inmensa con los 55 kilos que peso desnudo?; pues no lo percibiría siquiera y por eso seguro que ni se pondría en movimiento), yo soy aquí el mismo que era en Viena y tu mano está en la mía todo el tiempo que tú la dejes en ella.

El poema de Werfel es como un retrato que los contempla a todos, a mí también me mira, y sobre todo al malo, que además es quien lo ha escrito.

No acabo de entender tu observación sobre las vacaciones. ¿Adónde irías tú?

[Praga, 30 de julio de 1920]

Viernes

Siempre quieres saber si te quiero, Milena, pero es una pregunta difícil, a la que no se puede responder por carta (ni siquiera en la última carta del domingo). Si nos vemos los dos en los próximos tiempos, te lo diré con seguridad (si no me falla la voz).

Pero sobre el viaje a Viena no deberías escribir; no iré, pero toda mención de eso es una pequeña hoguera que me acercas a la piel desnuda, es ya una pequeña pira y no se va apagando sino que arde siempre con la misma fuerza, más aún, con fuerza creciente. Tú no puedes querer eso.

Lamento mucho las flores que has recibido. De pura aflicción no puedo siquiera descifrar qué clase de flores han sido. Y ahora están en tu cuarto. Si yo fuera realmente el armario, me deslizaría de pronto, en pleno día, fuera de la habitación. Por lo menos hasta que las flores se marchitaran me quedaría en el recibidor. No, eso no está bien. Y todo está tan lejos, y sin embargo tengo el picaporte de tu puerta delante de los ojos, tan cerca como mi tintero.

Sí, por supuesto, he recibido tu telegrama de ayer, no de anteayer, pero incluso entonces aún no se habían marchitado las flores. ¿Y por qué te alegran? Si son tus «preferidas», entonces tienen que alegrarte todas las que hay de esa especie en la tierra; ¿por qué precisamente éstas? Pero tal vez sea esto una pregunta demasiado difícil a la que sólo se puede responder de palabra. Sí, pero ¿dónde estás? ¿Estás en Viena? ¿Y dónde está eso?

No, de las flores no me libero. La Kärtnerstrasse, bueno eso es una historia de fantasmas o un sueño, soñado un día nocturno, [...], pero las flores son reales, llenan el florero (naruc, dices, y las mantienes pegadas a tu cuerpo) y ni siquiera puede uno tocarlas puesto que son tus «flores preferidas». Esperad, cuando Milena salga de la habitación, os echo mano y os arrojo al patio por la

ventana.

¿Por qué estás triste? ¿Ha ocurrido algo? ¿Y no me lo dices? No, eso no es posible.

Preguntas por Max pero te ha respondido hace tiempo, no sé qué te habrá dicho, pero el domingo ha echado la carta en mi presencia. Y otra cosa: ¿has recibido mi carta del domingo?

Ayer fue un día extraordinariamente agitado, no una agitación lancinante, simplemente agitación; tal vez te cuente más en los próximos días. Sobre todo tenía tu telegrama en el bolsillo y con él se caminaba de un modo distinto. Hay una especial bondad humana, de la que los seres humanos no saben nada. Por ejemplo, se acerca uno al puente, al Cechbrücke, saca el telegrama y lo lee (siempre es nuevo; cuando uno ha absorbido todo su contenido, el papel está vacío, pero, una vez en el bolsillo, queda reescrito al momento). Luego mira uno alrededor y pensaría que ve semblantes malhumorados, no envidiosos exactamente pero sí miradas en las que lee: «¿Cómo? ¿Tú precisamente has recibido ese telegrama? Eso vamos a denunciarlo en seguida allá arriba. Al menos enviaremos al momento flores (una brazada completa) a Viena. En cualquier caso estamos decididos a no tolerar sin más ese telegrama». Pero en lugar de eso, todo está en calma, hasta donde uno puede comprobarlo; los pescadores siguen pescando, los espectadores siguen mirando, los niños juegan al fútbol, el hombre apostado junto al puente recauda monedas. Si uno se fija más, hay también cierto nerviosismo, la gente se obliga a seguir con sus trabajos, a no delatar sus pensamientos. Pero precisamente porque se obligan son tan dignos de nuestro afecto; esa voz que sale del conjunto: «Es cierto, el telegrama es tuyo, estamos de acuerdo, no indagamos si tienes derecho a recibirlo, lo dejamos estar y puedes quedarte con él.» Y cuando vuelvo a sacarlo al cabo de un rato, uno podría pensar que eso les fastidia porque no disimulo ni me escondo, pero no, no se irritan, siguen siendo los mismos.

Por la tarde he hablado otra vez con un judío de Palestina; es imposible, creo, hacer que comprendas por carta la importancia que tiene para mí: un hombre bajito, casi diminuto, enclenque, barbudo, tuerto. Pero he pasado la mitad de la noche recordándole. Próximamente, más sobre esto.

¿Así que no tienes pasaporte y no van a dártelo?

En el margen derecho de la primera página: [No, ese hombre es un tipo raro, sólo le interesan los sellos austriacos, quizás puedas utilizar, cuando no encuentres esos sellos de una corona, otro de menos valor, por ejemplo de 25 heller y otros parecidos]. Pero no, déjalo del todo, por favor, déjalo.

En el margen izquierdo de la segunda página: ¿Y por qué estás triste?

En el margen izquierdo de la última página: ¿Y por qué estás triste?

[Praga, 31 de julio de 1920]

Sábado

En estos momentos estoy distraído y triste, he perdido tu telegrama, es decir, no puede haberse perdido, pero ya es bastante desgracia tener que buscarlo. Por lo demás sólo tú tienes la culpa; si no hubiera sido tan gozoso, no lo habría tenido continuamente en las manos.

Sólo me consuela lo que dices del médico. Así que la sangre no era nada de importancia, bueno, yo, viejo médico que soy, ya te lo indiqué como conjetura. Ahora bien, ¿qué dice del pulmón dañado? Pasar hambre y llevar maletas no es, de seguro, lo que te ha prescrito. Y que sigas queriéndome bien, ¿está de acuerdo con eso? ¿O no habéis hablado de mí? Sí, pero cómo voy a darme por satisfecho si el médico no ha encontrado rastro de mí. ¿O no será mi propio pulmón dañado lo que él ha encontrado en el tuyo?

¿Y realmente no es grave? ¿Y lo único que hace es enviarte al campo cuatro semanas? Es muy poco, verdaderamente.

No, no tengo que poner muchas más objeciones al viaje que a la vida en Viena. Márchate, por favor, márchate. En algún momento me escribiste que tenías puesta tu esperanza en ese viaje; eso es para mí razón suficiente para desearlo también.

El viaje a Viena, otra vez. Si escribes en serio sobre él, es lo peor, entonces aquí el suelo empieza a temblar y estoy esperando a que me tire al suelo. No lo hace. Sobre el obstáculo exterior —sobre los obstáculos interiores no quiero hablar, porque, aunque son fuertes, no me retendrían, creo, no porque yo sea fuerte sino porque soy demasiado débil para dejarme retener por ellos—, sobre el obstáculo exterior ya he escrito, sólo una mentira podría hacer posible el viaje, y tengo miedo de la mentira, no como un hombre de honor sino como un colegial. Y además tengo la sensación, o vislumbro al menos la posibilidad de que una vez —por tu causa o por la mía— tendré que viajar a Viena sin falta, inevitablemente, pero una segunda vez no podría mentir ni siquiera como un frívolo colegial. Esa posibilidad de la mentira es, por tanto, mi reserva, de ella vivo como de tu promesa de venir al momento. Por eso no iré ahora. En lugar de la seguridad de esos dos días —por favor no los describas, Milena, sería casi una tortura, aún no se trata de urgencia sino de necesidad ilimitada— tengo su constante posibilidad. ¿Y las flores? Estarán ya ajadas, como es natural. ¿Has tenido alguna vez flores «atravesadas en la garganta», como tengo yo éstas? Porque es de lo más desagradable.

En la lucha entre Max y tú, no me meto. Me mantengo al margen, doy a cada uno la razón y estoy a salvo. Tienes razón sin duda alguna en lo que

dices, pero ahora cambiemos de lugar. Tú tienes tu patria y puedes también renunciar a ella y es quizás lo mejor que puede hacerse con la patria, sobre todo porque no se renuncia a lo que hay de irrenunciable en ella. Pero él no tiene patria y por eso no puede renunciar a nada y tiene que pensar constantemente en eso, buscarla o construirse una, constantemente, ya coja el sombrero de la percha o esté tumbado al sol en la escuela de natación o escriba el libro que tú has de traducir (en esto último es en lo que quizás esté más relajado; pero tú, pobre, querida, cuánto trabajo te echas encima por conciencia de culpa, te veo inclinada sobre tu tarea, el cuello está descubierto, yo estoy detrás de ti, tú no lo sabes; por favor, no te asustes si sientes mis labios en la nuca, no quería besarla, es sólo amor desvalido); sí, Max, por tanto, ha de pensar constantemente en ello cuando te escribe.

Y es curioso que tú, sin embargo, en general te defiendas bien contra él, pero en el detalle te derrote. Por lo visto él ha escrito que yo habito en casa de mis padres y también sobre Davos. Ambas cosas son incorrectas. Habitar en casa de los padres es muy malo, sin duda, pero no sólo habitar: vivir, quedar hundido en ese ambiente de bondad, de amor —tú no conoces, por cierto, la carta que he escrito a mi padre—, las sacudidas de la mosca en la tira engomada, pero esto también tiene su parte buena, unos luchan en Maratón, otros en el comedor, el dios de la guerra y la diosa de la victoria están por doquier. Pero mudarse a otro sitio de modo mecánico, qué finalidad tendría eso, si, además, yo siguiera comiendo en casa, que de momento es para mí lo mejor. Sobre Davos, en los próximos días. De Davos, lo único que admito como válido es el beso de despedida.

Al margen izquierdo de la primera página: ¿Leo bien? ¿Hay una T mayúscula en el sobre? El matasellos le ha caído encima y por eso no lo sé con exactitud.

Al margen izquierdo de la última página: Sí, por favor, envíame Desdicha, ya quería pedírtelo. Pedir que lo busquen en la Tribuna es desagradable.

[Praga, 31 de julio de 1920]

Sábado, más tarde

Por más vueltas que le dé a la carta de hoy, a la carta querida y fiel, a la carta alegre y portadora de felicidad, es de todos modos una carta «salvadora». ¡Milena entre los salvadores! (Si yo estuviera también entre ellos, ¿ya estaría ella conmigo? No, entonces seguro que no.) Milena entre los salvadores, ella que constantemente experimenta en el propio cuerpo que al otro sólo se le puede salvar mediante la propia existencia y, fuera de eso, mediante nada más. Y a mí ya me ha salvado mediante su existencia y ahora, posteriormente, lo intenta con otros medios infinitamente más exigüos. Cuando uno salva al otro

de ahogarse, es, naturalmente, una gran hazaña; pero si después le regala al que ha salvado un abono para clases de natación, ¿qué significa eso? ¿Por qué quiere el salvador ponerse las cosas tan fáciles? ¿Por qué no quiere seguir salvando al otro constantemente con su sola presencia, con su presencia siempre disponible? ¿Por qué quiere librarse de esa tarea y pasársela a profesores de natación y a hoteleros de Davos? ¡Y además yo peso 55 kg 400! ¿Y cómo puedo echar a volar si nos cogemos de la mano? Y si echamos a volar los dos, ¿qué pasa entonces? Y aparte de eso —ésta es, en el fondo, la idea básica de lo precedente— ya nunca me iré tan lejos de ti. Acabo de llegar de las Cámaras de Plomo de Merano.

Sábado tarde

Esto ya estaba escrito y hoy quería escribir algo distinto, pero ahora no tiene importancia. He llegado a casa, he visto en la oscuridad sobre el escritorio la carta inesperada, la he leído por encima, me llamaban continuamente a cenar, he comido algo que, desgraciadamente, no quería desaparecer de la mesa si yo no lo tragaba, he leído después la carta a fondo, despacio, deprisa, agitado, feliz, una vez asombrado —uno no acaba de creerlo, pero está ahí y uno no lo cree, pero me derrumbo al leerlo y eso es creerlo—, finalmente desesperado, desesperado, desesperado y palpitándome el corazón. «No puedo ir», eso lo sabía desde la primera línea y lo sabía al leer la última; entremedias sin embargo he estado varias veces en Viena como en una noche de insomnio, completamente despierto se tienen diez veces sueños que duran medio minuto. Luego fui a correos, te puse un telegrama, me sosegué un poco y ahora estoy aquí. Estoy aquí sentado con la deplorable tarea de demostrarte que no puedo ir. Bueno, dices que no estoy débil, entonces tal vez lo consiga; pero sobre todo quizás consiga superar las semanas próximas cada una de cuyas horas ya me sonrío sarcásticamente con la pregunta: «¿Así que de verdad no has estado en Viena? ¿Recibiste esa carta y no estuviste en Viena? ¿No estuviste en Viena? ¿No estuviste en Viena?». De música no entiendo, pero esa música la entiendo por desgracia mejor que todos los que entienden de música.

No he podido ir porque no puedo mentir en la oficina. También puedo mentir en la oficina pero sólo por dos razones, por miedo (si es un asunto de oficina, parte de ella, miento en ella sin preparación alguna, de memoria, inspirado) o por urgencia mayor (es decir, si «Else se pone enferma», Else, Else, no tú, Milena, tú no te pones enferma, eso ya sería máxima urgencia, de ésa no hablo en absoluto), así que por urgencia podría mentir al momento, entonces no haría falta telegrama alguno, la urgencia es algo que tiene validez en la oficina, entonces me pongo en camino con o sin permiso. Pero en todos los casos en los que, entre las razones que tendría para mentir, la razón principal es la urgencia de la felicidad, no puedo mentir, no puedo, como no

puedo levantar pesas de veinte kilos. Si me presentara con el telegrama de Else ante el director, se me caería seguro de las manos, y si se me cayera, seguro que pondría el pie sobre él, sobre la mentira y una vez hecho esto saldría seguro del despacho del director sin solicitar nada. Hazte cargo, Milena, la oficina no es una estúpida institución cualquiera (lo es también y en altísimo grado, pero de eso no hablamos aquí, por lo demás es más fantástica que estúpida) sino que es mi vida hasta el día de hoy, yo no puedo emanciparme de golpe, desde luego, y eso quizás no estaría nada mal, pero hasta ahora es mi vida; puedo actuar con pocos escrúpulos, trabajar menos que nadie (lo hago), hacer una chapuza tras otra (lo hago), darme sin embargo importancia (lo hago), aceptar tranquilamente, como si lo mereciera, el trato más benévolo imaginable en una oficina, pero mentir para, de pronto, como si fuera un hombre libre, siendo como soy un simple empleado, viajar adonde no me lleva «ninguna otra cosa» que el latido natural del corazón: no, así no puedo mentir. Pero, aun antes de haber recibido tu carta, quería decirte que esta misma semana renovaré mi pasaporte o lo pondré como sea al día para ir a verte lo antes posible en caso de necesidad.

Repaso lo escrito y no corresponde a lo que pienso, y no soy «fuerte», ya que no he sabido decirlo bien [añado esto: tal vez yo sepa mentir peor que otro al que (así son casi todos los empleados) constantemente le hacen injusticias, que trabaja más de lo que puede —si yo pensara eso, ya estaría tomando el tren exprés para Viena—, que ve la oficina como una máquina dirigida por cretinos —él lo haría mucho mejor—, una máquina en la que él, debido justamente a esa cretinez de la dirección, está colocado en el puesto equivocado —a juzgar por su capacidad, él es una pieza de importancia capital en el engranaje y tiene que trabajar como la última arandelita, etc.—; para mí, en cambio, la oficina —y así fue la escuela primaria, el instituto, la universidad, la familia, todo— es un ser vivo que a mí, donde quiera que esté, me mira con sus ojos inocentes, una persona a la que estoy vinculado de una manera desconocida para mí, aunque me sea tan ajena como la gente que estoy oyendo ahora pasar por el Ring en automóvil. O sea, para mí esa persona es ajena hasta el absurdo, pero eso precisamente exige guardar miramientos, yo apenas escondo que me siento ajeno, pero ¿cuándo tal candidez se dará cuenta de eso? Y, por tanto, no puedo mentir], no, fuerte no soy ni sé escribir ni sé nada de nada. Y ahora, Milena, te alejas también de mí, no por mucho tiempo, lo sé, pero oye, un ser humano no aguanta mucho tiempo sin latirle el corazón, y mientras tú sigas alejada de mí, ¿cómo podrá latir?

¡Si pudieras enviarme un telegrama después de esta carta! Es una exclamación, no una petición. Sólo si puedes hacerlo libremente lo hago. Sólo entonces, ya ves, ni siquiera subrayo estas líneas.

He olvidado una tercera razón que me posibilitaría soltar una mentira: si tú

estuvieras a mi lado. Pero entonces sería la mentira más inocente del mundo, porque entonces en el despacho del director no habría nadie fuera de ti.

[Praga, 1 de agosto de 1920]

Domingo

Aún no sé lo que responderás a la carta del sábado por la tarde y seguiré sin saberlo mucho tiempo; en cualquier caso estoy aquí, en la oficina, tengo permanencia dominical (una curiosa institución, uno tiene que estar aquí y eso basta; por tanto, durante esta permanencia, otros trabajan menos de lo habitual, yo, como siempre), está nublado, pronto lloverá, pronto me molestará la luz de las nubes cuando escriba, en fin, todo es como es, ni más ni menos, triste y opresivo. Y si tú escribes que tengo ganas de vivir, hoy no tengo apenas; ¿de qué me va a servir en un día como hoy, en una noche como hoy? En el fondo, sigo teniendo, pese a todo (viene de tiempo en tiempo, una y otra vez, bonita expresión), pero poco en la superficie. Tampoco estoy contento conmigo mismo, aquí estoy sentado, delante de la puerta del director, el director no está, pero no me asombraría si saliera y dijera: «A mí tampoco me gusta usted, por eso lo despido». «Gracias —diría yo—, necesito eso urgentemente para viajar a Viena». «Vaya —diría él—, ahora vuelve a gustarme y retiro el despido». «Oh —diría yo—, así que ahora ya no puedo hacer el viaje». «Oh, sí —diría él—, porque ahora no me gusta usted otra vez y le despido». Y eso sería entonces una historia interminable.

Hoy he soñado contigo por primera vez, creo, desde que estoy en Praga. Un sueño hacia la madrugada, breve y penoso, dormí un poco después de una noche siniestra. Recuerdo poco, tú estabas en Praga, caminábamos por la Ferdinandstrasse; frente a Vilimek más o menos, en dirección al muelle, unos conocidos tuyos pasaban por el lado opuesto de la calle, nos volvíamos hacia ellos, tú hablabas de ellos, tal vez también mencionabas a Krasa [él no está en Praga, eso lo sé, me enteraré de su dirección]. Hablabas como siempre, pero en tu voz había cierto rechazo, algo que no se podía abarcar, demostrar, yo no lo mencionaba, pero me maldecía, así sólo pronunciaba la maldición que pesaba sobre mí. Luego estábamos en un café, en el Café de la Unión probablemente (cogía de camino, era también el café de la última noche de Reiner), en nuestra mesa había sentados un hombre y una joven, de ellos sin embargo no puedo acordarme, luego un hombre que se parecía mucho a Dostoievski, pero joven, la barba y el pelo negros como la pez, y todo, por ejemplo las cejas y los párpados, muy abultados. Luego estabas tú allí, y yo. Una vez más, nada delataba tu actitud de rechazo, pero el rechazo era evidente. El rostro lo tenías —no podía apartar la vista de esa torturante singularidad— empolvado, y además de modo más que ostensible, con torpeza, mal, probablemente también hacía calor y por eso con los polvos se

habían formado dibujos completos en tus mejillas, todavía las estoy viendo delante de mí. Una y otra vez me inclinaba para preguntar por qué te habías dado polvos; cuando notabas que yo quería preguntar, tú preguntabas amablemente —el rechazo no se notaba, como he dicho—: «¿Qué quieres?». Pero yo no podía preguntar, no me atrevía, y sin embargo sospechaba en cierto modo que eso de ponerse polvos era una manera de ponerme a prueba, una prueba completamente decisiva, que yo debía preguntar, y que lo quería también, pero no me atrevía. Así pasaba sobre mí aquel triste sueño. Además también me atormentaba el tal Dostoievski. En su comportamiento conmigo era parecido a ti, pero un poco distinto. Cuando le preguntaba algo, era muy amable y lleno de interés, se inclinaba hacia delante, era comunicativo, pero si yo no sabía ya lo que preguntar o decir —eso ocurría a cada instante—, se echaba de golpe para atrás, se sumía en la lectura de un libro, no sabía nada del mundo y sobre todo de mí, desaparecía en su barba y su pelo. No sé por qué aquello era insoportable para mí, una y otra vez —no podía evitarlo— tenía que atraerle hacia mí con alguna pregunta y una y otra vez volvía a perderlo por mi culpa.

Me queda un pequeño consuelo. Hoy no puedes prohibírmelo, tengo delante la Tribuna, ni siquiera he tenido que comprármela contraviniendo tu prohibición, se la he pedido prestada a mi cuñado, no, mi cuñado me la ha prestado sin más. Por favor, déjame esa dicha. No me interesa en primera línea lo que pone, pero oigo la voz, ¡mi voz!, en el mundanal ruido, déjame esa dicha. ¡Y además es tan hermoso todo ello! No sé cómo ocurre, lo leo sólo con los ojos, ¿cómo lo ha sabido al momento mi sangre y ya lo transporta, ardiente, con ella? Y es divertido. Yo pertenezco naturalmente al segundo grupo; ese peso en los pies es prácticamente de mi propiedad y no estoy en absoluto de acuerdo con que se publique un asunto mío puramente personal; alguien dijo una vez que yo nado como un cisne, pero no era un cumplido. Pero también está cargado de emoción. Me siento como un gigante que, extendiendo los brazos, aparta de ti al público —difícil tarea, tiene que apartarte del público y quiere a la vez no perderse ni una palabra tuya, no dejar de verte ni un segundo—, ese público obstinado, estúpido hasta la saciedad, además, femenino, que quizás exclame: «¿Dónde está la moda? ¿Pero cuándo viene por fin la moda? Lo que hemos visto hasta ahora es "sólo" Milena». Sólo, y de ese «sólo» vivo yo. Y a decir verdad he tomado todo el resto del mundo como el barón de Münchhausen tomó las cureñas de Gibraltar y las arrojó a las aguas del mar. ¿Qué? ¿Todo el resto? ¿Y mentir? ¿No sabes mentir en la oficina? Pero bueno, aquí estoy, todo es tan triste como antes y mañana no tendré carta y el sueño es la última noticia que he tenido de ti.

[Praga, 1 de agosto de 1920]

Domingo tarde

Bueno, deprisa, ésta es la posibilidad, la tenemos cada semana; que no se me haya ocurrido antes; pero antes he de tener el pasaporte, no es tan fácil como tú crees, y sin Otlá casi imposible:

Viajo un sábado por la tarde en el tren expreso, llego hacia las dos (mañana me enteraré de la hora exacta) de la madrugada a Viena; tú, entretanto, ya me has sacado el viernes el billete a Praga en el expreso del domingo, me has telegrafiado que lo tienes; sin ese telegrama yo no podría salir de Praga. Me esperas en la estación, tenemos más de cuatro horas para nosotros, el domingo a las siete de la mañana me marchó otra vez.

Ésta es, pues, la posibilidad, un poco pobre sin duda, sólo estaremos juntos cuatro horas nocturnas (¿y dónde?, ¿en un hotel de la Estación Francisco José?), pero al fin y al cabo una posibilidad, que por otra parte se podría mejorar enormemente si tú —pero ¿existe esa posibilidad?— me vienes al encuentro en Gmünd y pasamos la noche en Gmünd. Gmünd está en Austria, ¿no? Entonces no necesitas pasaporte. Yo llego allí hacia las diez de la noche, quizás un poco antes, y me marchó el domingo en el rápido (en domingo es más fácil tener asiento), a las once de la mañana más o menos, y si a lo mejor hay un tren correo adecuado más tarde, entonces, más tarde. Lo que no sé es cómo podrás hacer tú el viaje de ida y el de vuelta.

¿Qué opinas, pues? Qué raro preguntarte esto ahora habiendo hablado contigo todo el día.

Dirección de Krasa: Marienbad. Hotel Stern

[Praga, 2 de agosto de 1920]

Lunes

Pero, consultando el horario de trenes, la cosa se presenta mucho mejor de lo que yo pensaba, espero que el horario sea correcto, entonces es así:

I. La posibilidad que es mucho peor: salgo de aquí a las 4.12 el sábado por la tarde, estoy a las 11.10 de la noche en Viena, tenemos siete horas para nosotros, porque salgo de Viena el domingo a las siete de la mañana. La condición previa para esas siete horas es que la noche anterior (no es tarea fácil) haya dormido un poco, si no, sólo tendrás delante de ti a un pobre animal enfermo.

II. Posibilidad que con este horario ha pasado a ser espléndida: salgo de aquí a las 4.12, pero estoy en Gmünd ya (¡ya, ya!) a las 7.28 de la tarde. Incluso si saliera el domingo en el rápido de la mañana, a las 10.46, disponemos de más de quince horas, durante algunas de las cuales podremos

dormir. Pero es aún mejor. Ni siquiera tengo que viajar en ese tren; por la tarde, a las 4.38, sale también un tren correo para Praga, en ése viajaría entonces. Serían, pues veintiuna horas para nosotros, y ésas podemos tenerlas (¡imagínate!), al menos teóricamente, cada semana.

Hay sólo una dificultad en todo ello, pero creo que no es importante, en cualquier caso tendrías que informarte al respecto. La estación de Gmünd es checa, la ciudad, austriaca; ¿esa estupidez de los pasaportes llegaría hasta el punto de que los vieneses necesiten un pasaporte para atravesar la estación checa? Entonces los habitantes de Gmünd que viajen a Viena habrían de tener un pasaporte con visado checo, yo no puedo creerme eso, eso estaría dirigido directamente contra nosotros [...]. Ya es lo bastante malo que quizás deba esperar una hora al control de aduanas en Gmünd, antes de poder salir de la estación, quedando así reducidas las veintiuna horas.

Después de estos graves asuntos ya no hay nada que escribir. Pero muchas gracias por no haberme dejado tampoco hoy sin carta; ¿y mañana? Del teléfono no voy a hacer uso, primero, porque me altera demasiado los nervios, segundo, porque es imposible (ya me informé en una ocasión) y tercero porque vamos a vernos pronto [...]. Por desgracia Ottla no ha tenido tiempo hoy de ir a la jefatura de policía para el pasaporte; mañana. Sí, lo de los sellos lo haces estupendamente (por desgracia, los sellos de la carta por correo expreso se me han traspapelado, no sé cómo, el hombre casi se puso a llorar cuando se lo dije). Por otra parte, para darme las gracias por los que yo te envío te lo has puesto un poco demasiado fácil, pero yo también estoy contento así y por eso, imagínate, voy a enviarte sellos de «legionario». Hoy no tengo ganas de contar cuentos. Mi cabeza es como una estación, trenes que entran, que salen, revisión aduanera, el inspector jefe de fronteras está a la espera de mi visado, pero esta vez todo es correcto: «Aquí lo tiene, mire». «Sí, está bien, por ahí está la salida». «Por favor, señor inspector jefe, sería tan amable de abrirme además la puerta, yo no puedo abrirla. ¿Será esta debilidad porque [...] Milena está esperándome fuera?». «Sí, no faltaba más —dice—, eso no lo sabía». Y la puerta se abre al momento.

[Praga, 2 a 3 de agosto de 1920]

Lunes tarde

Ya es tarde, tras un día pese a todo algo deprimente. Mañana no llegará probablemente carta tuya, la del sábado la tengo, una del domingo no podría recibirla hasta pasado mañana, el día estará, pues, libre de la influencia inmediata de una carta. Es curioso cómo me ciegan tus cartas, Milena. Sin embargo desde hace una semana o más noto que algo te ha ocurrido, algo súbito o gradual, algo fundamental o eventual, algo del todo o a medias

consciente; en cualquier caso, sé que eso está ahí. No lo reconozco tanto por detalles de las cartas, aunque esos detalles existen, sino porque las cartas están llenas de recuerdos (y llenas de recuerdos muy particulares), porque respondes como siempre a todo, pero sin embargo no a todo, porque estás triste sin motivo, porque me envías a Davos, porque deseas tan súbitamente este encuentro (habías aceptado al momento mi consejo de no venir aquí; habías decidido que Viena era inadecuada para un encuentro; habías dicho que no debíamos vernos antes de tu viaje y ahora, en dos o tres cartas, esa prisa. Tendría que alegrarme mucho por eso y sin embargo no puedo, porque en tus cartas hay no sé qué miedo secreto, si por mí o contra mí no lo sé, y miedo hay en esa prisa súbita con la que deseas que nos veamos. Como quiera que sea, estoy muy contento de haber encontrado una posibilidad, y una posibilidad lo es, seguro. Si no pudieras quedarte fuera de Viena por la noche, también es posible, aunque sacrificando algunas de las horas en común. Viajas en el rápido del domingo hacia las siete de la mañana, a Gmünd (como hice yo entonces), llegas allí a las diez, yo estoy esperándote y como no me marcho hasta las 4.30 de la tarde, así y todo estaremos juntos seis horas. Tú regresas a Viena en el rápido de la tarde y estás allí a las 11.15: una pequeña excursión dominical).

Así que por eso estoy inquieto o, mejor dicho, no estoy inquieto, tan grande es tu poder. En lugar de estar más inquieto porque al escribir me ocultas o tienes que ocultarme o sin saberlo me ocultas algo, en lugar, por tanto, de estar más inquieto por eso, me quedo tranquilo, tan grande es, cualesquiera que sean las apariencias, mi confianza en ti. Si me ocultas algo, ese ocultar algo también será correcto, pienso yo.

Pero mi tranquilidad se debe también a otra razón, realmente extraordinaria. Tienes una peculiaridad —creo que está hondamente arraigada en tu propia naturaleza y es culpa de los otros si no surte efecto en todas partes — que no he encontrado en nadie más hasta ahora, es más, que, a pesar de haberla encontrado aquí, no puedo representármela propiamente. Esa peculiaridad consiste en que no puedes hacer sufrir. Si no puedes hacer sufrir, no es por compasión, sino porque no puedes. No, es fantástico, casi toda la tarde he estado meditando sobre ello, pero ahora no me atrevo a escribirlo, quizás no sea todo sino un pretexto más o menos grandioso para abrazarte.

Y ahora, a la cama. ¿Qué estarás haciendo ahora, lunes, hacia las once de la noche?

Martes

Qué poco conoces a la gente, Milena. Siempre lo he dicho. Bueno, Else se ha puesto enferma, eso sería posible y por eso habría que viajar a Viena, ¿pero que la anciana tía Klara esté gravemente enferma? ¿Tú crees que,

prescindiendo de todo lo demás, yo podría ir a ver al director y, sin echarme a reír, hablarle de la tía Klara? (Claro, en eso hay también cierto conocimiento de la gente, todos los judíos tienen una tía Klara, pero la mía murió hace tiempo.) Por tanto, eso es completamente imposible. Es bueno que no la necesitemos. Puede morir, no está sola, Oskar está con ella. Por otra parte, ¿quién es Oskar? La tía Klara es la tía Klara, pero ¿quién es Oskar? Como quiera que sea, él está con ella. Espero que no se ponga enfermo también él, ese cazador de herencias.

Sí, sí, una carta, ¡y qué carta! Para las cartas de la tarde no rige lo que he dicho al principio, pero esta (como he dicho, tranquila) intranquilidad, una vez que está aquí, no puede desaparecer ante ellas. Qué bien, que nos veamos los dos. Quizás te envíe mañana o pasado un telegrama (Ottla ha ido hoy a gestionar lo del pasaporte) para decirte si ya podría viajar este sábado a Gmünd (de todos modos, para Viena ya es tarde esta semana, porque habría que sacar el billete para el rápido del domingo). Tú me respondes con telegrama si también vas. Así que pasa también cada tarde por correos, para que recibas pronto el telegrama. Por tanto, lo haremos de la siguiente manera: yo puedo telegrafiar «imposible», o sea, que esta semana no puedo ir. Entonces no espero una respuesta telegráfica y el resto lo concertamos por carta (nuestro encuentro durante las cuatro semanas próximas depende, naturalmente, de a qué lugar del campo viajes, es posible que estés más alejada de mí que ahora, entonces no podremos vernos durante un mes). O también puedo telegrafiar «Puedo estar sábado en Gmünd». A eso espero como respuesta o bien «Imposible» o bien «Estaré sábado en Gmünd» o bien «Estaré domingo en Gmünd». En estos dos últimos casos ya está todo concertado, no son necesarios más telegramas (no, para que estés segura de que ha llegado tu telegrama, te lo confirmaré con otro); los dos viajamos a Gmünd y nos veremos el sábado o el domingo. Todo esto suena muy sencillo.

Perdidas casi dos horas, he tenido que interrumpir la carta: ha estado aquí Otto Pick. Estoy cansado. ¿Cuándo nos vemos? ¿Por qué durante hora y media sólo he oído tres veces tu nombre? Incluso si se hacen concesiones, si se admite que se ha estado en Viena pero que no se ha hablado con nadie: nuestro encuentro no ha sido una «conversación». ¿Dónde estás? ¿De camino al pueblo donde está la cabaña? Yo también estoy en camino, es un largo viaje. Pero no te atormentes por eso, por favor, en cualquier caso estamos en camino, más que partir no es posible.

[Praga, 4 de agosto de 1920]

Miércoles

Lo que escribes acerca de mi viaje (čekáš až to Tobě bude nutné) prefiero

pasarlo por alto, primero porque ya carece de actualidad, segundo porque duele, por más que haya en ello cierto fundamento: ¿por qué mis cartas del sábado por la tarde y del domingo por la mañana habrían sido tan desesperadas?, y tercero, quizás nos veamos ya el sábado (el primero de los tres telegramas parece que aún no lo habías recibido el lunes por la mañana, espero que el tercero lo recibas a tiempo).

La desesperación por la carta de tu padre sólo la comprendo en el sentido de que te desespera ver confirmada una vez más una relación tan tormentosa y que dura ya tanto tiempo. Esa carta no te lleva a ninguna nueva conclusión. Ni siquiera yo, que nunca he leído una carta de tu padre, leo nada nuevo en ella. Es cariñoso y tiránico y cree que ha de ser tiránico si ha de atender a las exigencias del corazón. La firma no significa gran cosa, es sólo representación del tirano, arriba pone líto y strašně smutně, eso lo equilibra todo.

Por otra parte quizás te asuste la desproporción entre tu carta y la suya; ahora bien, tu carta no la he leído, pero piensa por otra parte en la desproporción entre su «manifiesta» solicitud y tu «incomprensible» terquedad.

¿Tienes entonces dudas sobre lo que has de responder? O mejor dicho, has tenido dudas, porque escribes que ahora ya sabes lo que has de responder. Eso es curioso. Si ya hubieras contestado y me preguntaras: «¿Qué he contestado?», yo diría sin la menor vacilación lo que, a mi parecer, has contestado.

Claro, de eso no cabe duda alguna, entre tu marido y yo no hay la menor diferencia a los ojos de tu padre; para el europeo tenemos los dos la misma cara de negro, pero prescindiendo de que de momento no puedes decir nada seguro al respecto, ¿por qué has de hablar de eso en tu carta de respuesta? ¿Y por qué ha de ser necesaria la mentira?

Creo que sólo puedes responder lo que uno que, casi sin ver otra cosa, tenso y latiéndole el corazón, contempla tu vida tendría que decir a tu padre si tuviera que hablar de ti de modo parecido: «Todas las "propuestas", todos los "vínculos firmes y bien definidos" son absurdos, Milena vive su vida y no podrá vivir otra. La vida de Milena es triste, pero desde luego es tan «tranquila y saludable» como la vida en un sanatorio. Milena sólo le pide a usted que por fin comprenda eso, fuera de eso no le pide absolutamente nada, pero sobre todo que no «organice» nada. Sólo quiere que no se cierre usted a ella lleno de crispación sino que obedezca a su corazón y hable con ella de igual a igual, como habla un ser humano con otro. Si hace usted eso, entonces habrá quitado a la vida de Milena mucho de su "tristeza" y no tendrá que sentir "pena" de ella».

¿Qué quieres decir con que la respuesta a tu padre cae en tu cumpleaños?

Realmente empiezo a sentir miedo por ese cumpleaños. Nos veamos o no el sábado, en cualquier caso ponme un telegrama el 10 de agosto por la tarde.

¡Si te fuera posible estar en Gmünd el sábado o al menos el domingo! Realmente es muy necesario.

Entonces, ésta sería la última carta que recibas antes de que nos veamos cara a cara. Y estos ojos, desocupados en el fondo desde hace un mes (bueno, sí, leer cartas, mirar por la ventana), te verán.

El artículo es mucho mejor que en alemán, aunque sigue teniendo baches, o, mejor, uno va en él como en una ciénaga, sacar un pie es muy difícil cada vez. Hace poco me dijo un lector de la Tribuna que yo tenía que haber hecho muchos estudios en el manicomio. «Sólo en el propio», dije, tras lo cual trató de felicitarme por lo del «manicomio propio». (En la traducción hay dos o tres malentendidos.)

Me quedo un poco aún con la traducción.

[Praga, 4 a 5 de agosto de 1920]

Miércoles noche

Ahora, hacia las diez de la noche, acabo de pasar por la oficina; allí estaba el telegrama, ha llegado tan rápidamente que casi dudaba de que fuera la respuesta a mi telegrama de ayer; pero allí lo pone: enviado el 4-VII-11 horas de la mañana. Estaba ya incluso a las siete, por tanto sólo ha necesitado ocho horas. Ése es uno de los consuelos que el telegrama se da a sí mismo: que estamos en lugares bastante cercanos: puedo tener tu respuesta casi en el espacio de veinticuatro horas. Y esa respuesta no tiene que ser siempre: no vengas.

Queda aún una mínima posibilidad; tal vez no hayas recibido mi carta, en la que te explicaba que no es necesario que dejes Viena una noche entera y que puedes viajar a Gmünd. Pero eso tienes que haberlo averiguado también tú misma. De todos modos aún estoy pensando si yo, con esa mínima posibilidad a la vista, encargo ese visado que tiene una validez de sólo treinta días (tu viaje de vacaciones) y si reservo en cualquier caso el billete para el rápido.

Pero seguramente no lo haré, el telegrama es muy categórico, de todos modos tú pones al viaje reparos imposibles de superar. En fin, mira, Milena, no importa, yo no habría osado en absoluto (aunque sólo porque no sospechaba qué fácil es la posibilidad de un encuentro) desear efectivamente verte «ya» al cabo de cuatro semanas; si hubiéramos llegado a reunirnos, eso habría sido debido exclusivamente a ti y por tanto tú tienes (aparte de que, si no vienes, ha de ser forzosamente así, eso lo sé) el derecho a eliminar esa

posibilidad creada por ti, sobre eso yo no tendría que escribir, es sólo que uno ha hecho la experiencia gozosa de ese estrecho pasillo que lleva del piso oscuro hasta ti y que poco a poco todo lo que uno es se ha arrojado quizás (la locura dice en seguida: ¡seguro!, ¡seguro!) en ese pasillo que lleva hasta ti, pero de pronto, en lugar de encontrarse contigo, tropieza con la piedra impenetrable del [...] «no vengas, por favor», de forma que ahora, con todo lo que uno es, ha de hacer despacio el recorrido inverso y cegar ese pasillo abierto con tanta celeridad [...]. Eso duele un poco, pero si se es capaz de escribir tan detalladamente sobre ello, no puede ser nada tan grave. Al final abre uno de nuevo otros pasillos, viejo topo que es uno.

Mucho peor es que ese encuentro, por razones a las que —eso creo— aludí ayer, habría sido muy importante. En ese aspecto nada puede sustituirlo y por eso, propiamente, me pone triste el telegrama. Pero quizás venga un consuelo en tu carta de pasado mañana.

Sólo te pido una cosa: en tu carta de hoy hay dos frases muy duras. La primera (a ty nerijedeš poněvadž čekaš až to Tobě jednu bude nutné, to, abys přijel) tiene sin duda cierta justificación, la segunda (Měj se pěkně Franku, sigue después, para que puedas oír el sonido de la frase: telegrafovat ti ten falešný telegram nemá tedy smyslu, neposílám ho. Entonces ¿por qué lo has enviado?), ese Mějse pěkně Franku no tiene la menor justificación. Ésas son las frases. ¿Podrías retirarlas de algún modo, Milena, retirarlas expresamente, la primera, si quieres, sólo en parte, pero la segunda del todo?

Esta mañana he olvidado adjuntarte la carta de tu padre, perdona. Por lo demás, yo tampoco me he dado cuenta de que es la primera carta desde hace tres años, ahora es cuando comprendo la impresión que te ha causado. Pero debido a eso tu carta a tu padre adquiere mucho más peso, tiene que haber habido en ella algo fundamentalmente nuevo.

Dicho sea de paso: siempre te había entendido mal y creía que tu padre y tu marido nunca habían hablado el uno con el otro. Pero Staša mencionó que ambos habían hablado a menudo uno con otro. ¿De qué pueden haber hablado?

Sí, hay una tercera frase en tu carta que tal vez vaya dirigida contra mí más que las ya citadas. La frase sobre las golosinas que estropean el estómago.

En el margen izquierdo de la segunda página: Yo no estoy contra tu viaje de vacaciones. ¿Cómo iba a estarlo y por qué crees eso?

Jueves

Hoy es, pues, y además de modo imprevisto, el día, temido desde hace tanto tiempo, sin carta. Así que en tu carta del lunes dijiste en serio que al día siguiente no podrías escribir. Bueno, tengo tu telegrama como sostén.

[Praga, 6 de agosto de 1920]

Viernes

Así es, estás mal, tan mal como nunca desde que te conozco. Y esa distancia insuperable junto con tu padecimiento actúa como si yo estuviera en tu cuarto y tú no pudieras apenas reconocerme y yo me moviera entre la cama y la ventana, de un lado a otro, sin recurso alguno, y no tuviera confianza en nadie, en ningún médico, en ningún tratamiento médico y no supiera absolutamente nada y contemplara ese cielo plomizo, que, después de todas las bromas de años anteriores, se me muestra en su verdadero desconsuelo, sin recursos, como yo. ¿Estás guardando cama? ¿Quién te trae la comida? ¿Qué comida? Y esos dolores de cabeza. Si puedes en algún momento, escríbeme algo al respecto. Tuve una vez un amigo, actor, un judío oriental, que tenía cada tres meses durante varios días espantosos dolores de cabeza, fuera de eso gozaba de perfecta salud, pero cuando llegaban esos días e iba por la calle, tenía que recostarse contra las paredes y no se podía hacer por él otra cosa que pasear de un lado a otro durante media hora y esperarle así a que pasara. El enfermo está abandonado por el sano, pero también el sano por el enfermo. ¿Son dolores que vuelven con regularidad? ¿Y el médico? ¿Y desde cuándo los tienes? ¿Así que seguramente tomarás también pastillas? Horrible, horrible, y ni siquiera puedo decir «niñita mía».

Qué lástima que tu viaje haya quedado aplazado otra vez, así que ahora viajarás del jueves en ocho días. Bueno, y la dicha de ver cómo revives allí, entre el lago, el bosque y los montes, esa dicha no la tendré. ¿Pero cuánta felicidad quiero tener aún, ansioso como soy? Es una lástima que aún sigas torturándote en Viena tanto tiempo.

De Davos hablaremos aún. Yo no quiero ir allí, porque está muy lejos, es muy caro e innecesario. Si me voy de Praga, y eso seguramente tendré que hacerlo, lo mejor es que me vaya a un pueblo cualquiera. Por otra parte, ¿dónde me acogerá alguien? Sobre eso habré de reflexionar, pero antes de octubre no me marcharé.

Ayer tarde me tropecé con un tal Stein, a lo mejor lo conoces de algún café, lo han comparado siempre con el rey Alfonso. Ahora es escribiente de un abogado, se alegró mucho de verme; tenía que hablar conmigo por asuntos de trabajo, dijo, de no haberme visto me habría llamado por teléfono al día siguiente. «Bueno, ¿qué pasa?». Un asunto de divorcio, dijo, con el que yo tenía un poco que ver, es decir, que me pedía que interviniera. «¿Pero cómo?». Tuve realmente que ponerme la mano en el corazón. Pero luego resultó que era sólo el divorcio de los padres de un escritor y que la madre, a la que yo no conozco, le había pedido a él, al doctor Stein, que yo influyera un poco en ese

escritor para que la tratara un poco mejor a ella, a la madre, y no la colmara de insultos.

Por cierto, un extraño matrimonio. Imagínate. La mujer ya estuvo casada una vez; durante ese primer matrimonio tuvo de su actual marido un hijo, el escritor. Éste lleva el nombre del marido anterior, no el de su padre. Luego se casaron y ahora, al cabo de muchos años, están divorciados de nuevo, por iniciativa del marido, el padre del escritor. El divorcio ya es hecho consumado. Pero como, dada la actual escasez de viviendas, la mujer no encuentra casa para ella sola, viven juntos sólo por esa razón, pero sin que esa vida en común, debida al problema de la vivienda, reconcilie al marido con ella ni, menos aún, le haga desistir de su propósito de divorciarse. ¿No somos pobres gentes hasta lo grotesco? Conozco al marido, una buena persona, sensato, amable, muy trabajador.

Envíame, por supuesto, tu lista de deseos, cuanto mayor, mejor; me meteré en cada libro, en cada cosa que quieras para viajar en ella a Viena (contra eso no tiene nada el director), dame así, en lo posible, muchas ocasiones de viajar. Y podrías prestarme los artículos aparecidos en la Tribuna.

Por lo demás casi me alegro de que lleguen tus vacaciones, salvo por el mal servicio postal. Me describirás brevemente, verdad, cómo es aquello, tu vida, tu alojamiento, tus caminos, la vista desde la ventana, la comida: para que yo pueda vivir un poco contigo.

En el margen izquierdo de la primera página: Van adjuntos los seis sellos de legionario, basta con que me des las gracias, pero en el interior de la carta, porque ahí hace más calor.

[Praga, 7 de agosto de 1920]

Sábado

Cariñoso y paciente, ¿soy yo eso? Realmente no lo sé, sólo que un telegrama así es una bendición, hasta cierto punto para todo el cuerpo, lo sé, y sin embargo es sólo un telegrama y no una mano tendida.

Pero también se trasluce en él una tristeza, un cansancio, como dicho desde el lecho de enfermo. Es triste, sin duda, y tampoco ha habido carta, otro día sin carta, tienes que estar muy mal. Quién me garantiza que tú misma has puesto el telegrama y que no guardas cama todo el día, arriba, en la habitación en la que vivo más que en la mía propia.

Esta noche he matado por tu culpa, un sueño brutal, qué mala noche, qué mala. Casi no sé nada más preciso sobre el sueño.

Por fin ha llegado la carta. Es clara, desde luego. Las otras no eran menos

claras, pero uno no osaba penetrar en esa claridad. Por lo demás, cómo ibas a mentir tú, no tienes una frente que sepa mentir.

No le echo la culpa a Max. Seguro: pusiera lo que pusiera su carta, no era cierto; nada, ni siquiera el mejor, debe interponerse entre nosotros. Así que por eso he asesinado esta noche. Alguien, un pariente, decía en el transcurso de una conversación de la que no me acuerdo, pero cuyo sentido era más o menos que éste y aquél no podían llevar a cabo no sé qué cosa; así pues, un pariente acababa diciendo irónicamente: «Pues entonces, quizás lo haga Milena». Tras lo cual yo le mataba, no sé cómo, luego llegaba a casa lleno de excitación, mi madre corría constantemente detrás de mí, allí tenía lugar una conversación semejante, al final vociferaba, rojo de ira: «Si alguien nombra a Milena con malas intenciones, por ejemplo mi padre, lo mataré también a él o a mí». Luego me desperté, pero no había estado durmiendo ni tampoco fue un despertar.

Retorno a las cartas de antes, en el fondo eran parecidas a la carta que escribiste a la joven. Y las cartas vespertinas no eran sino más sufrimiento añadido a las de la mañana. Y —una vez escribiste por la noche que todo era posible, sólo que yo te perdiera era imposible— en el fondo sólo era necesario que hubiera una ligera presión y lo imposible se habría producido. Y quizás ha habido en efecto esa presión y quizás se ha producido.

Como quiera que sea: esta carta es un alivio, pues uno estaba enterrado vivo debajo de las anteriores y creía tener que seguir yaciendo en silencio porque quizás, en efecto, estaba muerto.

Así pues, todo esto no me ha sorprendido; en el fondo, lo esperaba, me había preparado lo mejor posible a soportarlo cuando viniera; y ahora viene, no estaba aún lo bastante preparado, pero con todo no me tira por tierra. En cambio lo que escribes sobre tu situación general y sobre tu salud es de lo más horrible y muy superior a mis fuerzas. Pero hablaremos de eso cuando vuelvas del viaje, quizás ocurra realmente el milagro, al menos el milagro físico que esperas; por mi parte, a ese respecto tengo tal confianza en ti que no deseo milagro alguno, y, si no hubiera todo lo demás, te confío tranquilamente, naturaleza maravillosa que eres, violentada pero imposible de violentar, al bosque, al lago y a la alimentación.

Si reflexiono sobre tu carta —sólo la he leído una vez—, lo que escribes sobre tu presente y tu futuro, lo que escribes sobre tu padre, lo que escribes sobre mí, de todo ello sólo resulta lo que ya dije una vez con perfecta claridad, y es que tu verdadera desdicha soy sólo yo, nadie más —aunque hago una restricción: tu desdicha exterior—, porque si no estuviera yo, quizás te habrías marchado de Viena ya hace tres meses, y si no lo hubieras hecho hace tres meses, lo harías ahora con toda seguridad. No quieres marcharte de Viena, lo

sé, tampoco querrías marcharte si yo no existiera, pero precisamente por eso podría decirse —esto observándolo ya muy a vista de pájaro— que la importancia para ti de mis sentimientos es —entre otras cosas, naturalmente— que yo hago posible tu permanencia en Viena.

Pero no hay que ir tan lejos y abandonarse a complicadas sutilezas, basta con reflexionar sobre el hecho evidente de que ya dejaste en una ocasión a tu marido, de que ante la presión actual, mucho mayor, podrías dejarlo con mucha más facilidad, pero que naturalmente sólo podrías dejarlo porque quieres dejarlo, no por otro hombre.

Pero todas estas consideraciones no sirven para otra cosa que para verlo todo más claro.

Dos peticiones, Milena, una pequeña y una grande. La pequeña: deja de malgastar sellos; aunque sigas enviando los sellos, ya no se los daré a ese hombre. He subrayado esta petición en rojo y azul, eso significa, para que lo sepas de aquí en adelante, el mayor grado de exigencia que puedo tener.

La petición mayor: corta la correspondencia con Max, a él no me resulta fácil pedírselo. En un sanatorio está muy bien si después de haber visitado al enfermo se pregunta en confianza en el pasillo al bondadoso médico cómo está realmente «nuestro paciente». Pero incluso en el sanatorio, el enfermo probablemente enseña los dientes en dirección a la puerta.

Los encargos los llevaré a cabo con mucho gusto, claro. Pero yo pensaría que sería mejor comprar el tricot en Viena, porque para el tricot hará falta probablemente permiso de exportación (hace poco en una oficina de correos ni siquiera me aceptaron los libros sin permiso de exportación, sin embargo en la oficina siguiente me los aceptaron sin más), bueno, tal vez sepan aconsejarme en la oficina. Dinero adjuntaré siempre un poco a las cartas. Si dices «ya basta», dejaré de hacerlo en seguida.

Gracias por el permiso de leer la Tribuna. Hace poco vi a una chica que se compraba la Tribuna en la Wenzelsplatz, es decir, evidentemente sólo por el artículo sobre la moda. No estaba especialmente bien vestida, todavía no. Una pena que no me haya fijado en ella para seguir su evolución. No, no tienes razón al menospreciar tus artículos sobre moda. Yo te estoy muy agradecido, de verdad, de que ahora pueda leerlos abiertamente (a escondidas, taimado como soy, ya los había leído varias veces).

[Praga, 8 de agosto de 1920]

Domingo

El telegrama. Sí, lo mejor será seguramente que tengamos un encuentro.

Cuánto tiempo tardaríamos si no hasta poner las cosas en su sitio. ¿A qué se debe que todo se haya venido abajo entre nosotros? Casi no se ve a un paso de distancia. Y cómo tienes que haber sufrido en medio de todo lo demás. Y yo habría podido hacer tiempo acabar con ello, yo veía bastante claro, pero la cobardía era más fuerte, ¿y no mentía también, puesto que respondía como si fueran más a cartas que, como yo veía claramente, no eran para mí? Espero que no haya sido una de esas respuestas «mentirosas» lo que te haya forzado a viajar a Gmünd.

No estoy tan triste como se podría creer después de esta carta, de momento no es posible decir otra cosa. Hay un silencio muy profundo, no se atreve uno a decir una palabra en ese silencio. Bueno, el domingo estaremos juntos, cinco o seis horas, muy poco para conversar; para guardar silencio, para cogerse las manos, para mirarnos a los ojos, suficiente.

[Praga, 8 a 9 de agosto de 1920]

Domingo tarde

Hay una cosa en tu argumentación que siempre me ha molestado; en la última carta es clarísimo, es una falta indudable sobre la que has de examinarte: cuando dices que tú (lo que es verdad) quieres tanto a tu marido que no puedes dejarlo (aunque sólo sea por mí, no le dejes; es decir: sería horrible para mí si a pesar de todo lo hicieras), yo lo creo y te doy la razón. Si dices que tú podrías dejarlo, pero que, por dentro, él te necesita y no puede vivir sin ti, que por tanto no puedes dejarlo por eso, también lo creo y también te doy la razón. Pero cuando dices que, por fuera, no puede arreglárselas sin ti en la vida y que por eso (eso se convierte en la razón principal) no puedes dejarlo, o bien lo dices para encubrir las razones anteriores (no para reforzarlas porque esas razones no necesitan refuerzo) o es una de esas bromas del cerebro (de las que escribes en la última carta) [...] a las que el cuerpo se resiste, y no sólo el cuerpo.

En los márgenes superior y derecho de la primera página: Gracias por los sellos, así al menos es soportable, pero ese hombre no trabaja nada, sólo mira fascinado los sellos, como yo miro las cartas una planta más abajo; por ejemplo, los sellos de hellers existen en papel grueso y en papel fino, los del papel fino son menos frecuentes, tú, en tu bondad, has enviado hoy los finos.

Lunes

Justo quería escribirte algo que enlazara mentalmente con lo anterior, y han llegado cuatro cartas, no todas juntas por cierto; primero una en la que lamentas haberme escrito lo del mareo, un ratito después la que escribiste después del mareo junto con otra, bueno, con otra que es muy bonita, y al cabo

de un ratito la carta que trata de Emilie. El orden cronológico no acabo de verlo, ya no escribes los días.

Contestaré, pues, a la pregunta strach-touha, de una sola vez no lo conseguiré, pero si vuelvo sobre ello en varias cartas, quizás sea posible. Una buena condición previa sería también que conocieras la carta (mala, por lo demás, innecesaria) que escribí a mi padre. A lo mejor me la llevo a Gmünd.

Si se delimita strach y touha como tú haces en la última carta, entonces la pregunta no es fácil, pero de sencillísima respuesta. Entonces yo sólo tengo strach. Y eso es así:

Me acuerdo de la primera noche. Vivíamos entonces en la Zeltnergasse, enfrente había una tienda de confecciones, en la puerta estaba siempre una empleada de la tienda, arriba yo, con algo más de 20 años, caminaba sin cesar de un lado a otro de la habitación, dedicado a estudiar, con los nervios en tensión, cosas para mí absurdas con vistas al primer Examen de Estado. Era verano, hacía mucho calor, en aquellos días era completamente insoportable; me detenía siempre junto a la ventana, masticando aquella horrible Historia del Derecho Romano, al final nos entendimos por señas. A las ocho de la tarde yo debía ir a recogerla, pero cuando bajé a esa hora de la tarde, ya había otro allí, bueno, eso no supuso un gran cambio, yo tenía miedo de todo el mundo, o sea, también de aquel hombre; si no hubiera estado allí, también habría tenido miedo de él. Pero la chica se colgó de su brazo, y me hizo señas para que fuera tras ellos. Así llegamos a la Schützeninsel, allí tomamos cerveza, yo en la mesa de al lado; nos fuimos después despacio, yo detrás, al piso de la chica; en alguna parte, en los alrededores del Mercado de la Carne, el hombre se despidió, la chica se metió en su casa, yo esperé un rato hasta que vino a mí y nos fuimos a un hotel de la Kleinseite. Todo aquello fue, ya antes del hotel, placentero, excitante y atroz, en el hotel no fue distinto. Y cuando al amanecer, todavía hacía calor y un tiempo hermoso, caminábamos hacia casa por el Puente de Carlos, yo estaba feliz, sin duda, pero esa felicidad consistía sólo en que por fin me dejaba en paz ese cuerpo eternamente quejumbroso, esa felicidad consistía sobre todo en que todo aquello no había sido aún más atroz, aún más sucio. Estuve después otra vez con la chica, creo que dos noches más tarde, todo estuvo tan bien como la primera vez, pero cuando me fui de veraneo poco después, allí tuve un pequeño flirt con una chica, en Praga ya no pude ni ver a la chica de la tienda, no hablé con ella ni una palabra más, era (desde mi punto de vista) mi enemiga maligna y era sin embargo una muchacha bondadosa y amable, constantemente me perseguía con sus ojos que no comprendían nada. No quiero decir que la sola razón de mi enemistad (seguro que no lo era) fuera que en el hotel, con toda ingenuidad, la chica había hecho una pequeña indecencia (insignificante), había dicho una mínima sordidez (insignificante), pero quedó el recuerdo, supe en aquel mismo

instante que no lo olvidaría, y al mismo tiempo sabía o creía saber que sin duda, en lo exterior, ese detalle indecente y sórdido no tenía necesariamente que ver con el conjunto, pero sí en su interior, y con toda necesidad, y que a mí precisamente lo sórdido y sucio de aquello (cuya pequeña señal había sido para mí su pequeño acto, su pequeña palabra) me había atraído con inmensa fuerza a aquel hotel que, de lo contrario, yo habría evitado por todos los medios.

Y tal como era entonces siguió siendo siempre. Mi cuerpo, a menudo inactivo durante años, se veía sacudido hasta lo insoportable por ese deseo impetuoso de una pequeña, de una determinada indecencia, de algo ligeramente repugnante, penoso, sucio; incluso en los momentos de mayor satisfacción en ese terreno, había algo de eso, cierto pequeño mal olor, un poco de azufre, un poco de infierno. Ese impulso tenía algo del Judío Errante, atraído absurdamente y caminando absurdamente por un mundo absurdamente sucio.

Pero luego había épocas en las que el cuerpo no estaba en calma, en las que nada estaba en calma, en las que sin embargo yo no estaba bajo presión, era una vida buena, tranquila, sólo intranquilizada (¿conoces una intranquilidad mejor?) por la esperanza. En esos periodos, en la medida en que eran de cierta duración, yo siempre estaba solo. Por primera vez en mi vida hay periodos de ese género en los que no estoy solo. Por eso no es únicamente tu proximidad física sino tú misma la que tranquilizas-intranquilizas. Por eso no tengo afán de suciedad (en la primera mitad de Merano hacía planes día y noche, contra mi voluntad declarada, para ver cómo podía apoderarme [y todavía peor] de la camarera, hacia el final de Merano me cayó entre las manos una chica muy complaciente [tuve que traducirme hasta cierto punto sus palabras en mi idioma para poder entenderla], no veo realmente suciedad alguna, no hay nada de ese género que me atraiga desde fuera, sino todo lo que trae vida desde dentro en resumen, hay algo del aire que se respiraba en el paraíso antes de la caída. Sólo algo de ese aire, por eso falta touha, no todo aquel aire, por eso hay «miedo». Así que ahora lo sabes. Y por eso tenía «miedo» de una noche en Gmünd, pero sólo el «miedo» habitual (ay, basta con el habitual) que tengo también en Praga, no un miedo especial gmündés.

Y ahora háblame de Emilie, todavía puedo recibir la carta en Praga.

Hoy no adjunto nada, lo haré mañana. Porque esta carta es importante, quiero que la recibas sin peligro.

El desvanecimiento es sólo un síntoma entre otros. Por favor, ven a Gmünd seguro. Si llueve el domingo por la mañana, ¿entonces no podrás venir? [...] Bueno, en cualquier caso el lunes por la mañana estaré delante de la estación de Gmünd. Seguramente no necesitarás pasaporte. ¿Te has informado ya al

respecto? ¿Necesitas algo que yo pueda traerte? Cuando mencionas a Staša, ¿quieres decir con ello que debo ir a verla? ¡Pero si casi nunca está en Praga! (Naturalmente, cuando está en Praga, es aún más difícil ir a verla). Espero hasta que la menciones otra vez, o hasta Gmünd. Por cierto, Staša lo dijo, si recuerdo bien, como algo completamente natural, sí, que tu padre y tu marido habían hablado uno con otro y no pocas veces.

La observación sobre Laurin (¡qué memoria! Esto no es ironía sino celos, y no celos sino una broma tonta) la has entendido mal. A mí sólo me había llamado la atención que toda la gente de la que hablaba eran o «idiotas» o «granujas» o «saltadores por la ventana», mientras que tú eras simplemente Milena y además una Milena muy respetable. Eso me alegró y por eso te escribí sobre ello, y no porque eso viniera a salvar tu honor sino el suyo. Por cierto había, para ser exacto, algunas otras excepciones, su entonces futuro suegro, su cuñada, su cuñado, el antiguo prometido de su novia, todos ellos eran personas sinceramente «estupendas», [...].

Tu carta de hoy es tan triste y sobre todo tan inmersa en su dolor que me siento completamente excluido. Si alguna vez tengo que salir de mi cuarto, subo y bajo las escaleras sólo para estar de nuevo allí y encontrar sobre la mesa el telegrama: «Estaré también sábado en Gmünd». Pero aún no ha llegado nada.

En los márgenes izquierdo y superior de la última página: Llegarás muy poco después de las nueve, siendo austriaca no debes dejar que te retengan los de la aduana, yo no puedo recitar durante horas para mis adentros la frase con la que quiero saludarte.

[Praga, 9 de agosto]

[Sábado] lunes tarde

(por lo visto sólo pienso en el sábado)

Tendría que ser un embustero si no dijera más de lo que digo en la carta de esta mañana, y además a ti, con quien puedo hablar con tanta libertad como con nadie, porque nadie ha estado nunca tan de mi parte como tú, sabiendo y queriendo como tú, a pesar de todo, a pesar de todo (distingue el gran «a pesar de todo» del gran «y sin embargo»).

Las cartas tuyas más bonitas (y eso ya es mucho decir, porque en su conjunto son, casi línea por línea, lo más hermoso que me ha ocurrido en mi vida) son aquellas en las que das la razón a mi «miedo» y al mismo tiempo tratas de explicar que no debo tenerlo. Porque yo también, aunque a veces parezca ser un defensor sobornado de mi «miedo», probablemente, en lo más hondo, le doy la razón, es incluso una parte de mí y quizá sea lo mejor que

tengo. Y como es lo mejor, quizás sea lo único que tú amas. Porque, fuera de eso, ¿qué puede haber en mí digno de ser amado? Eso, sin embargo, sí lo es.

Me preguntaste una vez cómo podía considerar «bueno» aquel sábado, con el miedo en el corazón: es fácil de explicar. Como yo te quiero (y te quiero — qué difícil te resulta entenderlo—, como ama el mar un diminuto guijarro que tiene en el fondo, exactamente así te anega mi amor; y que yo sea para ti ese guijarro, si lo permiten los cielos), quiero al mundo entero, y a él pertenece también tu hombro izquierdo, no, era primero el derecho y por eso lo cubro de besos cuando me apetece (y si tú tienes la bondad de retirar un poco la blusa), y a él pertenece también el hombro izquierdo y tu rostro sobre el mío en el bosque y tu rostro bajo el mío en el bosque y el descansar junto a tu pecho casi descubierto. Y por eso tienes razón cuando dices que ya hemos estado unidos y yo no tengo ningún miedo de eso, antes bien, es mi única felicidad y mi único orgullo y no lo limito al bosque.

Pero precisamente entre ese mundo diurno y aquella «media hora en la cama» de la que me escribiste una vez con menosprecio como de una cosa de hombres hay para mí un abismo que no puedo superar, probablemente porque no quiero. Aquello es un asunto de la noche, en todos los sentidos asunto de la noche; aquí está el mundo y yo lo poseo, ¿y ahora he de pasar de un salto a la noche para tomar otra vez posesión de ella? ¿Se puede tomar posesión otra vez de algo? ¿No significa eso perderlo? Aquí está el mundo que yo poseo, ¿y he de dar el salto al otro por un misterioso sortilegio, por arte de birlibirloque, por una piedra filosofal, una alquimia, un anillo mágico? No, ni hablar, eso me causa un miedo terrible.

¡Querer atrapar por arte de magia en una noche, con apresuramiento, respirando con dificultad, desvalido, obsesionado, querer atrapar por arte de magia lo que cada día está ofreciendo a los ojos abiertos! («Quizás» no se pueda tener hijos de otra manera, «quizás» también sean magia los hijos. Dejemos de momento esta cuestión.) Por eso estoy tan agradecido (a ti y a todo) y es por tanto samozřejmě que yo, a tu lado, esté muy tranquilo y muy intranquilo, muy coaccionado y muy libre, debido a lo cual, después de haber visto esto, he renunciado a cualquier otra vida. ¡Mírame a los ojos!

Ha sido por la señora Kohler por quien me he enterado de que los libros de la mesilla de noche han pasado a la mesa escritorio. Se me habría tenido que preguntar antes si estoy de acuerdo con ese traslado. Y habría dicho: ¡No!

Y ahora dame las gracias. Acabo de reprimir con éxito las ganas de escribir en estas últimas líneas algo loco (algo locamente celoso).

Pero ahora ya basta, ahora háblame de Emilie.

[Praga, 10 de agosto de 1920]

Martes

Bueno, muy bien no estoy preparado para el cumpleaños, he dormido peor aún de lo habitual: cabeza ardiente, ojos apagados, sienes doloridas, también tos. Creo que no podría pronunciar una felicitación un poco larga sin toser. A Dios gracias no hace falta felicitación, sólo darte las gracias porque estás en este mundo, en el que, a primera vista (ya ves que tampoco conozco mucho el mundo, pero, a diferencia de ti, yo lo admito), en el que a primera vista yo no habría pensado que era posible encontrarte. Y te doy las gracias por ello (¿es esto dar las gracias?) con un beso exactamente igual que en la estación, aunque a ti no te haya gustado (hoy estoy como insolente).

No siempre he estado tan mal en los últimos tiempos, a veces he estado muy bien, pero mi gran día de gloria fue hace cosa de una semana: con toda mi debilidad hago el interminable paseo en torno a la piscina en la escuela de natación, era ya a la caída de la tarde, ya no había mucha gente, pero suficiente sin embargo, y he aquí que se me acerca el segundo maestro de natación, que no me conoce, mira alrededor como si buscara a alguien, me ve, me elige al parecer y pregunta: Chtěl byste si zajezdit?. Había allí un señor que había llegado de la isla de Santa Sofía y quería que lo llevaran en barca a la isla de los Judíos, un gran contratista de obras, creo; en la isla de los Judíos están construyendo mucho. Bueno, no hay que exagerar todo este asunto, el profesor me miró a mí, pobre muchacho, y quiso darme el placer de un viaje en barca regalado, pero de todos modos, por consideración al gran contratista de obras, tenía que elegir a un chico que le inspirase suficiente confianza en fuerzas y en destreza, así como también en cuanto a que, una vez llevado a cabo lo que le habían pedido, no utilizara la barca para pasearse en ella sin permiso sino que regresara en seguida. Así que todo esto creyó encontrarlo en mí. El gran Trnka (el dueño de la escuela de natación, del que todavía tengo que hablarte) vino después y preguntó si el chico sabía nadar. El maestro de natación, que probablemente descubriría todo eso en mí, lo tranquilizó. Yo no había dicho ni una sola palabra. Entonces llegó el pasajero y partimos. Como chico educado que era, no hablé apenas. Él dijo que hacía una hermosa tarde, yo respondí: ano, luego dijo que sin embargo ya refrescaba bastante, yo dije: ano; finalmente dijo que íbamos muy rápidos, entonces, de puro agradecimiento, ya no pude decir nada. Como es natural, atraqué con el mejor estilo en la isla de los Judíos, él se bajó, me dio las gracias, pero, para mi gran desengaño, se olvidó de la propina (es lo que ocurre cuando no se es una chica). Regresé en línea recta. El gran Trnka se asombró de que regresara tan pronto. Sí, aquella tarde yo reventaba de orgullo como raras veces, me parecía que era un poquito, muy poquito, pero un poco al fin y al cabo, más digno de ti que antes. Desde entonces espero cada tarde en la escuela de natación por si llega otra

vez algún pasajero, pero no llega nadie.

Esta noche, en un breve semisueño se me ocurrió que tenía que celebrar tu cumpleaños recorriendo los lugares importantes para ti. Y en seguida, sin que mediara en absoluto la voluntad, me encontraba ante la Estación del Oeste. Era un edificio pequeñísimo, dentro también tenía que haber poco sitio porque acababa de llegar un rápido, y un vagón, para el que no había sitio dentro, salía fuera del edificio. Yo estaba muy satisfecho porque delante de la estación había tres chicas vestidas con mucha gracia (una llevaba trenza), aunque delgadísimas, eran las mozas de equipaje. Me di cuenta de que entonces no era tan fuera de lo normal lo que tú habías hecho. Sin embargo me alegraba de que no estuvieras allí ahora, aunque por otra parte también lamentaba que no estuvieras. Pero para mi consuelo encontré una pequeña cartera que había perdido un pasajero y de aquel pequeño bolso saqué, para asombro de los pasajeros que me rodeaban, grandes prendas de vestir. Pero un abrigo como pide la Tribuna del domingo en la «Carta abierta» dirigida a mí no estaba entre ellas, lamentablemente; tendré que enviar el mío aunque no sea el adecuado.

Sobre todo la segunda parte del Typus es excelente, precisa y maligna y antisemita y magnífica. Hasta ahora no había notado qué cosa tan sutil es eso de escribir para un público. Hablas con toda calma, con familiaridad, tan solícita con el lector, has olvidado todo lo que ocurre en el mundo, sólo te ocupas del lector, pero al final dices de pronto: «¿Es bonito lo que he escrito? ¿Sí? ¿Les gusta? Pues eso me alegra, pero por lo demás estoy lejos y no me van a besar como muestra de agradecimiento». Y entonces este cuento se ha acabado y tú te has marchado.

¿Sabes por cierto que, para mi confirmación —hay una especie de confirmación judía—, te recibí de regalo? Nací en el 83, así que tenía 13 años cuando tú naciste. El décimo tercer cumpleaños es una fiesta especial, tuve que rezar en el templo un texto aprendido con mucho trabajo, arriba, en el altar, luego, en casa, pronunciar unas palabras (también aprendidas de memoria). Me hicieron muchos regalos. Pero me imagino que no estaba completamente satisfecho, un regalo me faltaba aún, se lo pedía al cielo, pero éste no acabó de decidirse hasta el 10 de agosto.

Sí, leeré encantado las últimas diez cartas, aunque me las sepa de memoria. Pero releo también las mías, encontrarás en ellas todo un internado femenino de preguntas.

Sobre tu padre hablaremos en Gmünd. Ante «Grete», como me ocurre en general con las chicas, estoy sin recursos. ¿Habré tenido ya un pensamiento que se refiera a ti? No me acuerdo. Me gusta tener tu mano en la mía, me gusta mirarte a los ojos. Esto es todo, seguramente, ¡nada de Grete!

En cuanto a lo de «no merecer» —nechápu jaktakový člověk...—, estoy

ante el mismo enigma. Ese enigma tampoco lo resolveremos juntos, creo yo. Además, es blasfemo. En cualquier caso no tengo intención de gastar en Gmünd un solo minuto en eso. Veo ahora que tú has de mentir más de lo que yo habría tenido que mentir. Eso me agobia. Si hubiera un impedimento grave, quédate tranquilamente en Viena —incluso sin avisarme—, yo habré hecho una excursión a Gmünd y habré estado tres horas más cerca de ti. El visado ya lo tengo. Un telegrama no podrás enviarme, al menos hoy, debido a vuestra huelga.

En los márgenes izquierdo y superior de la primera página: el hombre está feliz, él ya me había dado, no, prestado hace mucho tiempo, un modelo de ese sello de una corona, era el único que tenía, pero yo no tenía ganas de enviártelo. Por desgracia me ha dado también otro modelo, también un sello de una corona, pero estrecho y marrón rojizo, y lo he perdido.

[Praga, 11 de agosto de 1920]

Miércoles

No entiendo que me pidas perdón. Cuando el asunto ha pasado, es evidente que te perdono. Implacable he sido sólo mientras que no había pasado, y entonces a ti no te importó nada. ¿Cómo podría no perdonarte algo cuando ya ha pasado? Qué confusión debe de haber en tu cabeza para creer semejante cosa. [...]

La comparación con tu padre no me gusta, al menos en estos momentos. ¿He de perderte a ti también? (Por otra parte no tengo las fuerzas que hacen falta y que tiene tu padre.) Pero si insistes en la comparación, es mejor que me devuelvas el tricot.

Por lo demás, comprar y enviar el tricot ha sido una operación que ha durado tres horas, que a mí —yo lo necesitaba mucho entonces— realmente me ha reanimado y por la que te estoy agradecido. Para contarla tengo hoy demasiado sueño, es la segunda noche en que casi no duermo. ¿No puedo descansar un poco para merecer en Gmünd algún elogio?

¿Envidia, de verdad, de la viajera de Ámsterdam? Es estupendo, sin duda, lo que hace, si lo hace convencida, pero tú cometes un error de lógica. Para la persona que vive así, su vida es coerción, para quien no puede vivir así, sería libertad. Así ocurre en todas partes. Una «envidia» así es, en último término, deseo de morir.

¿Y a qué se debía, por cierto, ese tíha, nevolnost, hnus? ¿Cómo se conciliaba eso con la «envidia»? Es que no era conciliable. Sólo en la muerte se conforma lo vivo con el deseo.

Sobre lo de «quedarse en Viena» he dicho cosas mucho más arteras que las que tú mencionas, pero seguramente tienes razón. Sólo llama la atención que tu padre, tal como yo lo veo, gana mucho poder en comparación con los años pasados. (Quédate, pues, con el tricot.)

Con Max haz como quieras. Pero como ahora sé el encargo que le has hecho, pediré que me lleven hasta él, cuando se acerque el final, concertaremos una excursión común de varios días «porque me siento perfectamente en forma», luego me arrastraré hasta mi casa y allí me estiraré por última vez.

Pero hablo así porque aún no llega el momento. En cambio, en cuanto tengo 37,5° (o 38° con lluvia), los repartidores de telégrafos tropezarán unos con otros en tu larga escalera. Espero que entonces estén en huelga y no en ocasión tan inadecuada como ahora, en el día de tu cumpleaños.

Mi amenaza de no darle a ese hombre los sellos el correo la ha tomado al pie de la letra. El sello de la carta por correo urgente ya lo habían despegado cuando la recibí. Por otra parte tienes que comprenderle, él no colecciona más o menos un sello de cada clase. Tiene grandes hojas para cada clase y para todas las hojas grandes libros, y cuando la hoja de una clase está llena, coge otra hoja y así sucesivamente. Y con eso pasa todas las tardes y está gordo, alegre y feliz. Y con cada clase tiene un nuevo motivo para alegrarse, por ejemplo hoy con los sellos de cincuenta hellers: ¡ahora va a subir el franqueo (pobre Milena) y los sellos de cincuenta hellers empezarán a escasear!

Lo que dices sobre Kreuzen me gusta (Aflenz no, eso es un auténtico sanatorio para enfermos del pulmón, allí ponen inyecciones, un horror, para un empleado de aquí fue la etapa que precedió a la muerte), me gusta esa región y también hay allí reminiscencias históricas. Pero ¿estará abierto aún al final del otoño y acogerán a extranjeros, y no es más caro para los extranjeros y comprenderá alguien, fuera de mí, por qué viajo al país del hambre para que me ceben? Pero les escribiré.

Ayer volví a hablar con el tal Stein. Es una de esas personas con las que no se es justo en general. No sé por qué se ríen de él. Conoce a todo el mundo, sabe todo lo personal; es sin embargo discreto, sus opiniones son muy moderadas, prudentemente matizadas, respetuosas; el hecho de que sean un poco demasiado claras, demasiado inocentemente vanidosas, aumenta aún su valía, si uno conoce a otros que son, en secreto, voluptuosamente, criminalmente vanidosos. Empecé de pronto con Haas, pasé de largo junto a Jarmila, al poco rato estaba con tu marido y por fin... No es cierto, por lo demás, que me guste oír hablar de ti, no, en absoluto, sólo querría oír tu nombre una y otra vez, el día entero. Si le hubiera hecho preguntas, él también habría hablado mucho de ti; como no le pregunté nada, se conformó con

consignar, con harto dolor de su corazón, que tú casi has dejado de vivir, destruida por la cocaína (qué agradecido estaba yo en aquel momento al oír que estás con vida). Por lo demás, prudente y modesto como es, añadió que no lo había visto con sus propios ojos sino que lo sabía por terceros. De tu marido habló como de un mago lleno de poder. En cuanto a Jarmila, a Haas y a Reiner, dice haber estado con ellos dos días antes del suicidio; Reiner había sido muy amable con Haas, dice, y le había pedido dinero prestado. Mencionó un nombre nuevo para mí de tu época de Praga: Kreidlová, creo. Así habría seguido contando mucho tiempo, pero yo me despedí, sentía un poco de náuseas, sobre todo de mí, por caminar tan callado junto a él oyendo cosas que no quería oír y que no me concernían en absoluto.

Repito: si hay algún obstáculo que pudiera causarte una mínima contrariedad, quédate en Viena, si no te queda más remedio, y no hace falta que me avises. Pero si haces el viaje, atraviesa en seguida el bloqueo de la frontera. Si por cualquier motivo absurdo imposible de prever ahora ocurriera que no puedo ponerme en viaje y ya no me fuera posible alcanzarte en Viena (pondría entonces un telegrama a la señora Kohler), habrá esperándote un telegrama en Gmünd, en el Hotel de la Estación.

¿Han llegado los seis libros?

Al leer la Kavárna la sensación era muy semejante a la que tenía al oír hablar a Stein, pero tú sabes contar mucho mejor que él; ¿quién cuenta hoy tan bien? ¿Pero por qué cuentas para todo el que se compra la Tribuna? Mientras que yo lo leía, era como si pasara una y otra vez delante del café, día y noche, año tras año; siempre que entraba o salía un cliente me convencía a través de la puerta abierta de que aún estabas dentro y entonces reanudaba el ir y venir y esperaba. No era ni triste ni fatigoso. ¿Qué tristeza ni qué fatiga va a ser esperar delante del café en el que estás tú?

[Praga, 12 de agosto de 1920]

Jueves

Hoy iré a casa de Laurin, llamarle por teléfono es muy inseguro y difícil. Pero a Pick sólo puedo escribirle y ni siquiera sé su dirección exacta, probablemente no encontraré su última carta. Está en el campo, acaba de pasar unos días en Praga y ha vuelto a marcharse. Me alegra extraordinariamente que Münchhausen lo haya hecho bien, por otra parte, ya ha llevado a cabo cosas mucho más difíciles. ¿Y las rosas recibirán los mismos cuidados que las flores del otro día? (náručí!). ¿Y qué clase de flores eran? ¿Y de quién?

En cuanto a Gmünd, ya te he respondido antes de que preguntaras. No te atormentes mucho, así también me atormentas a mí lo menos posible. No he

considerado lo bastante que tú tienes que mentir de ese modo. Pero cómo puede creer tu marido que yo no te escribo y que no quiero verte después de haberte visto una vez.

Has escrito que a veces tienes ganas de ponerme a prueba. Era broma, ¿verdad? Por favor, no lo hagas. Ya el comprender desgasta mucho las fuerzas, ¡cuánto más desgastaría no comprender!

Estoy encantado de que te entusiasmen los anuncios. ¡Devóralos, devóralos! Quizás, si hoy empiezo a ahorrar y tú esperas veinte años y las pieles son entonces más baratas (porque entonces tal vez Europa estará devastada y las fieras se pasearán por las calles), quizás alcancen entonces mis ahorros para un abrigo de piel.

¿Y sabes quizás cuándo podré dormir por fin? ¿Quizás en la noche del sábado o en la del domingo?

Bueno, para que lo sepas, esos sellos sobreimprimidos son su verdadero deseo (ese hombre sólo tiene «verdaderos» deseos). To je krása, to je krása!, dice. ¿Qué será lo que ve en ellos?

Y ahora voy a comer y después iré al despacho central de divisas: una mañana de oficinas.

[Praga, 13 de agosto de 1920]

Viernes

No sé exactamente por qué escribo, probablemente por nerviosismo, lo mismo que esta mañana envié por nerviosismo una desacertada respuesta telegráfica a la carta urgente que recibí anoche. Esta tarde, cuando me haya informado en Schenker, responderé con la mayor urgencia.

Por lo demás, a través de esta correspondencia sobre este asunto siempre se llega a la conclusión de que tú estás unida a tu marido por un matrimonio indisoluble, casi sacramental (qué nervioso estoy, mi barco debe de haber perdido su timón en los últimos días), y yo, por un matrimonio de las mismas características, con..., no sé con quién, pero la mirada de esa horrible esposa está a menudo posada sobre mí, eso lo noto. Y lo curioso es que, aunque cada uno de esos matrimonios es indisoluble, y por tanto no hay nada más que decir al respecto, sin embargo la indisolubilidad de un matrimonio forma la indisolubilidad del otro, o al menos la fortalece, y a la inversa. Pero lo que permanece es sólo el dictamen, tal como tú lo escribes: nebude toho nikdy, y ya no volveremos a hablar del porvenir, sólo del presente.

Esa verdad es absoluta, incontrovertible, la columna sobre la que descansa el mundo y sin embargo confieso que tengo la sensación [sólo la sensación,

pero la verdad permanece y sigue siendo absoluta. Mira, cuando quiero escribir algo como lo que sigue, las espadas cuyas puntas me rodean en círculo se acercan ya lentamente al cuerpo, es la tortura perfecta; cuando empiezan a arañarme —no hablo de cercenarme—, cuando empiezan, pues, a arañarme levemente, es ya tan horrible que al punto, con el primer alarido, traiciono a todo el mundo, a ti, a mí, a todos], confieso, pues, sólo bajo esa condición, que una correspondencia así sobre estas cosas me produce la impresión (lo repito, por mi vida: sólo la impresión) de que vivo en el África Central y de que he vivido toda mi vida allí y de que te estuviera comunicando a ti, que vives en Europa, en plena Europa, mis opiniones inquebrantables sobre la próxima constelación política. Pero es sólo una comparación, una estúpida, torpe, falsa, sentimental, deplorable, intencionadamente ciega comparación, ¿no es otra cosa, de verdad, espadas!

Tienes razón al citarme la carta de tu marido; sin duda no lo entiendo todo perfectamente (pero no me envíes la carta), pero veo que escribe un hombre «soltero» que quiere «casarse». ¿Qué significa su «infidelidad» esporádica, que ni siquiera es infidelidad, porque seguís juntos caminando por la misma senda? Él se limita a desviarse un poco hacia la izquierda, pero sin abandonar ese camino. ¿Qué significa esa «infidelidad», que además tampoco deja de derramar la más honda dicha sobre tu más hondo dolor, qué significa esa «infidelidad» frente a mi eterna vinculación?

En lo concerniente a tu marido, no te he entendido mal. Todo el misterio de vuestra indestructible unión, ese profuso e inagotable misterio, tú lo materializas siempre en el cuidado de sus botas. En ello hay algo que me hace sufrir, no sé exactamente qué. En realidad es muy sencillo; si tú te marcharas, él viviría con otra mujer o se iría a una pensión y sus botas estarían mejor cuidadas que ahora. Eso es estúpido y no es estúpido, no sé lo que me molesta tanto en esas observaciones. Quizás lo sepas tú.

Ayer fui a ver a Laurin, no estaba en la redacción, hoy he hablado por teléfono con él, le he interrumpido cuando estaba justo corrigiendo un artículo tuyo. Dice que escribió ayer a tu marido, para que se dirija directamente al secretario de Masaryk, un conocido de Laurin. A Pick le escribí ayer a Haindorf-Ferdinandstal. No habrías tenido que estropear el día de tu cumpleaños si me hubieras escrito antes pidiéndome el dinero. Te lo llevaré. Pero quizás no nos veamos, sería muy posible con toda esta confusión.

Y lo es, en efecto. Escribes sobre las personas que tienen una noche y una mañana en común y sobre las que no las tienen. Precisamente la situación de estos últimos a mí me parece más favorable. Han hecho algo malo, seguro o quizás, y lo inmundo de esa escena proviene, como tú dices acertadamente, de que son extraños y es inmundicia terrenal como la suciedad de una vivienda que nunca estuvo habitada y que de pronto abren violentamente. De modo que

es grave pero no ha ocurrido nada decisivo, nada que, a decir verdad, decida nada en el cielo o en la tierra; no es realmente sino «jugar a la pelota» como tú lo llamas. Es como si Eva hubiese arrancado la manzana (a veces pienso que entiendo el pecado original mejor que nadie), pero sólo para enseñársela a Adán porque a ella le parecía preciosa. Morder en ella fue lo decisivo, jugar-con-ella no estaba permitido, sin duda, pero tampoco prohibido.

[Praga, 17 a 18 de agosto de 1920]

Martes

Así pues, hasta dentro de diez a catorce días no recibiré respuesta a esta carta; eso, comparado con lo de hasta ahora, es casi quedar abandonado, ¿no? Y justamente ahora me parece que tendría que decirte algo que no es posible decir ni escribir, no para reparar algo que haya hecho mal en Gmünd, no para salvar lo que se ha tragado el mar sino para hacerte comprender a fondo cuál es mi situación, para que no te desalientes por mi causa, como al fin y al cabo, pese a todo, podría ocurrir entre seres humanos. A veces me siento como si tuviera unas pesas de plomo de tal calibre que por fuerza me hundirían en un instante hasta el fondo del mar, y quien quisiera agarrarme o incluso «salvarme» tendría que dejarlo, no por debilidad, ni siquiera por desesperanza sino de pura irritación. Ahora bien, esto no te lo digo a ti sino a un pálido reflejo de ti, que una cabeza cansada y vacía (no desgraciada ni excitada, es casi un estado por el que se podría estar agradecido) aún podría reconocer.

Así que ayer estuve con Jarmila. Como era tan importante para ti, no quise aplazarlo un solo día además, si te digo la verdad, la idea de que de todos modos tenía que hablar con Jarmila me inquietaba y preferí hacerlo en seguida: a pesar de no estar afeitado (ya era más que una simple carne de gallina), cosa que no podía perjudicarme en la consecución de mi tarea. Llegué arriba a eso de las seis y media, el timbre de la puerta no sonaba, llamar con los nudillos no sirvió de nada, el Národní listy estaba en el buzón, era evidente que no había nadie en casa. Me quedé un rato dando vueltas y entonces llegaron por el patio dos mujeres, una era Jarmila, la otra su madre tal vez. Reconocí al momento a Jarmila aunque apenas tenía parecido con la fotografía y a ti no se parecía en absoluto.

[...]

Salimos en seguida de la casa y paseamos unos diez minutos por detrás de la antigua escuela de cadetes. Lo más sorprendente para mí fue que, contra tu predicción, ella fue muy locuaz, aunque esos diez minutos justos. Habló casi constantemente, me recordaba la locuacidad que tenía en la carta suya que me enviaste una vez. Una locuacidad que posee cierta autonomía, que es independiente de la persona que habla, esta vez llamaba más aún la atención

porque no comentaba detalles tan concretos como en aquella carta. Su vivacidad se explica un poco porque, según me dijo, desde hacía días estaba muy excitada por ese asunto, había teleografiado a Haas a causa de Werfel (sin tener todavía respuesta), a ti te había teleografiado y enviado una carta por correo urgente, en seguida, a petición tuya, había quemado las cartas, no sabía de qué manera podría tranquilizarte sin más dilación, y por eso, a primera hora de la tarde, ya había pensado en venir a mi casa para poder hablar del asunto al menos con alguien que también estaba al corriente. (Porque ella creía que sabía dónde vivía yo. La cosa fue así: una vez, creo que en otoño, o ya en primavera, no lo sé, iba yo a remar con Ottla y con la pequeña Rúzenka —la que en el palacio de Schönborn me profetizó mi próximo final—, y delante del Rudolphinum encontramos a Haas con una mujer a la que yo no dirigí ni una mirada entonces; era Jarmila. Haas le dijo mi apellido y Jarmila comentó que años atrás había hablado a veces con mi hermana en la escuela civil de natación; como esa escuela era entonces muy de cristianos, mi hermana se le quedó grabada en la memoria como singularidad judía. Nosotros vivíamos entonces frente a la escuela civil de natación y Ottla le había enseñado nuestro piso. Bueno, ésta es la larga historia). Por eso se alegró sinceramente cuando me presenté en su casa, por eso estaba tan animada, por otra parte, triste por esas complicaciones que, con toda seguridad, con toda seguridad, se han terminado y que, como aseguró casi apasionadamente, con toda seguridad, con toda seguridad, no traerían más consecuencias. Mis aspiraciones, sin embargo, no habían quedado satisfechas; porque yo —que, sin ver del todo la importancia de aquello, estaba totalmente identificado con la misión que se me había encomendado— habría querido quemar yo mismo las cartas y esparcir las cenizas sobre el Belvedere.

De sí misma habló poco, dijo que estaba siempre metida en casa —su cara lo prueba—, que no hablaba con nadie, y que sólo salía para mirar algo en alguna librería o para llevar una carta al correo. Fuera de eso sólo habló de ti (o era yo quien hablaba de ti, a posteriori es difícil saberlo); cuando comenté cuánto te alegraste en una ocasión en que, tras recibir una carta de Berlín, viste la posibilidad de que Jarmila te hiciera una visita, dijo que ella ya casi no entendía que fuese posible alegrarse ni, menos aún, que alguien se alegrara por su causa. Sonaba sencillo y creíble. Dije que los viejos tiempos no pueden quedar borrados sin más y que en ellos siempre hay posibilidades que pueden resurgir. Dijo que sí, que tal vez eso podría ocurrir si las personas permanecen juntas y que en los últimos tiempos ella se había alegrado pensando que te vería y que le había parecido lo más natural y necesario que estuvieras aquí —señaló varias veces al suelo que tenía delante, sus manos se mueven con vivacidad—, aquí, aquí.

En un aspecto me recordaba a Staša; cuando hablan de ti, ambas están en los infiernos y hablan cansinamente de ti, que vives. Pero el infierno de

Jarmila es muy distinto, en el de Staša sufre más el espectador, en éste, Jarmila. Me parece que necesita que la traten con mucho miramiento.

[...]

Delante de su casa nos despedimos rápidamente.

Antes me había irritado un poco con la prolija historia de una fotografía tuya preciosa que me quería enseñar. Al final resultó que, cuando quemó todos los papeles y cartas, tuvo en la mano esa fotografía del viaje a Berlín y esta misma tarde también, pero que la buscó inútilmente.

Luego te puse un telegrama en el que te decía con exageración que mi misión estaba cumplida, ¿pero habría podido hacer más? ¿Y estás [...] contenta conmigo?

Es absurdo pedir algo si no recibes la carta hasta dentro de dos semanas, pero quizás sea esto un pequeño aditamento a lo absurdo de la petición como tal. Si es posible de alguna manera en este mundo inestable (en el que a uno se lo llevan cuando se lo llevan sin poder evitarlo), no te desanimes por mi culpa, aunque alguna vez o mil veces o justo en este momento o quizás siempre justo en este momento te cause un desengaño. Por lo demás, esto no es una petición y no va dirigido a ti, no sé a quién va dirigido. Es sólo la respiración angustiosa del pecho angustiado.

Miércoles

Tu carta del lunes por la mañana. Desde aquel lunes por la mañana, o mejor, desde el lunes a mediodía, cuando la sensación bienhechora del viaje (aparte de todo, ya cada viaje es de por sí un solaz, una manera de que te agarren por el cuello de la camisa, de que te sacudan como un olivo) ya se había disipado un poco, desde entonces te canto incesantemente una única canción, es incesantemente distinta y constantemente la misma, opulenta como un sueño sin sueños, aburrida y cansina de forma que a veces yo mismo me duermo al cantar, alégrate de no tener que oírla, alégrate de que estés a salvo de mis cartas durante tanto tiempo.

¡Ay, conocimiento de la naturaleza humana! ¿Por qué me va a parecer mal que limpies y saques brillo a las botas? Sácales todo el brillo que puedas, ponlas después en su rincón y da por terminado el asunto. Pero que con el pensamiento pases el día sacando brillo es lo que a veces me tortura (y no deja más limpias las botas).

[Praga, 19 a 23 de agosto de 1920]

Jueves

Continuamente he querido oír una frase distinta a la que tú oyes, es ésta: jsi muj. ¿Y por qué ésa precisamente? Ni siquiera significa amor, sino más bien proximidad y noche.

Sí, la mentira era grande y yo tengo parte en ella, pero de modo aún más desagradable, en un rincón, para mis adentros, con toda inocencia.

Lamentablemente, siempre me haces encargos que, cuando yo llego, ya se han solucionado por sí solos. Si tienes tan poca confianza en mí, y sólo quieres procurarme un poco de confianza en mí mismo, entonces la cosa es demasiado transparente. Me escribe Pick que ya ha respondido la semana pasada a la demanda de la señora Milena Pollak (¿a quién designa ese solemne triple paso?). Por cierto, parece que no ha encontrado editor, pero viene a Praga a finales de agosto y entonces buscará uno. Hace poco he oído decir que Ernst Weiss está gravemente enfermo y sin dinero y que en Franzensbad están haciendo una colecta para él. ¿Sabes tú algo sobre eso?

No entiendo lo que el telegrama de Jarmila (que sin embargo envió antes de nuestro encuentro) tiene que ver conmigo o incluso con los celos. Mi aparición parece haberla alegrado (por causa tuya), pero mi despedida mucho más aún (por causa mía o, mejor, suya).

Sobre el resfriado [...] habrías podido escribir unas palabras más, ¿tiene su origen en Gmünd o en el camino de vuelta del café a casa? Aquí hace de momento un hermoso tiempo de verano, el domingo sólo llovió en el sur de Bohemia, yo estaba orgulloso, todo el mundo podía saber por mi ropa empapada de lluvia que venía de la zona de Gmünd.

En el margen izquierdo de la primera página: ¿Ha escrito Laurin? ¿Y qué ha dicho el abogado?

Viernes

Si se lee de cerca no se entiende en absoluto esa situación lamentable en la que te encuentras actualmente, hay que tomar un poco más de distancia, pero ni siquiera entonces se comprende.

Lo de las garras lo has comprendido mal, por otra parte no podía comprenderse. Lo que dices de Gmünd es cierto y en el más amplio sentido. Recuerdo, por ejemplo, que me preguntaste si yo te había sido infiel en Praga. Era medio en broma, medio en serio, medio indiferente: otra vez las tres mitades justo por ser algo imposible. Tenías mis cartas y preguntabas eso. ¿Era una pregunta posible? Pero por si aún no fuera suficiente, ahora yo lo hacía más imposible aún. Dije que sí, que te había sido fiel. ¿Cómo es posible hablar así? Aquel día hablábamos el uno con el otro y nos escuchábamos el uno al otro, a menudo y por mucho tiempo, como dos extraños.

Mi amigo de Viena no se apellida Jeiteles, aparte de que no es mi amigo, no lo conozco en absoluto, es un conocido de Max, que es quien lo ha gestionado todo, pero el anuncio saldrá de una manera u otra en la prensa, eso es muy fácil de hacer a través de una oficina de anuncios de aquí.

Ayer, al caer de la tarde, Jarmila estuvo en mi casa (no sé de dónde sabe mi dirección actual), yo no estaba en casa, dejó una carta para ti y una nota a lápiz en la que me pedía que te enviara la carta, que ella tenía tu dirección del campo pero que no le parecía lo bastante segura.

A Vlasta aún no la he llamado, sinceramente no me atrevo, después de las nueve sólo podría telefonar desde la oficina; además, en medio de un corro de empleados (no tenemos cabina) no me gusta telefonar, lo hago mal (en consideración a eso, la señorita del teléfono casi siempre se niega a establecer la conexión), además he olvidado su apellido, y qué iba a hacer yo si se pusiera tu padre al teléfono. Me gustaría más escribirle; tendría que ser en checo, ¿no?

¿Del abogado no hablas?

El miércoles aparece por primera vez el anuncio. ¿Te enviarán desde Viena las cartas que pudieran llegar por el anuncio?

Lunes

Bueno, no ha durado tanto la espera, he recibido las dos cartas de Salzburgo, ojalá haga bueno en St. Gilgen, porque el otoño ya ha llegado, eso es innegable. Yo estoy mal o bien, según se mire, espero que la salud se mantenga un poquito hasta entrado el otoño. Sobre Gmünd tendremos que hablar por carta o de palabra —eso forma parte de mi mal estado de salud—, no, no es así, más bien lo contrario, escribiré sobre eso más detalladamente; [...]; envío adjunta la carta de Jarmila. A su visita respondí, por correo neumático, que sin duda te haría llegar con mucho gusto su carta, pero sólo si no había en ella nada urgente, porque yo creía que no recibiría tu dirección hasta dentro de una semana. No ha respondido.

Si es posible, por favor, ¡una foto de tu alojamiento!

[Praga, 26 de agosto de 1920]

Jueves

He leído únicamente la carta a lápiz, en la carta del lunes sólo, y por encima, un pasaje subrayado, después he preferido dejarlo; qué angustia tengo y qué malo es que no pueda uno meterse de pleno, con todo lo que uno es, en cada palabra, de forma que, cuando se ataca esa palabra, uno pueda defenderse del todo, o ser aniquilado del todo. Pero también en esto no sólo hay muerte

sino enfermedad.

Antes de haber acabado de leer la carta —tú escribes al final algo parecido—, se me ha ocurrido que tal vez es posible que te quedes ahí algún tiempo más, mientras lo permita el otoño. ¿No sería posible?

De Salzburgo llegaron las cartas muy pronto, de St. Gilgen tardan un poco, pero de vez en cuando tengo noticias por otros conductos. De Polgar, breves artículos en el periódico, tratan del lago, es enormemente triste y le sumen a uno en la perplejidad porque sin embargo son divertidos; bueno, no es mucho, pero luego hay noticias de Salzburgo, de los festivales, del tiempo inseguro; tampoco es divertido eso. Tú te marchaste muy tarde; entonces le pido a Max que me hable de St. Wolfgang y de St. Gilgen, de niño lo pasó muy bien allí, en tiempos pasados todo tiene que haber sido mejor. Pero todo esto no sería mucho si no existiera la Tribuna, esa posibilidad diaria de encontrar allí algo tuyo y luego, efectivamente, encontrarlo de vez en cuando. ¿Te resulta desagradable que hable de ello? Pero es que me encanta leerlo. Y quién va a hablar de ello sino yo, tu mejor lector. Ya en un tiempo anterior, antes de que dijeras que a veces piensas en mí cuando escribes, sentía que estaba en relación conmigo, es decir, lo apretaba contra mi pecho; ahora, desde que lo has dicho expresamente, estoy casi más medroso, y cuando, por ejemplo, leo de un conejo que corre por la nieve, casi me veo a mí corriendo por allí.

He pasado una hora larga en la isla de Santa Sofía con el artículo de Landauer; comprendo que estuvieras furiosa —pero era también una furia benigna— por ese trabajo minucioso de traducir, pero es hermoso, y aunque quizás no llega hasta el fondo, al menos hace cerrar los ojos para dar el paso en esa dirección. Extraño, por cierto, el terreno que te atrae, los tres artículos (Claudel, Landauer, Dopisy) forman como una unidad. ¿Cómo has conocido a Landauer? (En ese número de Kmen está también el primer buen texto original que he leído en esa revista, no recuerdo bien el nombre del autor, Vladislav Vančura o algo parecido.)

Ahora he leído la otra carta, aunque en realidad sólo a partir del pasaje que dice: Nechci abys na to odpovídá. No sé lo que dices antes, pero, aun sin haberlo leído, como tus cartas confirman de modo irrefutable que eres la misma que llevo encerrada en lo más hondo de mí, hoy estoy dispuesto a suscribir que todo ello corresponde a la verdad, aunque fuese un testimonio contra mí ante las más altas instancias. Soy impuro, Milena, infinitamente impuro, por eso estoy siempre a vueltas con la pureza. Nadie canta con tanta pureza como los que están en lo más hondo del infierno; lo que tomamos por el cántico de los ángeles es su cántico.

Hace unos días he reanudado mi «servicio militar o, mejor dicho, mi vida de «maniobras», que como descubrí hace años es para mí lo mejor de vez en

cuando. Por la tarde dormir en la cama todo lo posible, luego moverme de un sitio a otro dos horas, luego permanecer despierto todo lo posible. Pero en ese «todo lo posible» está la dificultad. «No es posible mucho tiempo», ni por la tarde, ni por la noche, y sin embargo por la mañana temprano estoy hecho un trapo cuando entro en la oficina. Y el auténtico botín se encuentra en lo más profundo de la noche, en la segunda, la tercera, la cuarta hora; pero si ahora no me acuesto lo más tarde a medianoche, estoy perdido, la noche y el día están perdidos. Sin embargo no importa todo esto, ese «estar de servicio» es bueno aun sin resultados. Y no los habrá, necesito medio año así, para, primero, «soltarme la lengua» y, después, comprender que se ha terminado, que se acabó el permiso para «estar de servicio». Pero como he dicho: es bueno ya de por sí, aunque al cabo de un tiempo más largo o más corto la tos se meta tiránicamente de por medio.

Sí, claro, las cartas no han sido tan terribles, pero esa carta a lápiz no la merezco. ¿Dónde habrá, en el cielo y en la tierra, alguien que la merezca?

(En el margen izquierdo de la primera página): cien coronas al día, qué barato, ¿no podrías quedarte más tiempo por ahí, en St. Gilgen, en St. Wolfgang, en Salzburgo o en otro sitio?

(En los márgenes derecho e inferior de la misma página): Me parece excluido que Max haga de mediador con Topič; es muy poco hábil por parte de Pick querer escudarse en Max, a mí él no me ha escrito nada a este respecto, sólo me ha prometido que buscará él mismo algo cuando vaya a Praga.

(En los márgenes izquierdo y superior de la segunda página): Sí, sabía que, al leer, había pasado algo por alto y que, sin poder olvidarlo, no podía recordarlo: ¿fiebre?, ¿fiebre real?, ¿fiebre medida con el termómetro?

(En el margen derecho de la tercera página): Seguramente ya no será posible bañarse, ¿no? ¡La fotografía de tu alojamiento, por favor!

En los márgenes izquierdo y superior de la última página: Jarmila ha respondido por fin, tres líneas: que su carta no es ni urgente ni importante y que da las gracias. En cuanto a Vlasta, aún espero tus noticias.

[Praga, 26 a 27 de agosto de 1920]

Jueves tarde

Hoy casi no he hecho otra cosa que estar sentado, leer un poco aquí o allá, pero, sustancialmente, no he hecho nada o he prestado atención a un dolor muy leve que trabajaba en las sienas. He pasado el día entero ocupado con tus cartas, torturado, enamorado, preocupado y con un miedo muy impreciso de

algo impreciso, cuya imprecisión consiste sobre todo en que es infinitamente superior a mis fuerzas. Sin embargo no me he atrevido aún a leer las cartas por segunda vez, y media página ni siquiera por primera vez. ¿Por qué no puedo resignarme a que lo correcto es vivir en esta tensión tan especial, de suicidio aplazado (una vez tú mencionaste algo parecido, yo entonces intenté reírme de ti), y en lugar de eso uno la afloja con toda la intención, sale de ella como un animal irracional (y encima ama esa irracionalidad como un animal) y de esa manera conduce al interior del cuerpo toda la electricidad trastornada y sin freno, que lo deja casi aniquilado por la descarga?

No sé bien lo que quiero decir propiamente con esto, sólo quiero de algún modo coger al vuelo las quejas que vienen en tus cartas, no las expresadas con palabras sino las silenciadas, y puedo hacerlo porque son en el fondo las mías. Que también en esto, en esta oscuridad, íbamos a estar tan acordes, eso es lo más extraordinario y yo sólo puedo creerlo, literalmente, cada dos instantes.

Viernes

He pasado la noche, no durmiendo sino (he de decir que no ha sido algo del todo voluntario) con las cartas. Sin embargo no es ahora la peor situación. Por otra parte no ha llegado ninguna carta, pero esto, en sí, tampoco importa nada. Es ahora mucho mejor no escribir a diario; tú lo comprendiste, silenciosamente, antes que yo. Las cartas diarias debilitan en lugar de fortalecer; antes yo bebía la carta hasta el final y me volvía al mismo tiempo (hablo de Praga, no de Merano) diez veces más fuerte y diez veces más sediento. Pero ahora es muy serio, ahora uno se muerde los labios cuando lee la carta y nada es tan seguro como ese pequeño dolor en las sienes. Pero demos también eso por bueno; sólo una cosa no: no te pongas enferma, Milena, no te pongas enferma. No escribir es bueno (¿cuántos días necesito para acabar de asimilar dos cartas como la de ayer? Qué pregunta más tonta, ¿es posible asimilarlas en unos días?), pero la causa no ha de ser que estés enferma. Al referirme a esto sólo pienso en mí. ¿Qué haría yo? Lo que hago ahora, muy probablemente, pero ¿cómo lo haría? No, en eso no quiero pensar. Y sin embargo, cuando pienso en ti, siempre veo una imagen clarísima: estás en la cama, más o menos como en Gmünd estabas tumbada en el prado al anochecer (allí donde yo te hablaba de mi amigo y tú apenas escuchabas). Y no es una imagen que me atormente sino en realidad lo mejor que ahora soy capaz de pensar: que estás en la cama, que yo te cuido un poco, que me presento de vez en cuando, te pongo la mano en la frente, me sumerjo en tus ojos cuando bajo la mirada hacia ti, noto cómo me miras cuando paseo por la habitación y constantemente, con un orgullo imposible de dominar, sé que vivo para ti, que me está permitido hacerlo y que por tanto comienzo a dar las gracias porque un día detuviste tus pasos junto a mí y me tendiste la mano. Y que sólo sería una enfermedad que pasa pronto y te deja en mejor estado de

salud que antes y te permite levantarte con todas tus fuerzas, mientras que yo algún día, pronto, y espero que sin ruido ni dolor, desapareceré bajo la tierra. Eso no es lo que me atormenta sino la idea de que te pongas enferma lejos de mí.

Aquí va el anuncio, sin duda se habría podido hacer un poco más claro e inteligible, sobre todo las «Escuelas de comercio y de idiomas de Viena» aparecen en él como aisladas y carentes de sentido; pero la coma después de «profesora» no la he puesto yo. Di por tu parte lo que quieres que se corrija y haré que lo cambien lo antes posible. Por lo pronto ha aparecido el día 26 y aparecerá después el 1, el 5 y el 12.

Así pues, Max no puede hacer de intermediario. Tycho Brahe apareció en efecto en Topič, pero desde entonces tendrían que haber publicado allí un folleto judío de carácter político que ya estaba aceptado, pero que luego rechazaron por falta de papel, costes de impresión, etcétera. Así que Max en realidad está muy molesto con Topič.

[Praga, finales de agosto de 1920]

Lo que he dicho sigue en pie, no puedo obrar precipitadamente pero esto sólo tiene que ver con lo que sigue en la medida en que tu sufrimiento me reporta ventajas, en que tu sufrimiento vela por mí, no porque yo pueda aportar [...] dinero sino porque puedo intervenir de algún modo desde lejos, desde una gran lejanía: claro, si me das permiso para ello, y con esto no tengo miedo de que me lo niegues —no hay razón para ello— sino de que no quieras ir ahora a un sanatorio. Y sin embargo Kreuzen, por ejemplo, te gustó mucho. De tu padre recibirás mil coronas ¿verdad? O mil doscientas, ¿no? Mil coronas es lo mínimo que puedo enviarte cada mes. Esto hace un total de unas ocho mil coronas austriacas. El sanatorio no costará más de doscientas cincuenta coronas diarias. Y así podrás quedarte allí durante el otoño y el invierno, y si no es en Kreuzen, en algún otro sitio. Confieso que la dicha de volver a respirar en tu intensa cercanía apenas me deja pensar en ti. Pero esto tampoco afecta a lo que he dicho.

En prueba de esto, cuando te escriba próximamente, no te enviaré una tarjeta postal sino un impreso.

[Praga, 28 de agosto de 1920]

Sábado

Qué bien, qué bien, Milena, qué bien. No digo esto por la carta (del martes) sino por la paz, la confianza, la claridad que la inspiran.

Esta mañana no ha habido nada; con este hecho me habría conformado muy fácilmente; lo de recibir cartas es ahora muy distinto, pero en lo de escribir cartas no ha cambiado casi nada; la necesidad y la dicha de tener que escribir persisten, por tanto me habría conformado con la realidad; para qué necesito una carta si ayer, por ejemplo, pasé todo el día y toda la tarde y la mitad de la noche conversando contigo, una conversación en la que yo era tan sincero y tan serio como un niño y tú tan receptiva y seria como una madre (jamás he visto en la realidad tal niño ni tal madre), todo eso habría sido, pues, soportable, pero yo tenía que saber el porqué de no escribir; y no estar viéndote continuamente enferma en la cama, en ese cuartito, fuera la lluvia otoñal, tú sola, con fiebre (escribiste sobre eso), con enfriamiento (escribiste sobre eso), también fatigada y sudorosa por las noches (de todo eso has escrito): si no hay nada de todo eso, entonces todo está bien y ahora no quiero nada mejor.

No me aventuro a dar una respuesta al primer párrafo de tu carta, ni siquiera conozco el tan temido primer párrafo de la carta anterior. Son cosas enormemente intrincadas, que sólo pueden solucionarse en una conversación entre madre e hijo, solucionables ahí quizás sólo porque ahí no pueden darse. No entro en eso porque el dolor en las sienes está al acecho. ¿Me dispararon la flecha del amor en las sienes, no en el corazón? Tampoco escribiré más sobre Gmünd, al menos no intencionadamente. Habría mucho que decir al respecto pero al final todo acabaría en que el primer día de Viena, si me hubiera despedido por la noche, tampoco habría sido mejor, aunque Viena tenía la ventaja frente a Gmünd de que yo llegué allí semiinconsciente de angustia y agotamiento, en cambio a Gmünd, sin saberlo, tan tonto era yo, perfectamente seguro, como si nunca pudiera volver a ocurrirme nada; llegué allí como dueño de la casa; es curioso que, con toda la inquietud que siempre está conmigo, pueda tener esa lasitud de la posesión, que ése sea tal vez mi verdadero fallo, en esta materia y en otras.

Son ya las dos y cuarto, no he recibido tu carta hasta poco antes de las dos, ahora lo dejo y me voy a comer, ¿no?

No es que tenga ninguna importancia para mí, sólo para ser sincero: ayer me enteré de que Lisl Beer quizás tenga una villa en Gilgen. ¿Es posible que esto te haga sufrir de alguna manera?

La traducción de la frase final es muy buena. En esa historia cada frase, cada palabra, cada —si se me permite la expresión— música está relacionada con el «miedo»; entonces se abrió la llaga por primera vez en una larga noche y, en mi opinión, la traducción reproduce exactamente tal relación con esa mano de hada que es la tuya.

Mira, lo que tiene de cruel el recibir cartas es..., pero tú lo sabes. En la

medida en que esto es posible en medio de tanta inseguridad, hoy hay entre tu carta y la mía una vinculación sana y límpida, que deja respirar libremente; y ahora he de esperar las respuestas a mis cartas anteriores, y de ellas tengo miedo.

¿Cómo puedes esperar mi carta el martes, por cierto, si no recibí tu dirección hasta el lunes?

[Praga, 28 de agosto de 1920]

A ti también te gustan los conductores de tranvía, ¿verdad? ¡Sí, aquel conductor tan divertido y sin embargo con esa delgadez tan típicamente vienesa! Pero aquí también hay gente interesante; los niños quieren ser conductores, para tener ese poder y ese prestigio, para viajar por todas partes, para ponerse sobre el estribo, para poder inclinarse también tan profundamente delante de los niños, y también tienen un punzón y un montón de billetes de tranvía, pero, mientras que a mí todas esas posibilidades más bien me asustan, quisiera ser conductor para estar tan alegre y participar como ellos en todo. Un día yo caminaba detrás de un tranvía que circulaba despacio y el conductor

(El poeta acaba de llegar para buscarme a la salida de la oficina, pues que espere hasta que yo haya terminado con los conductores) estaba en la plataforma trasera muy inclinado hacia delante y me gritaba algo que yo, con el ruido de la Josefsplatz, no entendía, y movía excitado los dos brazos, que debían llamarme la atención sobre algo, pero yo seguía sin entender y el tranvía se alejaba cada vez más y sus esfuerzos eran cada vez más inútiles hasta que por fin comprendí: el imperdible de oro que sujetaba el cuello de mi camisa se había desprendido y él había querido que yo me diera cuenta. Eso recordaba yo esta mañana cuando, apático cual espectro inválido tras la noche pasada, me monté en el tranvía, el conductor me dio la vuelta de cinco coronas, para animarme (no para animarme a mí, porque no me había ni mirado, sino para despejar la atmósfera) hizo alguna amable observación, que yo ni siquiera oí, sobre los billetes de banco que me había devuelto, tras lo cual un señor que estaba a mi lado también me sonrió por haber sido objeto de tal distinción, yo no pude responder de otra manera que sonriendo también y de ese modo todo mejoró un poco. ¡Ojalá eso despeje también el cielo encapotado de St. Gilgen!

[Praga, 29 a 30 de agosto de 1920]

Domingo

¡Qué extraño error el de ayer! Ayer al mediodía yo estaba feliz por tu carta (del martes) y cuando vuelvo a leerla por la noche, apenas se distingue en lo

esencial de las últimas cartas, es desdichada, mucho más de lo que ella misma admite. El error prueba que pienso sólo en mí, que estoy encerrado en mí mismo, que de ti sólo retengo lo que puedo soportar y que preferiría marcharme con ello al desierto para que nadie me lo quite. Como después de dictar me fui corriendo a mi cuarto porque allí, para mi sorpresa, estaba esperando tu carta, como la leí por encima, feliz y ansioso, como en ella no había nada subrayado dirigido contra mí, como el zumbido de las sienas era casualmente suave, como en ese momento yo fui lo bastante descuidado para imaginarte, tranquila y apacible, rodeada de bosque, lago y montañas: por todas esas razones y algunas otras más, que, todas juntas, no tienen en absoluto que ver con tu carta y con tu verdadera situación, tu carta me pareció alegre y yo te contesté con la correspondiente insensatez.

Lunes

Querida Milena, tan falto de control, tan a merced de las olas en un mar que sólo por malignidad no lo devora a uno. Hace poco te pedí que no escribieras a diario, lo dije sinceramente, tenía miedo de las cartas; cuando no llegaba ninguna estaba más sereno; cuando veía una sobre la mesa, tenía que hacer acopio de todas mis fuerzas, y eso no bastaba ni lejanamente: y hoy me habría sentido desgraciado si no hubieran llegado esas tarjetas (me he apropiado de las dos). Gracias.

[...] trabajo de oficina.

De las generalidades que he leído hasta ahora sobre Rusia, el artículo adjunto ha dejado en mí, o mejor dicho, ha dejado en mi cuerpo, en mis nervios, en mi sangre, la más fuerte impresión. He de decir sin embargo que no lo he tomado exactamente como está ahí sino que lo he adaptado a mi orquesta. (He arrancado el final del artículo, contiene acusaciones contra los comunistas que no tienen cabida en este contexto; de todos modos, el artículo es sólo un fragmento).

Esa dirección con sus breves palabras, una bajo la otra, suena como una letanía, como una adoración, ¿no?

[Praga, 31 de agosto de 1920]

Martes

Una carta del viernes, cuando no se ha escrito ninguna el martes, está bien, pero no debe perderse ninguna.

Lo que escribes sobre mí es horriblemente perspicaz, no quiero añadir nada, sino dejarlo sin tocar, tal cual. Sólo quiero decir con un poco más de claridad una cosa que también pone en tu carta: mi desgracia es que considero

buenos a todos los hombres —y en especial, claro, a los que tengo en más estima—, que los considero buenos con el intelecto, con el corazón (acaba de entrar un hombre y se ha asustado, porque yo estaba poniendo en este cuarto vacío una cara que expresaba esas opiniones); sin embargo, de alguna manera, mi cuerpo no puede creer que, cuando sea necesario, sean realmente buenos, mi cuerpo tiene miedo y, en lugar de esperar la prueba que realmente redima al mundo en este sentido, prefiere deslizarse lentamente pared arriba.

Estoy empezando otra vez a romper cartas, anoche, una. Eres muy desgraciada [...] por causa mía (hay otras causas también, todo actúa recíprocamente), dilo cada vez con menos rodeos. De una sola vez no es posible, claro.

Ayer fui al médico. Contra lo que esperaba, ni él ni la báscula comprueban que esté mejor, aunque tampoco que haya empeorado. Pero opina que tengo que marcharme. Después de hablar del sur de Suiza, que, después de ponerle yo al corriente, desechó como imposible, mencionó al momento como los mejores, sin ayuda alguna de mi parte, dos sanatorios en la Baja Austria: el sanatorio Grimmenstein (Dr. Frankfurter) y el sanatorio Wiener Wald, pero de momento no sabe la estación de ferrocarril de ninguno de los dos. ¿Podrías enterarte tú quizás en algún momento, en una farmacia, en el médico, en una guía de correos o de teléfonos? No corre prisa. Con esto no digo que vaya a hacer el viaje. Son establecimientos exclusivamente antituberculosos, son casas que en su totalidad tosen y tienen fiebre día y noche, donde hay que comer carne, donde antiguos verdugos le dislocan a uno el brazo si rechaza las inyecciones y donde todo lo observan, acariciándose la barba, médicos judíos que son inflexibles con judíos y cristianos.

En una de las últimas cartas escribiste más o menos (no me atrevo a sacar esas últimas cartas, tal vez lo haya entendido mal al leerlo por encima, eso es lo más probable) que tu asunto de ahí se acerca al final definitivo. ¿Cuánto de ello ha sido sufrimiento momentáneo y cuánto verdad permanente?

He vuelto a leer tu carta y retiro el «horriblemente», faltan en ella algunas cosas y de otras hay demasiado, así que es simplemente «perspicaz». También es muy difícil para los seres humanos jugar a «tú la llevas» con fantasmas.

¿Has estado con Blei? ¿Cómo le va? Ya lo creo que todo ha sido una estupidez, y también creo que uno al final no sabe a qué atenerse. Hay, en efecto, algo hermoso en ello, pero está a cincuenta mil millas de distancia y se niega a venir, y cuando todas las campanas de Salzburgo empiezan a tocar, se aleja por prudencia unas cuantas millas más.

[Praga, 1 de septiembre de 1920]

Miércoles

Hoy sin carta; qué necesidad; si no hay carta, lo critico; y si hay carta, me quejo, pero ahora puedo hacerlo, tú sabes bien que no es queja ni lo uno ni lo otro.

Hoy ha venido a verme Jarmila a la oficina, así que la he visto por segunda vez. No sé muy bien por qué ha venido; se sentó junto a mi escritorio, hablamos un poco de esto y de aquello, luego estuvimos de pie junto a la ventana, después junto a la mesa, luego se sentó otra vez y luego se marchó. Me resultó agradable, tranquila, apacible, sencillamente menos muerta que la última vez, un poco sonrosada, en el fondo muy poco atractiva, sobre todo cuando estaba sentada; entonces era incluso fea, con el sombrero hundido desmañadamente hasta muy abajo de la cara. Pero no sé por qué ha venido, quizás esté demasiado sola, y como no hace nada, por principio y necesariamente, ese venir a verme habrá sido una parte de su inactividad. Además la visita como tal tuvo también el carácter de la nada, y lo agradable de la futilidad. Pero al final la cosa se tornó más difícil, porque un final es, en definitiva, algo real y distinto de la nada, pero no obstante la cosa aún se mantuvo lo más alejada posible de la realidad, y quedó limitada a que yo alguna vez, no sé cuándo, si al dar un paseo llegase a los alrededores de su casa, miraría si ella estaba en casa para dar quizás un pequeño paseo. Pero incluso esa indeterminación es demasiado y me gustaría evitarlo. Pero ella ya ha venido dos veces a verme y no es una persona a la que sin más, sin resistencia interior, uno quisiera ofender ni de lejos. ¿Qué debo hacer? Si tuvieras una buena idea, quizás podrías telegrafiarle, porque una respuesta por carta me llegaría dentro de diez días.

Mencionó también —con esa extraña voz, baja y suave— que había recibido carta tuya. ¿Fue tal vez esa carta el motivo de su visita? ¿O, por naturaleza, no deja de ir y venir, insegura, por el mundo? ¿O sólo va detrás de ti?

Escríbeme sobre esto, por favor, olvidas ahora a menudo responder a mis preguntas. Por otra parte: hlava nesnesitelne bolí, dijiste ayer. Esta mañana me alegré porque hacía buen tiempo, ya te veía en el lago, esta tarde está otra vez nublado.

[Praga, 2 de septiembre de 1920]

Jueves

Han llegado las cartas del domingo, del lunes y una postal. Comprende la situación, Milena, por favor. Estoy aquí muy aislado, muy alejado y sin embargo con relativo sosiego, y me pasan muchas cosas por la cabeza, miedo,

inquietud y así lo escribo, aunque no sirva de mucho, y cuando hablo contigo lo olvido todo, incluso a ti misma, y sólo cuando llegan dos cartas así, tomo otra vez conciencia de todo.

Mañana llamaré por teléfono a Vlasta, llamaré desde una cabina, desde aquí no es posible. ¿No ha llegado respuesta de tu padre?

De tus temores para el invierno hay una cosa que no comprendo bien. Si tu marido está tan enfermo, si padece incluso dos enfermedades y la cosa es seria, entonces no puede ir a la oficina, pero tampoco lo pueden despedir, naturalmente, teniendo contrato indefinido; pero por sus enfermedades ha de organizar de otro modo su vida, con ello se simplifica todo y, al menos exteriormente, se vuelve más fácil, por triste que sea todo.

Pero una de las cosas más absurdas que se dan en este mundo, al menos eso me parece a mí, es que se trate seriamente la cuestión de la culpa. Lo que considero absurdo no es que haya reproches; indudablemente, cuando se está en una situación apurada, se hacen reproches a diestro y siniestro (aunque tal situación no sea desde luego de máxima gravedad, porque entonces ya no se hacen reproches); y que uno se tome a pecho tales reproches en momentos de acaloramiento y agitación también se puede comprender, pero creer que se puede discutir sobre ello como sobre cualquier asunto de contabilidad habitual, tan claro que arroja resultados para el comportamiento diario, eso no lo entiendo en absoluto. Sin duda tú eres culpable, pero entonces también lo es tu marido, y luego tú de nuevo y luego él otra vez, como no puede ser de otra manera cuando conviven dos seres humanos, y la culpa se acumula en una sucesión indefinida hasta el pecado original cometido en la noche de los tiempos; pero ¿de qué me sirve, para mi día de hoy o para la visita al médico de Ischl, escarbar en el pecado original?

Y fuera la lluvia sigue cayendo y cayendo y no quiere cesar. A mí no me importa nada, yo estoy a cubierto y sólo me da vergüenza comerme mi abundante segundo desayuno delante del pintor que está en el andamio justo delante de mis ventanas y, furioso por la lluvia, que ha amainado un poco, y por la cantidad de mantequilla que estoy untando en el pan, salpica innecesariamente las ventanas, aunque esto es sólo imaginación mía y probablemente él se ocupa de mí cien veces menos que yo de él. No, ahora está trabajando realmente en medio del aguacero y de la tormenta.

Sobre Weiss también he sabido después que probablemente no esté enfermo pero sí falto de dinero, al menos así era durante el verano, entonces en Franzensbad hicieron una colecta para él. Le contesté hace unas tres semanas, por carta certificada —aunque enviada a la Selva Negra—, antes de saber todo eso. No me ha contestado. Ahora está en el lago de Starnberg con su novia, que escribe a Baum postales dolientes y serias (es su modo de ser)

pero no propiamente desoladas (también eso pertenece a su temperamento). Antes de marcharse ella de Praga (donde tuvo mucho éxito en el teatro) hace cosa de un mes hablé de pasada con ella. Tenía muy mal aspecto, es enclenque y frágil pero indestructible; estaba agotada de actuar en el teatro. De Weiss habló así más o menos: «Ahora está en la Selva Negra, allí no se encuentra bien, pero ahora estaremos juntos en el lago de Starnberg y todo mejorará».

Sí, Landauer se publica en el Kmen, la segunda entrega no la he leído aún con detalle, hoy aparece la tercera y última.

El asunto de Jarmila es hoy mucho menos importante que ayer, su segunda visita sólo me asustó; probablemente ni le escribiré ni iré a verla. Extraña es la clara sensación que se tiene ante ella de que lo que hace no lo hace para su humilde persona, sino en cumplimiento de una misión que no le ha sido encomendada por seres humanos.

[Praga, 3 de septiembre de 1920]

Viernes

Milena, con prisa. Hoy no ha habido carta, a ello siempre tengo que vincular el conjuro de que eso no signifique nada malo fuera de lo habitual. Ayer tarde, o mejor, anoche, estuve como una hora con tus últimas cartas.

La operación del teléfono ha tenido éxito, me encontraré con Vlasta hacia las seis de esta tarde delante de la Cámara de Representantes. No ha sido muy fácil la conversación telefónica, hablar por teléfono no es nunca fácil para mí. Primero ha habido un pequeño ir y venir de malentendidos: que por qué yo, siendo un extraño, quería hablar o reunirme en algún sitio con ella. No había entendido tu nombre y yo, que no sabía eso, me extrañé de que me hablara en ese tono impertinente. Pero cuando supo de lo que se trataba, hasta se puso muy contenta y era muy importante para ella y, después de haber propuesto que nos viéramos el sábado, lo cambió de nuevo y por eso nos vemos hoy.

Ayer vi en casa de Max una carta de tu marido relativa a la autorización. Letra serena, lenguaje sereno. En eso seguramente Max podrá servir de ayuda.

Acabo de recibir una postal de Pick —está ya en Praga pero en mi casa aún no—, en la que dice: «Seguramente ya sabe usted que Weiss está en Praga y en buen estado de salud». No lo sabía.

De Jarmila recibí tres líneas en las que se disculpaba por haber estado aquí durante una hora, aunque en realidad fue bastante menos de media hora. Ahora sin embargo voy a responderle, está muy bien porque dará a la conversación de ayer el remate final que aún faltaba.

Lo que no sé desde luego es de qué voy a hablar con Vlasta, pero creo que

ahí apenas será posible cometer tonterías que causen realmente daño.

Un mal periódico, la Tribuna, todavía sin el reportaje sobre Jedermann.

[Praga, 3 a 4 septiembre de 1920]

Viernes tarde

Para decirte en seguida lo más importante:

En conjunto todo se desarrolló bastante bien, creo, viajamos en tranvía a la Kleinseite, al piso de su cuñado, allí no había nadie en casa, estuvimos media hora los dos solos y hablamos de ti, luego llegó su prometido —un tal señor Riha, que en seguida (pero de modo agradable) intervino en la conversación, como si fuera obvio que él estaba al tanto de tus asuntos—, por eso la cosa se terminó un poco antes de tiempo, sin duda yo ya había dicho lo más importante pero no había preguntado casi nada, por otra parte era en el fondo más importante decir que preguntar.

Ella es bastante agradable, sincera y sin complicaciones, tal vez un poco distraída, no muy concentrada en el tema. Pero en primer lugar mis exigencias a este respecto son muy grandes y en segundo lugar esa distracción constituye cierta ventaja, porque, para mis adentros, yo temía que este asunto la tocara personalmente muy de cerca en todos los aspectos, también por parte de tu padre, pero no es ése el caso. Tal vez tenga que ver también esa distracción con el hecho de que esté prometida, yo al menos la vi después en la calle hablando con su novio, una conversación tan animada que estaba ya en el límite de la discusión.

Primero dijo que justo entonces había querido escribirte (así empiezan todas las personas con las que hablo de ti), pero que no sabía tu dirección; luego la vio casualmente en el sobre de tu carta (a tu padre), pero luego otra vez no sabía si era la dirección correcta, en definitiva, en esto se hizo un pequeño lío, o por distracción o por cierta conciencia de culpa.

Luego describió un poco a tu padre, de modo parecido a como tú lo haces. Dice que, en lo que a ti se refiere, es mucho más accesible que antes, pero sólo en comparación; dice que siempre tiene miedo de ser demasiado transigente contigo. Y no tiene la menor gana de enviarte dinero más allá de la asignación mensual (pero esa asignación no va a reducirla, eso es seguro), él cree que entonces todo acaba siendo un pozo sin fondo y que eso no aprovecha a nadie. Después de tu carta, Vlasta le había propuesto que te diera la oportunidad de pasar tres meses en un sanatorio para recobrar la salud; a eso respondió, sí, quizás eso no estaría mal (ella trataba de repetirlo con sus palabras para caracterizar su premiosidad, su indecisión o su testarudez a este respecto), pero dice que después él ya no volvió sobre ese asunto y se marchó de

vacaciones.

Lo que no pude fue hacerme una idea de cuál es en realidad su última exigencia. Cuando se lo pregunté de pasada, ella se limitó a repetir esas tres líneas de la carta, y cuando la interrumpí y le pregunté otra vez, añadió que con eso él no pensaba que tú deberías vivir con él. Que al menos para los primeros tiempos no era eso lo que pensaba. Cuando dije que su carta decía más o menos eso, lo admitió y añadió: «Sí, la carta que él firmó como Jesenský», de lo que se deducía, puesto en el contexto general, que con eso —yo no quise creértelo— había querido jugarte, en realidad, una mala pasada.

Cuando me pidió que le describiera tu situación, y que le aconsejara lo que ella debía tratar de alcanzar, dije algo que en el fondo tengo miedo de confesarte.

No, antes tengo que decirte que mi exposición fue sin duda mala en los detalles, pero que en las tendencias, visibles también para Vlasta, fue buena también. Sobre todo no acusé a nadie, a nadie en absoluto. No pongo esto de relieve como si yo tuviera una superioridad moral; cómo iba a poder yo acusar, y con qué derecho, y además también estoy convencido de que incluso uno mucho mejor que yo no encontraría aquí nada que incriminar, así que no es eso lo que quiero decir, sino que lo pongo de relieve sólo como mérito oratorio, porque cuando se habla, sobre todo cuando se habla persiguiendo un fin, ocurre fácilmente que se acusa involuntariamente. Creo que eso no me ha ocurrido, o al menos, si hubo una posibilidad de hacerlo, me corregí inmediatamente. Por lo demás, ella tampoco acusó en ningún sentido, pero es posible que eso se haya debido en parte a la distracción.

Además tal vez conseguí hacerle ver por qué tienes que encontrarte en una situación económica apurada. Desde fuera eso no se comprende sin más. Vlasta hace cuentas y todos hacen cuentas así: el elevado sueldo del marido, las diez mil coronas del padre, tu trabajo, tu vida sin grandes pretensiones y sólo dos personas, ¿por qué va a estar necesitada? Vlasta también dijo en algún momento algo así —o quizás estuviera citando a tu padre, no lo sé muy bien—: «Enviar dinero no sirve de nada. Milena y el dinero...». Pero yo entonces, por decirlo así, la agarré retóricamente por la muñeca. En fin, esa exposición mía fue buena, creo.

También parece que entienden mal tu situación interior, pero entonces no acabo de comprender a la gente. Tu padre y Vlasta creen que estás dispuesta a dejar sin más a tu marido y a trasladarte a Praga, es más, creen que ya estabas dispuesta a hacerlo hace bastante tiempo y que el único impedimento es la enfermedad de tu marido que te retiene a su lado. En esto casi me pareció mejor no inmiscuirme y no «explicar» nada, pero si tu padre cree tal cosa, ¿qué más quiere? ¿No tiene entonces casi todo lo que quiere? Así pues, al final

me preguntó lo que yo aconsejaba. A mí me parecía muy bien «la propuesta del sanatorio», pero puse alguna que otra pega (probablemente por celos, porque se parece a mi propuesta de Merano), puesto que no quieres separarte de tu marido durante su enfermedad. «De modo que, si sólo se toman medidas aisladas, es decir, si no se quiere emprender algo de mayor alcance —dije—, sólo veo posibilidad de ayudar aumentando un poco la subvención, ampliando la pensión o algo similar. Pero si no se quiere dar dinero porque no se está seguro de que se utilice correctamente, aún quedan posibilidades, por ejemplo (pero esta posibilidad es una idea mía totalmente propia, Milena quizás se enfade si conoce esta propuesta, y si se entera de que proviene de mí se enfadará definitivamente conmigo, pero si yo la considero pasablemente buena y usted, señorita Vlasta, me lo pregunta, tendré que decirlo, ¿no?) un abono para un buen almuerzo y una buena cena en el Gallo Blanco de la Josefstädterstrasse.

Luego Vlasta tuvo la buena idea de no decir de momento a tu padre nada de lo que sabe a través de mí (al menos así lo he entendido yo), pero sí de escribirte a ti mañana para que, establecido el contacto contigo, hable entonces con tu padre. Yo di tu dirección de Viena (que ella de pronto —hasta ahora no la conocía— recordaba muy bien), la de St. Gilgen no la sé con exactitud (aunque ayer leí de pasada en la carta de tu marido: Hotel Post), tampoco sé cuánto tiempo te quedarás ahí, y la dirección en lista de correos no quise darla, como es natural.

Mi impresión general fue que hay amplias perspectivas y que aquí se preocupan sinceramente (pero sin tener ideas claras y con cierta lasitud) por ti. En cualquier caso, el dinero es un factor de alguna importancia. Aún estoy viendo su rostro de preocupación (seguramente estaba distraída), con el que, sin base alguna y sin la menor perspectiva de llegar a un resultado aritmético, quería calcular cuánto podría costar, por encima y en números redondos, el abono en el Gallo Blanco. Pero esto es ya casi malicia por mi parte y pura injusticia; si yo hubiera estado en su lugar y me hubiera observado a mí, habría visto sin duda cosas incomparablemente más ignominiosas. Ella es, como ya dije, una chica excelente, amable, servicial, desinteresada (solamente —otra vez mi malicia—, siendo lectora de la Tribuna no debería darse polvos y, siendo ayudante de un profesor, debería tener menos empastes en oro).

Bueno, esto es todo, más o menos; quizás, si preguntas, me acordaría de alguna cosa más.

Esta tarde ha estado aquí una tal señorita Reimann (según mi madre, muy insegura en cuanto a nombres), que deseaba asesoramiento mío en alguna cosa, pero por la descripción quizá fuese Jarmila. Mi madre, guardiana de mi sueño, soltó sin el menor esfuerzo la mentira de que yo, en la cama a menos de cinco pasos de distancia, no estaba en casa.

Buenas noches hasta el ratón, en el rincón junto a la puerta del baño, me recuerda que pronto será medianoche. Espero que no me recordará de esa manera cada hora que pase. ¡Qué vivo está! Durante semanas ha habido silencio.

Sábado

Para no pasar nada por alto: he leído a Vlasta algunos pasajes de tus dos últimas cartas y además le aconsejé que te girasen directamente a ti el dinero del mes.

Y por lo que toca al ratón, durante la noche ya no oí nada, pero cuando por la mañana cogí la ropa del canapé, salió algo pequeño, oscuro, rabilargo y chillón que desapareció en seguida debajo de la cama. Eso habrá sido muy probablemente el ratón, ¿no? ¿Aunque fuera imaginación mía lo del largo rabo y lo del chillido? Como quiera que fuere, debajo de la cama no se encontró nada (en la medida en que se tuvo el valor de buscar).

¿La carta del miércoles es divertida? No sé. Yo ya no creo en las cartas divertidas, casi habría dicho: ya no creo en las cartas, hasta en la más bonita hay algo que no convence.

Que sea amable con Jarmila: eso es evidente. ¿Pero cómo? ¿Voy hoy a verla, ya que la señorita Reimann dijo ayer que quería asesorarse conmigo? Aparte de la pérdida de tiempo y de sueño, tengo miedo de ella. Es uno de los ángeles de la muerte, pero no uno de los superiores que se limitan a imponer la mano sino uno inferior que encima necesita morfina.

[Praga, 5 de septiembre de 1920]

Domingo

Lo que afirmas haber escrito, Milena, ¿es lo esencial aquí, no la confianza? Escribiste una vez al respecto, fue en una de las últimas cartas a Merano, yo ya no pude responder.

Mira, Robinson tuvo que alistarse en el barco, hacer la peligrosa travesía, naufragar y mucho más; yo sólo tendría que perderte a ti y ya sería Robinson. Pero sería más Robinson que él. Él tenía la isla y a Viernes y muchas otras cosas, y finalmente el barco que le recogió y que convirtió casi todo en un sueño; yo no tendría nada, ni siquiera el nombre, también te lo he dado a ti.

Y por eso soy hasta cierto punto independiente de ti, porque la dependencia supera todas las fronteras. Ese «o lo uno o lo otro» es demasiado grande. O eres mía y entonces todo está bien, o te pierdo, entonces no es que todo esté mal sino que nada existe, entonces ya no quedan ni celos, ni dolor, ni temor, nada de nada. Y es sin duda blasfemo edificar así sobre un ser humano,

y por eso allí ronda el miedo por los cimientos, pero no es miedo por ti, sino el miedo de que se tenga la osadía de edificar así. Y por eso, para combatir ese miedo (pero seguramente fue así desde el principio), hay tanto de divino añadido a tu querido rostro terrenal.

Bueno, ahora Sansón ya ha contado su secreto a Dalila y ella puede cortarle los cabellos que de todos modos siempre le ha acariciado, como preparación; pero que lo haga; si ella no tiene un secreto parecido, todo da igual.

Desde hace tres noches duermo muy mal, sin saber por qué; ¿tú estás relativamente bien de salud?

Respuesta rápida, si es respuesta: acaba de llegar el telegrama. Ha llegado tan por sorpresa, y además abierto, para que no tuviera ni tiempo de asustarme. Esa naturalidad con la que de ti llega lo necesario, siempre.

[Praga, 6 de septiembre de 1920]

Lunes

Sin carta.

En cuanto al artículo de Max, depende de si es «sólo» tu idea o la de Laurin. En el último caso sería posible, desde luego, pero no como editorial sino en la sección cultural. Por lo demás intervienen en esto consideraciones relacionadas con la política de partidos que sería aburrido enumerar.

La dirección te la telegrafíé ayer: Hans Janowitz en Karl Maier, Berlín W 15 Lietzenburger (o Lützenburger)strasse n.º 32.

Tu telegrama era muy bueno. Sin él no habría ido a ver a Jarmila; cuando lo recibí fui a su casa. Era ella, pues, la que había estado la víspera en mi casa. A decir verdad tampoco me he enterado por ella de lo que quería: quería enviarte una carta y a mí quería preguntarme si tú podrías resguardarla ahí de tu marido (¿por qué resguardar?), y ahora se lo había pensado otra vez y no quería enviar la carta, pero era posible que en los próximos días quisiera enviarla y entonces me la enviaría o me la traería otra vez...: así de poco claro era todo. Pero lo esencial era que yo (aunque muy contra mi voluntad) era infinitamente aburrido, tan pesado como la tapa de un ataúd, y que ella, Jarmila, respiró aliviada cuando me marché.

Ahora han llegado por fin cartas (del miércoles y el viernes). (También una carta de la Woche, dirigida a Frank K.; ¿cómo saben que me llamo Frank?) Gracias por las direcciones, les escribiré. Estar cerca de ti, sí... Por lo demás me gustaría hacer cosas mejores que reposar, tumbado en un sanatorio, dejar que me inflen de comida y contemplar el eterno reproche del cielo invernal.

Desde hoy ya no estoy solo en la oficina, eso cansa mucho después de haber estado solo tanto tiempo, incluso si a las preguntas..., pero ahora, ¡ay!, ha estado aquí el poeta unas dos horas y se ha marchado llorando. Y probablemente se siente desgraciado por eso, aunque llorar es lo mejor que hay.

Sí, claro, no me escribas si es un «deber», ni siquiera si «quieres» escribir, y ni siquiera si «tienes que» escribir, pero entonces ¿qué es lo que queda? Queda lo que es más que todo eso.

Adjunto algo para la mala sobrina.

Sí, escribiré a Staša.

[Praga, 7 de septiembre de 1920]

Martes

Malentendido —no, es peor que un simple malentendido— del principio al fin, Milena, aunque hayas entendido bien, claro, la superficie; pero qué hay que comprender o que dejar de comprender aquí. Es un malentendido que vuelve una y otra vez, que ya lo hubo una o dos veces en Merano. Yo no te he pedido [...] consejo como pediría por ejemplo consejo al hombre que está sentado en la mesa de enfrente. Yo hablaba conmigo, me pedía consejo a mí mismo, dormía bien, y tú vas y me despiertas.

Fuera de eso no hay nada que decir, el tema de Jarmila ha llegado definitivamente a su fin, como te escribí ayer, quizás recibas aún la carta. La carta que me envías es por cierto de Jarmila. [...]

No sé cómo voy a pedirle lo que tú quieres, si ya apenas volveré a verla ni a escribirle, ¿y escribirle justo eso...?

En el telegrama de ayer también me ha parecido entender que ya no tengo que escribir más a Staša. Espero haberlo entendido bien.

Con Max hablé ayer otra vez sobre la Tribuna. No puede decidirse (por política de partido) a publicar algo en la Tribuna. Pero dime por favor por qué quieres tener algo judío y quizás pueda nombrarte o enviarte muchas otras cosas.

No sé si has entendido bien mi observación acerca del artículo sobre el bolchevismo. Lo que el autor critica en él es para mí el mayor elogio posible en este mundo.

La dirección de Janowitz para el caso de que no hayas recibido la última carta: en casa de Karl Maier, Berlín W 15 Litzenerstrasse 32. Pero ya te la he teleografiado, qué distraído soy.

Ayer tarde estuve con Přibram. Viejos tiempos. Habló de ti bien y con cariño, no como de una «criada», en absoluto. Nosotros, Max y yo, nos portamos por cierto muy mal con él, le invitamos a una velada en común, hablamos con toda inocencia durante dos horas de esto y aquello y después arremetimos de pronto (yo incluso el primero) con el asunto del hermano. Pero él se defendió con brillantez, fue difícil contraatacar, incluso la apelación a cierto antiguo «paciente» no sirvió de mucho. No obstante, el intento aún no ha llegado a su fin.

Si ayer por la tarde (cuando hacia las ocho contemplé desde la calle la sala principal del Ayuntamiento Judío, donde han acomodado a más de cien emigrantes judeo-rusos —esperan allí el visado estadounidense—, la sala está abarrotada como en una asamblea nacional y luego, a las doce y media de la noche, los vi a todos durmiendo allí, uno junto al otro, también dormían tumbados en las sillas, de vez en cuando alguien tosía o se daba la vuelta para el otro lado o pasaba con cuidado entre las filas, la luz eléctrica está encendida toda la noche); si me hubieran dado a elegir lo que yo quería ser, habría querido ser un niño judío del este que está en un rincón de la sala, sin el menor asomo de preocupación, su padre discute en el centro del salón con los hombres, la madre, bien enfundada en su voluminoso ropaje, rebusca entre los pingos del viaje, la hermana charla con las chicas jóvenes y se rasca en su bonito pelo..., y en pocas semanas estarán en América. Aunque tan sencillo no es, ya ha habido casos de disentería, en la calle hay gente que los insulta a través de las ventanas, incluso entre los judíos hay altercados, ya ha habido dos que se han lanzado, navaja en mano, el uno contra el otro. Pero cuando se es pequeño, y se observa y se enjuicia todo a toda velocidad, ¿qué puede pasarle a uno? Y de esos niños había a montones, trepaban a los colchones, gateaban por debajo de las sillas y estaban al acecho del pan que alguien —son un mismo pueblo— untaba con algo: todo es comestible.

[Praga, 10 de septiembre de 1920]

Viernes

Acaba de llegar tu telegrama. Tienes toda la razón, he obrado de un modo desesperantemente estúpido y grosero, pero no fue posible hacerlo de otro modo, porque vivimos entre malentendidos, con nuestras respuestas rebajamos el valor de nuestras preguntas. Tenemos que dejar ahora de escribirnos y dejar el futuro al futuro. Como no debo escribir a Vlasta, sólo puedo telefonar, tendré que esperar a mañana para decírselo.

[Praga, 14 de septiembre de 1920]

Martes

Hoy han llegado dos cartas y la tarjeta postal. Las he abierto vacilante. O eres inconcebiblemente buena o te dominas de modo inconcebible, todo habla a favor de lo primero, algunas cosas también a favor de lo segundo.

Repito: tenías toda la razón. Y si tú —es imposible— me hubieras hecho algo comparable a lo que yo te he hecho por mi desconsideración, obstinación ciega, estúpido infantilismo, narcisismo e incluso indiferencia en la conversación con Vlasta, creo que habría perdido el sentido, no sólo en el momento del telegrama.

He leído sólo dos veces el telegrama, una vez de pasada cuando lo recibí y luego unos días después, cuando lo rompí.

Es difícil describir cómo fue esa primera lectura, vinieron muchas cosas juntas. Lo más claro fue que tú me abofeteaste; empezaba, creo, con «inmediatamente», ésa era la bofetada.

No, hoy no puedo escribir en detalle sobre ello, no porque esté especialmente cansado sino porque estoy «pesado». Me ha rozado el soplo de la nada de la que te escribí una vez.

El asunto sería imposible de comprender si yo creyera haber hecho todo eso con conciencia de culpa; entonces habría sido golpeado con razón. No, ambos tenemos la culpa, y ninguno de los dos.

Quizás, después de superar toda tu justificada resistencia, podrías reconciliarte con la carta de Vlasta que encontrarás en Viena. El día del telegrama por la tarde, fui a buscar a Vlasta a casa de tu padre. Abajo ponía 1 schody, yo siempre lo había interpretado como primer piso, y era justo arriba del todo. Abrió una criada joven y risueña, Vlasta no estaba, era lo que yo esperaba, pero sólo había querido hacer algo, y enterarme también de cuándo va por las mañanas. (Según un letrero en la puerta del piso, tu padre parece ser editor de la Sportovní revue.) Por la mañana la esperé entonces delante de la casa, me gustó más aún que el otro día, inteligente, objetiva, abierta. No he hablado con ella mucho más de lo que te he teleografiado a ti.

Jarmila estuvo hace dos días en mi oficina, llevaba mucho tiempo sin noticias tuyas, no sabía nada de la inundación y venía a preguntar por ti. Todo normal. Se quedó sólo un ratito. Olvidé transmitirle tu ruego a propósito de su carta, le escribí después unas líneas al respecto.

Las cartas no las he leído aún en detalle, te escribiré después otra vez.

Ahora ha llegado también el telegrama. ¿De verdad? ¿De verdad? ¿Y ya no quieres pegarme?

No, contenta no puedes estar, eso es imposible. Es un telegrama del momento, como el anterior, y la verdad no está allí, no está aquí, a veces,

cuando uno se despierta pronto, cree que la verdad está justo al lado de la cama, a saber, una fosa con varias flores marchitas, abierta, dispuesta a acogerme.

No me atrevo apenas a leer las cartas; sólo puedo leerlas a intervalos, no soporto el dolor al leer tus cartas. Milena —y otra vez hago una raya en tus cabellos y los echo a un lado—, ¿soy un animal tan malo, malo conmigo y exactamente igual de malo contigo o no es lo malo, por el contrario, lo que está detrás de mí y me acosa? Pero ni siquiera me atrevo a decir que es malo, sólo cuando te escribo me parece ser así y lo digo.

Fuera de eso es realmente como te lo he escrito. Cuando te escribo, ni antes ni después puedo ni pensar en dormir; cuando no escribo, tengo al menos unas horas de un sueño ligero; cuando no escribo me limito a estar cansado, triste, melancólico; cuando escribo, me destroza la inquietud y el miedo. Y nos pedimos mutuamente compasión, yo a ti que me permitas volver a mi escondrijo, tú a mí... pero que esto sea posible es el más horrible contrasentido.

¿Pero cómo es posible eso?, preguntas. ¿Qué quiero? ¿Qué hago?

Es más o menos así: yo, animal del bosque, no estaba entonces casi nunca en el bosque, yacía en no sé qué sucia madriguera (sucia sólo a causa de mi presencia, naturalmente), y he aquí que te vi fuera, a la luz del sol, lo más maravilloso que viera jamás, lo olvidé todo, me olvidé incluso de mí mismo, me incorporé, me acerqué, con miedo sin duda en esa nueva y sin embargo íntima libertad, pero me acerqué, llegué hasta ti, tú fuiste tan buena que me acurruqué a tu lado, como si me lo hubieras permitido, puse el rostro en tu mano, estaba feliz, orgulloso, liberado, lleno de fuerza, tan en mi casa, una y otra vez eso: tan en mi casa; pero en el fondo seguía siendo el animal, mi sitio era el bosque, vivía a plena luz del día sólo por tu clemencia, sin saberlo (porque ya lo había olvidado todo) leía mi destino en tus ojos. Eso no podía durar. Aunque me acariciaras con esa mano tan indulgente, tenías que reconocer ciertas singularidades que apuntaban al bosque, a mis orígenes y a mi verdadera patria; vinieron las necesarias —y necesariamente repetidas— explicaciones sobre el «miedo», que me martirizaban (y a ti también, pero sin culpa) hasta tocar el nervio, cada vez estaba más convencido de qué peste inmunda, qué molesto impedimento era yo para ti en todos los sentidos; el malentendido con Max tocó de cerca el asunto, en Gmünd ya era manifiesto, luego vinieron los encuentros y los malentendidos con Jarmila, y finalmente mi estúpida, burda e insensible actitud con Vlasta, y hubo de por medio además muchas otras cosas de poca monta. Recordé quién soy, en tus ojos ya no veía quimeras, tuve ese sueño angustioso (el horror cuando, en un sitio donde se es un extraño, uno se conduce como si estuviera en casa); y ese pánico lo tuve en la vida real, tenía que retornar a las tinieblas, no soportaba la

luz del sol, estaba desesperado, realmente como un animal extraviado, empecé a caminar como pude, siempre con este pensamiento: «¡Si pudiera llevármela conmigo!», y con el pensamiento opuesto: «¿Hay tinieblas donde está ella?».

Preguntas cómo vivo: así es como vivo.

(En el margen izquierdo de la segunda página): Pronto podré desvirtuar parcialmente los temores en cuanto a tu padre; en los próximos días.

[Praga, 14 de septiembre de 1920]

Ya había salido la primera carta cuando llegó la tuya. Aparte de todo lo que pueda haber entre todo lo que en ella digas —«miedo», por ejemplo, y cosas parecidas—, y que me repugna, no porque sea repugnante sino porque mi estómago es demasiado delicado, aparte de eso quizás sea más fácil de lo que tú dices. Más o menos así: la imperfección solitaria hay que soportarla, en todos y cada uno de los momentos; la imperfección compartida por dos no hay que soportarla. ¿No tiene uno los ojos para arrancárselos y el corazón para el mismo fin? Y además no es tan grave, es exageración y mentira, todo es exageración, sólo el anhelo es verdad, en ése no cabe exageración. Pero incluso la verdad del anhelo no es tanto su verdad como, antes bien, la expresión de la mentira de todo lo demás. Suena retorcido pero así es.

Tampoco es quizás propiamente amor cuando digo que tú eres lo que más quiero; amor es que tú seas para mí el cuchillo con el que escarbo en mi interior.

Por lo demás, tú misma lo dices: nemáte síly milovat, ¿no va a ser esto distinción suficiente entre «animal» y «hombre»?

[Praga, 15 de septiembre de 1920]

Miércoles

No hay ley que me prohíba escribirte y darte las gracias por esa carta en la que quizás esté lo más hermoso que hayas podido escribirme, ese «sé que tú me...».

Pero por lo demás, desde hace ya tiempo estás de acuerdo conmigo en que no debemos seguir escribiéndonos; que haya sido yo quien lo haya dicho es mera casualidad, tú habrías podido decirlo exactamente igual. Y como estamos de acuerdo, no es preciso explicar por qué es bueno que no escribamos.

Lo malo es sólo que entonces yo (desde ahora ya no debes preguntar en correos) no tendré ninguna, casi ninguna posibilidad de escribirte, o sí, la de enviarte una tarjeta sin texto que signifique que en correos hay una carta para

ti. Tú debes escribirme siempre que sea necesario, pero eso es una obviedad.

No mencionas ninguna carta de Vlasta. Pero ella, en nombre de tu padre, te ha propuesto ir unos meses al sanatorio que tu elijas (pero que esté en Checoslovaquia). Como no has encontrado clases (lo que no me extraña, el interés por el checo probablemente es menor este año), quizás podrías aceptar la propuesta. Esto no es un consejo, es sólo que me alegra la idea.

Lo he hecho muy mal con Vlasta, no cabe duda alguna, pero sin embargo no tan mal como te pareció en aquel primer sobresalto. En primer lugar yo no llegué mendigando nada y menos aún de parte tuya. Llegué como un extraño que te conoce bien, que ha visto un poco el estado de cosas en Viena y que además acababa de recibir dos cartas tuyas sombrías. Fui a ver a Vlasta en tu propio interés, sin duda, pero en la misma medida, al menos, en el de tu padre. La idea básica de mi exposición, no expresada con toda nitidez pero siempre clara, fue ésta: tu padre no obtendrá ahora la victoria de ver que Milena vuelve por propia voluntad, humilde y convencida; en eso no hay ni que pensar, pero sí será muy posible, como puedo asegurar, que dentro de tres meses se la devuelvan a casa gravemente enferma. Y eso seguramente no sería ni victoria ni nada deseable, ¿no?

Eso era lo primero; lo segundo concernía al dinero. Yo lo expuse tal como a mí me parecía; frente a aquellas dos cartas que me quitaron toda posibilidad de reflexión, me parecía que cualquier miramiento que me hiciera falsear mi relato ante Vlasta te arrastraría allí, en Viena, un poco más hacia el fondo. (Exactamente así no era, aquí habla ya el abogado defensor judío con su labia inagotable, pero, en fin, algo de eso había.) Así que dije más o menos: «El sueldo lo gasta el marido casi entero para él solo. A eso no hay nada que objetar, Milena así lo quería, ella lo ama así y no quiere que las cosas sean de otra manera, en parte son incluso obra suya. En cualquier caso, salvo del almuerzo del marido, tiene que hacerse cargo de todo lo demás, en parte incluso del propio marido, a quien, con la enorme carestía de Viena, no le llega el sueldo ni para vivir él. Ahora bien, ella podría llevar todo eso a cabo y sería feliz haciéndolo, pero la capacidad para ello no la ha tenido hasta este último año; en su casa había estado muy consentida, llegó sin experiencia, sin verdadero conocimiento de sus fuerzas y capacidades. Dos años, un tiempo no tan largo, ha necesitado para acomodarse a su nueva situación y gobernar plenamente ella sola la casa. Ha dado clases, ha enseñado en colegios, ha traducido, ha escrito ella misma. Pero eso ha sido, como he dicho, en este último año, los dos años anteriores hubo de hacer deudas; pero esas deudas, que también cuestan dinero, son imposibles de liquidar por completo con ese trabajo, agobian, atormentan, imposibilitan volver a la normalidad, obligan a vender lo que se tiene, obligan a trabajar en exceso (no silenció que has transportado maderas y maletas, tampoco el pianino), obligan a caer enfermo.

De modo que así están las cosas».

No me despidió. No es una despedida, a no ser que la fuerza de la gravedad, al acecho, tire de mí con fuerza hacia abajo. Pero cómo iba a poder hacerlo estando tú viva.

[Praga, 18 de septiembre de 1920]

Milena, tú no puedes comprender bien de qué se trata o, en parte, de qué se ha tratado, yo mismo no lo entiendo, tiemblo bajo este estallido, me atormento hasta el borde de la locura, pero no sé ni lo que es ni lo que quiere a lo lejos; sólo sé lo que quiere de inmediato: silencio, tinieblas, esconderse en un rincón, eso lo sé y tengo que hacerlo, imposible negarse.

Es un arrebato y se pasa, y en parte ya ha pasado, pero las fuerzas que lo provocan tiemblan constantemente en mí, antes y después, es más, mi vida, mi existencia consiste en esa amenaza soterrada; si ésta cesa, ceso yo también, es la forma de mi participación en la vida, si cesa, renuncio a la vida, de modo tan fácil y natural como uno cierra los ojos. ¿No ha estado siempre conmigo desde que nos conocemos, y me habrías echado ni una ligera mirada si no hubiera estado?

Naturalmente, ahora no es posible darle la vuelta y decir: ahora ya todo ha pasado y yo estoy tranquilo y feliz y agradecido en esta nueva vida en común. No se debe decir, aunque casi es verdad (completamente verdad la gratitud [...], sólo en cierto sentido verdad la felicidad y nunca verdad la tranquilidad) porque siempre causaré miedo, a mí al que más.

Mencionas mis compromisos matrimoniales y cosas parecidas; fue muy fácil, seguro, el dolor no fue sencillo, pero sí sus secuelas. Era como si hubiera llevado una vida licenciosa y de pronto me hubieran apresado en castigo por toda mi depravación y me metieran la cabeza en un torno, un tornillo en la sien derecha, otro en la izquierda y, mientras me van apretando los tornillos, tuviera que decir: «Sí, continúo con mi vida licenciosa», o «No, la dejo». Claro, vociferaría el «no» hasta reventárseme los pulmones.

También tienes razón cuando pones lo que he hecho ahora a la misma altura que las cosas de antes; en efecto, yo sólo puedo ser siempre el mismo y vivir lo mismo. Distinto es sólo que ya tengo experiencia, que para gritar no espero a que me pongan los tornillos que han de obligarme a confesar, sino que ya empiezo a gritar cuando se mueve algo a lo lejos, tan hipervigilante se ha vuelto mi conciencia: no, no vigila demasiado; ni con mucho vigila aún lo suficiente. Pero hay también otra cosa distinta: a ti se te puede decir la verdad como a nadie, la verdad sobre ti o sobre uno mismo, es más, se puede saber directamente de ti la propia verdad.

Pero no tienes razón, Milena, cuando hablas con amargura de que te he insistido mucho en que no me abandones. En eso no era entonces distinto de hoy. Yo vivía de tu mirada (lo que equivale a un endiosamiento especial de tu persona; en tal mirada cualquiera puede ser divino), no tenía realmente un suelo bajo mis pies; temía eso muchísimo, sin saberlo con claridad, no sabía en absoluto a qué altura planeaba sobre mi tierra. Eso no era bueno, ni para ti ni para mí. Una palabra de verdad, una palabra de inevitable verdad bastaba y arrastraba ya un poco más abajo, y una palabra otra vez y un poco más abajo otra vez, y al final ya no hay quien lo detenga y uno se precipita hacia abajo y se tiene la sensación de que aún es muy despacio. Con intención, no cito ejemplos de esas «palabras-de-verdad», eso sólo complicaría y nunca sería completamente exacto.

Milena, por favor, encuentra otra posibilidad de que yo te escriba. Enviar tarjetas engañosas es demasiado estúpido; tampoco sé siempre qué libros enviarte; finalmente, la idea de que vayas un día inútilmente a correos es insoportable, encuentra por favor otra posibilidad.

[Praga, 20 de septiembre de 1920]

Lunes tarde

Así pues, el miércoles irás a correos y no habrá allí ninguna carta..., sí, la del sábado. En la oficina no he podido escribir porque quería trabajar, y trabajar me resultaba imposible porque pensaba en nosotros. Por la tarde no pude levantarme de la cama, porque no tenía mucho sueño sino que me sentía muy «pesado», siempre esa palabra, es la única que va conmigo, ¿lo entiendes tú? Es como la «pesantez» de un barco que ha perdido el timón y que dice a las olas: «Para mí soy muy pesado, para vosotras, muy ligero». Pero tampoco es eso exactamente, las comparaciones no pueden expresarlo.

Pero en el fondo no he escrito porque tengo la vaga sensación de que tendría que escribirte tantas cosas y de tan extremada importancia que ningún tiempo libre, por mucho que fuera, sería lo bastante libre para que yo reuniera todas las fuerzas necesarias. Así es también.

Y como no puedo decir nada de la actualidad, cuánto menos sobre el futuro. Ahora me he levantado literalmente de mi lecho de enfermo («lecho de enfermo» visto desde fuera), aún me sirve de apoyo, y lo que más me gustaría es volver a meterme en él. Aunque sé lo que significa esa cama.

Lo que escribiste, Milena, sobre la gente, nemáte sily milovat, era cierto, aunque a ti, al escribirlo, no te lo parecía. Quizás sólo consista su capacidad de amar en poder ser amado. Y también en eso hay para esas personas una diferencia de matiz. Si uno de ellos dice a la amada: «Creo que me amas», eso

es algo muy distinto y muy inferior a esta otra afirmación posible: «Soy amado por ti». Pero éstos no son dos enamorados, son gramáticos.

«Imperfección compartida por dos» fue un malentendido en tu carta. Con ello no quise decir más que esto: yo vivo en mi impureza, eso es asunto mío. Pero querer mezclarte a ti también en ello, eso es otra cosa, no sólo como desconsideración hacia ti, eso es lo menos importante, no creo que una falta de consideración hacia otro, en la medida en que sólo concierne al otro, pudiera quitarme el sueño. Así que no es eso. Lo horrible es, por el contrario, que, a tu lado, soy mucho más consciente de mi suciedad y —sobre todo— que así la salvación se vuelve mucho más difícil para mí, no, mucho más imposible (imposible lo es de todos modos, pero aquí lo imposible se intensifica). Eso me hace sudar de angustia; no se trata en absoluto de que tú, Milena, tengas culpa alguna.

Pero sí fue un error, y lo he lamentado mucho, que en la última carta hiciera comparaciones con cosas de antes. Eso lo tachamos en común.

¿Así que de verdad no estás enferma?

[Praga, septiembre de 1920]

Seguro, Milena, tú tienes aquí en Praga un patrimonio, nadie te lo discute, a excepción de la noche, que lucha por él, pero la noche lucha por todo. ¡Pero qué patrimonio es ése! No lo reduzco, es algo, es incluso tan grande que podría eclipsar a una luna llena, arriba, en tu habitación. ¿Y no vas a tener miedo de tanta oscuridad? Oscuridad sin el calor de la oscuridad.

Para que veas algo de mis «ocupaciones», te adjunto un dibujo. Son cuatro postes, por los dos de en medio se introducen cuatro barras a las que se sujetan las manos del «delincuente»; por las dos exteriores se meten barras para los pies. Cuando el hombre está así bien sujeto, las barras se van separando lentamente hasta que el hombre se desgarrar por en medio. El inventor está apoyado en la columna y, con las piernas y los brazos cruzados, se da gran importancia como si todo eso fuera un invento original suyo, cuando en realidad lo ha copiado del carnicero, que expone así delante de su tienda el cerdo destripado.

Te pregunto si no tendrás miedo porque el hombre del que hablas en tus cartas no existe ni ha existido, el de Viena no ha existido, el de Gmünd tampoco, pero tal vez sí ese último, maldito sea. Saber esto es importante porque, si volviéramos a encontrarnos, aparecerá de nuevo el de Viena o hasta el de Gmünd, con toda inocencia, como si nada hubiera ocurrido, mientras que el verdadero, desconocido para todos y para sí mismo, menos existente aún que los otros, pero en sus muestras de poder más real que todos (¿por qué no

sube por fin a la superficie y se deja ver?), lanzará amenazas desde abajo y otra vez lo destruirá todo.

[Praga, septiembre de 1920]

Sí, Mizzi Kuh ha estado aquí y todo ha sido bastante agradable. Pero yo, en lo posible, ya no escribiré nada más sobre otras personas, su intromisión en nuestra correspondencia ha tenido la culpa de todo. Pero no será ése el motivo por el que no escribiré ya sobre ellos (no han tenido la culpa de nada, sólo han abierto un pasillo a la verdad y a sus consecuencias), no quiero castigarlos así, caso de que ellos pudieran ver eso como un castigo, sino que, a mi modo de ver, no encajan bien aquí. Esto es oscuro, una vivienda oscura, a la que sólo se amoldan los nativos, y éstos con dificultad.

¿Que si sabía que todo pasaría? Sabía que no pasaría.

De niño, cuando había hecho algo muy malo, no malo ni muy malo en un sentido general, pero algo muy malo en mi sentido particular (si no era malo para todo el mundo, no era mérito mío, se debía sólo a que el mundo estaba ciego o dormido), yo quedaba muy sorprendido de que todo siguiera funcionando como siempre; las personas mayores, un poco malhumoradas pero en todo lo demás las mismas de siempre, se movían a mi alrededor, y su boca, que, silenciosa y por supuesto cerrada, yo siempre había admirado desde abajo, también seguía cerrada. De todo eso deduje, después de haberlo observado algún tiempo, que yo, por lo visto, no había hecho nada malo, en ningún sentido, que era una equivocación infantil haber tenido miedo de eso y que por tanto podía volver a empezar donde, con el primer sobresalto, me había quedado.

Más tarde cambió poco a poco esa idea acerca del mundo que me rodeaba. En primer lugar empecé a creer que los otros lo observaban todo muy bien, sí, que también expresaban su opinión con sobrada claridad y que sólo yo, hasta ese momento, no había tenido la perspicacia suficiente, aunque a partir de entonces la adquirí con gran rapidez. Pero en segundo lugar, la imperturbabilidad de los otros, aunque fuera cierta, me seguía pareciendo asombrosa aunque no una prueba que hablara a mi favor. Bueno, de modo que ellos no notaban nada, a su mundo no llegaba nada de mi verdadera existencia, para ellos yo era una persona irreprochable, el camino de mi existencia, mi camino, pasaba, pues, por fuera de su mundo; si esa existencia era un río, entonces un importante brazo pasaba fuera de su mundo.

No, Milena, te ruego encarecidamente que encuentres otra posibilidad de escribir. No debes ir en vano a correos, ni siquiera tu pequeño cartero — ¿dónde está?— debe hacerlo, ni siquiera la señorita de correos debe contestar a preguntas superfluas. Si no encuentras otra posibilidad, entonces habrá que

aceptarlo, pero al menos esfuérgate por encontrar una.

Ayer soñé contigo. No recuerdo apenas lo que ocurría en detalle, sólo sé que constantemente nos transformábamos el uno en el otro, yo era tú, tú eras yo. Finalmente tú empezaste a arder, yo recordé que se sofoca el fuego con paños, cogí una falda vieja y te sacudí con ella. Pero de nuevo empezaron las transformaciones, hasta tal punto que tú ya no estabas allí sino que yo era el que ardía y era a la vez el que te golpeaba con la falda. Pero los golpes no servían de nada y sólo se confirmaba mi viejo temor de que esas cosas no tuvieran el menor efecto contra el fuego. Entretanto habían llegado los bomberos y de alguna manera pudieron salvarte. Pero eras distinta de la de antes, espectral, dibujada con [...] tiza en la oscuridad, y, sin vida o tal vez sólo desmayada por la alegría de haberte salvado, caíste en mis brazos. Pero también ahí actuaba la inseguridad de la transformación, quizás era yo quien caía en los brazos de alguien.

Acaba de estar aquí Paul Adler, ¿lo conoces? ¡Si acabaran de una vez las visitas! La gente vive a perpetuidad, es realmente inmortal, no en la dirección de la inmortalidad real, pero hasta lo profundo de su vida actual. Tengo mucho miedo de ellos. Quisiera leerles los deseos en los ojos, de miedo o por agradecimiento besarles los pies si quisieran marcharse sin pedirme que les devuelva la visita. Solo, aún puedo vivir, pero si llega una visita, me mata literalmente, para hacerme revivir después con su fuerza, pero tanta fuerza no tiene. El lunes tengo que ir a verle, me zumba la cabeza sólo de pensarlo.

[Praga, septiembre de 1920]

¿Por qué hablas, Milena, de un futuro común que no habrá nunca? ¿O hablas de ello precisamente por eso? Ya cuando una vez, en Viena, hablamos brevemente de eso, tuve la sensación de que buscábamos a alguien a quien conocíamos muy bien y echábamos mucho de menos y a quien por eso llamábamos con los más hermosos apelativos, pero no llegó respuesta; cómo iba a responder si no estaba allí, ni allí ni en el más amplio entorno.

Hay pocas cosas seguras, pero ésta es una de ellas: que nunca viviremos juntos, en domicilio común, cuerpo con cuerpo y mesa común, nunca, ni siquiera en la misma ciudad. Casi habría dicho ahora que eso me parece tan seguro como la seguridad de que mañana por la mañana no me levantaré (¡He de levantarme yo solo! Me veo entonces debajo de mí como bajo una pesada cruz, aplastado boca abajo, he de esforzarme mucho antes de que por lo menos pueda ponerme en cuclillas y el cadáver que llevo encima se eleve un poco) y no iré a la oficina. Eso también es cierto, seguramente no me levantaré, pero si el levantarse sólo sobrepasa un poco las fuerzas humanas, aún lo consigo; me levanto justo ese poco que sobrepasa las fuerzas humanas.

Pero no tomes demasiado al pie de la letra lo de levantarme, tan grave no es; en cualquier caso levantarme mañana es más seguro que la lejanísima posibilidad de nuestra vida en común. Por lo demás, Milena, seguro que tú opinas lo mismo cuando te examinas a ti y a mí y al «mar» que hay entre «Viena» y «Praga», con sus olas altísimas e insalvables.

Y en cuanto a la suciedad, ¿por qué no voy a exponer una y otra vez ese mi único patrimonio (el único patrimonio de todos los seres humanos, aunque no lo sé con exactitud)? ¿Por modestia quizás? Ésa sería en efecto la única objeción justificada.

¿Tienes miedo cuando piensas en la muerte? Yo sólo tengo un miedo espantoso a los dolores. Eso es una mala señal. Querer la muerte pero no los dolores es una mala señal. Si no, uno puede atreverse con la muerte. Uno ha sido enviado cual paloma bíblica, no ha encontrado nada verde y se mete de nuevo en el arca oscura.

He recibido los prospectos de los dos sanatorios, sorpresas no podía haber en ellos, todo lo más en cuanto a los precios y a las distancias de Viena. En eso, los dos sanatorios son casi iguales. Desmedidamente caros, más de cuatrocientas coronas diarias, probablemente quinientas coronas, y, además, el precio puede variar sin previo aviso. Desde Viena unas tres horas de viaje en tren y media hora en autobús, o sea, muy lejos también, más o menos como Gmünd, aunque en tren correo. Grimmenstein parece ser un poquito más barato y por eso se lo podría elegir en caso de necesidad, pero sólo en caso de necesidad.

Ya ves, Milena, que constantemente no pienso sino en mí, o, mejor dicho, en la estrecha base común a los dos, decisiva, según mi sentimiento y mi voluntad, para ambos, y que descuido todo lo demás, ni siquiera te he dado las gracias por Kmen y Tribuna, aunque, como siempre, lo has hecho muy bien. Te enviaré mi ejemplar, que tengo aquí en un cajón de mi escritorio, pero a lo mejor quieres que haga un par de comentarios, entonces he de leerlo otra vez y eso no es fácil. Cuánto me gusta leer tus traducciones de textos extranjeros. ¿Era traducción del ruso la conversación con Tolstoi? [...]

El suplemento. Para que alguna vez recibas de mí algo divertido: Je, ona neví, co je biják? Kindásek.

[Praga, septiembre de 1920]

¿Así que has tenido gripe? Bueno, yo al menos no puedo echarme en cara que haya pasado aquí una temporada muy alegre. (A veces no comprendo cómo los hombres han encontrado el concepto de «alegría», probablemente sólo lo han elaborado como antítesis de la tristeza.)

Estaba convencido de que ya no me escribirías, pero eso ni me sorprendió ni me puso triste. No estaba triste porque me parecía necesario, por encima de toda la tristeza, y porque probablemente en el mundo entero no hay pesos suficientes para alzar mi pobre y pequeño peso, y no me causó sorpresa porque en realidad nunca me la habría causado antes si hubieras dicho: «Hasta ahora he sido amable contigo, pero ahora dejo de serlo y me voy». Hay sólo cosas sorprendentes, pero ésta habría sido una de las menos sorprendentes; cuánto más sorprendente es, por ejemplo, que uno se levante cada mañana. Sin embargo, ésta no es una sorpresa que confiera optimismo sino una curiosidad que, en determinados casos, produce náuseas.

¿Que si mereces una palabra amable, Milena? Es evidente que soy yo quien no merezco decírtela, si no, claro que podría.

¿Que nos veremos antes de lo que yo creo? (Ahora escribo «ver», tú escribes «vivir juntos».) Yo creo, sin embargo (y lo veo confirmado por doquier, por doquier, en cosas que no tienen relación con ello, todas las cosas hablan de ello), que nunca viviremos juntos ni podremos vivir juntos, y «antes» que «nunca» es sólo, otra vez, nunca.

Grimmenstein es mejor, de todos modos. La diferencia de precio son unas cincuenta coronas diarias; además al otro sanatorio hay que llevar todo lo necesario para la cura de reposo (pieles para los pies, almohadón para la cabeza, mantas, etc., yo no tengo nada de eso), en Grimmenstein se lo prestan a uno, en el «Wiener Wald» hay que depositar una fianza elevada, en Grimmenstein no, además Grimmenstein está a una altura un poco mayor, etcétera. Por lo demás, aún no me pongo en camino. Es cierto que durante una semana he estado bastante mal (un poco de fiebre y tal dificultad para respirar que tenía miedo a levantarme de la mesa, mucha tos también), pero eso parece haber sido sólo la consecuencia de un largo paseo en el que hablé un poco, ahora estoy mucho mejor, de forma que el sanatorio ha pasado otra vez a segundo plano.

Ahora tengo delante los prospectos: en el Wiener Wald se tiene una habitación orientada al sur, con balcón, a partir de trescientas ochenta coronas; en Grimmenstein, la habitación más cara cuesta trescientas sesenta coronas. La diferencia es demasiado grande, siendo ambos tan repugnantemente caros. La posibilidad de que pongan inyecciones también hay que pagarla, luego hay que pagar además cada una de las inyecciones. Me gustaría ir al campo, mejor aún, quedarme en Praga y aprender un oficio, adonde menos me gusta ir es a un sanatorio. ¿Qué voy a hacer allí? Verme aprisionado entre las rodillas del médico jefe y tragar entre náuseas los pelotones de carne que él me embute en la boca y me empuja por la garganta con los dedos que huelen a fenol.

Bueno, ahora he estado también con el director, me pidió que fuera a verle:

Ottla habló con él la semana pasada, contra mi voluntad; contra mi voluntad me ha examinado el médico de la empresa, contra mi voluntad me darán un permiso.

Kupec no tiene errores. Por lo visto tú supones que hay errores porque no puedes imaginarte que el texto alemán sea de verdad tan rematadamente malo como lo tienes delante de ti. Pero es exactamente tan malo como lo tienes delante de ti.

Sólo para que veas que lo he leído con la intención de descubrir los errores: en lugar de bolí uvnitř v čele a v spáncích- uvnitř na... o algo parecido, está pensado en el sentido de que, del mismo modo que las garras pueden operar por fuera en la frente, eso también puede suceder desde dentro; potírajíce se; ¿significa entreverarse? ¿Cruzarse unos con otros? Poco después en lugar de volné místo quizás sería mejor náměsti -pronás-sledejte jen, no sé si «solamente» aquí es jen, ese «solamente» es un «solamente» de los judíos de Praga, equivale a una exhortación, algo así como «podéis hacerlo sin más», las palabras finales no hay que traducirlas literalmente. Tú separas a la criada y al hombre, mientras que en el texto alemán se confunden. Bubácké dopisy: tienes razón. Pero son fantasmas reales, no sólo van envueltos en sábanas.

[Praga, septiembre de 1920]

Llevo dos horas tumbado en el canapé y casi no he pensado en otra cosa que en ti. Olvidas, Milena, que estamos uno junto al otro y miramos en el suelo a ese ser que soy yo; pero yo, el que mira, carezco de ser.

Por lo demás, el otoño juega también conmigo, a veces siento un calor sospechoso, a veces un frío sospechoso, pero no compruebo nada, no será tan grave. Pero ya he pensado, en efecto, en viajar pasando por Viena, aunque sólo porque el pulmón está peor que en el verano —eso es muy natural— y hablar en la calle me resulta dificultoso y tiene también consecuencias desagradables. Si he de salir de esta habitación, entonces quiero arrojarme lo antes posible en la tumbona de Grimmenstein. Por lo demás, a lo mejor me vienen bien el viaje y el aire de Viena, que me pareció el aire mismo de la vida.

«Wiener Wald» puede que esté más cerca, pero la distancia no es seguramente muy distinta. El sanatorio no está en Leobersdorf sino más lejos, y de la estación al sanatorio hay media hora de viaje en coche. Así que yo habría podido viajar con facilidad de ese sanatorio a Baden —es contra el reglamento, seguro—; también puedo viajar con la misma facilidad, digamos, de Grimmenstein a Wiener Neustadt, eso no será una gran diferencia ni para ti ni para mí.

¿Cómo es posible, Milena, que yo no te cause todavía miedo o aversión o

algo parecido? ¡A qué profundidades llegan tu seriedad y tu fuerza!

Estoy leyendo un libro chino, *bubácká kniha*, por eso me acuerdo, sólo trata de la muerte. Hay uno que yace en el lecho de muerte y, con la independencia que da la proximidad de la muerte, dice: «He pasado mi vida luchando contra las ganas de darle fin». Luego un discípulo se burla de un maestro que sólo habla de la muerte: «Constantemente hablas de la muerte pero no te mueres». «Y sin embargo moriré. Estoy diciendo justamente mi canto final. El canto de uno es más largo, el de otro es más corto. Pero la diferencia sólo puede consistir siempre en unas pocas palabras».

Eso es cierto, y es injusto reírse del héroe que yace en el escenario con la herida mortal y canta un aria. Nosotros yacemos y cantamos durante años.

También he leído *Spiegelmensch*. ¡Qué profusión de vida y de energía! Sólo hay un pasaje un poco lánguido, pero, a cambio de eso, por todas partes hay exuberancia, y hasta la enfermedad es exuberante. Lo he leído ávidamente, del principio al fin, en una tarde.

¿Qué es lo que ahora te hace sufrir «allí»? Antes siempre pensaba que era impotente frente a ello, pero es ahora cuando lo soy. Además, estás enferma con mucha frecuencia.

[Praga, 22 de octubre de 1920]

Milena, he recibido esta carta destinada a Vlasta. Una confusión, quizás, un pequeño contratiempo, con el fin, evidentemente, de no dejar pasar ninguna posibilidad y yo te importune también de esta manera. En un primer momento quise darle en seguida la carta a Vlasta, pero eso habría sido una estupidez mayúscula porque de ese modo se habría dado cuenta, de ser así, de que ella tenía mi carta. En cualquier caso ha sido muy sensato que yo no lo haya hecho, o ni siquiera tan sensato, porque al principio sólo me impidió hacerlo lo molesto del asunto. Bueno, la cosa no es tan grave y sólo una pequeña partida en la lista de mis deudas.

Hoy, viernes, he recibido la carta adjunta de Illový; en sí es de muy poca importancia, pero en cierto sentido una pequeña intromisión en nuestros asuntos, y por eso lo habría impedido si me hubiera enterado antes (Illový, una persona exageradamente modesta, llamada —i ten malý Illový ponía hace poco en Červen cuando se hizo un recuento de los judíos del partido de derechas—, fue compañero mío durante varios cursos del instituto, hace muchos años que no he hablado con él y ésta es la primera carta suya que recibo en toda mi vida).

Ahora ya es casi seguro que haré el viaje. La tos y los ahogos me fuerzan a ello. También pasaré por Viena, seguro, y nos veremos.

[Praga, 27 de octubre de 1920]

Con el horario me has dado una alegría. Lo estudio como si fuera un mapa. Al menos una seguridad. Pero no llegaré, seguro, hasta dentro de quince días, probablemente después. En la oficina aún hay cosas que me lo impiden; el sanatorio, que antes me escribía muy complaciente, ahora ha enmudecido ante una pregunta vegetariana; además emprendo el viaje literalmente como todo un pueblo que se pone en marcha, siempre falta aquí o allá un poco de energía, hay que animar aún a éste y a aquél, al final todos esperan y no pueden ponerse en marcha porque llora un niño. También casi me da miedo el viaje; quién, por ejemplo, podrá soportarme en un hotel si, como ayer (estaba ya en la cama, lo que no había ocurrido desde hacía años, a las nueve y cuarto), toso sin interrupción desde las nueve y cuarto hasta eso de las once. En un coche cama, como viajé el año pasado sin dificultad, ya no me atrevería a viajar.

¿Leo correctamente? ¿Litty? No conozco ese nombre.

No es del todo así, Milena. Conoces desde Merano al que ahora te escribe. Luego estuvimos unidos, ya no era cuestión en absoluto de conocerse, y después nos separaron otra vez.

Sobre esto quisiera decir algo más, pero no logra atravesar el nudo que tengo en la garganta.

Ale snad máš pravdu, snad to jiní, přeloží lépe, sólo repito aquí esta frase para que no se pierda sin más.

La carta de Illový la recibí por cierto el lunes, y el domingo apareció, curiosamente, Ante la ley.

No tengo la culpa, al menos no mucha culpa, de que el anuncio no estuviera el domingo en el periódico. Hoy es miércoles, ayer hizo una semana que entregué el anuncio en la agencia (aunque la carta la había recibido la víspera) si la agencia hubiera enviado en seguida el anuncio, como me prometieron, habría estado el jueves en Viena y el domingo en el periódico. El lunes me sentía casi desdichado cuando no lo encontré. Ayer me enseñaron la tarjeta de la prensa, donde decía que había llegado tarde. Como debe aparecer en domingo, pero para este domingo sería probablemente tarde otra vez, no aparecerá hasta el otro domingo.

[Praga, 8 de noviembre de 1920]

Sí, ha habido un pequeño retraso debido, al parecer, a que se ha perdido una carta tuya.

Así que ayer salió por fin el anuncio. Tú querías, por lo visto, que «Checo»

estuviera solo arriba, en el centro; eso lamentablemente no se consigue, ellos prefieren hacer una pausa absurda entre «activa» y «profesora». Por cierto, he sido injusto con la agencia, vengo ahora de allí y tengo que contártelo; es difícil conocer a la gente.

A las mujeres de allí yo les reprochaba lo siguiente:

1) Que aunque ya he entregado allí una buena cantidad de anuncios, siempre exigen un anticipo que sobrepasa evidentemente, y con mucho, el precio auténtico que supuestamente no conocen aún y que no hay manera de obligarlas a calcularlo exactamente.

2) Que por su culpa este anuncio ha aparecido con retraso.

3) Que no me han dado un resguardo del último pago, es decir, precisamente del pago relativo a un anuncio continuamente demorado y ya casi olvidado.

4) Que hace dos semanas ni siquiera me escucharon cuando exigí que el anuncio apareciera al menos, por fin, el 8 de noviembre y en negrita (por otra parte, la tienda estaba llena de gente).

Por tanto he ido hoy allí, convencido de que el anuncio no había aparecido, de que además tendría que explicar detalladamente un pago del que no tengo recibo, sin que me lo crean, y que finalmente tendría que ir a otra agencia donde me estafarían más aún.

En lugar de eso: el anuncio ha salido, correcto, casi como yo lo quería, y cuando encargué más anuncios, dice la chica que por lo pronto no tengo que pagar nada, que ya haremos cuentas cuando se haya publicado. ¿No es una historia preciosa? Uno decide seguir viviendo un poco, al menos toda la tarde hasta que haya olvidado el asunto.

[Praga, mediados de noviembre de 1920]

Milena, perdona, últimamente quizás te haya escrito con excesiva concisión, irritado por esa reserva anticipada de habitación (cosa que no ha ocurrido, como acaba de comprobarse). Yo quiero ir a Grimmenstein, sí, pero aún hay pequeñas demoras que una persona medianamente vigorosa (por otra parte, ésa no iría a Grimmenstein) habría eliminado hace tiempo, pero yo, precisamente, no. Acabo también de saber que, contra lo que afirmaba el sanatorio, tengo que poseer un permiso de residencia del gobierno del país, que probablemente me darán, pero no, desde luego, mientras no haya enviado la solicitud.

Paso ahora las tardes enteras en las calles, inmerso en el odio a los judíos. Prašivé plemeno he oído una vez llamar a los judíos. ¿No es lo natural

marcharse de donde lo odian tanto a uno? Para ello no hace falta ser sionista ni nacionalista. La heroicidad que consiste en quedarse pese a todo es la de las cucarachas, que no hay forma de eliminar del cuarto de baño.

Acabo de mirar por la ventana: policías a caballo, gendarmes preparados al ataque con bayoneta, muchedumbre vociferante que se dispersa, y aquí arriba, en la ventana, la repugnante vergüenza de vivir constantemente bajo protección.

Esto ya lleva un rato escrito, pero no he llegado a enviarlo, tan encerrado estaba en mí mismo; además, aún conozco sólo una razón de que no escribas.

Ya he enviado la solicitud al gobierno; cuando llegue el permiso, el resto (reserva de habitación y pasaporte) irá deprisa y entonces me pondré en camino. Mi hermana quiere ir conmigo a Viena, tal vez lo haga, quiere quedarse uno o dos días en Viena para anticiparse con un pequeño viaje a la llegada de su hijo, ya está en el cuarto mes.

Ehrenstein, bueno, a juzgar por lo que te ha escrito, es más perspicaz de lo que yo pensaba. Tras lo cual me gustaría rectificar la opinión que tenía de él, pero como ya no puedo verlo, no es posible. Yo me sentí muy a gusto con él —aunque no fue mucho más de un cuarto de hora—, nada extraño en absoluto; por otra parte, no era una patria superior, era ese bienestar y ese no ser un extraño que sentía en la escuela con mi compañero de pupitre. Yo era amable con él, él era imprescindible para mí, éramos dos aliados frente a los horrores de la escuela, yo disimulaba con él menos que con nadie: pero qué mísera alianza era aquélla, en el fondo. Yo no sentía que él transmitiera fuerza, energía, lo mismo que me ha pasado con Ehrenstein. Es una persona muy bien intencionada y habla bien y se esfuerza mucho, pero si en cada esquina de la calle hubiera alguien que hablara así, no adelantarían el día del Juicio pero harían insoportables los días actuales. ¿Conoces Tanja, el diálogo entre el pope y Tanja? Es, aunque sin la menor intención, un modelo de esa ayuda tan poco eficiente. Tanja muere, eso salta a la vista, de resultas de esa pesadilla de consuelo.

En sí Ehrenstein es sin duda muy sólido; lo que leyó ayer fue bellissimo (salvo, otra vez, ciertos pasajes del libro sobre Kraus). Y, como ya he dicho, no le falta perspicacia. Por cierto, Ehrenstein se ha puesto casi gordo, en cualquier caso, macizo (lo que también tiene su belleza: ¡que tú no te des cuenta de eso!), y de los flacos sólo sabe eso, que son flacos, no mucho más. Pero para la mayoría basta con saber eso, por ejemplo para mí.

Las revistas se han retrasado, te diré en algún momento el porqué, pero llegarán.

No, Milena, la posibilidad común que creímos tener en Viena no la

tenemos, en modo alguno, tampoco la tuvimos entonces, yo había mirado «por encima de mi valla», me había sujetado arriba sólo con las manos, y después volví a caer con las manos desolladas. Sin duda hay otras posibilidades, el mundo está lleno de posibilidades, pero no las conozco aún.

[Praga, mediados de noviembre de 1920]

A mí me pasa lo mismo. Muchas veces pienso: eso tengo que escribírtelo, pero luego no puedo escribírtelo. Tal vez el sargento Perkins me esté sujetando la mano y sólo si la suelta por un instante podré escribirte deprisa y sigilosamente una palabra.

Apunta, en efecto, a una comunidad de gustos que hayas traducido precisamente ese pasaje. Sí, la tortura es para mí importantísima, no me ocupo de otra cosa que de torturar y de que me torturen. ¿Por qué? Por una razón parecida a las de Perkins y con la misma falta de reflexión: de modo mecánico y conforme a la tradición; o sea, para saber de la boca condenada la palabra condenada. La estupidez que hay en ello (el conocimiento de la estupidez no sirve de nada) la expresé una vez así: «El animal le quita el látigo al amo y se azota él mismo, para ser el amo, y no sabe que eso es sólo una fantasía, generada por un nudo nuevo en el látigo del amo».

Por supuesto, torturar es también lamentable. Cuando el nudo gordiano no quería deshacerse, a Alejandro no se le ocurrió torturarlo.

Por lo demás, parece que también en eso hay una tradición judía. El Venkov, que ahora escribe mucho contra los judíos, demostró hace poco en un editorial que los judíos lo estropean y lo disuelven todo, estropearon ¡incluso! [...] el flagelantismo de la Edad Media. Por desgracia no decía más detalles al respecto, sólo citaba una obra inglesa. Yo estoy demasiado «pesado» para ir a la biblioteca de la universidad, pero me gustaría saber lo que los judíos habrán tenido que ver con ese movimiento que les era (en la Edad Media) tan ajeno. A lo mejor tú tienes entre tus amistades algún erudito que lo sepa.

Te he enviado los libros. Declaro expresamente que no me molesta, que, al contrario, es lo único un poco sensato que hago desde hace mucho tiempo. Ales está agotado, aparecerá otra vez hacia Navidad, en su lugar he tomado a Chéjov. Pero Babiska tiene una impresión casi ilegible, quizás no lo habrías comprado si lo hubieras visto. Pero yo tenía el encargo.

El libro de ortografía en verso lo he enviado sólo para tu situación de urgencia inmediata, estoy esperando información sobre un buen libro de ortografía y dictado.

La carta en la que explicaba el retraso del anuncio ¿la habrás recibido, espero?

¿Has leído algo más preciso sobre el incendio en el sanatorio? Como quiera que sea, Grimmenstein estará ahora abarrotado y tendrá más pretensiones. ¿Cómo podrá ir a verme allí H.? Tú me has escrito que está en Merano.

Tu deseo de que no me encuentre con tu marido es imposible que sea más fuerte que el mío. Pero si no viene directamente a verme —y eso no lo hará, supongo—, está casi excluido que nos encontremos.

El viaje se demora un poco aún porque tengo que hacer en la oficina. Ya ves que no me avergüenzo de escribir que «tengo que hacer». Por supuesto, podría ser un trabajo como cualquier otro; en mi caso es un semisueño, tan próximo a la muerte como lo está el sueño. El Venkov tiene mucha razón. ¡Emigrar, Milena, emigrar!

[Praga, noviembre de 1920]

Dices, Milena, que no lo comprendes. Trata de comprenderlo dándole el nombre de enfermedad. Es una de las muchas formas de enfermedad que el psicoanálisis cree haber sacado a la luz. Yo no lo llamo enfermedad, y veo en el lado terapéutico del psicoanálisis un torpe error. Todas esas supuestas enfermedades, por tristes que parezcan, son hechos de fe, arraigo del hombre angustiado en algún suelo materno; así, el psicoanálisis encuentra como causa última de las religiones lo mismo que, en su opinión, causa las enfermedades del individuo; sin embargo aquí, entre nosotros, suele faltar la comunidad religiosa, las sectas son innumerables y limitadas a individuos, pero tal vez sólo se presenta así a los ojos ofuscados por la actualidad.

Pero las sujeciones que agarran en el suelo real no son un bien recambiable del individuo, sino que están prefiguradas en su naturaleza y después la siguen configurando (y también su cuerpo) en esa dirección. ¿Y eso pretenden curarlo?

En mi caso uno puede imaginar tres círculos, uno, el interior, A, luego B, luego C. El núcleo, A, explica a B por qué esa persona tiene que atormentarse y desconfiar de sí misma, por qué tiene que renunciar (no es una renuncia, eso sería muy difícil, es sólo un tener-que-renunciar), por qué no debe vivir. (En este sentido, ¿no estaba Diógenes, por ejemplo, gravemente enfermo? ¿Quién de nosotros no habría sido feliz al sentir sobre él por fin la radiante mirada de Alejandro? Pero Diógenes le pidió desesperado que se apartara del sol, ese horrible sol griego, que siempre quema y que vuelve loco. Aquel tonel estaba lleno de fantasmas.) A C el hombre activo ya no le explica nada, a él sólo le da órdenes B. C actúa bajo intensísima presión, sudando de miedo (¿existe en otros casos ese sudor angustioso que brota en la frente, la mejilla, la sien, la raíz del pelo, por toda la cabeza? Eso le ocurre a C). C actúa, pues, más por

miedo que por convicción, él confía, él cree que A se lo explica todo a B y que B lo ha comprendido todo y sabe transmitirlo.

[Praga, noviembre de 1920]

No soy insincero, Milena (si bien tengo la impresión de que antes escribía con más veracidad y claridad, ¿es cierto?), soy tan sincero como lo permite el «reglamento de la prisión», y eso es muchísimo; además el «reglamento de la prisión» es cada vez más permisivo. Pero «con eso» no puedo venirte, venirte «con eso» es imposible. Tengo una peculiaridad que me distingue considerablemente, no en sustancia pero sí por grados, de todas las personas que conozco. Los dos conocemos cantidad de ejemplares característicos de judíos occidentales, yo, por lo que sé, soy el más occidental de todos; eso significa, expresado con exageración, que no se me ha dado un solo segundo de paz, no he recibido nada, todo tengo que adquirirlo, no sólo el presente y el futuro, sino también el pasado; lo que quizás cada ser humano ha recibido al nacer, eso también he de adquirirlo, éste es quizás el trabajo más duro: si la tierra gira hacia la derecha —no sé si lo hace—, yo tendría que girar hacia la izquierda para recuperar el pasado. Ahora bien, no tengo un mínimo de fuerzas para cumplir todas esas obligaciones, no puedo llevar el mundo sobre los hombros, ahí lo único que soporto apenas es mi abrigo de invierno. Esa falta de fuerzas no es, por lo demás, nada que haya que lamentar forzosamente; ¡qué fuerzas serían suficientes para tales tareas! Todo intento de salir adelante en esto con las propias fuerzas es locura y se paga con la locura. Por eso es imposible «venir con eso», como escribes. Por mis propios medios no puedo seguir el camino que quiero seguir, es más: ni siquiera puedo querer seguirlo, sólo puedo quedarme quieto, no puedo querer otra cosa y tampoco quiero otra cosa.

Es más o menos como si alguien, antes de cada paseo, no sólo tuviera que lavarse, peinarse, etcétera —esto ya es esfuerzo suficiente—, sino que también, como antes de cada paseo le falta una y otra vez todo lo necesario, tuviera que coser el traje, hacerse las botas, fabricar el sombrero, confeccionarse el bastón, etc. Lógicamente, él no podría hacer bien todo eso, que se mantiene quizás a lo largo de varias calles, pero en el Graben, por ejemplo, todo se descompone de pronto y él se encuentra desnudo entre jirones y fragmentos. ¡Y ahora esa tortura de tener que volver al Altstädter Ring! Y al final se tropieza en la Eisengasse con una masa de gente que está dando caza a judíos.

No me entiendas mal, Milena, yo no digo que ese hombre esté perdido, no, en absoluto, pero está perdido si va al Graben; allí se deshonor a sí mismo y al mundo.

El lunes recibí tu última carta y te contesté en seguida el mismo lunes.

Tu marido parece que ha dicho aquí que quiere establecerse en París. ¿Se trata de algo nuevo dentro del plan antiguo?

[Praga, noviembre de 1920]

Hoy han llegado dos cartas. Por supuesto que tienes razón, Milena: si casi no me atrevo, de vergüenza por mis cartas, a abrir tus cartas de respuesta. Pero, en cualquier caso, mis cartas son verdaderas o al menos van de camino hacia la verdad. ¿Qué haría yo ante tus respuestas si mis cartas mintieran? Fácil respuesta: me volvería loco. Esa veracidad no es, por tanto, un mérito muy grande, y además es poquísimo, yo me limito a comunicar constantemente algo no comunicable, a explicar algo no explicable, a hablar de algo que tengo en la médula y que sólo se puede vivir a través de ella. Quizás no sea en el fondo otra cosa que el miedo del que ya he hablado tantas veces, pero miedo que ya se extiende a todo, miedo de lo más grande y de lo más pequeño, miedo, un miedo feroz a pronunciar una palabra. Por otra parte ese miedo quizás no sea sólo miedo, sino también anhelo de algo superior a todo lo que causa miedo.

O mne rozbil: eso es algo completamente absurdo. Sólo yo tengo la culpa, que consta de muy poca verdad por mi parte; siempre poquísima verdad, siempre casi sólo mentiras, mentiras porque tengo miedo de mí y de los hombres. Ese cántaro ya estaba roto mucho antes de ir a la fuente. Y ahora cierro la boca, para quedarme un poco en la verdad. La mentira es espantosa, no hay peores tormentos psíquicos. Por eso te pido que me dejes guardar silencio, ahora por escrito, en Viena de palabra.

O mne rozbil, escribes, pero yo sólo veo que estás atormentándote, que sólo encuentras descanso en la calle —eso escribes— y que yo estoy aquí, en un cuarto bien temperado, en pantuflas y batín, tan tranquilo como lo permite el «muelle de mi reloj» (porque de todos modos he de «marcar la hora»).

Podré decir cuándo me pongo en camino cuando llegue el permiso de residencia. Para una estancia de más de tres días, ahora se necesita un permiso especial del gobierno. Lo he solicitado hace una semana.

¿Por qué ya no necesitas las revistas? He mandado los números, también un librito de Capek. [...]

¿De qué conoces tú a esa joven? Yo conozco la enfermedad porque la tienen dos parientes míos, pero en los dos ha habido una mejoría, aunque no ha desaparecido del todo. Claro, si la chica pasa necesidad, es mucho peor. (En Grimmenstein hay una sección sólo para esas enfermedades.)

Pienso otra vez en o mne rozbil: es exactamente igual de equivocado que pensar en la posibilidad opuesta.

No es ni deficiencia mía ni deficiencia de los hombres. Yo, simplemente, pertenezco al silencio más profundo, eso es lo adecuado para mí.

Esa historia la he recortado para ti. A Leviné lo fusilaron en Múnich, ¿no?

[Praga, noviembre de 1920]

Hoy es jueves. Hasta el martes estaba sinceramente dispuesto a ir a Grimmenstein. A veces, eso sí, cuando pensaba en ello, sentía una amenaza interior, notaba también que demoraba el viaje en parte por ese motivo, pero creía poder superarlo todo con facilidad. El martes por la tarde alguien me dijo que no era necesario esperar en Praga al permiso de residencia, sino que muy probablemente se puede obtener también en Viena. Con eso tenía, pues, el camino libre. Me torturé toda una tarde tendido en el canapé, por la noche te escribí una carta pero no la envié, aún creía que podría superarlo, pero por la noche, de total insomnio, me retorció como en el potro de tormento. Los dos que hay en mí; el que quiere viajar y el que tiene miedo de viajar, partes de mí los dos, probablemente infames los dos, luchaban en mi interior. Me levanté temprano como en mis peores tiempos.

No tengo la fuerza de ponerme en camino; la idea de estar delante de ti no puedo soportarla ya por anticipado, no soporto la presión en el cerebro.

Ya tu carta es un incontenible, un infinito desengaño causado por mí; y ahora además esto. Escribes que no tienes esperanza, pero que tienes la esperanza de poder alejarte definitivamente de mí.

No puedo hacerte comprender a ti ni a nadie lo que pasa en mi interior. Cómo podría hacer comprender por qué es así; ni siquiera puedo hacérmelo comprender a mí mismo. Pero esto no es lo esencial, lo esencial salta a la vista: en mi entorno es imposible vivir humanamente; ¿lo ves y aún no quieres creerlo?

[Praga, noviembre de 1920]

Sábado tarde

Aún no he recibido la carta amarilla, la devolveré sin abrir.

Si no es bueno que ahora dejemos de escribirnos, yo tendría que estar radicalmente equivocado. Pero no me equivoco, Milena.

No quiero hablar de ti, no porque no sea asunto mío, que sí lo es, pero no quiero hablar.

Así pues, sólo de mí: lo que tú, Milena, eres para mí, para mí más allá del mundo en que vivimos, eso no está en los papeluchos diarios que te he escrito. Esas cartas, tal como son, no sirven para otra cosa que para torturar, y si no torturan, es peor aún. No sirven sino para producir un día de Gmünd, para producir malentendidos, oprobio, oprobio casi imperecedero. Quiero verte tan claramente como te vi la primera vez en la calle, pero las cartas distraen más que toda la Lerchenfelderstrasse con su estruendo.

Pero decisivo no es esto tampoco, lo decisivo es mi impotencia, acrecentada por las cartas, para superar esas cartas, impotencia frente a ti y frente a mí —mil cartas tuyas y mil deseos míos no me harán verlo de otra manera—, y decisiva es (tal vez debido a esa impotencia, pero los motivos de esto son oscuros) esa voz dotada de una fuerza irresistible, simplemente tu voz, que me ordena guardar silencio [...]. Y con eso aún no queda dicho todo lo que te concierne, aunque casi siempre está en tus cartas (quizás también en la amarilla, o mejor: está en el telegrama en el que pides, con razón por supuesto, que devuelva la carta), a menudo en los temidos pasajes que evito como evita el diablo el agua bendita.

Es curioso, yo también quería telegrafarte, le di vueltas mucho tiempo a la idea, en la cama después de comer, en el Belvedere al caer de la tarde, pero se trataba simplemente de este texto: «Pido respuesta clara y afirmativa al pasaje subrayado de la última carta»; al final, sin embargo, me pareció que había en ello una desconfianza infundada y desagradable, y no telegrafí.

Y ahora, sin haber hecho ninguna otra cosa, he estado hasta la una y media de la madrugada ocupado con esa carta; la he mirado, y también a ti a través de ella. A veces, no en sueños, tengo esta figuración: tu rostro está tapado por los cabellos, consigo separarlos y apartarlos a la derecha y a la izquierda, aparece tu rostro, toco la frente y las sienes y tengo tu rostro entre mis manos.

Lunes

Quería romper esta carta, no enviarla, no responder al telegrama, los telegramas son muy ambiguos; pero ahora han llegado la postal y la carta, esa postal, esa carta. Pero también respecto a ellas, Milena, y aunque hubiera de morderme la lengua que desea hablar: ¿cómo puedo creer que necesites las cartas ahora, si lo que necesitas es únicamente sosiego, como tú misma lo has dicho casi sin darte cuenta? Y estas cartas son sólo un tormento, provienen de un tormento incurable, sólo causan un tormento incurable; ¿adónde nos va a llevar esto (y hasta puede empeorar) en este invierno? Guardar silencio, ésa es la única manera de vivir, aquí y ahí. Con tristeza, bueno, ¿qué importa? El sueño es así más infantil y más profundo. Pero el tormento equivale a pasar un arado a través del sueño —y a través del día—, eso no se puede soportar.

(En el margen derecho de la tercera página): Si voy a un sanatorio, te lo

diré, naturalmente.

[Praga, finales de marzo de 1922]

Hace ya mucho tiempo que no le escribo, señora Milena, y si lo hago hoy es debido a una casualidad. En realidad no tendría que disculparme por no haber escrito, ya sabe usted cómo odio las cartas. Toda la desdicha de mi vida—con lo que no quiero quejarme sino hacer una reflexión de interés general—viene, por así decir, de las cartas o de la posibilidad de escribirlas. Las personas no me han engañado prácticamente nunca, pero las cartas siempre, y además en este caso no las de otros, sino las mías. Es en mi caso una desdicha particular, de la que no quiero decir más, pero también, al mismo tiempo, general. La fácil posibilidad de escribir cartas tiene que haber traído al mundo—visto sólo teóricamente— un horrible trastorno de las almas. Es, en efecto, una relación con espectros, y no sólo con el espectro del destinatario, sino también con el propio espectro, que se le va formando a uno, sin darse cuenta, en la carta que escribe o incluso en una serie de cartas, en la que una carta confirma la otra y puede invocarla como testigo. ¡A quién se le habrá ocurrido pensar que la gente podía relacionarse por correspondencia! Se puede pensar en una persona lejana y se puede tocar a una persona cercana, todo lo demás supera las fuerzas humanas. Pero escribir cartas significa desnudarse delante de los espectros, cosa que ellos esperan ansiosos. Los besos escritos no llegan a su destino sino que los espectros se los beben por el camino. Con una alimentación tan sustanciosa se multiplican enormemente. La humanidad lo percibe y lucha contra ello; para eliminar en lo posible lo espectral entre los hombres, y lograr el contacto natural, la paz de las almas, ha inventado el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano, pero ya no hay ayuda posible, son manifiestamente inventos hechos ya en el despeñadero; la parte contraria es mucho más serena y fuerte, ha inventado, después del correo, el telégrafo, el teléfono, la telegrafía sin hilos. Los fantasmas no morirán de hambre, pero nosotros nos iremos a pique.

Me asombra que no haya escrito usted todavía sobre eso, no para impedir ni para lograr algo con la publicación, para eso ya es tarde, pero al menos para ponerles «a ellos» de manifiesto que los han reconocido.

Por lo demás, se los puede reconocer también en las excepciones, a veces dejan pasar una carta sin poner trabas, y la carta llega como una mano amigable, que se posa, ligera y bondadosa, sobre la propia mano. Pues bien, probablemente esto es también sólo apariencia y esos casos son tal vez los más peligrosos; de ellos hay que protegerse más que de otros, pero, si es una ilusión, es, en cualquier caso, perfecta.

Hoy me ha ocurrido algo parecido y por eso he tenido la idea de escribirle.

He recibido hoy una carta de un amigo, al que usted también conoce; hace ya mucho tiempo que no nos escribimos, lo que es extraordinariamente sensato. Y tiene relación con lo de antes que las cartas sean un tan formidable antisomnífero. ¡En qué estado llegan a nosotros! Secas, vacías y excitantes, una alegría momentánea seguida de largo sufrimiento. Mientras uno la lee ensimismado, se yergue el poco de sueño que uno tiene, se marcha volando por la ventana abierta y no regresa en mucho tiempo. Así que por eso no nos escribimos. Pero a menudo, aunque muy fugazmente, pienso en él. Todo mi pensar es demasiado fugaz. Pero anoche pensé mucho en él, varias horas; las horas nocturnas de cama, que por su hostilidad son tan preciosas para mí, las empleé escribiéndole una carta imaginaria en la que le repetía constantemente con las mismas palabras ciertas informaciones que entonces me parecían importantísimas. Y por la mañana llegó, en efecto, una carta suya, y en ella el amigo comentaba que desde hacía un mes o, quizás más exactamente, que un mes atrás había tenido la sensación de que tenía que venir a verme, una observación que coincidía, curiosamente, con cosas que me habían ocurrido a mí.

Esta historia de la carta fue el motivo de que yo también escribiera una, y, concluida ésta, cómo no iba a escribirle también a usted, señora Milena, que es seguramente a quien más me gusta escribir. (En la medida en que a uno puede gustarle escribir, pero esto lo he dicho para los fantasmas que rodean codiciosos mi mesa).

Hace ya tiempo que no he leído nada suyo en los periódicos, excepto los artículos sobre moda, que últimamente me han parecido, con pequeñas excepciones, alegres y serenos, sobre todo el último artículo de la primavera. Por otra parte, las tres semanas anteriores no había leído la Tribuna (pero ya trataré de conseguirla), he estado en Spindelmühle.

[Praga, septiembre de 1922]

Querida señora Milena:

He de confesar que en una ocasión envidié mucho a cierta persona porque le profesaban afecto, bien custodiada y protegida por la razón y la fuerza, y yacía apaciblemente bajo las flores. Siempre estoy inclinado a la envidia.

Por la Tribuna, que no he leído siempre pero sí algunas veces, he creído deducir que ha pasado bien el verano. Una vez me dieron la Tribuna en Planá, en la estación, una veraneante hablaba con otros, y en las manos, que llevaba a la espalda, me ponía delante de los ojos la revista; entonces mi hermana se la pidió prestada para mí. Si no me equivoco, tenía usted allí un artículo muy divertido contra los balnearios alemanes. Una vez escribió sobre la dicha de pasar el verano en un lugar alejado del ferrocarril, también era muy bonito; ¿o

era el mismo artículo? Creo que no. El artículo sobre los escaparates: magnífico, superior, como siempre que escribe en el Národní listy y deja atrás la escuela (de moda) judía. Luego ha traducido el artículo sobre los cocineros, ¿por qué? Su tía es extraña, una vez escribe que hay que franquear correctamente las cartas, luego que no hay que tirar nada por la ventana, cosas, todas ellas, incontestables y, sin embargo, combates condenados al fracaso, pero a veces, cuando se presta mucha atención, se le desliza algo amable, conmovedor y bondadoso, lo único es que no debería odiar tanto a los alemanes; los alemanes son y seguirán siendo magníficos. ¿Conoce la poesía de Eichendorff: «¡Oh valles dilatados, oh montes!»? ¿O la poesía de la sierra, de Justinus Kerner? Si no los conoce, se los copiaré un día.

De Planá habría algunas cosas que contar, pero ahora ya casi ha pasado. Ottla ha sido encantadora conmigo, aunque, aparte de mí, tiene ahora una niña. Mi pulmón se ha portado medianamente bien, al menos allá, en Planá; aquí, donde ya llevo dos semanas, aún no he ido al médico. Pero muy mal no puede estar, si, por ejemplo —¡santa vanidad!—, allí pude partir leña durante una hora y más sin sentir fatiga y era feliz por momentos. Lo demás, el sueño y el correspondiente insomnio, ha sido peor, a veces. ¿Y su pulmón, esa criatura orgullosa, fuerte, atormentada, imperturbable?

Acabo de recibir de su amigo Mares la simpática carta que le adjunto. Hace unos meses me preguntó en la calle —nuestra amistad se reduce a encuentros esporádicos en la calle— en un súbito arrebató si podía enviarme sus libros; yo, conmovido, le pedí que lo hiciera. Al día siguiente llegó su libro de poemas con la bonita dedicatoria, dloholetému příteli, pero unos días más tarde otro libro con un formulario de giro postal. Hice lo más fácil, ni di las gracias ni pagué (el segundo libro, Policejní štára, es muy bueno, por cierto, ¿lo quiere usted?), y ahora viene esta invitación realmente irresistible. Le enviaré el dinero con unas palabras en el formulario de correos que, como espero, le moverá a enviarme a su vez la doble suma.

¿Debería haber un gato en la imagen? ¿Y por qué? Basta con una viruta en la cabeza.

Suyo

K

[Praga, enero/febrero de 1923]

Querida señora Milena: Creo que es mejor no hablar mucho de cómo cubrir la retirada y de lo que está relacionado con eso, como ocurre con la alta traición en tiempos de guerra. Son cosas que no se entienden del todo, que, en el mejor de los casos, pueden adivinarse, cosas respecto a las cuales sólo se es

«pueblo». Se tiene influencia en el acontecer porque sin pueblo no se puede hacer una guerra y con ello se adquiere el derecho a expresar su opinión, pero las cosas sólo se enjuician y se deciden realmente en la interminable jerarquía de las instancias. Y si realmente alguna vez uno influye en los acontecimientos mediante la palabra, eso sólo causará daños, porque esa palabra carece de competencia y de autodomínio, como cuando se habla dormido, y el mundo está lleno de espías que escuchan. En este aspecto lo mejor es una actitud tranquila, digna, insensible a las provocaciones. Y provocación es aquí todo, hasta la hierba en la que usted se sienta junto al largo canal (de modo totalmente irresponsable por cierto en una época en la que, con la estufa encendida, con bolsa de agua caliente, dos mantas y el edredón de plumas, creo tener frío en la cama). Al fin y al cabo sólo se opina sobre la impresión que causa en el mundo la apariencia exterior, y ahí yo, con la enfermedad, tengo ventaja frente a sus, digamos, horribles paseos. Porque si hablo de la enfermedad de aquella manera nadie me cree, en el fondo, y además, en efecto, sólo estoy bromeando.

Muy pronto empezaré con la lectura de Donadieu, pero quizás debería enviársela antes a usted; yo sé lo que significa un deseo tan vehemente, y a quien le niega a uno ese libro luego se le guarda rencor. Yo, por ejemplo tenía prevención contra ciertas personas porque, sin poder demostrarlo, suponía que cada una de ellas tenía Verano tardío, y el hijo de Oskar Baum volvió a toda prisa a casa, de una escuela forestal en las cercanías de Fráncfort, sobre todo porque no tenía allí sus libros, en especial su libro preferido, Stalky & Cia, de Kipling, que ya ha leído, creo, setenta y cinco veces. De modo que si la Donadieu es para usted algo parecido, se lo envío, pero me gustaría leerlo.

Si yo tuviera sus artículos literarios, quizás no leería los de la moda (¿por qué no han salido este domingo?); si me indicara siempre la fecha, me daría una gran alegría. Iré a por el «Diablo» [...] cuando pueda salir a la calle, de momento sigo teniendo dolores.

Georg Kaiser: conozco pocas cosas suyas y no me apetecía leer más; en el teatro, por otra parte, no he visto nada aún. El proceso de hace dos años me causó gran impresión, leí en el Tatra los reportajes, sobre todo su gran alegato final en el que declaraba que era incontestable su derecho a quitar cosas ajenas, y argumentaba que su papel en la historia de Alemania era comparable al de Lutero y, para el caso de que fuera condenado, exigía que en Alemania se izaran las banderas a media asta. Aquí, junto a mi cama, habló sobre todo de su hijo mayor (tiene tres), un niño de diez años al que no deja ir a la escuela pero al que tampoco da clase, que por tanto tampoco sabe leer ni escribir, aunque sí dibuja muy bien, y que pasa el día en el bosque y en el lago (viven en una casa de campo solitaria en Grünhaide, cerca de Berlín). Cuando al despedirnos le dije a Kaiser: «En cualquier caso, esto es una gran empresa», él

dijo: «Y es también la única, todo lo demás es bien insignificante». Es extraño y no del todo agradable verlo allí delante, mitad comerciante berlinés, alegre y voluble, mitad demente. No parece estar chiflado del todo, pero en parte lo está en exceso; por lo visto fueron los trópicos los que le causaron el destrozo (de joven tuvo un empleo en Sudamérica, volvió enfermo, pasó unos ocho años en casa, tendido en el sofá, y después empezó a revivir en una casa de salud), no otra cosa. En la cara también se reflejan esas dos facetas: un rostro achatado con unos ojos azul celeste asombrosamente vacíos, pero que, como otras partes del rostro, se contraen bruscamente y con enorme rapidez, mientras que el resto del rostro queda inmóvil, como paralizado. Max, por cierto, tiene una impresión muy distinta de él, cree que infunde ánimos y por eso probablemente lo ha obligado, con su amistad, a que suba a verme. Y ahora ha ocupado incluso toda la carta. Yo quería decir algunas cosas más. La próxima vez.

[Praga, enero/febrero de 1923]

Querida señora Milena: He leído el Diablo, es admirable, primero ni siquiera como ejemplo, ni siquiera como descubrimiento, sino como la presencia de una persona inconcebiblemente valerosa y, para que sea aún más inconcebible, de una persona que, como muestra la frase final, entiende también de cosas que no son el valor y que sin embargo es valerosa. No me gusta hacer esta comparación, pero se impone inevitablemente: lo que se lee ahí es como un matrimonio o como el hijo de un matrimonio entre un judaísmo que está a punto de autodestruirse y en ese momento se ve sujetado por la fuerte mano de un ángel —ahora ya no claramente visible, turbado por lo terrenal de ese matrimonio, pero antes probablemente imposible para este mundo terrenal, demasiado grande para los ojos humanos—, o sea, por la fuerte mano de un ángel, que para no dejar que se vaya a pique ese judaísmo, tanto es el amor que le profesa, se casa con él. Y ahora está aquí, el hijo de ese matrimonio y mira alrededor, y lo primero que ve es al diablo en el hogar, una espantosa aparición, y algo que antes del nacimiento de ese niño no existía en absoluto. Comoquiera que sea, los padres no lo conocían. El judaísmo llegado —casi habría dicho: llegado felizmente— a su final no conocía ese diablo, ya no tendría la capacidad de hacer distinciones en asuntos diabólicos, el mundo entero era para él un diablo, y él, la obra del diablo: ¿y aquel ángel? ¿Qué tiene en común un ángel, mientras no haya caído, con el demonio? Pero el niño ve muy bien al diablo sobre el hogar. Y ahora comienza en el niño la lucha de los padres, la lucha de las convicciones que tienen el padre y la madre acerca de cómo acabar con el diablo. El ángel lleva una y otra vez al judaísmo a las alturas, allí donde ha de oponer resistencia, y una y otra vez vuelve a caer el judaísmo, y el ángel tiene que caer con él si no quiere que se hunda

definitivamente. Y no se puede hacer reproches a ninguno de los dos, ambos son como son, el uno judío, el otro angélico. Pero este último empieza a olvidar su excelso origen y el otro se pone arrogante, porque de momento se siente seguro. La conversación interminable entre ellos se puede resumir más o menos en frases como las que siguen, aunque no se pueda evitar que el judaísmo tal vez tergiverse frases del ángel cuando él las pronuncia; o sea:

Judaísmo: Mstí-li se něco na tomto světě, jsou to účty a cifri v duševních zaležitostech.

Ángel: Dva lidé mohou mít jen jediný rozumný důvod proto aby se vzali, a to je ten že se nemohou nevzít.

Judaísmo: Bueno, entonces, aquí está el cálculo.

Ángel: ¿Cálculo?

O bien

Judaísmo: v hloubce člověk klame, ale na povrchu ho poznáš.

Ángel: Proč si lidé neslibují, že nebudou třeba křičet, když se spálí pečeně atd.

Judaísmo: ¡Así que también ha de mentir en la superficie! Por lo demás, no hay que exigirle eso, él lo habría hecho por propia voluntad hace tiempo, si pudiera.

O bien

Judaísmo: Tienes toda la razón: Proč si neslibují, že si vzájemně ponechají svobodu mlčení, svobodu samoty, svobodu volného prostoru?.

Ángel: ¿Que yo he dicho eso? Eso no lo he dicho jamás, eso anularía todo lo que he dicho.

O bien

Ángel: bud přijmout svůj osud... pokorně... anebo hledat svůj osud...

Judaísmo: ... na hledání je zapotřebí víry!.

Ahora por fin, por fin, santo cielo, el ángel da un empujón al judaísmo y se libera.

Un maravilloso y emocionante artículo, en el que en especial lo relampagueante de su pensamiento da en el blanco, hiera. Quien aún no ha sido alcanzado —es sin duda la mayoría— se agacha, quien ya está tocado de muerte se estira otra vez en el sueño. Y en sueños se dice a sí mismo: por terrenales que sean esas exigencias, no lo son lo bastante. No hay matrimonios desgraciados, sólo hay matrimonios inmaduros, y son inmaduros porque

quienes se han casado son personas inmaduras, detenidas en medio de su desarrollo, personas a las que hay que arrancar de la tierra antes de la cosecha. Enviar a tales personas al matrimonio es como poner problemas de álgebra en el primer grado de primaria. En la clase superior adecuada, el álgebra es más fácil que la tabla de multiplicar en primaria, es incluso la tabla de multiplicar propiamente dicha de aquí abajo pero es imposible y trastorna todo el mundo infantil y quizás también otros mundos. Pero aquí parece estar hablando el judaísmo, y más vale que le callemos la boca.

Luego llegó su carta. Es cosa extraña esto de escribir ahora. Ha de tener paciencia: ¿cuándo no hubo de tenerla? No he escrito a nadie desde hace años, en ese aspecto he estado como muerto, me faltaba por completo la necesidad de comunicarme, era como si no habitara en este mundo, pero tampoco en ningún otro, era como si año tras año sólo hubiera hecho de pasada todo lo que me pedían, y en realidad sólo estaba a la espera de que me llamaran, hasta que de la habitación vecina llamó la enfermedad y yo corrí a su encuentro y fui cada vez más suyo. Pero la habitación está a oscuras y no se sabe si es la enfermedad.

Como quiera que sea, pensar y escribir se tornó muy difícil para mí, a veces, al escribir, la mano pasaba sobre el papel sin escribir nada, incluso ahora también, y en cuanto a pensar, no quiero ni hablar (usted me asombra por lo fulminante de su pensamiento: apelo una puñada de frases y cae el rayo); en cualquier caso, ha de tener paciencia, ese capullo se abre despacio y es sólo capullo porque a lo que está completamente cerrado se le da el nombre de capullo.

He empezado con la Donadieu, pero hasta ahora he leído muy poco, todavía he penetrado poco en el libro, y lo poco que he leído del autor, aparte de esto, no me ha entusiasmado. Alaban su sencillez, pero la sencillez es propia de Alemania y de Rusia; el abuelo es bondadoso, pero no tiene la capacidad de impedir que uno lo pase por alto al leer. De lo que llevo leído (estoy todavía en Lyon), lo mejor me parece característico de Francia, no de Philippe, un pálido reflejo de Flaubert, por ejemplo la súbita alegría en la esquina de una calle (¿se acuerda a lo mejor de ese párrafo?). La traducción está como hecha por dos traductores, a veces muy buena, y luego tan mala que resulta ininteligible. (En Wolff va a salir una traducción nueva.) Pero en cualquier caso la leo de muy buen grado, me he vuelto un pasable lector pero muy lento. En este libro, por otra parte, me dificulta la lectura una debilidad mía: con las chicas jóvenes me siento muy inseguro, eso llega hasta tal punto que no le acepto esas jóvenes al autor, porque no le creo capaz de haberse acercado a ellas. Como si el escritor hubiera hecho una muñeca con el nombre de Donadieu para desviar la atención del lector de la verdadera Donadieu, que es muy distinta y está en un lugar muy distinto. Y en esos años de infancia de

la joven yo veo, pese a todo su encanto, cierto rígido esquema como si lo que allí se cuenta no hubiera ocurrido realmente sino sólo lo de después, y aquello hubiera sido inventado posteriormente conforme a las leyes de la música, como una obertura, y adaptado a la realidad. Y hay libros en los que esa sensación dura hasta el final.

No conozco Na velké cestě. Pero Chéjov me gusta muchísimo, a veces de un modo desatinado. Tampoco conozco Will el del molino; de Stevenson no sé nada en absoluto, sólo que es el preferido de usted.

Le enviaré Franzi. Pero, salvo pequeñas excepciones, no va a gustarle nada. Eso se explica mediante mi teoría de que los escritores vivos tienen una relación viva con sus libros. Con su mera existencia luchan por ellos o contra ellos. La verdadera vida autónoma del libro comienza tras la muerte del autor o, mejor, algún tiempo después de la muerte, porque esos hombres diligentes siguen luchando un poco por su libro, más allá de la muerte. Pero después el libro se queda solo y no puede fiarse más que de su propia fuerza y de su energía vital. Por eso Meyerbeer, por ejemplo, fue tan sensato que quiso apuntalar esa vitalidad y por eso dejó un legado para cada una de sus óperas, en proporción quizás con la confianza que le inspiraban. Pero sobre eso aún habría algo que decir, aunque no sea muy importante. Aplicado a Franzi, eso significa que el libro del autor vivo es en realidad el dormitorio situado al final del piso, muy bonito si es muy bonito, y horroroso en el caso contrario. No es emitir un juicio sobre el libro si digo que me gusta mucho o si usted dice —pero tal vez no— lo contrario.

Hoy he leído un largo pasaje de la Donadieu, pero yo no acabo de hacerme con ese libro. (Ni hoy tampoco con la explicación, porque aquí al lado, en la cocina, mi hermana está de charla con la cocinera, cosa que yo desde luego podría impedir sólo con toser un poco, pero no quiero hacerlo, porque esa chiquilla de 19 años —la tenemos desde hace pocos días—, grande y fuerte, asegura que es el ser más desdichado del mundo, sin motivo alguno, es desdichada simplemente porque es desdichada, y necesita el consuelo de mi hermana, quien por cierto, como dice mi padre, de toda la vida «lo que más le ha gustado es estar con la criada».) Lo que quiera que yo diga contra el libro en la superficie será injusto, porque todas las objeciones provienen del núcleo y no del núcleo del libro. Si alguien ha cometido ayer un asesinato —y cuándo podría convertirse ese ayer ni siquiera en un anteayer—, no puede soportar hoy que le cuenten historias de asesinatos. Para él esas historias son todo a la vez: penosas, aburridas y excitantes. La solemne falta de solemnidad, la parcial imparcialidad, la admirativa ironía del libro: no puedo soportar nada de eso. Cuando Raphael seduce a la Donadieu, eso es muy importante para ella, pero qué tiene que hacer el escritor en el cuarto de un estudiante y menos aún el lector, con lo que ya son cuatro, hasta que ese cuartito se convierta en un

aula de la facultad de medicina o de psicología. Y además en el libro apenas hay otra cosa que desesperación.

Sigo pensando a menudo en su artículo. Creo, en efecto, cosa curiosa — para transformar los diálogos imaginarios en uno real: ¡Judaísmo! ¡Judaísmo! —, que puede haber matrimonios no debidos a la desesperación de la soledad, y son uniones que se han llevado a cabo de modo muy consciente, y creo que el ángel, en el fondo, también lo cree. Porque quienes se casan por desesperación, ¿qué ganan? Cuando se junta la soledad con la soledad, no nace de ello una patria sino una kátorga. Cada soledad se refleja en la otra incluso en la noche más profunda y tenebrosa. Y si se añade un aislamiento a una seguridad, para el aislamiento todo empeora más (excepto si es un aislamiento de una suave y juvenil inconsciencia). Contraer matrimonio significa, por el contrario, clara y rigurosamente definido como hipótesis: estar seguro.

Pero lo peor de momento es —ni siquiera yo lo habría esperado— que no puedo seguir escribiendo estas cartas, ni siquiera estas cartas importantes. Empieza el embrujo maligno de escribir cartas y me destroza aún más las noches, que ya se destrozan ellas mismas. Tengo que dejarlo, no puedo escribir más. Ay, su insomnio es distinto del mío. Por favor no escriba más.

[Tarjeta postal, matasellos: Dobřichovice: 9-V-23]

[Dirección] Frau Milena Pollak

Viena VII

Lerchenfeldstrasse 113/5

Muchas gracias por sus saludos. En cuanto a mí: he venido aquí por unos días, en Praga ya no me encontraba bien. Pero no es un viaje, sólo agitar unas alas perfectamente inadecuadas.

K.

[Tarjeta postal, matasellos: Dobřichovice: 9-V-23]

[Dirección]: Frau Milena Pollak

Viena VII

Lerchenfeldstrasse 113/5

Querida señora Milena: Seguramente habrá recibido mi postal de Dobřichovice. Yo sigo aquí, pero dentro de dos o tres días regreso a casa, esto es muy caro (además es muy difícil dar el cambio, a veces demasiado, a veces demasiado poco, no es posible hacerse una idea clara, el jefe de comedor es

enormemente ágil), estoy demasiado insomne, etc.; por lo demás es de una belleza extraordinaria, claro. En cuanto a otros viajes, quizás éste me haya capacitado más para viajar, aunque se trate de ir media hora más allá de Praga. Pero tengo miedo, primero, de los gastos —esto es tan caro que sólo se deberían pasar aquí los últimos días antes de morir, pues uno se queda sin blanca— y segundo, y segundo, tengo miedo del cielo y del infierno. Fuera de eso, el mundo entero está a mi disposición.

Cordiales saludos

Suyo

K

(Por cierto es la tercera vez, desde que nos conocemos, que súbitamente, con unas líneas y en un último momento determinado con precisión, usted me previene o me tranquiliza o como quiera uno llamarlo).

[Berlín, segunda mitad de noviembre de 1923]

Cuando, después de nuestro último encuentro, desapareciste de pronto (pero no por sorpresa), volví a saber de ti por primera vez, y de un modo malo para mí, a principios de septiembre. Entretanto, en julio me había ocurrido algo grandioso —¡hay cosas grandiosas!—, había viajado, con ayuda de la mayor de mis hermanas, al Báltico, a Müritz. ¡Al menos lejos de Praga, del encierro de mi habitación! En los primeros tiempos estuve muy mal. Luego la posibilidad de Berlín se puso increíblemente a tiro. Yo quería ir a Palestina en octubre, hablábamos de ello, nunca habría podido llevarlo a la práctica, claro, era una fantasía que tiene quien está convencido de que nunca se levantará de la cama. Si nunca podré dejar la cama, por qué no voy a viajar al menos a Palestina. Pero en Müritz entré en contacto con una colonia de vacaciones de un Hogar Judío berlinés, eran casi todos judíos del este. Aquello me atraía y me quedaba de camino. Empecé a pensar en la posibilidad de trasladarme a Berlín. Esa posibilidad no era entonces mucho más realizable que la de Palestina, pero después adquirió más fuerza. Vivir solo en Berlín, por otra parte, era imposible para mí, en todos los aspectos; y no sólo en Berlín, en ningún otro sitio podía vivir solo. También para eso se me presentó en Müritz una ayuda casi increíble en su estilo. Luego llegué a Praga a mediados de agosto y pasé después más de un mes en casa de mi hermana menor, en Schelesen. Allí me enteré por casualidad de la carta quemada, estaba desesperado, te escribí en seguida una carta, para aliviarme la carga, pero luego no la envié porque no sabía nada de ti y, finalmente, la quemé también antes del viaje a Berlín. De las otras tres cartas que mencionas, no sé nada hasta ahora. Estaba desesperado por una afrenta horrible que le habían infligido a alguien, no sabía exactamente a cuál de los tres implicados. Pero

desde luego la desesperación, aunque distinta, habría sido inevitable, incluso si hubiera recibido correctamente la carta en Müritz.

A finales de septiembre viajé a Berlín; poco antes de partir aún recibí tu postal de Italia. Por lo que toca al viaje, lo hice con el último resto de fuerza que aún pude encontrar, o mejor dicho, ya sin fuerza alguna, como un entierro más bien.

Y ahora estoy aquí; hasta ahora vivir en Berlín no es tan malo como tú parece creer. Vivo casi en pleno campo, en una pequeña villa con jardín, me parece que nunca he tenido una casa tan bonita, seguramente la perderé pronto, es demasiado bonita para mí, ya es, por cierto, mi segundo domicilio aquí. La comida no es muy distinta de la de Praga, hasta ahora, pero sólo mi comida. Lo mismo ocurre con mi estado de salud. Eso es todo. Más no me atrevo a decir, ya es demasiado lo que he dicho, los espíritus del aire lo absorben ansiosos con sus garras insaciables. Y tú dices menos aún en tu carta. ¿Es bueno, soportable, tu estado general? No puedo descifrarlo. Es verdad que ni siquiera puedo descifrarlo en mí mismo; lo mismo ocurre con el «miedo».

F

[Postal, matasellos: Berlín-Steglitz 25-12-23]

[Dirección:] Frau Milena Pollak

Viena VII

Lerchenfelderstrasse 113/5

Querida Milena, ya lleva preparado aquí mucho tiempo un fragmento de carta para usted, pero sin continuación, porque también aquí los viejos padecimientos han dado conmigo, me han atacado y hundido un poco, todo me cuesta trabajo, cada trazo con la pluma, todo lo que escribo me parece después demasiado grandioso, en desproporción con mis fuerzas, y cuando escribo «cordiales saludos», ¿tienen realmente esos saludos la fuerza de llegar a la ruidosa, agitada, gris, urbana Lerchenfeldstrasse, donde ni yo ni lo mío podrían ni respirar? Así que prefiero no escribir, espero tiempos mejores o peores aún; por lo demás, estoy bien aquí, dulcemente protegido hasta el límite de las posibilidades de este mundo. Sé del mundo, y desde luego con máxima intensidad, sólo a través de la carestía, no recibo los periódicos de Praga, los de Berlín son muy caros para mí, ¿y si me enviara de vez en cuando un recorte del Národní listy, parecidos a los que ya me alegraron tanto en una ocasión?

Mi dirección es, por lo demás, desde hace unas semanas: Steglitz Grunewaldstrasse 13 (en casa del señor Seifert). Y ahora, pese a todo, mis

«mejores saludos»: qué importa si ya caen al suelo en la verja del jardín, quizás la fuerza de usted sea así un poco mayor.

Suyo

K.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es